

WOLFRAM FLEISCHHAUER

EL
MAR



El mar es la historia de tres hombres desesperados por encontrar a dos mujeres en peligro. Un magnífico relato sobre la brutal maquinaria de la mafia pesquera y el devastador efecto de la avaricia del hombre sobre el océano.

Teresa, supervisora en un barco de pesca y encargada de controlar que se cumplan las prescripciones que dictamina la UE, desaparece sin dejar rastro. John Redner, también inspector de la UE y amante de Teresa, está dispuesto a cualquier cosa con tal de encontrarla. Aunque para ello tenga que relacionarse con Ragna di Melo, una peligrosa activista medioambiental que ha elaborado y perfeccionado un arriesgado sistema para acabar con la explotación marítima.

El padre de Ragna, un importante empresario suizo, no está dispuesto a que las actividades terroristas de su hija acaben con sus negocios, así que decide viajar al sureste asiático con la intención de encontrar a su hija y para ello no duda en utilizar a Adrian, amor de juventud de Ragna.

Wolfram Fleischhauer

El mar



Título original: *Das Meer*
Wolfram Fleischhauer, 2018
Traducción: Jorge Seca, 2019

Revisión: 1.0
12/04/2019

Esto es una novela y, por consiguiente, una obra de la imaginación. Como esta no puede operar en el espacio vacío, no pueden evitarse similitudes con sucesos, personas e instituciones reales; sin embargo, estas aparecen aquí de forma ficticia, simbólica y no documental. Los puntos de vista expuestos y representados por los personajes no reproducen la opinión del autor, sino que reflejan las opiniones y convicciones de los personajes de una novela. El autor se limita a retratar y contrastar la manera de ver las cosas de sus personajes sin posicionarse él mismo al respecto; esta sigue siendo la tarea del público. Solo se utilizaron fuentes de acceso público y se sobreentiende perfectamente que no se recomienda imitar ninguna de las acciones descritas en la novela.

Prólogo

Todo estaba a oscuras cuando ella abrió los ojos. Percibió que estaba empapada de sudor, aunque al mismo tiempo tenía solo una vaga sensación de su cuerpo. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Ninguna diferencia. Intentó mover las piernas, luego los brazos, pero las articulaciones no le obedecieron. Entonces cobró presencia una vibración que se fue extendiendo por su piel. Todo lo que había a su alrededor se elevaba y después descendía ligeramente. Intentó mover los brazos de nuevo y esta vez sí notó algo: primero, una resistencia y, a continuación, un dolor súbito que la forzó a permanecer inmóvil de inmediato. «Tranquila —pensó—, no es nada. Se te han quedado dormidos los brazos y la sangre comienza a circular de nuevo. Eso es todo». Pero eso no era todo. ¡Ni muchísimo menos! Esperó y se puso a escuchar con atención, esforzándose por distinguir cualquier clase de objeto en aquella oscuridad absoluta. ¿Qué le había pasado? ¿De dónde procedía aquel zumbido, aquella vibración? De pronto sonó una especie de estampido y sin el menor aviso comenzó a oírse un chirrido, el grito prolongado de un ser sobrenatural. Ella se sobresaltó y chilló; ahora un dolor recorría a toda velocidad su cuerpo, un dolor que no conocía ni era capaz de clasificar. Respiró con dificultad, intentó mover al menos un poco los brazos y las piernas, ahora con un temor y una prudencia mayores, pero las ataduras eran implacables y le apretaban la carne con cualquiera de sus movimientos; la sangre se le estancaba y tenía la sensación de que le estaban clavando agujas en los brazos y en las piernas.

¡La cena en la cámara de oficiales! Era lo último que recordaba. ¿Cuánto

tiempo había pasado desde entonces? Un segundo fuerte estampido contra la pared hizo vibrar el lugar en el que ella yacía. ¡Bumm! El estómago se le contrajo instintivamente para compensar aquella sensación de ascenso y descenso de su cuerpo en la oscuridad. Bumm. Bumm. La pared de acero situada tras su cabeza retumbaba. Aunque sabía que era inútil, intentó enderezarse y alzó la cabeza todo lo que buenamente pudo a pesar de las ataduras. Poco a poco fue teniendo claro dónde se encontraba: estaba en su camarote, en el casco del barco. A sus oídos llegaron apagadas voces de órdenes. Luego oyó los estampidos y los retumbos de la maquinaria de un barco. «Un segundo barco. —Se le pasó por la mente—. Están transbordando mercancía. Claro». Antes de que pudiera seguir pensando en ello, todo se ladeó de repente. Algo cayó en su camarote con un ruido y los gritos de fuera se volvieron más intensos. De nuevo algo volvió a chocar contra el casco produciendo un estruendo. Ella se estremeció. Por la inclinación del barco, ella ya tendría que haberse caído de la litera en circunstancias normales, pero las ataduras la mantenían sujeta, volvían a estrangularle la sangre y le cortaban la piel como un cuchillo romo. Sin embargo, eso no era lo más desagradable. Lo peor era que ahora se deslizaba por su busto un objeto de tacto áspero. Al principio no entendió qué era, pero cuando la manta que tenía encima fue resbalándose centímetro a centímetro y ella pudo percibir entonces el aire sobre su piel desnuda, sus ojos se abrieron como platos. ¡Estaba completamente desnuda! Intentó soltarse de las ataduras presa del pánico y gritó por el dolor que le producía cada movimiento. Sin embargo, su voz se desvanecía con el chirrido estridente del exterior, que ahora pudo identificar con claridad. Era el aullido iracundo del metal restregándose contra el metal.

Respiraba a sacudidas y tenía frío. Intentó tranquilizarse, no moverse y ordenar sus recuerdos. Había cenado con ellos; todavía se acordaba de eso. Por supuesto, había percibido la animadversión de la tripulación. Sus miradas. Sus comentarios. Pero estaba acostumbrada a esas conductas, que ya conocía de intervenciones pasadas. Ella se comportó como siempre, no reaccionó a las provocaciones, ingirió su comida y se retiró a su camarote para clasificar las pruebas y escribir sus notas. ¿Qué había sucedido entonces? Su estado de aturdimiento solo podía significar una cosa: ¡la habían anestesiado! ¿Y después? Tuvo náuseas y miró su cuerpo hacia abajo. No podía ver

absolutamente nada, pero, con cada segundo que pasaba, la certeza iba perforando más hondo en su interior. Percibió que hacía minutos que mantenía instintivamente los muslos prietos. Como si eso fuera a cambiar ahora algo. Sintió arcadas. Las caras de los marineros iban desfilando junto a ella. Movi6 la cabeza de un lado a otro, con desesperaci6n, como si as6 pudiera librarse de esas im6genes. ¿Cu6nto tiempo pas6 hasta que perdi6 la conciencia? ¿Las muecas de aquellos t6os! ¿Qu6 le hab6an hecho? ¿Fueron varios o solo uno? ¡Solo!

¿Llevaba anestesiada horas o hab6an sido d6as? No ten6a noci6n alguna del tiempo transcurrido. Ten6a la garganta reseca y sent6a ganas de vomitar. Estaba echada en un camarote sin ventanilla a bordo de un arrastrero, dos metros por debajo de la l6nea de flotaci6n en alg6n lugar del Atl6ntico Norte. Eso era todo lo que sab6a con seguridad.

Se le empezaron a contraer los muslos. Trat6 de relajarse y de pensar con claridad, pero no consegu6a concentrarse. Se le escap6 un gemido, tan desesperado e iracundo, tan extra6o y desacostumbrado, que estuvo a punto de asustarse a s6 misma. Acto seguido, el p6nico se apoder6 de ella otra vez. ¡Las ampollas! Aunque era in6til, clav6 la vista en la oscuridad e intent6 reconocer los objetos que hab6a sobre la mesita de la pared de enfrente del camarote. La distancia era escasa, hab6a poco m6s de un metro de separaci6n entre la mesita y la litera sobre la que estaba tumbada, pero no pod6a ver nada. Le casta6eteaban los dientes. El fr6o avanzaba lentamente por su cuerpo desnudo y el hecho de haber sudado antes con la manta 6spera no hac6a sino acelerar ahora el enfriamiento.

Poco a poco fue recordando m6s detalles. La extra6a sensaci6n que le sobrevino al regresar a su camarote. No se trataba de ning6n cansancio normal. Pens6 en todo lo que le hab6an inculcado una y otra vez durante su formaci6n. «Har6n desaparecer vuestros port6tiles —les hab6an advertido—. Destruir6n vuestros documentos si pueden. Tambi6n lanzar6n las muestras por la borda. Y no olvid6is nunca que sois el 6nico polic6a a bordo y que nadie, absolutamente nadie, os querr6 tener all6. Han anestesiado incluso a observadores. Y les han hecho cosas terribles». Se le aceler6 la respiraci6n. ¿Y si hab6an encontrado las ampollas y se las hab6an llevado? ¿Hab6a llegado por s6 misma a su camarote o se hab6a desmoronado antes? No ten6a ni idea.

—¡Eeeh! —gritó. Tenía la voz ronca y se le quebró al instante. Tragó saliva y se le desfiguró la cara por el dolor. Le escocía la garganta. Reunió saliva, la tragó, respiró hondo y volvió a gritar—: ¡Eeeh!

El ruido de fuera prosiguió sin alteraciones. ¿Eran pasos lo que se oía en la cubierta? Oyó el traqueteo de un motor, posiblemente un torno de cable, pero ante su puerta no se movió nada. Iba a gritar de nuevo, pero se lo pensó mejor. Quien entrara, fuera quien fuese, iba a verla así. Desnuda. Violada. Se arqueó hasta que el dolor en las extremidades casi la dejó sin sentido. El frío, el dolor, el desvalimiento y la humillación la paralizaron. «¡Piensa, piensa! Tienes que salir de aquí antes de que regresen. Tienes que salir de aquí». Un cabrestante traqueteó y se oyeron gritos y exclamaciones por todas partes. El mar de fondo debía de ser enorme, pues el barco se elevaba y descendía incesantemente. «Fuera de aquí», volvió a pensar. Y, a continuación, de nuevo: las ampollas. ¿Estarían a salvo?

Trató de palpar el tipo de ataduras del que se trataba con el dedo corazón. Desistió dos veces porque el dolor se estaba volviendo demasiado intenso, pero finalmente la punta de su dedo chocó contra algo duro, una correa delgada que se le clavaba muy adentro en la piel y que estaba ligeramente ranurada. La palpó varias veces por encima y acabó abandonando con resignación. Era inútil. Un agavillador de cables. No tenía ninguna posibilidad contra aquello. Jamás podría liberarse sin ayuda.

Con los ojos abiertos por el miedo se puso a escuchar con atención en aquella oscuridad impenetrable pero, minuto a minuto, con el ojo interior de la mente fue viendo con más claridad lo que estaba sucediendo en la cubierta. La oscuridad le agudizó todos los sentidos. Conocía esos sonidos. Aquel ruido que se repetía con regularidad e iba acompañado de pequeñas sacudidas que ella percibía en todo el cuerpo solo podía significar una cosa: el barco estaba admitiendo una carga. ¿De quién? ¿Por qué aquí? ¿Con esta marejada? A continuación, oyó unos gritos. Aunque sabía muy bien que se hallaba completamente indefensa, le entró un pánico de muerte. Oyó cómo se descorría un cerrojo y luego se abrió la pesada puerta de metal. No vio nada, una linterna enfocaba directamente a su cara y la deslumbró.

—¿Quién está ahí? —exclamó intentando demostrar valentía, pero le tembló la voz. La luz fue desplazándose lentamente por encima de ella—. ¡Tú,

cerdo! —gritó—. ¡Muéstrate al menos, cerdo cobarde!

Quienquiera que estuviese en la puerta permaneció en silencio, mientras la alumbraba como si fuera un animal en el matadero. Las lágrimas asomaron en sus ojos. ¿Qué iba a suceder ahora? ¿Iba a lanzarse sobre ella alguno de esos perros perversos? ¿Se estaban turnando y ahora le tocaba al siguiente?

—¡Anda, ven acá, gallina! —gritó ella—. Imagínate que yo fuera tu hermana o tu madre. Sí, tal vez entonces te guste de verdad, escoria. Vamos, ¿a qué estás esperando?

Ella misma no sabía de dónde procedían esas expresiones, pero algo en su interior le hacía expulsar esas palabras de desesperación y de desprecio. El foco de luz volvió a dirigirse a su cara y de pronto se acercó a ella con mucha rapidez.

—Buenas noches, zorra. —Oyó decir en español.

Un instante después, algo le pinchó en el muslo izquierdo. La luz seguía fijada en ella deslumbrándola hasta que sus párpados fueron haciéndose cada vez más y más pesados al cabo de unos segundos y se cerraron poco a poco.

El fuerte impacto de una ola sacudió el barco, pero ella ya no lo percibió.

El mensaje de socorro entró a las 4.37 en la central de emergencias de salvamento marítimo de Falmouth. El capitán había enviado el aviso de persona desaparecida a través de una llamada selectiva digital que se reenvió vía satélite al puesto correspondiente de coordinación en el sur de Inglaterra.

El *Valladolid*, un buque arrastrero congelador del tipo Atlantik 333 que navegaba con pabellón español, se encontraba en el momento de la llamada de emergencia en la posición 52° 10'N, 23° 48' O. Los servicios de vigilancia entraron inmediatamente en contacto con el capitán y registraron todos los datos transmitidos. Se comunicaba la desaparición de una mujer de la tripulación. No se sabía el momento exacto, solo que hacía media hora que se la echaba en falta. La desaparecida tenía treinta y tres años y se hallaba en buen estado de salud. No se sabía si llevaba puesto un traje de supervivencia o un chaleco salvavidas, pero lo consideraban improbable dado que no faltaba ningún chaleco y a bordo no había habido actividad pesquera. La habían visto por última vez después de la cena, entre las 19 y las 20 horas, en las

proximidades de su camarote y vestida con ropa informal. Poco después de las cuatro de la madrugada advirtieron el golpeteo de la puerta de su camarote, que estaba sin cerrar. Este estaba vacío y la luz del techo, encendida. La búsqueda bajo cubierta no arrojó ningún resultado. Tras el aviso al puente de mando y el inmediato recuento se registró todo el barco sin que se hallara a la desaparecida. Se temía que se hubiera caído por la borda.

Tras la introducción de todos los datos disponibles comenzó el cálculo de la zona teórica de rescate. Teniendo en cuenta el rumbo del *Valladolid* durante las últimas horas, la velocidad, la posición en el momento de la llamada de socorro, la fuerza del viento, las corrientes marinas y las provocadas por el viento en ese sector, la zona de búsqueda se correspondía aproximadamente con la extensión de Luxemburgo. A partir de esos cálculos se elaboró una lista de todos los barcos que se encontraban cerca del sector afectado y se les reenvió la llamada de socorro junto con el requerimiento de ponerse a disposición de un salvamento marítimo de emergencia. Poco después se recibieron las respuestas con las horas previsibles de llegada a la zona de búsqueda de catorce buques.

La central de Falmouth asignó la coordinación *in situ* a un carguero canadiense que sería el primero en llegar a la zona y que podía poner a disposición el personal suficiente. Arribó al área de destino a las 7.12. A lo largo de la mañana se apresuraron a acudir en ayuda otros barcos, entre ellos una embarcación de pasajeros, un buque cisterna, un carguero, dos naves no clasificadas previamente que resultaron ser barcos militares franceses, así como dos embarcaciones pesqueras. Buscaron sistemáticamente en la zona acotada hasta el anochecer.

El capitán del *Valladolid* informó a su compañía naviera en Vigo, la cual asumió la tarea de informar de inmediato sobre el incidente a los allegados de la observadora pesquera portuguesa que había desaparecido. La Organización de la Pesca del Atlántico Noroccidental, la NAFO por sus siglas en inglés, que había encargado la misión a la joven, interpuso ese mismo día en la fiscalía de Pontevedra una denuncia contra una persona desconocida. El *Valladolid* recibió instrucciones de su compañía naviera para interrumpir *ipso facto* la pesca y poner rumbo a Vigo, su puerto de origen. Se confió este asunto al órgano español correspondiente, la Comisión Permanente de Investigación

de Accidentes e Incidentes Marítimos, la CIAIM.

Al caer la noche no se había divisado a ninguna náufraga a pesar de la intensa búsqueda y a las diecinueve horas se suspendió el rescate.

1

Render

La ermita de Nossa Senhora da Luz, en Carvalhais, era una construcción sencilla, pequeña, blanca, con un zócalo pintado de azul, una puerta de color rojo ladrillo y tres ventanas de vidrieras emplomadas. Una cruz de piedra sobresalía del frontón. Habían construido la parte derecha de la ermita un poco más ancha, de modo que a la altura del canalón se había edificado un saliente de muro en el que había un pequeño campanario. De él colgaba incluso una pequeña campana que ya no se utilizaba. Para hacer las veces de ella se había instalado junto al campanario una barra vertical de la que colgaban un sistema de megafonía con tres altavoces.

A través de ellos sonaba desde hacía poco el ángelus para laudes, hora sexta y vísperas, pero Johann Render no era consciente de ello. Se encontraba más bien poco receptivo ante lo que sucedía a su alrededor. Acababa de llegar a Carvalhais en un Polo que había alquilado en el aeropuerto de Lisboa. En la plaza del pueblo preguntó por la ermita y la encontró sin problemas, a pesar de que no entendió absolutamente nada de la descripción del camino excepto las indicaciones hechas con las manos.

Aparcó frente a la ermita, se bajó del coche y se encaminó directamente hacia la puerta roja. Estaba ajustada pero sin el cerrojo echado. Empujó el picaporte y la puerta cedió con un ligero chirrido y se movió hacia dentro. Render pisó el umbral. El aire era asfíxico y enseguida descubrió el porqué: un impresionante conjunto de velas situadas a su izquierda, sobre un pequeño

altar lateral debajo de una imagen de la Virgen. La mayor parte de ellas ya se había casi consumido y la corriente de aire que se originó al abrir la puerta hizo que ondearan brevemente las llamas. A lo lejos, desde la iglesia del pueblo, se oían amortiguadas las campanadas de las horas, pero por lo demás reinaba un silencio absoluto en aquel diminuto templo. Estaba solo, mirando al altar y respirando con pesadez.

Nadie conocía su llegada. Había partido espontáneamente. La descorazonadora espera y la certeza que iba volviéndose cada vez más probable con cada día que transcurría y que hacía que toda esperanza resultara vana, le hicieron imposible continuar sentado durante más tiempo a su escritorio sin hacer nada, solo aguardando y rezando, algo que de hecho ya había hecho dos veces. Y que posiblemente volvería a hacer ahora. Despacio, como si pudiera quemarse, se acercó al pequeño altar. Allí estaba la fotografía de ella, sonriendo. La imagen debía de ser de la época de la universidad. Un gorro de lana le cubría su larga cabellera y solo se le veía la cara lozana, joven. Estaba de pie en la proa de una gran barca de madera varada de lado y miraba ensimismada el mundo que había detrás de la cámara. Se le contrajo el estómago, pero no apartó la vista, sino que se obligó a observarlo todo con detalle. Allí había flores frescas, y también mustias, que por lo visto nadie se atrevía a retirar.

«¿Cuánto tiempo permanecerá todo esto aquí?», se preguntó. No se esperaba diez años para los desaparecidos en el mar hasta declararlos oficialmente muertos. Como máximo, tal vez seis meses. Teresa procedía de una familia de pescadores. Los locales sabían muy bien que no volvía a aparecer casi nadie que no se hallara a bordo al regresar a puerto.

Junto a la fotografía había un libro de condolencias en el que quedaban muy pocas páginas sin escribir. Pasó las hojas y leyó. Rendo no hablaba portugués, pero comprendía el sentido de la mayoría de las frases de pésame. Alguien había dibujado una cara arrasada en llanto y escrito un breve poema debajo. Abrió la primera página: la entrada estaba escrita con una caligrafía irregular, torpe: «Mi corazón está contigo en tu tumba fría y húmeda, y te da el calor de todo mi amor. Mamá».

Aquellas letras garabateadas se difuminaron frente a sus ojos. Se sentó en uno de los bancos de madera y se sacó un pañuelo del bolsillo, pero lo

mantuvo aferrado en la mano y dio rienda suelta a las lágrimas. ¿Qué habría escrito él si fuera capaz de hacerlo? Ella ya no estaba. Y, por consiguiente, él tampoco. Casi dos años atrás, la vida le había hecho un regalo increíble. Y ahora se lo había vuelto a quitar.

Aquella llamada telefónica lo arrancó del sueño. La voz de la mujer al otro lado de la línea permaneció en completa calma. Eran las seis menos cuarto. Solo vio el nombre en la pantalla y enseguida tuvo el presentimiento de que debía de haber ocurrido algún suceso extraordinario.

—¿Vivian?

—John.

—*Yes?*

¡Ya solo por la forma en que pronunció su nombre, pensó que algo ocurría!

—*What happened?* —preguntó él con una mezcla de impaciencia y de temor—. ¿Por qué me llamas a estas horas de la madrugada?

—Entonces ¿todavía no lo sabes?

—¿El qué? Maldita sea, ¿el qué? ¿Qué pasa, Vivian?

La voz titubeó seguramente tan solo una fracción de segundo. ¿O la impresión de que todo se ralentizaba a su alrededor se debía al creciente pánico?

—Teresa ha desaparecido.

Despertó por completo de golpe.

—¿Qué? —balbuceó.

—Acabo de recibir hace un momento el aviso. —Oyó decir a través de un ruido de fondo—. Ha sucedido en algún momento de esta noche. Están reuniendo ahora mismo una flota de rescate. En cuanto se haga de día, peinarán la zona.

De pronto le resultó difícil respirar. Quería decir algo, pero no lo consiguió. Estaba ahí simplemente sentado, con el auricular al oído y la vista fija y desconcertada en la penumbra de su dormitorio.

—Voy ahora mismo a la oficina —dijo ella.

Él no fue capaz de responder.

—¿John?

—Sí —jadeó él.

—Todavía no sabemos nada con seguridad. Teresa es una observadora experimentada. Estoy en contacto con todos los departamentos y te informaré en cuanto me entere de algo. Ya sabes dónde puedes encontrarme.

—Sí —repitió sin apenas voz—. Gracias.

—Hasta luego.

Ella colgó. Él dejó caer la mano y el teléfono cayó sobre el suelo de madera con un golpe seco. Así debía de ser cuando perdías un brazo o una pierna. En los primeros segundos no sientes ningún dolor, solo un pánico impreciso, elemental. Cuando fue a levantarse, comenzó a temblar y percibió algo caliente entre los muslos. Se dirigió a toda prisa al baño y consiguió sentarse en el retrete, pero, apenas se sentó, el temblor empeoró. Un escalofrío tras otro le recorría la espalda. Jadeaba y el corazón le iba a toda velocidad. El pecho se le hinchaba y deshinchaba como si estuviera teledirigido, como si alguien lo golpeará con brutalidad. ¡Teresa desaparecida! ¡En el Atlántico Norte! Se precipitó sobre el lavabo y vomitó.

Sin saber cómo consiguió ducharse y vestirse. Lo rodeaba una sensación de entumecimiento y de irrealidad: todo parecía empañado, apagado, falso. Se encontraba de pie en la cocina, hecho un completo lío, desconcertado. «A la oficina —pensó—. Tengo que ir ahora mismo a la oficina». Fue dando tumbos hasta la sala de estar y se dejó caer en el sofá. Había sucedido algo atroz, inconcebible. Teresa estaba desaparecida. Lloró. Transcurrieron los minutos, paulatinamente iba haciéndose de día, un día gris de noviembre. El ruido de fondo del tráfico de Bruselas en hora punta penetraba amortiguado por las ventanas. Tenía que ir a la oficina. ¿Tal vez el aviso sería erróneo?

Se puso el abrigo, cogió su maletín y cerró con llave la puerta del piso. Todo parecía igual que siempre. Durante una fracción de segundo imaginó que lo había soñado, pero cuando se sentó en el coche en el aparcamiento subterráneo, volvieron a comenzar los temblores. Condujo con prudencia mientras subía la rampa hasta que la puerta automática desapareció en el techo con un ruido, y se integró en el tráfico de la avenue Louise.

En su planta todo estaba en silencio. Casi nadie aparecía por allí antes de las nueve y ahora no eran más que las ocho y pico. Recorrió el pasillo desierto y abrió la puerta de su despacho, pero de pronto ya no sabía qué estaba

haciendo allí. Encendió la luz con un movimiento mecánico y luego puso en marcha el ordenador. De pronto oyó unos pasos fuera; la puerta se abrió. Vivian Blackwood estaba frente a él. Su jefa estaba pálida y durante unos segundos hubo un silencio. Él quiso decir algo, pero los labios le temblaban demasiado.

Vivian cerró un instante los ojos y negó con la cabeza.

—Todavía no se sabe nada seguro. Media armada está ahí fuera buscándola. Es...

—¿Cuántas horas, Vivian? —la interrumpió él—. ¿Cuántas?

Ella no respondió.

—¿Seis? ¿Siete? —contestó él mismo a su pregunta—. Sabes tan bien como yo que solo se dura unos minutos.

—Removeremos cada piedra, John. Haremos...

Él alzó la mano y volvió a interrumpirla.

—Gracias, Vivian, pero hagamos lo que hagamos, eso no nos la devolverá. Y lo que no hicimos...

La voz se le quebró. El teléfono móvil de Vivian pitó dos veces, pero ella no reaccionó.

—Tengo que subir, John —dijo a continuación—. Moveré cielo y tierra para recibir todas las informaciones. Te prometo que se hará todo lo necesario. Todo.

—Gracias.

Se acercó a él, lo abrazó y el aroma de su perfume lo envolvió. La mejilla de ella tenía un tacto frío no natural al rozar la suya. Ella se apartó, buscó con su mano la de él y se la apretó. Él se dejó hacer. Vivian no lo había abrazado nunca. De hecho, nunca había traspasado la distancia del escritorio. Y ahora le estaba sosteniendo la mano.

¿Se repetiría esta escena durante toda la mañana cuando los demás llegaran y se enteraran de lo que había sucedido? Teresa, su novia, estaba desaparecida. Probablemente se había ahogado en el Atlántico. Enseguida se difundiría la noticia por toda la casa. Se quedó mirando fijamente el ordenador, en el que ahora iban abriéndose sin pausa las ventanitas de los correos electrónicos entrantes. La cabecera era siempre la misma: «Para Johann RENDER Section C/2 GD MARE Fisheries conservation and control -

Atlantic and Outermost Regions». Le habían escrito todos. Neil de la APFO, Gregg de la NAFO e incluso Viktor Bach de la Interpol. Abrió los primeros correos y paseó la vista por su contenido. Eran muy similares, expresaban desconcierto y condolencia, así como la firmeza por ir hasta el fondo del asunto y exigir una explicación completa, sin lagunas. Render cerró el gestor de correo electrónico y fijó la vista en la pared de enfrente. De ella colgaban algunas postales. Y montones de frases tontas. «No debería saberse nunca de qué están hechas dos cosas: la política y las salchichas». Salió de su despacho, desconectó su teléfono y se dirigió al aparcamiento subterráneo. Dado que seguía la ruta opuesta, es decir, saliendo de Bruselas, se libró del megaembotellamiento de todas las mañanas que se producía a la entrada de la ciudad y consiguió llegar rápidamente a la E40 por los túneles. Condujo en dirección a Gante. El sol irrumpió a través de las nubes y brilló con claridad sobre los campos y bosques que había a izquierda y derecha de la autopista. Los carriles de la dirección contraria estaban atascados sin remedio hasta Ternat. Después de Gante salió a la carretera nacional y la siguió hasta la costa. En Breskens estacionó en un aparcamiento abandonado junto al dique. El agua de color plomizo se extendía hasta el horizonte, donde el mundo parecía acabar en una niebla de una sucia tonalidad blanquecina y grisácea. Se pasó toda la mañana recorriendo el camino de las dunas. Almorzó ya tarde en Cadzand, pero se dejó la mitad de la comida y solo se bebió un vino blanco que lo aturdió agradablemente. En el viaje de vuelta, los bocinazos y los frenazos continuos de los conductores se concentraban en los carriles contrarios, y volvió a salir bien librado de los atascos, lo cual no fue óbice para que sus pensamientos cayeran cada vez más en la desesperación, en lo tenebroso. Volvió a conectar su teléfono, pero los mensajes solo confirmaron que todo seguía igual que por la mañana. La habían estado buscando durante todo el día. A las siete de la tarde se habían suspendido todas las medidas de rescate. El incidente no se mencionaba en los medios nacionales ni en los internacionales. Solo en internet se especulaba al respecto de lo sucedido, pero él interrumpió la lectura al cabo de unas pocas frases. Vivian le envió un mensaje donde le decía que le dispensaba de acudir al trabajo durante el resto de la semana; también le comunicaba que si ella podía hacer algo, no tenía nada más que pedírselo.

¿Hacer? Sí, ¿hacer qué? Al llegar a Bruselas se fue al cine por pura desesperación, pero la cosa no funcionó. Daba lo mismo lo que apareciera en la pantalla, porque él veía siempre la misma cara. Media hora después de que empezara la película, se salió del cine. Indeciso, dio algunos pasos en dirección a la porte de Namur, pero descartó entrar en ningún bar y, en vez de eso, caminó torpemente hasta el aparcamiento subterráneo en el que estaba su coche.

¿Qué debía hacer para distraerse, para no volverse loco? Un nudo en la garganta le tenía casi cortada la respiración. Le costó introducir la tarjeta del aparcamiento en la ranura de la máquina por lo mucho que le temblaba la mano. Al final encontró su coche y se sentó en su interior, pero se quedó allí sin hacer nada. Ante él se extendía un entorno espectral de automóviles vacíos, pilares de hormigón y una iluminación mortecina. El culpable era él, oía decir en su mente a martillazos. ¡Él era el culpable de su muerte! Daba lo mismo lo que dijeran los demás.

Render agarró con fuerza el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos y esperó a que se desatara poco a poco el nudo de su garganta. Por fin arrancó el viejo BMW y ascendió la estrecha salida de vehículos en forma de espiral. Hacía solo unas pocas semanas, ella estaba sentada en el coche a su lado. Habían cenado en un pequeño restaurante en la rue de la Régence y luego habían regresado al aparcamiento de la rue de Namur, pasando por la place du Petit Sablon. Ella iba colgada de su brazo. Recordó el aroma de su perfume. Llevaba el pelo suelto y, de vez en cuando, el viento le lanzaba contra la cara uno de sus largos mechones. El recuerdo le resultó insoportable. Aceleró, rozó ligeramente la curvada pared de la salida de vehículos, frenó de repente y a continuación avanzó despacio hasta la barrera. Sin prestar atención a los daños ocasionados en el guardabarros introdujo el tíquet en la máquina y se adentró en el tráfico vespertino.

No tenía que recorrer mucha distancia. Su vivienda se encontraba en uno de los modernos edificios de alquiler de los años treinta que había en el extremo bajo de la avenue Louise. No era especialmente bonita, pero estaba en una cuarta planta con vistas al square du Jardin du Roi y poseía ventanas con acristalamiento triple, de modo que el ruido de ese bulevar de cuatro carriles llegaba amortiguado a su piso siempre que él las mantuviera cerradas. Su vida

se desarrollaba sobre todo en la parte trasera de la vivienda, donde se encontraban el baño y la cocina, el despacho y el dormitorio. Prácticamente no utilizaba nunca la sala de estar ni el comedor. Los tiempos en los que había celebrado cenas de gala quedaban ya muy en el pasado. Pocas veces se habían debido estas a su propia iniciativa, sino que casi siempre las habían organizado sus dos esposas, con quienes había pasado dieciséis y dos años, respectivamente.

Tenía tres hijos de su primer matrimonio. Sus dos hijas vivían con su madre en Países Bajos y su hijo, el mayor de los tres, estaba estudiando en Estados Unidos. Con su segunda esposa, una jurista austríaca que había conocido en Viena durante una reunión, todo había acabado tras tan solo dos años de matrimonio. Al menos no había tenido más hijos con ella. Por muy incomprensible que le pareciera aquello en la actualidad, después de cada boda había comprado de inmediato una casa y se había metido en reformas que duraron meses. Después de cada divorcio las había vendido, la primera vez con ganancias; la segunda, con unas pérdidas tales que equivalieron a las ganancias de la primera transacción. Mientras tanto, consideraba molesta toda forma de propiedad. No quería estar atado a nada más e incluso habría preferido alquilar los trajes que se ponía. Su tiempo en Bruselas estaba ya prácticamente finiquitado. Al contrario que algunos de sus colegas, que al final de sus carreras pillaban unos lucrativos contratos de asesoramiento para aumentar aún más sus ya sustanciosas pensiones, y se dedicaban en adelante a hacer más o menos lo mismo que desarrollaban hasta entonces, él iba a poner un punto final definitivo a su compromiso con Europa.

Durante mucho tiempo no supo adónde iría después. Ya no conocía a nadie en Alemania. Siempre había acariciado y sopesado la idea de viajar a Estados Unidos, de mudarse allí para estar cerca de su primogénito, que era con quien mejor se entendía de sus tres hijos. O a Ámsterdam. Sin embargo, la relación con sus dos hijas era difícil. Durante sus años mozos habían estado expuestas masivamente al veneno que les había inoculado su primera esposa después del divorcio. Se negaban incluso a hablar en alemán con él, algo absurdo, porque si bien su neerlandés era más que bueno, no entendía por qué tenía que comunicarse con sus propias hijas en un idioma extranjero. Desde hacía casi treinta años estaba obligado a hablar todos los días en francés o en inglés. Ya

estaba hasta el gorro de todo, tanto por ese motivo como por muchos otros detalles.

«Estás cansado de vivir en el extranjero», le había dicho Teresa, que lo expresó de una manera muy simple y clara, igual que si su médico le hubiera comunicado que tenía diabetes. No era ninguna enfermedad muy peligrosa, pero sí un estado que perjudicaba y mermaba su vida. «Tienes que volver a casa —le explicó ella—. A tu idioma. A tu mundo. Aquí vives igual que en una estación lunar. No se puede ser solo europeo. Eso es demasiado abstracto. Hay que serlo “además” de otra cosa. Quien “solamente” es europeo no es nada. En algún momento caes en la nada». Entró en el piso a oscuras, cerró la puerta y percibió cómo le invadía un vacío infinito. ¿Volver a casa? ¿Y dónde quedaba ahora? Con ella —eso es lo que había pensado—, todo adquiriría un giro completamente nuevo. Con Teresa el futuro volvía a estar de repente completamente abierto. Tal vez se habría establecido en Lisboa. O habría viajado con ella por el mundo y la habría apoyado en sus proyectos. Así se lo había imaginado él. Pero ¿y ahora? ¡Se acabó! Desaparecida en el mar. Caída por la borda. No había indicios de una intervención externa.

Render fue a la cocina, se sirvió una copa de vino tinto de una botella medio llena y conectó su teléfono móvil en una base dock al lado del microondas. Al cabo de unos pocos segundos la música del piano de Bill Evans llenaba el espacio. Render la escuchó atentamente. Luego dejó la copa a un lado y sopesó seriamente echar una carrera con la velocidad suficiente hasta la sala de estar y saltar por uno de los grandes ventanales.

Cuando ella iba a verlo a Bruselas solía quedarse junto al ventanal mirando a la calle. Con un abrigo. Con tejanos. Una vez también casi desnuda, solo con una colcha sobre los hombros. Le gustaba la vista sobre la variante bruselense de los Campos Elíseos. La comparación con París no se sostenía en lo más mínimo, por supuesto, a no ser quizá por las tres horas de atasco de cada mañana o por los compradores de marcas de lujo que dominaban la ciudad durante el resto del día. La zona quedaba desierta como muy tarde después del cierre de las tiendas. Pasadas las diez de la noche, llegaban las prostitutas.

Volvió a sentarse y ocultó la cabeza entre las manos. Se sentía como si tuviera un agujero inmenso, invisible, en el pecho, a través del cual soplara el

viento. Continuamente se veía obligado a tragar saliva sin motivo. ¿Cómo iban a seguir las cosas? ¿Por qué debía continuar nada en absoluto? Su despacho en la rue Joseph II no lo esperaba. No se agobiaría conduciendo por la avenue Louise y luego atravesando el túnel hasta la rue Belliard, como había hecho miles de veces hasta entonces. No tenía actos pendientes ni sesiones. A las once cualquier otro colega acompañaría a Vivian a la comisión presupuestaria. ¿La cita con el defensor del consumidor? ¿El encuentro con el ponente de la Comisión de Pesca del Parlamento Europeo? Todo se había aplazado para la semana próxima. ¡La semana próxima!

Se levantó y se dirigió a su despacho. La pantalla del ordenador se encendió en cuanto tocó el ratón y, con un suave zumbido, arrancó el disco duro. Tres minutos más tarde ya había encontrado la conexión más rápida para ir a Carvalhais. Reservó el vuelo que salía más temprano hacia Lisboa y luego un coche de alquiler que cogería a su llegada.

Luego metió algunas cosas en una maleta pequeña, pidió un taxi al aeropuerto para las seis de la mañana, se tomó un somnífero y se fue a la cama.

Así fue como su estado de paralización por la conmoción se convirtió de pronto en unas ganas ciegas de acción. Las cosas no pudieron suceder más rápido. El vuelo aterrizó en Portela a las once, y media hora después estaba sentado en su coche de alquiler. El trayecto no le llevó siquiera dos horas, y ahora se encontraba en la ermita de la localidad donde ella había nacido y crecido. ¿Y ahora qué? ¿Qué podía hacer en estos momentos? ¿Seguir esperando? ¿El qué? ¿Un consuelo? ¿Esperar cualquier señal de que por un azar inimaginable ella hubiera sobrevivido lo suficiente en las aguas y que otro barco la hubiese rescatado?

Se conminó a levantarse de nuevo, se acercó otra vez al altar y examinó las muestras de pésame, duelo y desesperación. Allí estaba una pequeña tarjeta con la foto de un bebé que anunciaba su nacimiento. Teresa María da Carvalho. 14 de abril de 1989. Debajo había fijado un mechoncito de cabello infantil. Al lado había una cadenita de oro con una cruz.

«Lo que debe estar pasando su madre», pensó. Su padre. Sus hermanos y hermanas. Él no los conocía, solo lo que ella le había contado. Ningún familiar de ella se había puesto en contacto con él. No sabían de su existencia.

Sacó una vela nueva de un recipiente de latón que estaba junto al libro de condolencias, la encendió con una de las que ya estaba casi consumida y la presionó contra el pabilo y la cera líquida de la anterior. Al cabo de unos pocos segundos la soltó, comprobó durante un instante si se sostenía en pie y se dio la vuelta.

Al salir de la ermita no vio a nadie por ningún lado. El cielo tenía un color azul radiante, el aire era suave y a la vez fresco. Respiró hondo, se sentó al volante de su coche y se puso a esperar. Al cabo de un rato llegaron a pie, despacio, algunas personas procedentes del pueblo. Dos mujeres vestidas de negro y un hombre joven con pantalón de pana de color castaño oscuro, una camisa a cuadros de franela y una chaqueta de piel raída. Rendar no se movió. Pasaron justo al lado de su vehículo, pero no le prestaron atención. Vio sus caras.

Las mujeres eran ancianas, sus rostros estaban vacíos, carentes por completo de expresión. El hombre era considerablemente más joven y su paso, era firme. Tenía una espesa cabellera negra y unos ojos oscuros, serios, escrutadores. «¿Su hermano?», se preguntó, pero no fue capaz de bajarse del coche y hablarles. Entraron en la ermita, la puerta se cerró tras ellos y todo quedó como estaba antes. El cielo seguía vacío sobre su cabeza. El viento acariciaba los campos circundantes haciendo mecer a un lado y a otro las hierbas altas. Unas golondrinas pasaron veloces por encima sin hacer ruido. Arrancó el motor y se marchó de allí.

2

Teresa

De: Teresa.Carvalho@lusoweb.pt
a: John.Render1412@hotmail.com
Enviado: Sunday, November 08,2015 16.34 pm.
Asunto: *Valladolid*

My love:

Desde anteayer me encuentro a bordo del *Valladolid*. ¡Dios mío, qué diferencia con el *Ariana*! Ya el transbordo fue toda una catástrofe con una tremenda marejada y el capitán hizo todo lo posible para ofrecerme una recepción inequívoca; continuamente movía la popa hacia el viento a causa de unos supuestos problemas para maniobrar.

No me hago ilusiones. Las dos semanas en el *Valladolid* van a ser difíciles. Me siento como una ayudante del *sheriff* en el Bronx no armada, rodeada de personajes sospechosos que me miran con miradas de significado evidente. Por suerte tengo, de manera excepcional, un camarote que puedo cerrar con llave y la seguridad de que hay muchos ojos oficiales con la vista puesta en este barco, así que no se atreverán a hacerte nada. Ahora bien, tengo otro concepto de lo que significa un puesto de trabajo agradable. El ambiente a bordo y entre la tripulación es malo, y seguramente no se debe tan solo al hecho de que hayan enviado una controladora al barco. Y, para más inri, a una mujer. Los marineros son supersticiosos, como ya sabes. Y a quien no es capaz de mear por la borda con un viento de fuerza cinco no se le ha perdido nada a

bordo. De hecho, en el puente de mando vi tiradas unas tijeras viejas, requeveviejas, detrás del panel de control, lo cual dicen que es un amuleto contra la brujería, como todo el mundo sabe. ¡Bueno!, ahora tienen por desgracia a bordo a una bruja con el título de doctora en Biología Marina, así que no les van a servir de mucho sus tijeras.

El humor del capitán del pesquero probablemente tampoco sería mejor sin mi presencia aquí. Llevan ya cinco días navegando y las capturas son miserables, un 40 por ciento por debajo de lo previsto, algo que me extraña, pues disponen de todo un arsenal en equipamiento técnico digno de un portaaviones para la guerra electrónica. El barco es muy viejo pero está bien cuidado: un buque arrastrero factoría de 60 metros de eslora con treinta y siete tripulantes, con una capacidad total de casi 250 toneladas. Tienen un equipo de procesamiento de harina de pescado que consigue fabricar entre diez y doce toneladas al día, y otro para aceite de pescado que llega a las cuatro toneladas. Así pues, se trata de una máquina flotante de elevada eficiencia en la aniquilación de peces. Extraje algunas pruebas de los espacios de carga y encontré alevines ya sexualmente maduros. La espiral de la catástrofe prosigue su giro destructor y la madre naturaleza ha enloquecido. Algunas especies ya no consiguen siquiera que sus descendientes lleguen de manera normal a la madurez sexual porque las estamos pescando en todas partes demasiado pronto. La naturaleza da la señal de alarma y echa mano del último recurso para la conservación de la especie: ¡hijos capaces de reproducirse! Tal vez merecería la pena mencionar esto en la próxima reunión de la Comisión de Pesca antes de que las señoras ministras y los señores ministros de los países miembros autoricen la siguiente masacre con las cuotas de pesca.

En el estado actual de las cosas, dicho sea de paso, el *Valladolid* resultaría más rentable si lo enviaran al desguace. Este barco consume ocho toneladas de crudo pesado al día; con carga, nueve. A pesar de las subvenciones para el gasóleo de uso marítimo, los gastos en combustible sobrepasan, según mis cálculos, las ganancias por las capturas. A eso hay que añadir los salarios, que son más que miserables. Si se llenaran las redes, aún podría hablarse de beneficios, incluso para los trabajadores, que participan en los ingresos por la pesca. Sin embargo, aquí no puede hablarse para nada de que se llenen las redes y el ambiente está en miserable consonancia. Por lo

visto, el capitán ya ha dado instrucciones de ahorrar en todo lo que sea posible: comida, alcohol, cigarrillos. *You get the picture*: marineros frustrados sometidos a una tremenda presión económica, apiñados en el Atlántico Norte en un buque de poco más de un millón de euros que arrastra sus redes a diestro y siniestro sobre un lecho marino ya esquilado en su mayor parte y que apenas atrapan nada. Y tu Teresa se encuentra en medio, entre ellos.

El destino de estos sepultureros de nuestro planeta no me preocupa demasiado, solo me dan pena los trabajadores de cubierta, esos pobres diablos de Birmania, Vietnam, Camboya o de donde sea que vengan. ¿Qué culpa tienen de que una industria de la pesca enloquecida esté llevando a cabo un biocidio irreversible? En sus países ya no encuentran trabajo o alimento simplemente porque nuestros arrastreros gigantes han aspirado sus caladeros hasta vaciarlos. Así que ahora se enrolan en nuestros gigantescos barcos aspiradora y completan la catástrofe, cosa que tal vez les proporcione un sueldo y alimento durante unos pocos años, pero no ciertamente a sus hijos.

Cuando los veo, pienso inevitablemente en mi padre. Ya te he contado que en los años sesenta y setenta se enroló, como muchos otros portugueses, y mató, descuartizó y congeló peces a destajo. Ahora dejáis que lo hagan otros. ¿Te he dicho alguna vez que al final se enroló en buques de la RDA porque las condiciones laborales en Occidente se habían vuelto demasiado inhumanas? ¡Lástima! Me habría gustado que lo hubieras conocido. Aunque, bien mirado, si se hubiera enterado de que me he liado con un alemán de cincuenta y seis años, divorciado dos veces, no sé yo si...

Voy a estar muy ocupada. Dentro de cuatro días tengo que enviar mi nuevo informe; entonces no tendrán más remedio que dejarme entrar en la cabina de radio y podré enviarte un correo electrónico. Así que por desgracia tendrás que esperar noticias mías todo ese tiempo. Me resulta difícil no verte durante tanto tiempo. Cuento los días.

Estamos navegando ahora por una zona nueva y ya se ha hecho de noche, de modo que no puedo hacer gran cosa. Examinaré las artes de pesca después de la primera captura. Después daré una vuelta por debajo de la cubierta para familiarizarme mejor con los recorridos y no estorbar mañana a nadie. Tal vez hasta pueda serles un poco de utilidad. En el *Ariana* funcionó muy bien que les echara una mano. Cuanto más se olviden de por qué estoy realmente aquí,

mejor.

Me esperan mis fichas y mis tubitos de ensayo para los otolitos. Llevo mal la espera para volver a verte. Deseo que no queden atrapados delfines ni focas en las redes. Siempre me rompe el corazón oírlos chillar. Lo último que quiero es tener que sajar el morro de una foca y esterilizar la herida para asegurarle sus dientes, la verdad.

Besos y abrazos,

TERESA

3

Di Melo

La joven se apartaba de la cara el cabello de color castaño y parecía concentrada en leer algo que tenía encima de la mesa. En la mano izquierda tenía un cigarrillo encendido. El humo ascendía serpenteando por el aire inmóvil. Estaba sentada sola a la mesa, pero en ella había dos vasos. Por lo visto estaba acompañada.

Alessandro Di Melo tragó saliva. La persona de la fotografía era casi irrealmente real. En realidad eso no debía extrañarle. Todo teléfono móvil de calidad captaba hoy en día imágenes como esa. Era difícil decir de qué localidad se trataba. ¿Un restaurante? ¿Una cafetería? ¿Un hotel? En la siguiente foto, la joven miraba directamente a la cámara y sonreía. Di Melo intentó que no se le notara ninguna reacción.

Percibió la mirada gélida de Ignacio Buzual y dirigió brevemente la vista hacia él; estaba sentado enfrente en el otro extremo de la mesa de reuniones. Su hijo Ibai estaba a su lado, inclinado sobre el ordenador portátil, y controlaba el cañón de proyección que colgaba del techo. Estaban solos en la sala.

Di Melo se concentró de nuevo en la pantalla: siguieron otras fotos. Ahora había un hombre sentado a la mesa de la joven. Una sucesión rápida de imágenes mostraba a los dos desde diferentes ángulos. «Tal vez unos treinta y tantos», calculó Di Melo. Del tipo lobo de mar. Cabello rizado castaño, barba cerrada. Los rasgos de la cara proporcionados, agradables, pero que uno

olvidaba de inmediato. Por lo visto eso no le ocurría a su hija. En una de las fotos tenía una mano sobre las de él y le decía algo que Di Melo nunca llegaría a saber.

—Steve Riess —oyó decir a la voz de Ignacio—. Canadiense. Ha viajado dos veces en ese Watson y figura en la lista de la Interpol. No puede entrar ni en Europa ni en Estados Unidos sin que lo detengan. Por desgracia, los australianos no le incordian y le dejan ir y venir cuando y como quiera.

Di Melo no respondió. Bueno, ¿y qué? ¿Qué cambiaba eso? ¿Qué interés podía tener él en un Steve Riess cualquiera? Y sobre todo: ¿de dónde demonios había sacado Buzual esas fotografías?

—Así pues, ¿es tu hija? —prosiguió Ignacio después de una pausa.

Di Melo asintió en silencio. Claro que era ella. Hacía cinco años que no veía a Ragna ni recibía señales de vida por parte de ella. Sin embargo, la reconoció al instante. Sin ninguna duda. No obstante, todavía no estaba en disposición de captar lo que significaba eso para él. Le gustaba reflexionar: al fin y al cabo le pagaban por ello. Y muy bien incluso. Solo que nunca con prisa. Él era un buen estratega, pero esto de aquí era una pesadilla.

Una joven de pelo negro miraba ahora sonriente a la cámara. Al parecer era una amiga de Ragna, pues en la siguiente foto aparecían cogidas del brazo frente a un templo asiático cualquiera. ¿Se trataba de unas vacaciones?

—¿De dónde son estas fotografías? —inquirió él.

Ya había formulado antes esa pregunta, pero Buzual tampoco le respondió ahora.

—Eso después, Alessandro. Ibai te lo aclarará todo. La morena estuvo aquí, en nuestro barco. Es portuguesa. Teresa Carvalho. ¿Eso es todo, Ibai?

El interpelado se limitó a asentir con la cabeza y miró a Di Melo con desconfianza y animadversión.

—Tengo que hacer una breve llamada —dijo el hombre mayor, levantándose de su asiento—. Regresaré enseguida.

Di Melo no tuvo más remedio que esperar. Había dado por supuesto que se trataba solamente de un incidente cualquiera a bordo de uno de los barcos de Buzual. En todo caso, eso es lo que se imaginó cuando la secretaria del armador español lo llamó por teléfono hacía cinco días y le pidió que fuera a Vigo lo más rápidamente posible. Él se encontraba en aquellos momentos en

Londres y tenía algunas citas inaplazables en los días siguientes. Dos días en Moscú. A continuación, Frankfurt. Pero entonces surgió el nombre de Ragna y se dirigió allí con toda la celeridad posible.

Apenas recordaba nada de Buzual. O tal vez debería decir más bien que había tratado de reprimir de la mejor manera posible en su mente todo lo que lo relacionaba con esa persona. Por precaución había mandado que seleccionaran los antiguos documentos y los cargaran en el servidor de la oficina para estudiarlos en el Charles de Gaulle mientras esperaba el vuelo a Vigo. Habían pasado más de diez años desde que había trabajado para Ignacio Buzual. Había sido un buen negocio. Uno de los barcos de Buzual había pescado ilegalmente bacalao antártico en una reserva natural de la Antártida y lo había apresado un guardacostas australiano. Este barco había estado persiguiendo al arrastrero durante más de cuatro mil millas marítimas y, finalmente, gracias a la intervención de mercenarios sudafricanos, lo apresó y lo remolcó hasta Perth, donde se pretendía llevar a juicio a la tripulación. Di Melo y su equipo no tuvieron grandes dificultades para liberarlos. La acusación no era sostenible desde un punto de vista jurídico. El derecho marítimo internacional era más impreciso incluso que el derecho internacional. La tripulación quedó libre porque no pudo demostrarse más allá de toda duda que el pescado encontrado a bordo del buque procediera de la zona protegida. De todos modos, los australianos conservaron el barco e incluso posteriormente lo destruyeron. También eso era ilegal y mantenía ocupados a los tribunales hasta la actualidad. En conjunto, Buzual salió bien parado de ese asunto; las pérdidas materiales fueron soportables. Hacía ya mucho tiempo que su gente volvía a estar en activo y presumiblemente habían encontrado otras vías para acceder al pescado apetecido. El único que pagó un elevado precio por aquel maldito encargo fue el propio Di Melo: ¡su hija! Ella viajaba en el barco perseguidor y estuvo presente en el juicio; desde entonces no había vuelto a cruzar palabra con él.

Ya solo por ese motivo, a Di Melo le disgustaba extraordinariamente recordar aquella época en la que hacía negocios con tipos como Buzual. Representaba una fase desagradable de su vida en todos los niveles, desde un punto de vista tanto profesional como privado. Se había metido como un idiota en el autoempleo nada menos que poco antes de que reventara la burbuja de

internet con el cambio de milenio y casi llegó a arruinarse. No fue por las acciones, no, tampoco era tan estúpido, pero después del hundimiento de la economía hubo un tiempo en que no había movimiento alguno ni tampoco funcionaba nada. El negocio del asesoramiento se hundió por completo. Todos los directores de empresa en quiebra ejercían de asesores en el mercado y tiraba por los suelos los precios y el negocio. Y, por si fuera poco, vivían nada menos que en Frankfurt, en uno de los centros de aquel fiasco. ¿Cómo era posible que su instinto le hubiera dejado en la estacada? Con grandes y penosos esfuerzos se mantuvo a flote a sí mismo y a su familia, pero eso significó tener que aceptar todo lo que le ofrecían, y apenas salía del avión.

Su esposa detestó Frankfurt desde el principio. A Ylva no le gustaba Alemania y se tomó mal que ella y Ragna estuvieran clavadas allí mientras él apenas aparecía por casa alguna que otra vez. No obstante, él pensó que regresar a Europa podía ser del agrado de ella. Frankfurt estaba situada en una posición geográfica estratégica. Ella iba a estar más cerca de su tierra, Noruega, y Ragna podría aprender por fin alemán, algo que para él significaba mucho. Él mismo había nacido en el cantón suizo del Tesino, pero haber estudiado la carrera en San Galo y posteriormente en Zurich le habían abierto caminos que de otra manera no habría recorrido nunca. A pesar de todo, no era el idioma de Kant y de Goethe lo que le interesaba. Él prefería a Maquiavelo y a Dante. Lo que le fascinaba era el país líder en exportaciones. Quería comprender el pensamiento de la gente que había producido una de las economías nacionales más potentes del planeta.

Sin embargo, todo sucedió de una manera diferente a lo planeado. El cambio de Ragna desde una escuela internacional a un instituto alemán le produjo una especie de estado de conmoción. E Ylva comenzó a beber. Ese mismo año estalló la burbuja de internet. Un año más tarde, después de los atentados en Nueva York, se hundió la bolsa de Estados Unidos. Finalmente, siguió también la debacle de Enron y Arthur Andersen se hundió. Un campo de batalla. Algunos amigos del mundo de los negocios se pegaron un tiro. Socios arruinados. Llamadas telefónicas de antiguos colegas desesperados que estaban con el agua al cuello y le suplicaban ayuda. Y, mientras, él estaba ocupado en levantar su propia empresa entre aquellos escombros.

A posteriori quedó demostrado que fue el golpe de su vida. Comprar

cuando corre la sangre por las calles. Invertir cuando el humo asciende de las ruinas. Esas eran recomendaciones bursátiles que andaban en boca de todo el mundo. Ahora bien, ¿quién tenía valor de verdad para ello? Él tampoco lo habría reunido si entonces hubiera visto alguna otra alternativa. Sin embargo, no tuvo ninguna otra opción, y así fueron a parar tipos como Buzual a su cartera de valores. Y a través de uno de esos sucios encargos consiguió finalmente establecer contacto con SVG-Consulting, una consultora de prestigio internacional. Poco tiempo después se ampliaba la oficina en Ginebra y entonces tuvo la oportunidad de entrar en la empresa. Ahora él ya era socio, y SVG-Consulting había absorbido a dos grandes agencias de la competencia. En la actualidad no contestaría siquiera a la solicitud de consulta de tipos como Buzual, pero ya estaba sentado allí y no tenía otra opción. Así pues, Ragna se hallaba en Rangún, presumiblemente mantenía una relación con un ecoterrorista buscado por la Interpol y para colmo se había colocado en el punto de mira de estos piratas españoles de la pesca. Un buen embrollo.

Dirigió una mirada furtiva a Ibai, pero este no le prestaba atención, sino que estaba trasteando en su móvil. La conversación telefónica de Buzual estaba durando más de lo anunciado. Di Melo se levantó y se acercó a la ventana: comenzaba a oscurecer. Bajo aquel cielo sombrío estaba el Atlántico, negro como la pez, y aproximadamente a mitad de camino entre él y las masas oscuras de agua unos puntos de luz marcaban la linde de la costa gallega. La villa de Buzual se encontraba en una elevación y con buen tiempo probablemente podían verse desde ella las islas situadas frente a la bahía de Vigo. No dejaba de ser un paraje hermoso para una mala noticia. Se quedó mirando fijamente su cara reflejada en el cristal de la ventana que parecía decirle: «Olvídate. No puedes hacer nada por ella. Tomó una decisión mucho tiempo atrás. Ya no hay nada que hacer. No hay manera de ayudarla».

El mundo era así. No había nadie capaz de cambiarlo. Tampoco su hija con su lobo marino. La única cuestión era dónde y cómo se posicionaba uno. Solo los locos se colocaban, además voluntariamente, allí donde colisionaban las placas tectónicas de las grandes esferas de intereses globales.

Buzual regresó y volvió a tomar asiento a la mesa. Di Melo hizo lo propio. Ibai dejó a un lado su móvil y se cruzó de brazos. Su padre bebió un sorbo de agua. Di Melo vio cómo le latían las sienes a Buzual. Tenía la piel, curtida por

muchos años en el mar, tan tensa sobre el cráneo como si fuera el cuero que rodeaba una bola. También tenían mal aspecto sus manos, repletas de lunares y atravesadas por superficies blancas en las que los pigmentos habían desaparecido y se transparentaba la piel sonrosada. «Una piel de bebé», pensó Di Melo de manera irracional. Como si el anciano estuviera mudando de piel con la esperanza de poder retroceder en el tiempo.

—¿Qué puede hacer un padre —dijo Buzual, mirando de reojo a su retoño— cuando los hijos no quieren obedecer? ¿No te parece, Alessandro? Ibai, por favor, cuéntenos lo que sucedió el domingo en el *Valladolid* para que nuestro amigo tenga una imagen clara de esta historia.

Ibai carraspeó, pero eso no cambió mucho el tono bronco y áspero de su voz.

—Bruselas nos envía siempre a esos malditos observadores. Esta vez era una portuguesa, muy guapa, pero extremadamente curiosa. Era un mal momento: íbamos dando bordadas y el barco del suministro se hallaba ya muy cerca. Pero no pudimos transbordar a causa de la señorita.

—¿Qué os suministraban? —le interrumpió Di Melo.

—Pescado, por supuesto.

—¿Qué pescado? ¿Otra vez bacalao antártico? ¿O habéis encontrado algo nuevo?

—¿Importa algo eso? —intervino Buzual padre en la conversación—. Pescado bueno y nutritivo, destinado precisamente a Europa, donde ya no queda y de todas maneras se captura por unos o por otros.

—¿Quién os lo suministra?

—Alessandro, ese no es nuestro tema. Ibai, prosigue.

Di Melo se calló a regañadientes. Ibai continuó:

—Ella era diferente de los observadores habituales. Enseguida se dio cuenta de que teníamos muy poco pescado en los congeladores. Hacer tan pocas capturas con nuestro equipamiento hizo que le saltaran enseguida todas las alarmas. Y se puso a husmear. Quería ver los libros de las capturas y demás. Llevaba su ordenador a todas horas consigo. Y también una riñonera con algunos instrumentos de análisis. Cargaba con eso todo el rato, incluso para comer.

Di Melo no dijo nada, sino que se limitó a torcer la comisura de la boca en

un gesto de escepticismo y a encogerse de hombros.

—Tengo olfato para esas cosas —prosiguió Ibai—, así que andaba pisándole los talones todo el tiempo. La pillé en las cámaras frigoríficas. Ella pensaba que se encontraba sola; estaba manipulando algo: inyectaba un líquido al pescado y también utilizaba un pulverizador.

—Pruebas —repuso Di Melo—, debía estar extrayendo pruebas. ¿Qué iba a hacer si no? Los observadores pesqueros lo hacen continuamente.

—No —replicó Ibai con un resoplido—. ¿Crees que no sé cómo trabajan normalmente?

—Vale, vale —intervino Buzual padre.

Ibai masculló un taco para sus adentros. Di Melo se mordió la lengua y reprimió otra observación.

—Sigue —ordenó el padre.

—Como es natural, le eché enseguida la bronca. Ella hizo desaparecer de inmediato sus inyecciones y ampollas, dijo alguna tontería sobre pruebas de higiene y se dispuso a salir de la cámara frigorífica. Yo me interpose en su camino, ella me empujó hacia un lado y, como una gata, subió a toda prisa los escalones. Yo iba detrás, pero ella era bastante rápida. Arrojó algo por la borda, después desapareció bajo cubierta y se atrincheró en su camarote. Luego se puso a vocear que la dejara en paz o de lo contrario me denunciaría *ipso facto* a las autoridades. Puede que le entrara el pánico. Bueno, pensé yo, ya saldrá de ahí en algún momento. —Ibai se tomó una breve pausa antes de añadir—: Y entonces sucedió el accidente.

Di Melo parpadeó.

—¿Accidente? —dijo en voz baja.

Ibai miró a su padre, pero este se limitó a alzar brevemente la mano para indicar que continuara.

—De repente exigió que la lleváramos inmediatamente al puerto más próximo y que la policía portuaria la escoltara con un barco. Eso no podía ser de ninguna de las maneras, por supuesto. Entonces se puso a vociferar que quería regresar al *Ariana*, que les enviáramos un mensaje de radio para que vinieran a buscarla. La cosa se fue complicando poco a poco y volviéndose muy desagradable. Mateo me agobiaba todo el rato diciéndome que no podía aguardar más tiempo el transbordo de la carga. Los tailandeses estaban que

trinaban y querían saber por qué no llegábamos al punto de encuentro.

—¿Quién es Mateo?

—El capitán —aclaró Buzual padre.

—Primero teníamos que transbordar la carga —prosiguió Ibai—. No podíamos esperar eternamente, pero no se nos presentaba ninguna oportunidad de mezclarle algo con la comida, o una cosa similar, ya que ella no salía para nada de su maldito camarote. Además, ¿qué había estado maquinando en la cámara frigorífica? Mateo ordenó finalmente derribar su puerta y llevarla a la cámara de oficiales. Queríamos hablar con ella con toda tranquilidad.

Di Melo tragó saliva. Ser «interrogado» por Ibai Buzual en alta mar, a miles de kilómetros de cualquier posible ayuda, era de verdad lo último que él desearía.

—Pero ella se fue poniendo cada vez más histérica. Simplemente no abría la boca. No encontramos nada en su camarote, solo las muestras que ella había extraído. Yo le pregunté qué había arrojado al agua, pero ella se puso a dar gritos. Así pues, ahora teníamos un problema doble. Ella no solo trabajaba para los cenutrios de Bruselas, eso era seguro. Ya no disponíamos de más tiempo para largos debates. Teníamos que administrarle algún calmante para poder realizar el transbordo. De eso se encargaría Mateo, porque yo tenía que subir, pues los tailandeses se estaban aproximando. Mateo dijo que ella se le abalanzó de pronto como una loca y que no pudo tenerla controlada. Huyó hasta cubierta y allí debió de resbalar por la tremenda marejada reinante. O simplemente se confundió de dirección con la oscuridad y la lluvia. ¿Qué sé yo? Ninguno de nosotros vio nada. Mateo apareció de pronto en el puente de mando y gritó que ella se había escapado. Bueno. Así fue como ocurrió.

Di Melo dio un manotazo a la mesa indignado y se quedó mirando fijamente a Ibai con expresión de odio. Este se recostó contra la silla y se cruzó de brazos de modo que su torso musculoso se perfilara muy bien debajo de su camiseta negra. Di Melo intentó refrenar su indignación. La historia de Ibai era tan creíble como la impostada expresión de pesar en su careto de sinvergüenza. Tenía que levantarse y marcharse de allí de inmediato. ¡Esa pareja eran unos asesinos sin ningún escrúpulo! Percibió cómo las náuseas ascendían por su interior. ¿Por qué había acudido allí? ¿Por qué había llegado a trabajar para tipos como esos? Miró a la pantalla en la que hacía unos

instantes había visto la foto de su hija. Su malestar iba en aumento.

—¿Qué diablos tengo que ver yo con todo eso? —preguntó, tras recomponerse.

Ibai miró a su padre y entonces habló el anciano:

—El domingo por la noche recibí el aviso de ese accidente y nos pusimos a investigar enseguida. Esa mujer vivía en Vigo, así que nos dimos una vuelta por su casa y mira por dónde... —Señaló con la mano hacia la pantalla apagada—. Encontramos estas fotografías en su vivienda, en su PC. En su portátil, que ya hemos *hackeado*, hay una interesante correspondencia con una tal Ragna Di Melo. —Hizo una breve pausa para que esa información calara bien en su interlocutor—. ¿Sabes realmente lo que se trae entre manos tu hija, Alessandro?

—Hace años que no tengo contacto alguno con ella —respondió Di Melo lo más comedido que pudo—. No sé dónde se encuentra ni a qué se dedica.

—Por desgracia tampoco nosotros sabemos dónde está. —Buzual volvió a hacer una pausa para dar un mayor énfasis a la amenaza no pronunciada—. En cambio, yo sí puedo decirte a qué se dedica. Hasta hace unos pocos años trabajó para Sea Shepherd, igual que el canadiense ese. Ya conoces a esa gente de sobras, son unos locos que abordan embarcaciones pesqueras y que no se arredran siquiera ante hacer saltar barcos por los aires. Han llegado a hacerlo incluso aquí, frente a la ría de Vigo.

—Recuerdo oír hablar de ello —replicó Di Melo—. Pero eran balleneros, y desde aquello ha llovido mucho, ¿no?

—Los fanáticos no se dan nunca por vencidos. Se van radicalizando cada vez más cuanto su lucha se va volviendo más desesperada. Sea Shepherd se escindió de Greenpeace porque sus acciones les parecían muy débiles. Ahora parece haber elementos entre ellos para quienes no son suficientes el abordaje y el hundimiento de arrastreros. Y tu hija parece desempeñar un papel esencial entre ellos. Todavía no conocemos muy bien su organización. De hecho, ni siquiera sabemos si se trata de algunos elementos descarriados o de un grupo bien organizado, pero hay algo seguro: según todas las apariencias, tu hija envió a esa joven a nuestro barco.

—¿Y cómo has llegado a esa deducción? El mero hecho de que se conozcan no significa nada. Además, sigo sin saber qué maldad cometía esa

mujer en tu barco para que te tomes la justicia por tu mano y registres su vivienda.

—Envenenó nuestra carga, Alessandro —continuó Buzual después de dirigirle una mirada huraña—. Ayer tres personas estuvieron a punto de morir en Madrid debido a una intoxicación producida por el consumo de pescado. Un pescado que suministramos nosotros.

Di Melo enarcó incrédulo las cejas.

—Ya —se limitó a decir—. ¿Y puedes probarlo?

Buzual se llevó la mano al bolsillo y dejó algo sobre la mesa. Era una ampolla pequeña, del mismo tamaño que las muestras de perfume que se ofrecen a veces como regalo de promoción. El armador le dio un golpecito con el dedo y la ampolla fue rodando lentamente por encima de la mesa en dirección a Di Melo, quien detuvo el frasquito de cristal y lo cogió con prevención. De hecho, era una muestra de perfume. En todo caso figuraba el nombre de una marca conocida. El líquido del interior tenía una ligera tonalidad amarilla. Di Melo alternó la mirada entre uno y otro, sin entender nada.

—¿Colonia? —preguntó.

—Puedes probarla si te apetece —gruñó Ibai.

—Estamos analizando el contenido —dijo Buzual—. Pero si quieres y estás cansado de vivir puedes tomarte una gota.

Di Melo volvió a dejar el frasquito con cautela encima de la mesa.

—¿De dónde lo has sacado?

—De la nevera de la portuguesa. Por cierto, tenía todo un almacén: ochenta y cuatro tubitos. Todavía no sabemos exactamente cómo actúa este chisme, pero no da la impresión de que las ampollas fueran a quedarse desaprovechadas. Lo más probable es que con ellas pueda contaminarse todo un contenedor.

Di Melo no sabía qué replicar. ¿Ragna se había vuelto loca? ¿Se había enrolado hacía poco en algún grupo bioterrorista?

—Ya averiguaremos el qué, Alessandro, pero, como es natural, enseguida pensé en ti. Deberíamos aliarnos, tal vez por el hecho de haber sido antiguos socios comerciales. Todavía te debo algo de la última vez. Y por eso voy a hacerte una oferta. Tú nos ayudas a encontrar a tu hija descarriada y, a cambio,

alegaremos circunstancias atenuantes para ella. Es evidente que se junta con malas compañías. Te ofrecemos la oportunidad de liberarla del influjo de esa gente y de ejercer sobre ella la autoridad paterna. Es una oferta muy generosa. De esa manera te devuelvo el favor por lo de Freemantle. Por supuesto, también podemos seguirle la pista por nuestra cuenta, pero seguramente no querrás que le suceda nada a tu Ragna. ¿Me explico?

Di Melo tuvo la sensación de que la sala iba a aplastarle. La cabeza estaba a punto de estallarle. Los oídos le zumbaban. En su interior se expandió un sentimiento de impotencia, al tiempo que se generaba en él una ira desmedida. Hacia Buzual. Hacia esa estúpida portuguesa, fuera quien fuese. ¡Y hacia Ragna!

—Es una situación desagradable para todos nosotros. La prensa campa a sus anchas frente a nuestras oficinas porque esa portuguesa saltó por la borda. La policía portuaria e incluso algunos investigadores de Madrid están registrando el *Valladolid* y tomando declaración a mi tripulación. Pasarán todavía algunos días hasta que podamos hacernos de nuevo a la mar. El último viaje fue un desastre económico. ¿Quieres que te haga el cálculo provisional de lo que nos ha costado hasta el momento la bromita de tu hija? Tampoco sabemos con exactitud cuántas de esas ampollas pequeñas están en circulación.

Di Melo no replicó nada. Solo miró a Buzual e intentó aferrarse a un pensamiento claro. Ibai tamborileaba con las puntas de los dedos de la mano izquierda sobre la mesa, con suavidad pero de manera claramente perceptible, y miraba a Di Melo de un modo tal que este se estremeció.

—Puedes meditar sobre si quieres ser parte activa en este asunto o no —concluyó Buzual—. Como ya te he dicho, nos estamos ocupando de él a toda máquina. Ahora bien, tú eres el especialista en hallar acuerdos entre varias partes, ¿no es verdad?

Di Melo se limitó a asentir con la cabeza sin decir nada. Tenía la mirada perdida.

Una pesadilla.

4

Buzual

A través de la ventana de la terraza, Ignacio Buzual vio cómo arrancaba el taxi y esperó a que este alcanzara la calle principal y girara hacia la serpenteante carretera. A continuación se apartó del cristal, tomó asiento en un sillón de piel de color *beige* y estiró las piernas. Estaba cansado. Infinitamente cansado. La entrevista le había fatigado más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y si pensaba en los próximos días, entonces tenía la sensación de que el codaste de uno de sus barcos se le abalanzaba encima.

El ruido del motor de seis cilindros del automóvil de Ibai hizo vibrar las ventanas. Bien. Enseguida se quedaría completamente solo, exceptuando a Marta, el ama de llaves. Sin embargo, ella ya no se dejaría ver más por hoy, a no ser que él pulsara el timbre para llamarla, cosa que no tenía previsto hacer. Quería estar a solas. Y reflexionar.

Ibai había expuesto su historia de una manera muy creíble. Di Melo no tenía por qué enterarse de lo que en realidad había ocurrido en el barco y, de hecho, él mismo tampoco deseaba saber exactamente lo que había sucedido durante el tiempo en que Ibai tuvo en su poder a la mujer. Conocía a su hijo y sabía que la tripulación guardaría el secreto. Todos ellos le tenían mucho más miedo a él que a la ley: esos pobres diablos necesitaban sus empleos. No tenía nada que temer de la policía portuaria, pues los conocía a todos. Solo los investigadores de Madrid representaban un problema; ahora soplaban allí vientos diferentes a los de hacía diez años. Al carajo con ellos. Lo vigilaban

todo el rato. ¿Y qué sucedía con China? ¿Y con Tailandia? ¿Y con Japón? Se llevaban alegremente todo lo que los europeos no debían ya tocar por su delirio medioambiental. Todo el mundo sabía con qué gigantesco despliegue y esfuerzo estaban vaciando el mar los chinos y los tailandeses. Y luego esa pesca congelada llegaba a Hamburgo o a Frankfurt y nadie preguntaba por su procedencia. Pero a él le enviaban constantemente controladores para inspeccionar sus barcos. ¡A la mierda!

Se levantó, fue al minibar que estaba junto a la mesa de reuniones, cogió una botella de Conde de Osborne Gran Reserva y se sirvió una copa. Se apoyó en la mesa, bebió, esperó a que disminuyera el ardor en la garganta y a continuación abrió el portátil de Ibai, que seguía estando en el mismo lugar de antes. Encontró la foto que mostraba a la portuguesa junto a la hija de Di Melo y amplió las caras de las dos. Una variante rubia y otra morena de los tipos de mujer ante los cuales su hijo reaccionaba sin duda de inmediato. «Una mujer —pensó Buzual con rabia—. ¿Cómo se les ocurre a esos malditos burócratas enviar a una mujer a inspeccionar un barco arrastrero? ¿Es que no hay hombres para ese trabajo, si es que no hay más remedio que hacerlo?». Se quedó mirando fijamente las dos caras durante un buen rato. La hija de Di Melo no se parecía en nada a su padre. Ibai había extraído la información geoespacial de los archivos de imagen y la había listado junto a las fotos. Según esos datos, las fotos se habían tomado en Tailandia y en Birmania. ¿Tenían allí su base operativa? ¿Se había dirigido única y exclusivamente contra él aquella acción? ¿La portuguesa era tan solo una mercenaria que no sabía nada con exactitud o formaba parte del grupo? ¿Cuántos eran? ¿Y qué perseguían exactamente con esa acción?

A Alessandro no se lo había contado todo, ni mucho menos. Los primeros análisis del laboratorio ya habían llegado y existía una hipótesis acerca de la toxina que había empleado la portuguesa. ¡Esa chusma terrorista! Por suerte, Ibai disponía de una especie de sexto sentido. Buzual cerró un instante los ojos. Vale, la mujer lo había pagado caro, pero al contemplar los datos que había en el portátil de ella, el sentimiento de compasión se le disipó rápidamente. Era casi increíble la cantidad de información que había conseguido reunir aquella mujer sobre él. Habían hecho bien en registrar su vivienda y poner a buen recaudo todo ese material. Las investigaciones se

remontaban al año 2003. ¡El catastrófico 2003! ¿Es que iba a repetirse todo otra vez? ¿O estaba imaginándose fantasmas?

Clicó en una carpeta con el nombre de «Boiro» y abrió unas fotos. Las imágenes mostraban una fábrica situada en una zona industrial: vallas elevadas, cámaras de vigilancia, primeros planos de ventanas de oficinas con las persianas bajadas. También se habían fotografiado los tanques de almacenamiento desde todas las distancias y ángulos posibles, incluso con tomas aéreas. Debían de haber empleado drones. En otro archivo se topó con extractos del registro mercantil. Los ojos de Buzual se entornaron durante la lectura de los datos destacados en amarillo. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo había accedido esa mujer a semejantes fotografías y datos? Si habían estado observando y espiando su fábrica en Boiro de esa manera, ¿qué podía esperarse que hicieran con las otras ramas de sus negocios? Se quedó mirando fijamente durante algunos minutos el organigrama que se encontraba en la misma carpeta que los extractos del registro comercial. Representaba con detalle y exactitud los entramados internacionales de sus relaciones comerciales. Cuanto más tiempo miraba aquel gráfico, más intenso se iba volviendo su odio. Y no pasó mucho rato hasta que comprendió el único significado que tenían todos los datos reunidos en el ordenador de la portuguesa: ¡una declaración de guerra! «Pues bien. Eso tendrán». Él ya había superado otras dificultades de ese tipo. Y ahora disponía, además, de un comodín: Di Melo. «Un padre no deja a su hija en la estacada —pensó—. Ni siquiera cuando se ha vuelto loca». Di Melo removería cielo y tierra para encontrarla. Y no se precisaba de nada más.

5

Di Melo

Di Melo dio al taxista un billete de cincuenta euros y renunció al cambio. Quería estar lo más rápidamente posible en su habitación, pero el recepcionista le detuvo y le entregó una pila de mensajes que se habían acumulado en su casillero durante las últimas horas. Les echó un vistazo por encima en el ascensor. No había nada que no pudiera despacharse al día siguiente con algunas llamadas o correos electrónicos. Dejó los recados encima del escritorio de su habitación y se metió en la ducha. Durante algunos minutos dejó correr el agua caliente por la cabeza y los hombros, intentando no pensar en nada.

Se secó, se puso el albornoz y sacó una botella de cerveza del minibar. A continuación se sentó a su escritorio, abrió el portátil y clicó en Skype. Tras iniciar la sesión, tecleó el nombre completo de Ylva en la casilla de búsqueda y esperó las propuestas que le iba a ofrecer el sistema. No le resultó difícil escoger el más plausible de los cuatro resultados, ya que en la pequeña aldea noruega a la que se había retirado solo figuraba una Ylva Svensson. Le envió una solicitud de contacto y se sacó el teléfono de la chaqueta. Por unos instantes temió que no se hubiera guardado el número de ella, pero por suerte se equivocó. ¿Cuánto hacía que no hablaban? Por lo menos habían pasado cuatro años desde la última vez. Cuatro años que le parecía que habían transcurrido en un soplo. Después del tercer tono, oyó la voz de ella.

—¿Alessandro?

Sonaba como siempre, parecía no estar nada sorprendida de su llamada.

—Hola, Ylva, ¿cómo estás?

—¿Qué quieres?

—Enciende tu ordenador, por favor, y acepta mi solicitud de Skype. Quiero hablar contigo.

—¿Por qué? Podemos hablar por teléfono. ¿Qué sucede? ¿No habíamos acordado no molestarnos más mutuamente en esta vida?

Di Melo se sentó en la cama y cerró de golpe el portátil. La decisión de llamar a Ylva había suscitado en él al mismo tiempo la curiosidad por conocer qué aspecto tenía ahora. El sonido de su voz solo hizo incrementar esa necesidad. ¿Llevaba el cabello largo o corto? ¿Tenía arrugas? ¿Le había hinchado el alcohol el cuerpo, o le había puesto freno y volvía a tener algo de su antiguo atractivo? Sin embargo, ¿qué interés podía tener ella en revelar eso a él?

—Espero que estés bien... —comenzó a decir él, pero ella no le dejó continuar.

—Te importa un comino cómo me encuentre, Alessandro. Ve directo al grano. En la tele están dando anuncios, de lo contrario no habría cogido tu llamada. Así que dime: ¿qué pasa?

—Tengo que hablar con Ragna. ¿Sabes por dónde anda?

En el silencio, que duró algunos segundos, Di Melo oyó de fondo un anuncio cuya melodía le resultaba conocida.

—¿Qué huevos tienes. ¿Qué quieres de Ragna?

—Tengo que hablar con ella.

—Ajá. Ya, claro. ¿Y de qué?

—¿Sabes dónde está?

—No. Y si lo supiera, tú serías la última persona a quien se lo diría. Déjala en paz. Eso es lo mejor que puedes hacer por ella.

—Tengo que hablar con mi hija, Ylva, es importante. No nos peleemos y dime simplemente cómo puedo encontrarla.

Esta segunda pausa fue más larga.

—Ylva, por favor —insistió él.

—Déjalo, Alessandro. Si me has llamado, eso solo puede deberse a un motivo: necesitas algo. Eso, a su vez, solo puede significar que alguno de tus

negocios está a punto de hundirse. Si no fuera así, no me llamarías, sino que estarías bebiendo champán con los golfos de tus amigos en algún puticlub de categoría. Te conozco bien. Y Ragna te conoce mucho mejor aún. Así que, ¿por qué cojones me llamas?

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Di Melo dejó con cuidado el teléfono en el escritorio y solo entonces dio un manotazo al tablero. Resopló y en ese momento se apercibió con claridad de que había cometido un error inexcusable. En el caso de que Ylva estuviera en contacto con Ragna, entonces su hija estaría ahora sobre aviso. Su madre, como es natural, le contaría inmediatamente que él había preguntado por ella.

Volvió a sentarse en la cama, bebió un sorbo de cerveza, cogió su teléfono móvil y repasó su lista de contactos. El mejor hombre para una tarea de ese tipo era Dietrichsen, pero no quería incomodar con un asunto de carácter tan privado al jefe del Departamento de Investigación. En un nivel inferior trabajaban cuatro personas especializadas en distintos sectores. Dos de ellas eran mujeres. Tras ponderarlo se decidió finalmente por Marlene, una francesa, la más joven del equipo de Dietrichsen. Solo llevaba ocho meses en la empresa y probablemente era quien menos podía evaluar lo normal o inusual de un encargo. Marcó su número. Al séptimo tono saltó su contestador automático. Estaba demasiado malhumorado para dejarle un recado. Volvió a beber un sorbo. ¿No sería mejor que lo intentara él mismo? Abrió el buscador e introdujo el nombre de Ragna. Pero en realidad eso habría sido demasiado fácil. No había rastro de ella por ninguna parte. Claro que no. Desde aquel asunto en Australia había pasado a la clandestinidad, y esta generación se manejaba muy bien a la hora de no dejar ninguna huella en internet.

¿De cuánto tiempo disponía? ¿Qué acciones iba a emprender Buzual? ¿Con quién trabajaba? Años atrás había sido uno de los grandes operadores globales, y tal vez seguía siéndolo ahora. Sin embargo, a pesar de que se deducía eso de los resultados de una búsqueda superficial en internet, quedaba claro que el negocio se había internacionalizado intensamente en los últimos años. Le llamaron la atención sobre todo los operadores tailandeses que actuaban con agresividad sobre el mercado. Había allí una tal Union Group tailandesa que había realizado un gran dispendio en compras en Europa y Estados Unidos en importantes estructuras de distribución. Y tan solo se

trataba de las grandes fusiones y absorciones que estaban tan bien documentadas que podían encontrarse en el primer intento de búsqueda. No obstante, esto era solamente la punta oficial del iceberg de los entramados y las participaciones invisibles que él no podía rastrear desde su habitación de hotel. Sobre China apenas había cifras fiables, como de costumbre, pero no había que haber estudiado muchas matemáticas para encontrar extraña la discrepancia entre la gigantesca flota pesquera y la miserable cifra oficial de capturas. La pesca ilegal, y eso lo sabía desde lo de Freemantle, era un negocio de miles de millones con unas tasas enormes de crecimiento, estructuras en parte mafiosas y métodos de producción espeluznantes. Y justamente en esa piscina de tiburones nadaba su idealista hija. ¿Pretendía pelearse con tipos de la calaña de Ibai Buzual? ¿Cómo podía encontrarla con suficiente rapidez, sobre todo él, que, a ojos de Ragna, era también uno de los tiburones?

Volvió a bajar de golpe la pantalla del portátil, cerró los ojos e intentó pensar estructuradamente. ¿Qué motivos tenía el viejo Buzual? ¿Por qué le había informado de la situación? ¿Para darle una oportunidad de sacar a Ragna de la zona de peligro? Ignacio Buzual era un timador. ¿Explicaba eso su conducta? ¿Un caso de honor entre timadores? ¿Quería devolverle el favor de verdad por aquel asunto en Freemantle? ¿Y tenía realmente a su violento hijo bajo control? No le quedaba mucho tiempo para dilucidar todo aquello.

Ragna no hablaría con él jamás, lo detestaba. Nunca olvidaría la mirada que le lanzó en Freemantle después de las absoluciones por falta de pruebas. Él no tenía ni la menor idea de que su hija había participado en la persecución del barco de Buzual. No podía tomarse a mal su ira; pero, desde la perspectiva de la chica, él no era mejor que sus clientes.

Se sirvió más cerveza y se acercó a la ventana. ¿Quién podía ayudarlo? Ylva le había dado calabazas. No tenía acceso a Ragna ni a su entorno. Así pues, no le quedaba más remedio que emprender lo que menos le gustaba: un arriesgado rodeo que exigía muchos preparativos.

6

Rende

Eran casi las once de la mañana cuando Render entró en el despacho todavía vacío de Vivian.

Su vuelo se había retrasado y por ello no había llegado a casa el día antes hasta la medianoche. Su estado no había cambiado lo más mínimo: seguía moviéndose como si estuviera anestesiado. Hacía cuatro días que no se afeitaba y hasta esta mañana no había podido reunir las energías suficientes para ello. Ahora llevaba dos tiritas finas, una en la mejilla izquierda y otra en el cuello, que le tensaban desagradablemente la piel cuando movía la cabeza o la boca.

Vivian Blackwood se lo quedó mirando consternada dé arriba abajo cuando entró en su despacho. Render podía adivinar por su cara lo que había pensado al verlo, pero no dijo nada, sino que se limitó a cerrar la puerta antes de sentarse a su escritorio.

—¿Quieres que pida que te traigan un café, John? ¿O un vaso de agua?

—No, gracias.

—Estábamos preocupados por ti. Nadie podía dar contigo. ¿Dónde has estado?

—Me habías dado un permiso para tranquilizarme, ¿no?

—Sí, claro.

La mirada de ella se posó intranquila en los cortes de su cara.

—Voy a pasarme a la maquinilla eléctrica —intentó bromear, pero no sonó

chistoso, y Vivian ni siquiera sonrió.

—Me imagino lo que estás pasando —dijo ella. Y al cabo de una pausa añadió—: Por desgracia tenemos que esperar lo peor.

—Por supuesto —dijo él—. Está muerta, Vivian. Ni siquiera se ha recibido una señal de radiobaliza de emergencia. Se cayó por la borda sin ropa de protección ni equipación para emergencias. ¿Y qué nos dice eso? ¿Qué completo idiota sube a cubierta de noche, con fuerte marejada, sin traje de supervivencia ni transmisores de emergencia?

Vivian permaneció callada. ¿Qué podía decirle? No podía ayudarle y esta conversación no era sino un ritual absurdo que ella mantenía con él por simpatía y compasión. Al fin y al cabo, él le había conseguido el empleo hacía años. Sin entender muy bien cómo, ella desapareció de su departamento. Mientras tanto él había cambiado tres veces su área de actividades y, cuando volvió a su puesto actual, Vivian se había convertido de repente en su superiora. Por una parte la noticia le alegró. Por lo visto, había elegido en su día a la mejor entre cientos de candidatos. Sin embargo, pese a no ser ningún santo, tampoco se le podía reprochar que sintiera un poco de envidia. En un período brevísimo de tiempo ya ostentaba un puesto dos escalafones por encima del suyo y su nombre sonaba para cargos que a él no le ofrecerían jamás.

Conocía muy bien cuál era la razón de aquello. Simplemente se debía a que él no tenía ambiciones políticas. Era un mero científico que había aterrizado en la administración de Bruselas por una serie de casualidades. Había aprendido algunas cosas, pero en el fondo seguía sin saber aún cómo funcionaba la política, ni por qué las propuestas fundamentadas objetivamente que él presentaba junto con sus colegas después de meses o años de trabajo minucioso desembocaban siempre en actos jurídicos borrosos e insatisfactorios. Para él, la política era y seguía siendo un embrollo incomprensible. En cambio, Vivian se la sabía de memoria. Ahora bien, ¿de qué podía servirles aquello ahora?

—He estado en su pueblecito —dijo con resignación—. Han engalanado una ermita para ella. Hay cirios encendidos y suenan las campanas a difunto.

—¿Hablaste con sus padres?

Él negó con la cabeza.

—No los conozco. Ni tampoco me veía capaz de hablar con ellos.

—No debes reprocharte nada —dijo ella en tono admonitorio.

—No me digas —replicó él con descortesía.

A continuación transcurrió un minuto sin que se dijeran nada hasta que Vivian interrumpió aquel desagradable silencio.

—El barco ha atracado en Vigo —dijo ella—. La tripulación sigue prestando declaración.

Render hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Prestando declaración —dijo él en voz baja—. ¿Crees que el cocinero filipino o el marino birmano de cubierta contarán algo, incluso si de verdad tuvieran algo que decir?

—Todavía no sabemos nada concreto —repuso Vivian con porfía—, así que no deberíamos extraer conclusiones precipitadas.

Render la miró ahora directamente.

—¿No te vas preguntando poco a poco qué hacemos aquí realmente?

Ella le sostuvo la mirada, pero no respondió.

—Seguimos elaborando muchas propuestas inteligentes —prosiguió él— y, a través de correosas negociaciones que se alargan muchos años, podemos intentar salvar al menos un mínimo antes de la dilución total debida a los innumerables compromisos políticos. Pero, dime, ¿qué es lo que finalmente podemos imponer realmente nosotros? ¿Eh?

—Vamos a esperar en primer lugar el informe de la policía y de la fiscalía —replicó Vivian con serenidad—. En el caso de que saliera a la luz alguna incongruencia, haré...

—¿Qué harás? —preguntó él con un brillo agresivo en los ojos—. No podemos hacer nada, Vivian. Esta es la triste realidad.

Ella se irguió un poco, echó la cabeza hacia atrás y puso esa expresión que él conocía demasiado bien de las innumerables ruedas de prensa que había concedido: esa máscara de inalterabilidad y de absoluta confianza que siempre mostraba cuando se veía obligada a hacer pasar una derrota por un triunfo de la razón o por un acuerdo exitoso. Dominaba ese tipo de situaciones porque usaba la máscara con bastante frecuencia.

—Los enviamos ahí fuera —prosiguió Render, resignado—. Se cargan a la espalda ese peso insoportable durante semanas, meses. No voy a mencionar

las cucarachas ni las náuseas constantes cuando no se tiene un estómago de acero. Ese trabajo en sí es para masoquistas, de acuerdo, pero es que además los amenazan, los intimidan, los sobornan y ahora incluso los matan. Y nosotros no podemos hacer nada. Absolutamente nada.

—Ya hacemos mucho, John —objetó Vivian con vacilación al cabo de una breve pausa—. Y te prometo que no voy a aceptar esto así sin más. En el caso de que se demuestre... —Tampoco terminó esta vez la frase.

—Entonces ¿qué? —preguntó Render en tono de burla—. ¿Denunciamos a Buzual? Con Teresa ya son tres los observadores pesqueros «desaparecidos». A decenas de ellos los amenazan, a algunos les dan unas palizas tremendas y los torturan. ¿Y qué hacemos nosotros? Nada.

—Es la primera vez que sucede en uno de nuestros barcos. Además, no hay...

—... ninguna prueba, sí, ya lo sé. —Resopló, se cruzó de brazos y negó con la cabeza—. Están completamente solos ahí afuera. Completamente solos. Un empujón y todo se acabó. ¿Puedes imaginarte lo que es trabajar en una situación así? No hay ninguna prueba —repitió burlón y se calló con una expresión de resignación en el rostro.

—No puedo hacer nada mientras no disponga de un informe sobre el incidente —dijo Vivian, volviendo a dominarse.

—¿Y qué pondrá en ese informe? ¿Eh? ¿Qué crees? Yo sé lo que piensas de mí. Este pobre ya no ve las cosas con claridad. Pero hay una cosa que sí debes tener bien clara: no puedes hacer absolutamente nada, Vivian. La han asesinado. Así de simple. Y a mí no me queda otra que seguir viviendo con la idea de que no pude protegerla.

La expresión de la mujer se ensombreció repentinamente.

—Tenemos que esperar a los resultados de las investigaciones —repitió imperturbable con la voz firme—. Solo entonces podremos formular recriminaciones tan brutales como esas.

—¿Investigaciones? ¿En España? —replicó en tono divertido—. La pesca ilegal es allí todo un modelo empresarial. En los últimos cinco años se han invertido mil millones de euros de los fondos estructurales para el superequipamiento de la flota pesquera española. Eso es lo perverso del caso. Primero equipamos a tope esas fábricas biocidas flotantes con miles de

millones procedentes de los impuestos europeos y, a continuación, reducimos las cuotas de las capturas. Y de tapadera ponemos a una chica indefensa con algunas pipetas para que vigile que el barco destructor de la pesca no haga aquello para lo que fue construido. Toda Galicia vive de la pesca. Es un mercado de miles de millones. ¿De verdad piensas que habrá alguien que investigará el caso con seriedad? ¿Eres así de ingenua?

El color de la cara de Vivian cambió y adoptó una tonalidad rojiza.

—¿Vas a sermonearme ahora con los errores del pasado? —replicó ella con acritud—. Cada uno de los Estados miembros se libera de alguna responsabilidad en un campo y hace que la Unión Europea se lo financie: unos en el mar, otros en tierra. A nuestros veterinarios los amenazan e intimidan igual que a nuestros observadores pesqueros.

—¿Y? —replicó él—. ¿Qué justifica eso?

—Nada, por supuesto...

—Eso mismo —la interrumpió él—. Estamos en una guerra no declarada. La industria suministra lo que el mercado exige. Y el maldito mercado va diciendo constantemente: más barato, más, más rápido. Los consumidores se comportan prácticamente como yonquis del consumo.

—Eso lo sé yo tan bien como tú. Y cuanto más intensos se vuelven los controles, mayores posibilidades lucrativas creamos para el crimen organizado.

Render le dirigió una mirada perpleja.

—¿Lo dirás también así en tu próxima rueda de prensa?

Vivian parecía asustada por el ímpetu de su propia afirmación.

—Claro que no —dijo ella compungida—. No podemos cambiar las cosas de la noche a la mañana. Es necesario que los consumidores cambien su manera de pensar. Tenemos que trabajar en esa dirección. Y eso requiere tiempo.

—Y, mientras tanto, ¿seguiremos enviando a gente desarmada y sin poder real a esos barcos?

—No tenemos otra opción, John. Tenemos que combatir en todos los frentes.

—¿Ah, sí? Entonces lucha también en este. Necesitamos policías armados en los arrastreros. Controladores con poder real y medios para imponerlo.

¿Por qué no presentas una propuesta así?

—Porque no tendría ninguna posibilidad de prosperar, eso lo sabes tú tan bien como yo.

Render se rio con amargura.

—Eso mismo. ¿Lo ves? Una política de tapadera. Fingir que se hace algo. Vale, de acuerdo, entonces exige por lo menos los expedientes de las investigaciones. Llevemos a Buzual ante los tribunales. Y a España ante el Tribunal de Justicia de la Unión Europea.

La combativa actitud de Vivian de hacía un momento había vuelto a desaparecer.

—No podemos influir de ninguna manera en los sumarios judiciales de los Estados miembros.

—Ya —dijo Render.

—Solo el intento de hacerlo sería fatal —añadió ella—. Imagínate los titulares: ¡BRUSELAS SE INMISCUYE EN LA SOBERANÍA POLICIAL DE LOS ESTADOS MIEMBROS! La prensa se nos desayunaría. ¿Y la opinión pública, qué?

Los dos permanecieron en silencio unos instantes.

—¿Sigues contándole a alguien en casa que trabajas para la Unión Europea? —preguntó finalmente Render.

Vivian se limitó a mirarlo sin replicar nada más. Render se levantó y se dirigió a la puerta.

—Vivian —dijo por último, antes de marcharse—, no voy a formar a ningún observador pesquero más para este programa kamikaze. Táchame de la lista, por favor.

—¡John! —exclamó Vivian.

Él ya no se dio la vuelta.

7

Di Melo

Di Melo se subió al avión de las seis que iba de Vigo a París y de allí, poco antes de las once, tomó un vuelo de conexión a Oslo. Desde el aeropuerto Edvard Munch llegaría en media hora escasa con un coche de alquiler al lago de Hurdalssjøen. No sabía muy bien qué iba a hacer. Simplemente no se le había ocurrido una idea mejor que pillar por sorpresa a Ylva.

Miró por la ventanilla el paisaje blanco que tenía a sus pies y se preguntó cómo podía vivir alguien voluntariamente en esas latitudes. Era solo el mes de octubre, pero aquí parecían estar ya en pleno invierno. ¡Qué incompatibles eran los dos! ¿Por qué se habría recluso ella en este páramo? ¿O es que tal vez había otra persona de cuya existencia él no tenía conocimiento? No podía excluirse esa posibilidad, pero a él le daba sinceramente lo mismo. Se separaron de común acuerdo: se habían hartado el uno del otro, así que no tenía por qué justificarse. Ylva tenía cuarenta y dos años en el momento de la separación; así pues, era todavía relativamente joven. Era atractiva. No sabía lo que era pasar por dificultades económicas, pues su familia era más que rica. Solo había un problema, entre otros, por el que él había fracasado con ella: el alcohol.

Cerró los ojos y tragó saliva varias veces para compensarla presión en los oídos durante el descenso del avión. Al estar sentado en las primeras filas, fue uno de los primeros en aparecer por la terminal de llegadas. En el mostrador

de los coches de alquiler había poco movimiento. Al cabo de veinte minutos ya tenía su vehículo y conducía en dirección al hotel en el que había reservado una habitación por si acaso. Esperaba de todo corazón no tener que utilizarla y poder regresar en el avión de las ocho de la noche a Zurich. Pero con Ylva nunca se sabía.

Eran las dos y media cuando aparcó frente al hotel. Se dirigió a la recepción, negoció una opción de cancelación hasta las seis de la tarde, regresó al vehículo e introdujo la dirección de Ylva en el GPS. Su casa quedaba a tan solo doce minutos en coche. Condujo con extrema lentitud porque la carretera estaba helada.

Cuando el aparato señaló una distancia de cien metros, se detuvo para aparcar y se bajó del coche. Aparte de él, no había nadie por los alrededores. Las casas estaban agazapadas unas al lado de las otras como animales muertos de frío. Aquí y allá serpenteaba una columna de humo hacia el cielo ya crepuscular. La nieve hacía que todo diera una impresión de apagado. El aire era frío y le dolió un poco respirar mientras se acercaba a pie a la casa de Ylva. Tras las ventanas se veían luces encendidas. Un SUV Volvo de color azul marino estaba en la entrada. Sobre la nieve se destacaban unas huellas grises de neumáticos, y no había que ser un trampero para ver que eran recientes. Le deprimió la imagen de la vivienda y de toda la urbanización de casas unifamiliares. Detestaba esa cultura de suburbio periférico, que probablemente había iniciado su desfile triunfal desde Estados Unidos, donde aquella visión era igual de triste y monótona.

Di Melo anduvo haciendo equilibrios por una de las huellas de neumáticos hasta la puerta del garaje y, desde allí, siguió un camino exento en gran parte de nieve hasta llegar a la entrada de la casa. Llamó al timbre. En la casa todo estaba en silencio. No se oía ninguna radio, ni tampoco ningún televisor. Se abrió una puerta en el interior de la casa y se oyó ruido de pasos acercándose. A continuación se abrió la puerta de la entrada.

Ylva lo miró sin la menor señal de sorpresa. Tenía un aspecto considerablemente mejor de lo que él se esperaba. Llevaba la cabellera rubia bien peinada. Su rostro, dejando de lado la expresión reservada que adoptó inmediatamente después de reconocerlo, seguía siendo llamativamente hermoso. Llevaba puestas unas cómodas prendas de color rojo y unas medias

gruesas de lana. Le llamó la atención el hecho de que llevara una toallita en la mano. ¿La había interrumpido mientras hacía deporte?

—¿Te molesto? —preguntó él.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

Ella dio la vuelta sobre sus talones y regresó al interior de la casa sin mediar palabra. Como no había cerrado la puerta, lo interpretó como una invitación y la siguió. En el perchero colgaban exclusivamente abrigos de mujer. Debajo había tres pares de zapatos, botas, botines y pantuflas. Se quitó el abrigo y los zapatos, y encontró un sitio para ellos. A la derecha había una cocina, con la mesa vacía y vajilla sucia en el fregadero. Sobre el aparador se apiñaba una colección de botellas vacías de vino. Siguió caminando hasta la sala de estar, donde una estufa de leña emitía un calor agradable. Ylva se arrodilló en el suelo y enrolló una esterilla de goma. Él miró alrededor de la sala. Después de haber visto el arsenal de botellas en la cocina se había esperado de verdad lo peor. Sin embargo, el cuarto estaba recogido e incluso bien acondicionado. Probablemente era allí donde estaba comiendo y viendo la televisión cuando él la llamó. Había un pequeño secreter junto al televisor, pero el resto de la pared estaba ocupado por una estantería con libros. Desde uno de los estantes le sonreía Ragna. Tuvo que tragar saliva. Reconoció enseguida la foto: era la misma que había visto en Vigo.

—Ya no es tu pequeña Ragna, ¿eh?

Ylva le había seguido la mirada.

—¿De dónde has sacado esa foto?

—De ella. Me la envió hace algún tiempo, cuando todavía manteníamos algún contacto.

—¿Cuándo?

—Puede que haga dos años.

—¿Dónde está tomada? ¿En la India? ¿En Brasil?

—¿Por qué has venido, Alessandro?

Él se dirigió al sofá y se sentó. Ylva estaba de pie, expectante, con la esterilla enrollada frente a la barriga y los brazos cruzados por encima en actitud defensiva.

—Ragna se halla en problemas —dijo él—. Tengo que hablar con ella.

¿Dónde está?

—Ya te lo dije por teléfono: no lo sé. Y si lo supiera...

—... no me lo dirías, ya, está claro, sí.

—¿Para eso has volado hasta aquí?

—Ylva, la cosa es muy seria, de verdad. Tienes que ayudarme a encontrarla. Y enseguida.

—Ah, vale. Así que tengo que ayudarte. ¿Por qué? Ella no va a hablar contigo, Alessandro. Eso aparte de que tampoco lo hace ya conmigo. Para ella estamos finiquitados, ¿entiendes? Muertos.

—Anda. ¿Tú también?

Ylva sujetó con más firmeza la esterilla, que amenazaba con desenrollarse otra vez. Estuvo luchando un instante con el díscolo plástico y acabó por arrojarla simplemente al suelo sin más miramientos.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó ella.

—Sí, gracias. Agua.

Ella desapareció en la cocina y regresó con una botella de agua mineral con gas y tres vasos. Sus movimientos eran lentos, prudentes. ¿Estaba siguiendo algún programa de rehabilitación? ¿Tomaba medicinas? ¿Drogas? Ylva fue a buscar la foto de Ragna del estante y la puso encima de la mesa de la sala de estar. A continuación se sentó y distribuyó los tres vasos. Al lado de la foto de Ragna puso también uno y lo llenó igual que los otros dos.

—Una reunión familiar —dijo ella y levantó el vaso primero hacia él y luego hacia la foto de su hija—. Qué bonito volver a estar todos, ¿verdad?

Di Melo no dijo nada. El agobio se apoderó de él. No tenía tiempo para semejantes juegucitos. ¿Quería sacarlo de sus casillas?

—¿Dónde está, Ylva? Dímelo, por favor.

—¿Estás sordo? ¿En qué idioma quieres que te lo diga? La vi por última vez hace dos años.

—¿Dónde?

—En Rangún.

—¿Dónde?

—Myanmar. Así se llama el país ahora.

—¿Estuviste allí?

—Sí.

—¿Porqué?

—Quería verla, así que volé hasta allí.

—¿Y qué?

—Estuvo bien. Y a la vez fatal. Ha tomado una senda propia, Alessandro. Hemos dejado de existir para ella. Es una generación completamente diferente, que se ha criado en la guerra. En una guerra contra nosotros. ¿Qué le vamos a hacer?

Di Melo bebió un sorbo. Luego se inclinó hacia delante y le dio la vuelta a la fotografía.

—¿Tienes una dirección, algún número de teléfono, un correo electrónico, lo que sea?

La ceja izquierda de Ylva se movió ligeramente hacia arriba. Por unos breves instantes ella se le apareció como era en otros tiempos. Por aquel entonces lo había dejado boquiabierto. Era su princesa noruega: inteligente, guapa, rica. Y él la había conquistado. Seguía siendo inteligente, por supuesto. Cuando estaba sobria. Su aristocrática belleza era aún completamente visible. Solo se había abstenido de su riqueza, con excepción de un apaño que le permitía vivir en la periferia con un Volvo SUV.

—No, no puedo ayudarte. Pero ¿por qué estás preocupado? ¿Quieres decir que Ragna necesita tu ayuda de verdad? ¿La tuya, por descontado?

—Sí, Ylva, eso es lo que creo. No tiene ni idea de en qué lío se ha metido. Ylva soltó una breve carcajada.

—¿Que Ragna no tiene ni idea? Tú eres quien no tiene ni idea, Alessandro. Somos nosotros quienes no tenemos ni idea. Por eso renegaron de nosotros. Nuestros hijos no pueden comprender lo que hicimos, lo que permitimos hacer. Es otra estirpe humana completamente nueva.

—¿Ah, sí? Pareces muy impresionada con ellos.

—No. Me dieron miedo, pero en cierta manera los entiendo. Si yo fuera tan joven e idealista, tal vez sería como ellos.

—¿Con los millones de tu adinerada familia? ¿Una revolucionaria de salón?

—Hace ya mucho que no tengo nada que ver con ese consorcio, como bien sabes.

—Pero sigues viviendo de su dinero.

—Sí, me conformo con algunas de las migajas que caen al suelo desde la gran mesa del festín. ¿Vas a reprocharme eso ahora? ¿Justamente tú, que también comes en las primeras filas?

—¡Ylva, por favor!

—Eso mismo. Mira, ni siquiera nosotros podemos hablarnos el uno al otro. Así que dime qué quieres de ella, que incluso me tiene a mí por cómplice del mal.

—Así pues, ¿dices que está en Rangún?

—Allí fue donde la vi por última vez —dijo Ylva a continuación, tras cerrar un instante los ojos.

—¿Y qué?

—¿Y qué, qué?

—¿Cómo vive? ¿A qué se dedica?

—No me contó muchas cosas. Está continuamente de viaje. No sé adónde. Por todas partes.

—Pero hablasteis... ¿Sobre qué?

—Me preguntó por mi familia. Quería saber lo que Ocean Harvest se llevaba entre manos en ese momento y lo que pensaba hacer yo en contra. Le dije que no sabía nada al respecto y que yo no podía hacer nada de verdad, pues no desempeñaba ningún papel en el consorcio Svensson ni en ninguna de las empresas que lo conformaban. También quería saber por qué había viajado hasta allí. Te digo, Alessandro, que son seres humanos diferentes. No les interesa quiénes ni lo que somos. A sus ojos, todos nosotros somos solo unos tirados irresponsables, cuando no algo peor. Tuvimos la oportunidad de emprender un camino mejor después de la última gran debacle, pero no hicimos nada. Según su punto de vista, las últimas dos generaciones han fracasado estrepitosamente. Los abuelos cayeron en la trampa de tío Adolf y de tío Stalin; los padres, en la de tío Sam; y nosotros somos sus cándidos patitos de peluche. Nos dan por perdidos, Alessandro. Y están decididos a todo.

—¿Cómo contactaste con ella? —siguió, preguntando él con obstinación.

—Vino a verme. Al hotel.

—Pero ¿cómo supo que estabas allí?

—Pregunté por ella. Allí se conocen todos. Fui donde se encuentran los

extranjeros. Hay una librería, una galería de arte, un bar. Eso es fácil de averiguar, sale en todas las guías. Hablé con la gente y simplemente pregunté por Ragna. A los dos días vino a verme al hotel.

Di Melo negó con la cabeza.

—¿Vive en la clandestinidad?

—Todos ellos lo hacen. Al menos en parte. Suelen llevar dos o tres vidas diferentes y están conectados en niveles de los que no sabemos absolutamente nada. Es un movimiento global. No sé mucho al respecto, ni tampoco me interesa. Solo sé que nuestra hija desapareció en el interior de ese movimiento y que no saldrá de él hasta que no se haya superado este mundo del que debemos responsabilizarnos. Esta es la situación.

—Ragna ha cometido una estupidez inmensa —insistió Di Melo—. Se ha complicado con tipos que seguramente ella subestima. Tengo que avisarle de cuál es su situación, hablar con ella. Está en peligro, de verdad, Ylva.

Ella lo miró y negó despacio con la cabeza.

—¿En peligro? —replicó luego en tono de burla—. ¿Cómo puedo hacer que lo entiendas de una vez? Para Ragna no hay nada más peligroso que TÚ, que NOSOTROS. Nuestra pasividad, nuestra complicidad barata. ¡Viaja hasta allí! ¡Ve a buscarla! No la encontrarás. No se pondrá en contacto contigo y no conseguirás localizarla jamás en contra de su voluntad. Además, sabe muy bien lo que hace. No son unos soñadores ingenuos. Conocí a algunos tipos de su entorno: tienen muy claro con quién se enfrentan, pues todos ellos han trabajado dentro del sistema contra el que están luchando. Ya no son aquellos ecologistas ingenuos de hace veinte años. Ya no se encadenan a los árboles o a los transportes de residuos atómicos, ni dejan que brutales policías les rocíen gases lacrimógenos en los ojos, ni que luego los condenen a penas de cárcel por coacción. Son de un calibre completamente distinto. Científicos de primer nivel. Ex banqueros. Profesores. Incluso hay gente como tú metida en ello, Alessandro, sicarios económicos y políticos que se han cambiado de bando.

Él volvió los ojos hacia el cielo, pero no replicó nada. Aquella discusión era absurda. ¡Madre e hija! ¿Cómo sería una conversación con Ragna, suponiendo que la encontrara a tiempo? ¿Debía dejar simplemente que las cosas siguieran su curso?

—Tal vez tengas razón —admitió él.

Luego cogió la fotografía, se la quedó mirando fijamente un rato e intentó comprender de nuevo cómo había llegado todo tan lejos.

—Entonces cuéntame por lo menos algo de ella —pidió tras una pausa larga.

—¿Qué quieres saber?

Él buscaba palabras.

—Su habitación —dijo finalmente—. ¿Qué aspecto tenía?

—No tengo ni idea. Vive en la clandestinidad y nos encontramos siempre en el hotel.

—¿Tiene novio?

—No creo. ¿Por qué?

—Solo por saberlo.

Ylva dirigió la vista hacia la mesa con gesto meditabundo y dijo a continuación:

—Ahora que lo preguntas, me ha venido algo a la mente. ¿Te acuerdas de aquel Adrian?

Di Melo la miró sin entender.

—No. ¿Quién es?

—Un compañero de clase de cuando estuvimos en Frankfurt. Un chico guapo que estaba bastante enamorado de ella.

—Yo siempre estaba fuera de casa —respondió él—. ¿Se llevaban bien?

—Sí, bastante.

—¿También está en Rangún?

—No, nada de eso —dijo ella, riéndose—. Pero aquí está precisamente lo curioso del asunto. Ella interrumpió abruptamente el contacto con él por aquel entonces, ni siquiera respondía a sus cartas. Ya sabes cómo es. Simplemente cambia de chip y ya está. Como con nosotros. Quemó todos los puentes. Hacia ti. Hacia mí. Hacia toda su vida anterior. Nada en ella me recordaba a la persona que era, excepto una nimiedad: un delfín pequeño, de cristal, que lleva colgado de un collar. ¿Te acuerdas?

Di Melo reflexionó unos instantes y negó con la cabeza.

—Se lo regaló ese Adrian. Como despedida. Ella lo guardó.

En ese momento se acordó él. No del chico, a quien no había visto nunca, ni tampoco del adorno, sino de una pila de cartas que cayó en sus manos

durante la mudanza de Kuala Lumpur. Ragna ya estaba estudiando su carrera en Sidney. Ylva y él tuvieron que dejar la casa y vaciar también la habitación de Ragna. Las cartas estaban en una caja de zapatos en el interior de su armario, todas sin abrir excepto una. Las metió en una de las cajas de Ragna. Ahora todos esos objetos de la mudanza, que lo seguían continuamente, se hallaban almacenados en un trastero de Zurich.

—Bueno, un amor de adolescencia —dijo como quien no quiere la cosa, y echó un vistazo al reloj. Todavía podía coger el avión de las ocho—. ¿Puedo quedarme la foto?

La cogió, se levantó y la contempló en detalle. Qué curiosa era la consciencia. Ese collar con el delfín había estado a la vista todo el tiempo, pero él no se había dado cuenta hasta ahora.

Ylva se lo quedó mirando con menosprecio.

—Así que vas a desvanecerte tan abruptamente como apareciste.

—Al contrario que tú, yo sí estoy preocupado. No puedes ayudarme, así que voy a seguir mi camino.

—Como digas. Sí, por favor, quédatela. Puedo pedir que me hagan otra copia sin problemas.

—Adiós, Ylva.

Él fue a darle la mano, pero ella negó con la cabeza.

—Tengo la tonta sensación de que siempre me has timado. Incluso ahora mismo. ¿A qué puede deberse eso?

Él extendió la mano para devolverle la fotografía, pero ella se la empujó hacia atrás con suavidad.

—No me refería a esto. Quédatela, tranquilo. Y si la encuentras, dile que tenga cuidado, no solo de ti.

Siete horas más tarde se hallaba junto a la puerta de su trastero en Zurich y dejaba vagar la vista por las seis hileras de cajas de mudanzas que estaban apiladas ordenadamente sobre un estante metálico. Tardó casi una hora en encontrar la caja correcta. El fajo de papeles estaba metido entre los anuarios de los diferentes institutos estadounidenses a los que Ragna había asistido en tres continentes. Contempló los sellos del primer sobre. Eran tres sellos

especiales, cada uno de cien pfennigs, con la imagen del centro histórico de Bamberg y que estaban pegados junto a la pegatina azul del correo aéreo. Dio la vuelta al fajo de cartas y leyó la dirección del remitente en el reverso de la última. Unas búsquedas en internet y tal vez podría poner algo en marcha, siempre y cuando encontrara al corresponsal de su hija.

Era un disparo a ciegas, pero quizá era su día de suerte y daba en el blanco.

8

Madrid

El restaurante Goya, situado en el barrio homónimo de Madrid, y ubicado idealmente en la última planta de un suntuoso edificio del siglo XIX con vistas del parque del Retiro, hacía ya varias semanas que no aceptaba más reservas, algo que, sin embargo, era indiferente para un pequeño grupo de conocidos del propietario. Desde la aparición a principios de año de la exaltada crítica de un periodista gastronómico, que luego se reimprimiría con algunos ligeros cambios cuando no se copiaría por entero, el Goya no solo dominaba con sus dos extensas terrazas el atasco vespertino de la avenida Menéndez Pelayo, sino que figuraba, además, en el olimpo de la gastronomía internacional de élite.

A Fernando Blasco todo aquello en el fondo le daba lo mismo, pero le resultaba práctico disponer de un acceso privilegiado al Goya. Conocía a Paco Cardeñoso, el propietario del restaurante, de sus años de estudiantes. Por aquel entonces, al igual que casi todos los jóvenes progresistas del Madrid de los ochenta, habían bebido y fumado todas las noches hasta perder el sentido en el barrio de Malasaña, en la plaza del Dos de Mayo, celebrando el alivio y la alegría del final de la época de Franco. De manera comprensible, aquello acabó resultándoles aburrido en algún momento. Paco dejó la carrera de Antropología y comenzaba a formarse como cocinero, y Fernando, que ni siquiera sabía hacerse una tortilla, tuvo una iluminación una mañana de resaca mientras tenía delante a su patrona exigiéndole veinte mil pesetas por el

cuchitril en el que se hospedaba. Y es que después de que aquella gorda vieja franquista le cantara las cuarenta al oído con la potencia de un trombón y le comentara la tremenda desproporción existente entre los jugosos alquileres y los precios de las inmobiliarias, él fundó su pequeño imperio inmobiliario a partir de aquel cuchitril en el que lo había alcanzado el rayo del conocimiento.

Ahora, Paco Cardeñoso era propietario del Goya y Fernando Blasco podía decir que la mitad de las calles de Malasaña eran suyas. La ironía de la historia estaba en que los dos, ya con más de cincuenta años a sus espaldas, volvían a hacer lo mismo que cuando tenían veinte: beber y fumar porros. Pero ahora lo hacían en sus áticos, y no en una plaza del Dos de Mayo llena de basura.

Los dos habían salido bastante bien parados, tal como suele decirse, y siempre que Fernando necesitaba una mesa en el Goya, no tenía más que enviarle un SMS a Paco, su viejo amigo. Y hoy precisaba de una mesa especialmente bonita porque le acompañaba una joven y eficiente agente inmobiliaria que trabajaba hacía poco para él y de la que ya había querido ocuparse desde mucho tiempo atrás. Se llamaba Maite y llevaba diez minutos sentada a su lado en el coche, con sus fabulosas piernas solo a unos pocos centímetros de la palanca de cambios donde Fernando tenía la mano, con el busto en cierto modo relajado y a la vez tan cargado de erotismo que habría podido ahorrarse los prolegómenos del Goya. Ahora bien, como sabía lo importante que era para ella cenar allí donde actualmente no concedían una mesa a quien no fuera ministro o se llamara George Clooney, naturalmente quiso hacerle ese favor. Además, la comida lenta era una garantía, tal vez incluso en el plano erótico, de un goce más elevado.

Circulaban por la calle Menorca aproximándose al Goya y se detuvieron en el lugar donde se apostaba el uniformado aparcacoches. En el ascensor se besaron. Fernando estaba contento de que Maite se revelara como una persona sin complicaciones en este sentido, pero no pudo reprimir cierto recelo. Un beso en el ascensor antes de la cena se contradecía, pese a todo, con el mundo en el que él se había criado. Por mucha liberación de la mujer que hubiera, habría preferido un poco de resistencia, al menos un recato perceptible como principio que tenía que superar para entrar luego en la casa. Le halagaba que una mujer tan atractiva mostrara interés por él, pero al mismo tiempo le

resultaba sospechoso. Y mientras ella le mordía cariñosamente el labio inferior, no pudo dejar de especular sobre si lo que de verdad le importaba era el dinero, alcanzar una posición de mayor responsabilidad en la empresa o tal vez solo poder contarles mañana a sus amigas con quien había cenado aquella noche y todo lo que había sucedido después. Una mirada a la espalda desnuda de ella cuando se quitó el chal de seda que llevaba sobre los hombros barrió aquellas escépticas reflexiones, y decidió que a fin de cuentas le importaban muy poco los motivos sencillos o más complejos por los que ella se iba a acostar con él, siempre y cuando pudiera quitarle después los finos tirantes del ceñido vestido blanco que llevaba sobre sus bien proporcionados hombros de pájaro.

El maestresala los condujo a una mesa reservada en la terraza y Fernando percibió con satisfacción las miradas interesadas, envidiosas o aprobatorias de los demás hombres. ¿Había algún placer comparable a este? ¿Qué significaba una cuenta bancaria o cualquier tipo de posición social delante del hecho triunfal de tener a la mujer más deseable de la sala? Su estado de ánimo se vigorizó considerablemente. Pidió una botella de Ruinart y a continuación disfrutó de la visión de Maite con intensidad y durante un buen rato: su manera de alzar la copa, la geometría de sus manos, sus gráciles brazos, la cara extraordinariamente lozana sobre un cuello delgado, por no hablar de su atractivo vestido veraniego, que ocultaba de una manera verdaderamente ofensiva las curvaturas de sus bien proporcionados senos. Todo eso excitó de tal manera la anticipación de su disfrute posterior, que se quedó sin apetito para la cena.

Por suerte, si de algo se podía estar seguro, es que en el restaurante de Paco los platos no eran muy abundantes. Comenzaron con su famoso sorbete de ostras, picaron después algo que tenía que ver de alguna manera con las codornices y para acabar les preguntaron qué pescado preferían. A Fernando no le gustaba el pescado y se decidió en su lugar por un carpacho de remolacha roja. Maite, en cambio, solicitó consejo al camarero, quien recomendó una especialidad que no siempre estaba disponible, pero que hoy excepcionalmente figuraba en la carta. La zona del cuello de Maite ya distraía la atención anticipatoria de Fernando hacia otros campos mientras ella escuchaba atentamente al camarero con la cabeza ladeada: filete de merluza de

Alaska rehogado en mantequilla de salvia sobre un lecho de caviar de algas marinas y tomates cherri flambeados.

Cuando el camarero se fue, las manos de ambos entablaron una relación más cercana sobre el mantel blanco. Volvieron a sacar la botella de Ruinart del enfriadero para llenar sus copas y bebieron. El sol estaba ya muy bajo por el Retiro. El toldo produjo un ligero zumbido sobre sus cabezas al recogerse hacia la pared; soplabla una brisa suave en la terraza. Charlaron sobre los negocios en curso y luego sobre la carrera profesional de Maite, un tema que no daba mucho de sí, de modo que Fernando prefirió hablar de su época salvaje en los años ochenta, durante la famosa Movida, esa fiesta interminable que se inició después de la dictadura y del fallido golpe de Estado de 1981, el 23-F. Ese tema tenía una buena acogida entre los jóvenes que habían nacido tras aquella época, en la que España trataba de encontrar una salida al dilema de no querer ser ni la cabeza de África ni el culo de Europa.

Fernando acababa de alzar su copa brindando por Tierno Galván, el legendario alcalde de Madrid, cuando llegó el plato principal. Maite estaba entusiasmada y Fernando tuvo que admitir que Paco, o su chef actual, había vuelto a superarse. El plato de Maite parecía una creación de Miró. E incluso parecía tener buen sabor. El carpacho de Fernando tampoco estaba mal, servido con la forma de un abanico andaluz y afilegranado como la mantilla de una bailaora de flamenco. Como Maite no quiso más champán, Fernando pidió un Ribera del Duero blanco y suave que él conocía y que después no iba a darle acidez de estómago, además de una botella de agua Cloud Juice, que ciertamente costaba más que el propio vino, pero a cambio daba más tema de conversación. Maite comía con fervor en pequeños bocados y sonreía feliz por los fuegos artificiales que el pescado encendía en su lengua y en su paladar. Siguió estando feliz y relajada hasta la llegada de los postres, cuando, de pronto y sin solución de continuidad alguna, se puso a vomitar. Fernando pensó primero que se había atragantado o que había eructado incontroladamente. Sin embargo, el repentino color ceniciento de la cara, las gotitas de sudor en la frente, y el modo en que su pecho se alzaba y descendía a toda velocidad con una respiración que difícilmente podía denominarse de otra manera que jadeo espástico, hicieron que él se levantara de un salto de su asiento. Antes de poder dar la vuelta a la mesa, la hermosa mujer vomitó con

tal ímpetu que el sonido de las arcadas no solo alcanzó a todas las mesas de la segunda terraza, sino que incluso penetró en la cocina, de la que salieron alarmados a toda prisa un camarero y un pinche. Entretanto, Maite se había caído al suelo, donde yacía encorvada agarrándose la barriga; volvió a vomitar, quiso ponerse en pie pero no lo consiguió y luego miró a Fernando con una expresión de implorante desconcierto, mientras una papilla viscosa de pescado y algas se derramaba sobre su escote y su vestido blanco.

Fernando sacó de inmediato su teléfono móvil y marcó el número de emergencias. Y mientras el camarero y el pinche estaban ocupados en controlar de alguna manera aquella situación valiéndose de servilletas humedecidas con agua australiana de lluvia, de pronto sonó un grito procedente de otra mesa. Un grupo de seis personas se había levantado de sus asientos y estaban dando voces y gesticulando en torno a otros dos clientes que también se habían puesto a vomitar y que por lo visto intentaban alcanzar los lavabos lo más rápidamente posible; sin embargo, a los pocos pasos cayeron de rodillas al suelo por unas tremendas convulsiones en la barriga.

—¡Nos están envenenando! —gritó alguien, apresurándose hacia la salida—. ¡Nos están envenenando!

—¿Dónde está Paco? —increpó Fernando al camarero.

—En Nueva York, señor.

—Fantástico —dijo, resoplando y volvió a marcar el número de emergencias.

Mientras tanto, Maite había conseguido sentarse en el suelo de la terraza y se miraba a sí misma hacia abajo con ojos desorbitados. Fernando vio que tenía la carne de gallina y que temblaba sin control. Quería agacharse hacia ella, consolarla, darle ánimos, pero no era capaz de hacer el esfuerzo por reducir la distancia entre ellos.

—La ambulancia llegará enseguida —dijo con aire desvalido—. Mantén la calma.

—¿Qué ha comido la señora? —le preguntó de pronto un hombre bajito y rechoncho que se había apartado del grupo de la otra mesa para acercarse a ellos.

—Ostras. Y luego merluza o algo así —dijo Fernando y se conminó a apartar la vista de Maite porque la visión de su escote lleno de vómito le

provocaba náuseas.

—Entonces se trata de una intoxicación por pescado —dijo el hombre en un tono profesional.

—¿Es usted médico?

—No, pero es algo que hasta un cartero podría inferir por la situación.

Y como confirmación de sus palabras se oyeron ahora unos gritos de auxilio procedentes del otro lado de la terraza, donde, al parecer, otro cliente más había resultado afectado.

—Un escándalo —gruñó el hombre mientras se disponía a irse—. En una de esas tascas de calamares de la Plaza Mayor puede que lo acepte, pero ¿aquí?

Fernando no pudo sino darle la razón para sus adentros. Y Paco, en el extranjero. Sopesó por unos instantes ir a la cocina y abroncar al cocinero jefe, pero cada vez estaba más preocupado por Maite. Su estado no había mejorado, pese a haber vomitado el pescado probablemente descompuesto trazando un amplio arco. Los ojos le llameaban. Se veía con claridad que tenía que hacer un gran esfuerzo para permanecer de pie y Fernando se apresuró a llevarle una silla volcada para que apoyara la espalda. Entonces oyó a lo lejos la sirena de la ambulancia.

—Tranquila —le dijo, intentando infundirle ánimos y le pasó la mano con suavidad por el pelo sin acercarse más a ella—. Enseguida llegarán los médicos. Todo va a arreglarse, ya verás.

Pero, justo en ese momento, Maite vomitó por tercera vez, si bien en su estómago ya no quedaba nada sólido y por consiguiente de su boca solo surgió un líquido maloliente. En el instante siguiente, Fernando percibió la mano de ella agarrándose con las uñas a su brazo. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Con la otra mano cogió una servilleta que colgaba de la mesa, se limpió la boca con desesperación, comenzó a estremecerse presa de nuevos espasmos y, a continuación, movió la cabeza agitadamente, como si de esa manera pudiera ahuyentar la intoxicación. Fernando estaba de pie a su lado, desvalido, con un ojo puesto en la puerta esperando una pronta aparición de los sanitarios. Indudablemente aquella no era una intoxicación normal. Se puso a contemplar con una mezcla de espanto y burla a una de las víctimas masculinas de la mesa vecina, que seguía a cuatro patas respirando con

inspiraciones cortas. Daba la impresión de estar concentrado en extremo, como si todo dependiera de no cambiar esa postura que ciertamente parecía muy ridícula, pero que al parecer a él le deparaba menos molestias. Fernando sopesó recomendar a Maite que se pusiera también a cuatro patas para esperar a los sanitarios, pero cuando se giró de nuevo hacia ella, vio que había cerrado los ojos y que apenas respiraba. Estupefacto, le gritó al camarero.

—¡Eh! Rápido, mire: está perdiendo el conocimiento.

Pero, como era natural, el camarero tampoco podía hacer nada para cambiar aquello.

—¿Hay algún médico en la sala? —gritó Fernando ahora, al tiempo que se sorprendía de no haber hecho esa pregunta hacía rato.

Pero ¿qué diablos se hacía en una situación así? Esa impotencia era simplemente insoportable. Qué ridículo. Ya mismo, el lunes, asistiría a un curso de primeros auxilios. Sí, y obligaría a acudir también a todos sus empleados. No podía ser que un hombre como él no fuera capaz de ser de ayuda en un caso tan banal. Por hacer algo y sentirse activo, retiró de la silla el chal de seda de Maite y le cubrió el busto sucio con él, lo cual no le hizo recuperar en lo más mínimo el conocimiento, pues no reaccionó de ninguna forma. La miró consternado desde lo alto, pero entonces oyó ruido de pasos detrás de él y se retiró a un lado para dejar sitio a dos sanitarios.

—¿Son pareja? —preguntó uno de los dos tomando el pulso de Maite e hizo una señal a su colega que Fernando no supo interpretar.

—Sí. Es decir, no. O sí, sí. Trabaja para mí.

—Aquí, un colapso circulatorio severo —gritó el hombre a continuación a su colega, que se estaba ocupando del cliente de la mesa vecina, quien ya no estaba agachado a cuatro patas, sino que se había desplomado al suelo.

Un sonido metálico hizo que Fernando se diera la vuelta. Una camilla venía rodando en su dirección. Se colocó a un lado y vio desconcertado cómo levantaban a Maite y la fijaban a ella con las correas de seguridad. Unos segundos después tenía una vía intravenosa en el brazo y una bolsa con un líquido transparente bamboleaba por encima de su cabeza.

—¿Quieren que les acompañe? —preguntó Fernando.

—No. ¿Para qué?

—Pero ¿adónde la llevan?

—Al Marañón, aquí mismo, a la vuelta de la esquina. Los demás están también allí.

—¿Los demás?

—Sí. Debe de haberse recibido un cargamento de pescado en bastante mal estado. Ahora déjenos pasar, por favor. A su amiga le ha afectado bastante. En urgencias le dirán dónde podrá encontrarla.

—¿Quiere decir que va a tener que quedarse en el hospital? ¿Por un pescado podrido?

El sanitario lo miró mosqueado.

—De los otros diecisiete, hay tres en la unidad de cuidados intensivos. Y si usted no nos deja hacer nuestro trabajo, puede que pronto sean más.

—Pero... pero si solo ha comido pescado.

—Sí. Puede ser, pero ¿qué ha comido el pescado que se ha tomado ella? Esa es la cuestión. Y ahora quítese de en medio, coño.

9

Adrian

Como es natural, solo puedo especular a grandes rasgos sobre lo que ya había sucedido antes de que yo me enredara en este asunto. Todo comenzó con una consulta de mi agencia, que me llegó mientras estaba en Estrasburgo. No había nada extraordinario en ella. Me preguntaban si estaba disponible a primeros de diciembre para una intervención de aproximadamente una semana en el Sudeste Asiático y si podía acudir a Zurich para una reunión informativa. El encargo tenía un aire lucrativo y tentador a partes iguales, así que acepté espontáneamente. Era un viernes, no tenía planes para el fin de semana, habían solicitado mis servicios para el lunes siguiente en Bruselas, y era fácil llegar a Zurich desde Estrasburgo. Viajé hacia allí de buena fe y sin sospechar nada raro; tomé el tren de las trece horas a Offenburg y desde allí hice el transbordo a un Intercity *Express* hasta Zurich. Comí en el tren y pasé la media hora previa a la cita en los quioscos y librerías de la estación central de Zurich.

La oficina estaba situada en la última planta de un edificio anodino del barrio de la estación. Junto, a los botones con el número de las plantas del ascensor resaltaban las habituales abreviaturas de multinacionales y consultoras. En la tercera planta tenían su sede una «TTC Ltd.». Y una «RPPG Consult». Toda la quinta planta estaba alquilada por un «KRC Trust». La abreviatura tras la cual se ocultaba la actividad honorable, o tal vez también dudosa (al fin y al cabo estaba en Suiza), era: «SVG-Consult». La oficina estaba en la octava planta, la misma que acogía a «ASOKA Import Export».

Todavía me acuerdo muy bien de la secretaria, ataviada de negro, vestida con ropa tipo azafata de congreso. Me condujo a través de un pasillo con revestimiento de madera hasta un despacho y me señaló un asiento junto a una pequeña mesa de reuniones que estaba en un rincón de la sala. Me quité la americana, me senté y me puse a mirar a mi alrededor. Encima de un mantelito blanco de tela había tres botellas de agua y otras tres de zumo de frutas, así como cuatro vasos del revés, todo colocado con un obediente orden en el centro de una mesa redonda. El mobiliario era escaso, pero noble. Al lado de dos armarios con las persianas enrollables cerradas había un gran escritorio de madera tropical, cristal y cromo, y un sillón macizo de piel frente a un ventanal continuo de cristal. Al otro lado estaba Zurich, bajo un cielo gris. La pared junto a mí estaba decorada con un gran óleo, en su mayor parte monocromo, al estilo de Rothko. Tal vez lo era realmente, o quizá se trataba solo de un imitador. ¿Quién es capaz de diferenciarlos a todos?

Esperé. Como al cabo de diez minutos, todavía no había venido nadie, me levanté y caminé un poco por aquel espacioso despacho. También me acuerdo perfectamente de ese momento como si fuera ayer. Me dirigí al ventanal, me empapé de aquellas extensas vistas, me volví en dirección al escritorio y ¡fue entonces cuando sucedió!

La fotografía estaba al lado del teléfono y vuelta hacia la ventana, de modo que quien trabajara sentado en aquella mesa la tenía constantemente a la vista. Era difícil decir dónde se había tomado aquella instantánea. ¿En Tailandia? ¿En Vietnam? Al fondo se veían a algunas mujeres vestidas con trajes tradicionales, pero por aquel entonces yo no era capaz de asociarlas con ningún país concreto. Ragna estaba sentada sobre una roca, vestida con ropa de montaña, las piernas cruzadas, la cara sonriente medio vuelta hacia el fotógrafo, que debía de estar en diagonal por detrás de ella, a poca distancia y en una posición ligeramente más elevada.

Transcurrieron unos largos instantes hasta que la reconocí. No había ninguna duda, aunque ya no tenía un rostro tan infantil como yo recordaba. Cogí la foto y miré a la joven que parecía sonreírme. Los ojos. Los labios. La manera de ladear la cabeza al sonreír. ¡El pequeño adorno de su collar! La mirada de aquella foto no iba dirigida a mí, está claro, pero me impactó mucho más porque me había pillado absolutamente desprevenido.

Estuve un rato largo sin saber qué hacer. Mi primera reacción refleja fue marcharme de allí de inmediato, pero volví a colocar la foto encima de la mesa, me acerqué al ventanal y miré abajo, hacia la ciudad envuelta en gris sobre la que ahora llovía un poco. Por el momento solo había dos explicaciones plausibles: en ese despacho trabajaba o bien el marido, o bien el padre de Ragna. El azar me había llevado hasta allí, ante la fotografía de mi gran y fracasado amor de la adolescencia. No necesité mucho tiempo para aclarar la situación. Esparcidas sobre la mesa del escritorio había bastantes cartas dirigidas a un tal doctor Di Melo. Volví a sentarme y esperé.

Así que se trataba de su padre, al que por aquel entonces no llegué a conocer. Casi siempre estaba fuera por trabajo, en ocasiones hasta tres o cuatro semanas enteras. Una o dos veces, su Jaguar de asientos de color *beige* estaba aparcado frente al garaje de su mansión de la zona de Lerchesberg cuando Ragna me metía algunas veces de extranjis en la casa por la entrada lateral. En aquel tiempo fue alguien invisible para mí. No le vi la cara ni siquiera después de la catástrofe del mes de mayo y del final abrupto de nuestra relación. A su madre, sí. Una vez la vi en la Jefatura Superior de Policía cuando tuve que acudir allí para un interrogatorio. Una noruega extraordinariamente atractiva, espigada pero muy distante, de quien Ragna, además del exótico nombre de pila, había heredado sobre todo su figura perfecta. ¿Sabían sus padres por aquel entonces algo de nuestra historia? ¿Qué adolescente de diecisiete años les cuenta a sus padres con quién anda dándose besos o acostándose? Intenté ahuyentar las imágenes que ascendieron de inmediato en mi interior nada más pensar en ella. Me acuerdo muy bien de que quise marcharme del despacho. Pero no me fui. En lugar de eso saqué mi móvil, me dirigí de nuevo al escritorio y fotografié su foto. A continuación regresé a mi asiento en el rincón y esperé.

Poco después se abrió la puerta. Entró un hombre alto, delgado, con escaso pelo cano y una coronilla en el cráneo afeitado.

—Señor Noack —dijo acercándose a mí—, Di Melo. Qué bien que haya venido. —Me tendió la mano y arrastró una de las sillas frente a su escritorio—. Disculpe mi tardanza, por favor. Siéntese aquí. Ese rincón de ahí es muy incómodo.

Aproveché ese momento para observar detenidamente a mi posible cliente.

Llevaba un traje azul marino y una camisa blanca con los clásicos gemelos de oro. Llevaba un nudo Windsor grande a la corbata, lo cual producía una impresión anticuada, pero de buen ver. Era una corbata discreta, con un estampado de pequeños rombos grises. Todavía lo veo delante de mí. Sus ojos azules me estaban examinando, pero poseían una mirada amistosa. En todo caso así me lo pareció a mí. Estaba seguro de no haberlo visto en mi vida. Calculé que debía de estar al final de los cincuenta, una edad a la que yo asociaba algo diferente a la estatura y la vitalidad que irradiaba. Todavía recuerdo que pensé: «Disfrutar de ese aspecto dentro de veinticinco años estaría pero que muy bien». Ese hombre tenía algo. Decir que aquello era carisma era demasiado porque solo llevaba unos pocos minutos con él en la misma sala, pero se percibía de inmediato que poseía influencia, asertividad, tal vez personalidad; en cualquier caso no era un tipo mediocre con las hombreras de una sosa americana cubiertas de caspa y una barriga incipiente, sino más bien una especie de gerente o de banquero. ¿Me habría encontrado con él antes? Sin embargo, no había absolutamente nada que me permitiera reconocerle. Ni siquiera la voz. Y tengo una memoria excelente para ellas. Con toda seguridad no habría olvidado su alemán ligeramente coloreado de suizo si lo hubiera escuchado en algún momento.

—Solo me han propuesto a señoras, a excepción de usted —dijo Di Melo—, pero, que quede entre nosotros, para este asunto prefiero un intérprete masculino. ¿Sabe usted de qué se trata?

—¿Un viaje de negocios a Bangkok y a Rangún a comienzos de diciembre? —contesté yo—. Entre cinco y siete días. No me han contado nada más.

—Sí, más o menos. Todavía tendríamos que profundizar sobre los detalles en el caso de que nos pongamos de acuerdo. Pero realmente deberían bastar cinco días. En el caso de que se alargara por más tiempo, le compensaría por los días adicionales, por supuesto. Según la tarifa por día estipulada. ¿Sería eso posible?

—Seguro. ¿Alemán e inglés? —pregunté.

—Y puede que español. También ofrece usted ese idioma, ¿verdad?

Asentí y pensé: «¿Español? ¿En Rangún?». Pero Di Melo proseguía ya.

—Mi inglés es más que aceptable —aclaró—, pero el que hablan allí algunos de mis socios me suele resultar por desgracia incomprensible. ¿Tiene

experiencia en esto?

—Sí, claro —respondí, antes de añadir—: Ahora hago casi únicamente de intérprete de idiomas que ya no existen.

—¿Idiomas que ya no existen? —repitió Di Melo perplejo.

—Bueno, denglich, franglish, *spanglish*, pronto habrá que prohibir el inglés auténtico. Es pedirle demasiado a la gente.

Era la versión resumida de la situación, pero a Di Melo difícilmente podía interesarle la decadencia de mi profesión. Yo había estudiado inglés, francés y español, pero ahora prácticamente solo hacía de intérprete de un único idioma, que ni siquiera lo era. Tampoco estaba claro cómo denominar a ese tartamudeo actual de las reuniones de trabajo. ¿«Globálico»? ¿«Macarrónico»? La denominación más acertada para ese idioma mutilado era probablemente «desesperanto», que sonaba a inglés pero que no merecía ese nombre, algo que podía reconocerse cuando un hablante nativo tomaba la palabra; solo tenía que elevar el registro o proporcionar una coloración local para que los asistentes a la reunión echaran mano en masa de los auriculares para oír la interpretación de un idioma que anteriormente creían que hablaban.

—Ha mencionado usted el español —proseguí—. ¿Hay que viajar también a Filipinas? Así de sopetón no se me ocurre ningún otro lugar en Asia dónde pueda hablarse español.

—No. Eso no está previsto, pero posiblemente viajarán también algunos de mis socios de España. Es probable que haya que traducir algún que otro documento, informes de acuerdos y cosas así. Por cierto, deberá firmar una declaración de confidencialidad.

—Sí, por supuesto, es lo habitual. ¿Cómo puedo prepararme? ¿Hay documentos o algún escrito?

—Podré decirle algo más preciso al respecto sobre el terreno. ¿Le supone un problema?

—Si se trata de temas técnicos complicados, tal vez sí.

—Tendrá tiempo suficiente para prepararse *in situ*. ¿Cuánto tiempo puede estar disponible? —preguntó a continuación antes de levantarse.

¿Eso era todo? ¿Había viajado a Zurich ex profeso para responder tan solo a algunas preguntas sin importancia? Bueno, por novecientos francos suizos al día poco antes de Navidad, una época en las que seguramente no me llegarían

más encargos, ese hombre podía disponer de mí como quisiera. ¿O tal vez había más candidatos y aquello había sido tan solo una preselección?

—El que usted desee, señor Di Melo.

—Bien, entonces le haré llegar todos los documentos y nos veremos en Bangkok.

Nos dimos un breve apretón de manos. Ese habría sido el instante ideal para mencionar a Ragna. Habría bastado con una frase. «¿No nos conocemos de algo? ¿Puede ser que su hija fuera a la escuela conmigo en Frankfurt?». Pero no dije nada. Ese encargo era para mí como una especie de llamada, una tentación alimentada por una nostalgia que por aquel entonces no habría admitido nunca.

Di Melo se encontraba ya en la puerta y la había abierto.

—Muchas gracias por el encargo y por la confianza, señor Di Melo —dije al salir.

Mirándolo en retrospectiva, me sorprende que no se riera. Se limitó a asentir con la cabeza, sonrió brevemente y replicó:

—Le agradezco que haya venido. Hasta pronto, señor Noack. Espero que la nuestra sea una buena colaboración.

10

Render

Poco después de la conversación con Vivian, Render tomó el tren a Lyon para pernoctar en el primer hotel de calidad que hubiera cerca de la Estación Central. Se sentía inquieto: sencillamente no soportaba la idea de no poder hacer nada. Todo le parecía una pérdida de tiempo. Apenas había dormido, se había levantado a las seis y había matado el tiempo en el restaurante leyendo periódicos después de tomar un café y un cruasán que ingirió sin apetito. Entonces vio cómo Viktor Bach bajaba de un coche y se encaminaba hacia la entrada.

Viktor Bach era un agente especial de la Interpol. Hasta ese momento, Render solo se había encontrado una sola vez con él en persona. Y de eso hacía ya más de dos años. En el marco de un congreso de la Interpol sobre delitos medioambientales celebrado en Nairobi se había fundado un grupo especial de trabajo contra la criminalidad en materia de pesca. Render estaba invitado para presentar el nuevo marco jurídico de la UE. Desde entonces había sucedido lo que suele ocurrir la mayoría de las veces cuando se pretende mejorar la colaboración interestatal: nada. Se telefonearon y se intercambiaron correos electrónicos. El grupo de trabajo se reunió después en Ciudad del Cabo y ese año planeaban un nuevo encuentro en Singapur. Apenas había habido resultados visibles. Se habían retirado de la circulación algunos barcos, se había condenado a unos pocos capitanes y oficiales. Teniendo en cuenta que se calcula que se mueven anualmente veintitrés mil millones de

dólares con la pesca ilegal, todo aquello no era ni siquiera una gota en el mar. Teresa lo había acompañado en Nairobi. Pensar en ese detalle le hizo un nudo en la garganta y tuvo que esforzarse por poner una expresión optimista, cuando Bach entró por la puerta y se dirigió a él.

—Señor Render —dijo Bach, sentándose a su lado—. Bienvenido a Lyon.

—Gracias. Y también por dedicarme parte de su tiempo.

El hombre negó un instante con la cabeza, como si quisiera decir «de nada», aunque tampoco parecía mucho que aquel fuera realmente su significado.

—Siento mucho lo que ha sucedido, pero espero que comprenda que no puedo recibirlo en el despacho.

—Sí, claro —lo tranquilizó Render.

A continuación chasqueó los dedos con energía en dirección a un camarero que los había estado observando, pero que no hacía gesto ninguno por ocuparse de su mesa. Tras la señal se puso en movimiento con desgana.

—¿Qué va a tomar?

Bach levantó la vista hacia el camarero que estaba ahora delante de ellos con una cara como si le acabaran de quitar dos días de vacaciones.

—Un café con leche, por favor. —Acto seguido, señaló con el dedo las migajas que había sobre el plato vacío de Render y añadió—: Y tráigame también un cruasán, por favor.

Render esperó a que estuvieran fuera del alcance de los oídos del camarero.

—¿Y qué? ¿Cómo están las cosas? —preguntó entonces—. ¿Ha oído algo?

Bach miró unos instantes a su alrededor, pero no había más clientes del hotel cerca de su mesa.

—Como ya sabe —dijo en voz baja—, ayer estaba en el orden del día la sesión preparatoria del congreso del PNUMA que se va a celebrar en Singapur en otoño. Nuestro colega español estaba allí. Como es natural, durante la reunión me resultó difícil abordarle sobre este asunto, pero lo intenté en la pausa para el café.

—¿Y qué? ¿Qué dijo?

—Que no sabía absolutamente nada.

Render cerró un instante los ojos.

—¿Que no sabía absolutamente nada? —repitió despacio—. ¿El representante español en la Interpol para la lucha contra la criminalidad en la pesca no sabe que una observadora se ha caído por la borda en uno de los barcos de Ignacio Buzual?

—No sabía nada concreto —se corrigió Bach—. Habrá oído algo, pero no puede decir nada al respecto. Ya sabe usted: las autonomías. Ese hombre está en Madrid y el asunto lo investiga la fiscalía de Pontevedra. Cuando alguien cae por la borda de un barco irlandés o escocés, Scotland Yard tampoco se pone a investigar de inmediato.

—No, pero sí la autoridad para la investigación de accidentes en el mar. Y esta tiene su sede en Madrid.

—Puede ser, pero, como ya le he dicho, nosotros nos ocupamos aquí de otros asuntos.

Render no replicó nada porque el camarero se acercaba con el café con leche y el cruasán, y puso ambos encima de la mesa frente a Viktor Bach. Render se cruzó de brazos y esperó. Bach mojó el cruasán y lo mordió.

—También me he estado informando un poco por la casa. No tiene pinta de que podamos emprender ninguna acción en un tema como ese. Se trata de un asunto nacional y parten de la base de que fue un accidente. Lo siento.

—Accidente —se limitó a repetir Render y dirigió una mirada impaciente a Bach—. ¿Usted también cree eso?

—Desde lo de 2003, Buzual se ha retirado bastante del negocio —replicó Bach—. Ha reducido su flota y ahora los que manejan el cotarro son actores completamente distintos: chinos, tailandeses, japoneses y otros. Estos nos están dando por el momento muchos más problemas que un pez pequeño como Buzual.

—¿Quién dice eso?

—Nuestros bancos de datos. El negocio se está trasladando cada vez más y más hacia Asia. Allí es donde están produciéndose los peores incidentes. La mafia de la pesca se ubica principalmente allí y está aliada con otros sectores del crimen organizado: tráfico de esclavos, secuestro de personas, contrabando de drogas y de armas, blanqueo de dinero. La paleta completa de delitos.

—Pero hay algo que no se ha trasladado allí en absoluto —profirió Render

—. ¿O acaso comen los europeos menos pescado que antes procedente de la pesca furtiva? La cuestión no es solo quién lo saca del mar, sino quién lo compra y lo come. Y estos seguimos siendo sobre todo nosotros.

—Sí, claro. También vamos a hablar de eso en Singapur. La trazabilidad es un gran problema.

«Trazabilidad», pensó Render con rabia. ¡Cómo detestaba toda esa burocracia de fachada!

—¿Así que los observadores que caen al mar desde los barcos no son un tema de interés para la Interpol? —dijo, sin embargo, tras dominarse—. ¿Cuántos van en lo que llevamos de este año? ¿Dos? ¿Tres? O tal vez algunos más de quienes no hemos sabido nada. No estamos hablando aquí de Papua Nueva Guinea o de Vanuatu, sino de España. La cosa está más cerca, tiene lugar delante de la puerta de casa.

Bach miró con disgusto hacia la mesa.

—No conseguimos siquiera establecer una radiofrecuencia común para la policía entre Países Bajos y Alemania. Las gentes de las democracias muy desarrolladas tienen más reservas hacia su propia policía que hacia los traficantes de esclavos de Rumanía o de Ucrania. O al menos eso es lo que se deduce de su manera de proceder en las elecciones. Simplemente no obtenemos los instrumentos jurídicos para colaborar eficazmente. Y en consecuencia florece por aquí el crimen organizado. Ya estamos operando casi siempre al límite de la legalidad porque de lo contrario no tendríamos ninguna opción de éxito. ¿Qué puede hacerse cuando todo un Estado se cierra en banda porque hay considerables intereses económicos en juego?

Render extrajo unos documentos de su cartera y se los tendió a Bach.

—*From Brussels with love* —dijo.

Bach cogió las fotocopias y fue pasando las hojas.

—En su momento —continuó hablando Render mientras tanto— nos propusimos hacer un estudio de los comedores de las instituciones de la Unión Europea. Por nuestra propia cuenta, sin preguntar a nadie. Se trata de unos sencillos test de ADN efectuados durante algunos meses. Eche un vistazo. Hasta a nosotros nos la cuelan en lo que comemos y tampoco nos damos cuenta. Por todas partes aparecen mezcladas especies en peligro de extinción. Matan a gran escala en las reservas o en los caladeros protegidos y etiquetan

el contenido y la procedencia como les da la gana. Pides un filete de pollo en la cantina, pero lo que en realidad te estás zampando es un águila real. Y la cosa está empeorando cada vez más. No funciona nada de lo que nos imaginamos que sí lo hace. Y esto es solo un fragmento mínimo. ¡El comedor del Consejo de Ministros de la Unión Europea! El de la Comisión Europea, del Parlamento de la Unión Europea, y de la Comisión Económica y Social. Esos criminales deciden el menú incluso de nuestros propios comedores. Y a nuestros controladores simplemente se los cargan.

Bach miró con inseguridad a su alrededor y dirigió una mirada cortante a Render.

—Me imagino cómo se siente. De verdad.

—Eso no me ayuda.

—¿Qué lo haría entonces?

Render se inclinó hacia delante y bajó un poco la voz.

—Al menos quiero comprender qué ha sucedido. Ella no va a regresar, pero me gustaría tener como mínimo alguna certeza. No conseguirán nada de la investigación, puede poner la mano en el fuego. E incluso si encuentran algo, no lo harán público.

Bach negó con la cabeza y se disponía a replicar, pero Render no lo dejó hablar.

—¿Puede proporcionarme algunas informaciones? Datos vía satélite. Actas de teledetección. Yo le doy las coordenadas y usted me descarga toda la información de los satélites en un intervalo de tiempo determinado. ¿Qué estaba sucediendo allí cuando desapareció Teresa? ¿Qué barcos había en las proximidades? Usted tiene acceso a ese tipo de datos, ¿verdad?

Viktor Bach se recostó en el asiento y se cruzó de brazos.

—En teoría, sí. Ahora bien, ¿qué pretende hacer con ello?

—Quiero certezas. Por lo menos eso.

Viktor Bach miró con semblante escéptico a Render, que no dijo nada más; se quedó observando fijamente a su interlocutor, a la espera. Este apretó los labios y acabó dirigiendo la mirada a la mesa, con gesto de turbación.

—Veré lo que puedo hacer. Pero no puedo prometerle nada.

11

Paulsen

El primero en notar algo raro fue Jasper Paulsen. Eso no resultaba nada extraño, porque al fin y al cabo trabajaba en el despacho de Bruselas en el que confluían todas las informaciones de las autoridades sanitarias europeas. En aquel momento estaba examinando los avisos más recientes del Sistema Europeo de Alerta Rápida para Alimentos y Piensos.

El sistema debía su existencia a una acción por parte de terroristas palestinos, que en 1978 intentaron sabotear las exportaciones agrarias de su enemigo histórico, Israel, inyectando mercurio en naranjas de origen israelí destinadas a supermercados neerlandeses y alemanes. Por fortuna, la fruta envenenada se descubrió a tiempo y fue retirada del consumo. Ahora bien, el susto de los gobiernos fue morrocotudo y por ello actuaron con gran rapidez. El Sistema de Alerta Rápida para Alimentos y Piensos, introducido poco después, reunía desde entonces los avisos diarios sobre alimentos sospechosos en toda Europa y los redistribuía. De este modo no se eliminaban todas las amenazas, es verdad, pero al menos se sabía con rapidez cuándo aparecían en los estantes de los supermercados vinos adulterados con glicol, leche en polvo con melamina o pistachos contaminados con aflatoxina, por no hablar de los cócteles químicos que se encontraban con regularidad en los langostinos tailandeses, en las raíces de ginseng coreanas, en los filetes congelados de marlín procedente de Vietnam y en innumerables productos más.

Como previo a las sesiones del Comité Científico sobre Alimentación Humana, Jasper Paulsen estaba examinando con especial cuidado ese jueves por la mañana los avisos más recientes. Al principio no le llamó la atención nada extraordinario. Reino Unido informaba de un suplemento dietético con sobredosis de ácido nicotínico procedente de Estados Unidos. En Italia había aparecido *Escherichia coli* formadora de la toxina shiga en vacas en canal procedentes de Polonia. Grecia había retirado ya el segundo suministro de gambas congeladas con un elevado contenido de sulfitos. En España habían encontrado un ratón muerto en una pasta de cacahuete orgánica proveniente de Países Bajos. En todas partes se habían registrado los habituales avisos sobre salmonela y aflatoxinas. Así pues, todo era normal en conjunto, con excepción de una llamativa acumulación de intoxicaciones por consumo de pescado.

Paulsen pulsó una combinación de teclas para filtrar los avisos por temas y se sorprendió al contemplar una lista de nada menos que ochenta y dos casos solo en los últimos cuatro días. Leyó por encima los datos para filtrarlos después con mayor precisión y poder relacionar los casos con las localidades reportadas. Quería saber si era posible hacer alguna deducción sobre las especies afectadas de peces o sobre las vías de distribución del pescado. Pero para esto no bastaba esa base informativa. El país más afectado era al parecer España, pero había habido también casos aislados en el sur de Francia, en el norte de Italia, en Grecia y también en un restaurante en Ámsterdam, la única localidad fuera de la cuenca mediterránea donde las autoridades habían registrado un patógeno, si bien con un signo de interrogación. Paulsen lo leyó, frunció el ceño, amplió a los últimos seis días la consulta al banco de datos y generó un gráfico de barras. Ciertamente no era la clásica distribución de Gauss lo que apareció en la pantalla, pero podía reconocerse, no obstante, una incipiente curva con forma de campana, cuyo vértice se remontaba a dos días atrás.

Activó otros campos y se perdió durante un rato en los detalles. En un restaurante de Atenas, varios clientes se habían puesto enfermos ya en el restaurante, justo después de consumir pescado. Se había identificado como «corvina» a la especie de pez. Se habían confiscado los restos y se había rastreado la mercancía hasta un comerciante que supuestamente había adquirido el lote afectado a una empresa mayorista española llamada íbero

Pesca, la cual había suministrado también el pescado a un restaurante de lujo en Madrid, donde, asimismo, algunos clientes habían vomitado nada más ingerir el pescado y habían tenido que ser ingresados en un hospital. En España se habían producido los casos más graves con fallos letales del sistema circulatorio, algo que no había ocurrido en los otros países. Jasper Paulsen clicó en el campo en el que figuraba la especie de pez: corvina blanca.

Cargó la hoja de datos de las autoridades neerlandesas, que eran las únicas que habían consignado un patógeno. Lo que leyó no tenía ningún sentido. Echó mano del teléfono. Conocía a los dos funcionarios de la Voedsel en Waren Autoriteit en Utrecht, la autoridad neerlandesa en materia de seguridad en los productos. En la época de la crisis de los pepinos, que la canciller alemana había desatado hacía algunos años mediante una irreflexiva declaración en relación con el brote del síndrome urémico hemolítico, se habían reunido varias veces de urgencia en Bruselas para reflexionar sobre cómo mitigar el gigantesco perjuicio económico para los horticultores españoles y de otros países europeos. En aquella ocasión murieron 53 personas, y casi 4.000 enfermaron gravemente por una infección intestinal que tuvo que tratarse parcialmente durante varias semanas en el hospital. En el caos subsiguiente de responsabilidades —y quizá también para no tener que admitir que el foco de la infección no estaba lo suficientemente claro—, los alemanes se precipitaron y señalaron como culpables a los pepinos españoles, cosa que la prensa recogió de inmediato y difundió a toda velocidad. Poco después se había admitido el error, pero el mercado de pepinos, tomates y lechugas ya se había venido abajo por completo al cabo de unas pocas horas. Llevaban esa experiencia grabada en la médula. Las intoxicaciones eran algo malo, por supuesto, pero las noticias falsas de ese tipo tenían aún peores consecuencias. De ahí que en ese trabajo se aconsejara la mayor de las prudencias y se descartase lanzar cualquier aviso sin estar absolutamente seguro. Se trataba del mismo dilema en el que se encontraban todos los órganos de control, con independencia de si vigilaban priones, aflatoxinas o potenciales terroristas.

—Soy Jasper —dijo después de que su colega neerlandés se pusiera al teléfono—. Oye, tengo aquí un aviso vuestro referente a una intoxicación por

pescado, con la ciguatera como... agente sospechoso. ¿Estáis hablando en serio?

—Sí —le respondió su colega—. Ahora ya está incluso confirmado. Nuestro laboratorio de referencia acaba de enviar una actualización y la probabilidad es del noventa por ciento. Los síntomas de la enfermedad hablan también a su favor: perturbaciones agudas del sistema nervioso. Los afectados no se encuentran todavía en la unidad de cuidados intensivos, pero si empeora su estado, no puede garantizarse nada. La concentración de la toxina debe de ser extraordinariamente elevada.

—¿Y qué tipo de pescado fue?

—Aún no lo sabemos. El dueño del restaurante dice que era bacalao, pero nos parece imposible, por lo que todavía estamos investigando. Hay indicios de que podría tratarse de una mercancía etiquetada erróneamente, es posible que sea alguna especie de los trópicos capturada de manera ilegal. ¿Cómo si no iba a contener ciguatera?

—Exacto —dijo Jasper Paulsen, pasando la mirada por el listado de su ordenador—. ¿Quiénes son las víctimas? ¿Extranjeros? ¿Tal vez turistas?

—No, neerlandeses normales y corrientes. Un matrimonio ya mayor de Nimega.

—¿Y no habrán estado por casualidad en Tailandia y se trajeron la intoxicación desde allí?

—No, imposible. Tampoco pidieron ningún pescado exótico, sino bacalao en salsa de vino blanco. Pero, como ya he dicho, seguimos sin saber qué les pusieron en el plato.

—De acuerdo, gracias. Si lo averiguáis, avisadme.

—Claro que sí. ¿Algo más?

—Sí, ¿sabéis por casualidad a qué mayorista compró el pescado el restaurante?

—A ninguno. Al parecer, la mercancía procedía directamente de la lonja.

—¿Tenéis las facturas de los proveedores? ¿Embalajes? ¿Etiquetas?

—No puedo decirte nada concreto, pero probablemente reuniremos esas informaciones, siempre y cuando sea realmente ciguatera, porque de lo contrario no proseguiremos la investigación más allá.

Jasper Paulsen dio las gracias a su colega y colgó. A continuación

permaneció sentado en silencio un buen rato en su escritorio reflexionando. La lluvia golpeaba los cristales de las ventanas y durante unos instantes ahogó el zumbido de su ordenador. Inició sesión en la OMS y examinó si allí había avisos actualizados, pero exceptuando el artículo principal no encontró nada más. «Las intoxicaciones por ciguatera —podía leerse en él— afectan a entre veinte y cincuenta mil personas anualmente, si bien se da por sentado que la cifra real de casos de esta enfermedad es probablemente diez veces superior. Por fortuna, la mayoría de ellos se producen entre los paralelos treinta y cinco norte y treinta y cinco sur, en las regiones costeras tropicales. Ahora bien, el aumento de casos en Europa y Estados Unidos despierta la sospecha de que esta toxina podría convertirse en el futuro en un problema de índole mundial debido al turismo de larga distancia, las exportaciones de pescado y los fenómenos migratorios de determinadas especies de peces, condicionadas probablemente por el cambio climático». Jasper subrayó ese párrafo y también el siguiente, que decía que hasta la fecha se habían establecido relaciones entre más de cuatrocientas especies de peces y las intoxicaciones por ciguatera y que en casos aislados la toxina se había detectado incluso en salmones de criadero.

«La ciguatera —acababa el artículo— sigue siendo uno de los venenos más péfidos, pues hasta la fecha no existe ningún método fiable para su detección. La toxina se acumula por la alimentación en determinadas especies de peces, pero su toxicidad no actúa en esos animales. En el tejido muscular y orgánico de los peces, la ciguatera solo es detectable mediante costosos y laboriosos análisis químicos. Los síntomas de la intoxicación van desde erupciones cutáneas, entumecimiento de los labios y de la mucosa bucal, pasando por dolor de tripas, vómitos y diarreas, hasta alcanzar graves perturbaciones neurológicas, como la inversión de la sensación de calor y frío, con escalofríos, trastornos visuales y del equilibrio. La tasa de mortalidad está en torno al siete por ciento y en la mayoría de los casos la enfermedad es reincidente. Una única intoxicación puede provocar una alergia de por vida hacia cualquier pescado o marisco». Paulsen subrayó lo de «alergia de por vida» y cerró la pantalla de la OMS, con lo cual volvió a hacerse visible la lista de avisos diarios. Formó una pila con los impresos, pegó una nota adhesiva encima y escribió: «¿PAFF?». Luego echó mano del teléfono, marcó

el número de Pablo Herrero Sánchez en la Dirección General de Sanidad y Consumidores, y se puso Karen, su asistente.

—No está —respondió ella—. ¿Quieres que le deje un recado?

—Sí, dile, por favor, que me gustaría incluir un punto urgente en el orden del día para la sesión del Comité PAFF.

—De acuerdo. ¿Y de cuál se trata?

—Ciguatera.

—¿Cigua... qué?

—Te lo envío por correo electrónico. Quiero una ronda de intervenciones sobre este tema. ¿Podrías escribir a los delegados para que se informen sobre si ha habido alguna clase de anomalías en sus puestos al respecto?

—Eso tiene que decidirlo Pablo. Yo no puedo tomar esa iniciativa sin su aprobación. ¿Va bien todo lo demás? ¿Cómo está Ruth?

—Bien, justo ahora está en Ispra.

—Salúdala de mi parte.

Colgó y volvió a mirar a la pantalla. Por el momento no podía hacer más. Su mirada fue a parar a las dos bananas que se había metido en la cartera esta mañana porque había salido de casa sin desayunar. Peló una y estaba a punto de hincarle el diente cuando se detuvo. Dejó la fruta a un lado para asegurarse antes en su banco de datos que en los últimos tiempos no hubiera habido suministros de bananas procedentes de Centroamérica con valores elevados de tiabendazol o de imazalil. Conforme a los avisos oficiales no había habido casos así, por lo que volvió a coger la banana, se la quedó mirando con escepticismo durante un rato, pero acabó mordiéndola a pesar de no estar del todo tranquilo.

12

Adrian

Inmediatamente después de la reunión con Di Melo en Zurich, viajé a Frankfurt y tras un aburrido fin de semana a orillas del Meno viajé el domingo por la tarde a Bruselas. Después de mucho tiempo volvía a tener un contrato de dos días en las instituciones europeas. Como era habitual, la conexión ferroviaria fue pésima y, tras un largo y penoso viaje que desde la frontera hasta Lieja continuó con un autobús sustitutorio, llegué a Bruselas ya muy entrada la noche. Derek, un colega británico en cuya casa me alojaba algunas veces, no estaba allí en contra de lo que esperaba, pero su vecino me entregó amablemente la llave. Aquel piso oscuro y vacío proporcionaba una impresión extraña y repelente sin Derek. Había una pila de correo encima de la mesa del comedor, en la sala de estar. Tres moscas habían encontrado el modo de entrar en la vivienda después de la última visita de la mujer de la limpieza y habían perecido juntas en el alféizar de la ventana. En la cocina me recibió la nevera desconectada con la puerta abierta. Había una nota encima de la mesa de la cocina. «*Sorry*, no hay nada para comer. Tenía que descongelar la nevera. Regreso el lunes por la noche. *Sushi* y cartera de valores, ¿vale? Saludos, D.».

Puse en marcha la nevera y cerré la puerta, llevé rodando mi maleta hasta el dormitorio y me instalé allí, lo cual solo me llevó algunos minutos. La cama estaba hecha. Cuando ordené mi pequeño surtido de trajes, camisas, corbatas y zapatos, aquello no tenía un aspecto muy diferente al de mi armario ropero de Frankfurt: una duplicación que se percibía como una reducción a la mitad. Los

constantemente viajes entre Bruselas, Estrasburgo, La Haya, Ginebra, Viena y otras ciudades que eran sedes de organizaciones internacionales conducían forzosamente a esta carencia de una morada. A ello se añadían los encargos ocasionales en ultramar para congresos internacionales. Seguía teniendo mi residencia principal en Frankfurt, pero eso era más bien una ficción de estrategia profesional. Mi piso de allí era de mi época de principiante en la profesión, y lo mantenía porque el alquiler era económico y sencillamente resultaba práctico tener un pie en la ciudad con el aeropuerto más importante de Europa. Ahora bien, ¿dónde vivía yo en realidad? Bien mirado, desde hacía algunos años, en ninguna parte. Mi dirección verdadera era una dirección de correo electrónico, un número de teléfono móvil.

Me metí en la ducha, luego puse en el horno la *pizza* que había comprado en la tienda 24 horas de la esquina y, mientras se hacía, me entretuve descargando mi programa de trabajo de los próximos días en la intranet de la Comisión de la UE.

Allí ponía «Biological Safety of the Food Chain (PAFF Section)». A las diez. Como lugar de celebración se indicaba el Centro de Reuniones de la Comisión, sala 3D. Trabajaría con Annegret. Aquello era un destello de esperanza a la vista de lo aburrido del asunto que iba a tratarse en la sesión. La combinación de lenguas era la clásica: inglés, francés, alemán, español, italiano, neerlandés. Al igual que en los viejos buenos tiempos, antes de todas las ampliaciones. Hice un doble clic sobre el nombre de Annegret y su página informativa apareció al lado de una fotografía que conocía de memoria, pero que siempre me gustaba contemplar. Luego cliqué en un enlace que debía suministrarme la documentación de la sesión, pero allí no había nada con excepción del orden del día. La descargué, cerré la aplicación y abrí el archivo. El orden del día del Comité Científico sobre Alimentación no era ninguna lectura que estimulara especialmente el apetito: *Listeria monocytogenes* en croquetas de falafel orgánico (NL), *aflatoxina* y *ocratoxina A* en pistachos procedentes de Irán (D), fuga de manganeso desde utensilios de cocina de madera procedentes de China (DK), norovirus en frambuesas congeladas procedentes de Chile (UK), *Campylobacter* en pechugas de pollo refrigeradas (F).

Abrí mi banco de datos de terminología. Mi sistema era sumamente

sencillo: en cada sesión elaboraba una lista con la terminología especializada empleada y la grababa con el nombre de la comisión. Como es natural, poseía también todos los glosarios clásicos imaginables sobre cualquier tema, desde aguas residuales hasta zoonosis, pero cuando se había interpretado ya una vez a un grupo especializado y se habían anotado todas las abreviaturas, era más fácil, claro. Sin embargo, tuve mala suerte en este caso. Con «PAFF» no obtuve ningún resultado en la búsqueda. Al mismo tiempo zumbó mi teléfono móvil y apareció en la pantalla el aviso de un SMS de Annegret: «¿Ya en town?»

Le respondí con un emoticono sonriente y escribí a continuación: «¿PAFF? ¿Sabes lo que es?».

La respuesta llegó de inmediato: «Sí. Standing Committee on Plants, Animals, Food and Feed. Va de vacas locas, priones, aflatoxinas. Una delicia. Tengo glosario. Salu2. A.».

Le envié dos emoticonos sonrientes y me puse contento al ver que iba a trabajar con una conocida que a más a más era funcionaria, andaba metida continuamente en estos asuntos y dominaba la materia. Además, se trataba de una persona a la que yo le gustaba y que no me sacaría las vergüenzas enseguida solo por no estar al día de todas las abreviaturas empleadas. La competencia se estaba poniendo muy dura también en este sector.

Mordí un trozo de *pizza*, que mezclada con cerveza se transformó en algo medianamente comestible. Pero solo durante tres bocados. Luego aparté el plato, miré meditabundo el panorama urbano del Barrio de Europa y volví a abrir quizá por enésima vez la foto que había sacado con mi teléfono móvil en el despacho de Di Melo. La contemplé como si pudiera ofrecerme una explicación acerca de mi extraño estado de ánimo. Sin embargo, en la foto no había nada, exceptuando la sonrisa de Ragna, que además no iba dirigida a mí. Busqué la canción que había escuchado hacía algunas semanas en un café nocturno de Berlín; apoyé el móvil en una de las latas de cerveza y escuché la letra. Fue como si la conspiración contra el apático presente en el que yo me había instalado se hubiera iniciado hacía mucho tiempo.

Y en algún momento ya no puedes acordarte

*de ese mundo extraño al que llegamos los dos.
El universo entero no era más grande que una habitación,
y todas las estrellas y planetas llevaban nuestros nombres.
Flotábamos ingrávidos por mares y mareas,
por vacíos cuartos de niños y domicilios abandonados.
Cuando dos seres desconocidos nos señalaron de repente,
cuando tú y yo... nos estrechamos en un abrazo.*

Detuve la música y esperé. A lo lejos sonó el claxon de un automóvil. La nevera zumbaba y sin motivo alguno pensé en las tres moscas muertas en el alféizar de la ventana. Reinicié la reproducción de la música.

*Y sé que en algún momento todo eso ya no existirá,
sé que cada respiración no puede sino terminar
súbitamente...*

Volví a pararla. Cancelaría ese encargo. No me sentaba bien retomar el contacto con ese pasado. Me acerqué a la ventana y miré abajo, al parque Square Ambiorix. Estaba completamente desierto. Mañana llegaría Derek. Por suerte.

13

Render

El mensaje de texto en el teléfono móvil de Render era de hacía tres horas. Lo leyó dos veces. A continuación dejó el aparato sobre la mesita abatible del departamento del tren y se quedó mirando al frente, aturdido.

Su rabia y su dolor habían dado paso ahora a una profunda depresión. ¿Por qué leches había ido a Lyon? Su conocimiento de la naturaleza humana debería haberle dicho que Bach era un tipo que solo se atendería a la vía reglamentaria. ¿Y que podían hacer los de la Interpol aunque quisieran? Ni siquiera el FBI estaba capacitado para investigar casos así. Algunos meses atrás le tocó a un joven estadounidense en el Pacífico. En el aviso se decía que había caído por la borda en circunstancias no aclaradas durante una maniobra de transbordo frente a las costas peruanas. El FBI y el Servicio de Protección Costera de Estados Unidos estuvieron semanas intentando aclarar el caso, pero no averiguaron absolutamente nada.

¡Y ahora le había tocado a él! Echó mano del móvil y volvió a leer el mensaje. ¿Cómo habían dado con su número? ¿De qué país del carajo era ese prefijo internacional? Así que estaban intentando volver a contactar con él. Como entonces. Era todo tan irreal. Por su imaginación desfilaron imágenes de los últimos dos años, comenzando por aquel seminario en Funchal en el que conoció a Teresa. Estuvo a punto de renunciar a participar en el programa de formación para observadores en señal de protesta, pero entonces no se habría encontrado nunca con Teresa, y habría sido otro quien la hubiera formado.

Ella viajó incluso al congreso de la Interpol en Nairobi cuando él expuso su ponencia allí. Por fin iba a suceder algo. Tenían la intención de desplegar un grupo de agentes especiales para luchar contra la criminalidad en la pesca y le habían pedido que explicara los instrumentos jurídicos de la UE. Poco antes del viaje de vuelta, apareció aquella amiga de Teresa que, de repente, estaba allí, frente a la habitación de la joven en el hotel. Sin mediar explicación alguna, Teresa desapareció con ella. Dos horas después regresó sola y le pidió a Render que hablara con aquella joven que lo esperaba abajo, en el vestíbulo. «¿Por qué? —preguntó él—. ¿Para qué? ¿Quién es ella?». Pero Teresa solo le dio evasivas. Finalmente bajó por darle ese gusto. La mujer le hizo un gesto desde un apacible rincón de la espaciosa sala y le tendió la mano cuando él llegó ante ella.

—Señor Render —dijo la joven—. Gracias por encontrarse conmigo.

Él movió brevemente la mano en un gesto negativo.

—Sabe mi nombre —replicó él—. ¿Me permite conocer el suyo?

—Me llamo Ragna —dijo ella—. Ragna Di Melo.

—Habla bien alemán.

—Fui a la escuela en Frankfurt, pero de eso hace ya mucho. ¿Podemos hablar en inglés?

—Sí, claro —dijo él cambiando de idioma, y añadió en tono de broma—: Entonces puede usted ahorrarse lo de «señor Render» y llamarme simplemente «John».

—Vale —dijo ella y sonrió.

Él hizo una seña al camarero para que se acercara.

—¿Quiere usted beber algo?

—No, gracias.

Pidió una botella de agua. Aquella mujer habría podido ser su hija. Calculó que debía andar por los veintitantos años, cerca de la treintena, pero no habría apostado nada por ello. Vestía tejanos, sandalias y una fina blusa de manga corta. Tenía las uñas de los dedos de los pies pintadas de rojo, pero no las de las manos. Sus ojos verdes lo miraban con curiosidad y le dio la impresión de que lo escrutaban un tanto. Llevaba corto el pelo castaño oscuro. Su piel era más bien clara y estaba un poco enrojecida por el intenso sol, que por lo visto no le sentaba muy bien. De un fino collar de oro colgaba un

pequeño delfín de cristal; no llevaba ningún otro adorno. Hablaba fluidamente inglés sin ningún acento, pero, dejando a un lado la interesante mezcla norteamericana que delataba la combinación de su nombre de pila con su apellido, era difícil de adivinar su procedencia. A su lado había una bolsa que él reconoció enseguida. En un color azul esperanza había escrito en ella DOHA 2012, en recuerdo de la última cumbre climática mundial celebrada en el emirato del desierto.

—¿Estuvo también allí? —dijo la chica tras detectar la dirección de la mirada de él.

Él negó con la cabeza.

—Lástima. Tal vez nos habríamos encontrado allí. Sin embargo, sí conoce usted la bolsa.

—Sí, claro. Se la vi a algunos de mis colegas que sí asistieron.

—Esta de aquí procede del Pacífico —aclaró Ragna—. La pescó un amigo mío de una gigantesca alfombra de basura formada por plásticos. ¿Ve usted este error de imprenta? —preguntó, señalando una abreviatura: COB 18—. Por lo visto, el tipógrafo chino no conocía la abreviatura correcta de la reunión de los Estados firmantes del contrato. O tal vez le entregaron una plantilla errónea. Como es natural, nadie sabe quién lanzó al Pacífico la carga de los contenedores con las bolsas de la cumbre mal impresas, pero a mí me resulta casi metafórico que la basura de la cumbre sobre medio ambiente vaya a parar al mismo lugar que la restante basura que estas cumbres, según dicen, tratan de reducir.

Render se recostó en su asiento y meditó qué replicar, pero la joven continuó hablando.

—Quería enseñarle algo, si le parece bien.

—Por supuesto.

Ella metió la mano en la bolsa de nailon raída que tenía al lado, sacó un sobre y de este extrajo una fotografía. A Render le cambió el humor de repente. Hacía mucho tiempo que no veía esa foto. ¿Y quién demonios no la conocía? En ese mismo momento apareció el camarero con la botella de agua y la depositó encima de la mesa ante ellos, directamente junto a la foto.

Render esperó a que el camarero estuviera lejos antes de formular la pregunta lógica:

—¿Por qué me enseña esta foto? —Fue incapaz de reprimir un tono burlón en la pronunciación de la pregunta—. ¿Se dedica a cazar a criminales de guerra?

—No, pero ¿a que usted conoce esta imagen?

En lugar de responder, cogió la foto y se quedó mirando fijamente a los hombres que estaban en el banquillo de los acusados.

—Este es Göring —dijo entonces—. Este de aquí es Rosenberg. A Speer se le distingue también sin problemas. Y el de aquí es Jodl, si no me equivoco.

De los demás no estaba tan seguro, pero por su mente desfilaron de inmediato los nombres de la mayoría de ellos. Se habían convertido en algo similar a personajes míticos por sus atrocidades, como en una cruel epopeya antigua que toda persona de cultura mediana podía enumerar, aunque no relacionara sus nombres con ellos ningún rasgo de sus inolvidables rostros o a pesar de que tan solo tuviera una vaga idea del papel que desempeñaron en su momento: Seyss-Inquart, Schacht, Streicher, Kaltenbrunner, Von Ribbentrop. La banda de criminales en el banquillo de los acusados de Nuremberg.

—¿Qué siente usted cuando ve a estos hombres? —preguntó la joven.

Render volvió a dejar la foto encima de la mesa y bebió un sorbo de agua antes de responder.

—Este es un extraño prelude para una conversación, ¿no cree? No me conoce de nada, me planta esta fotografía delante y desea saber qué sentimientos me invaden ante la imagen de asesinos en masa y criminales de guerra. ¿Lo hace porque soy alemán?

La joven permaneció en silencio, a la espera.

—Dejando aparte por el momento lo evidente, dígame: ¿por qué quiere hablar conmigo sobre acontecimientos históricos en los que no estamos implicados ni usted ni yo? Se trataría de un ejercicio bastante académico, ¿no cree? También podríamos hablar acerca de los jemerres rojos, Ruanda u otros lugares en los que se han cometido atrocidades similares, ¿no?

—Claro que sí —replicó ella—. Pero ¿me permite que le cuente lo que se me pasa por la cabeza cuando veo estas caras?

—Si lo considera necesario, adelante, por favor.

La joven estaba sentada completamente relajada mirándole a él. Render había decidido terminar rápidamente con aquella conversación. «He cometido

una estupidez al acceder a encontrarme con ella».

—Suelo echarle un vistazo a esa foto —dijo Ragna a continuación—, a esos hombres completamente normales. A esos asesinos de escritorio, los autores morales de los hechos. Los administradores y organizadores del peor genocidio de la historia reciente. Parecen tan insignificantes. Tan del montón. Tan distinguidos y civilizados. Eso me fascina porque no entiendo lo que hicieron o lo que permitieron que se hiciera sin que ellos llevaran a cabo nada directamente. Desde la primera vez que oí hablar y leí acerca de ellos, he sentido el deseo de sentarme delante de esos hombres y preguntarles: ¿Por qué lo hicisteis? ¿Cómo fue posible? ¿Cómo lo tolerasteis o incluso lo justificasteis ante vosotros mismos? Pero es imposible preguntárselo. Por ese motivo se lo pregunto a hombres como usted. ¿Por qué hace usted lo que hace? O más bien, ¿por qué no hace nada?

La pregunta lo dejó tan atónito que durante unos largos segundos no supo qué decir. Aquella mujer estaba loca. Completamente loca. ¿No sería mejor levantarse y marcharse de allí? ¿Era posible que fuera peligrosa? Sin embargo, no tenía pinta de serlo ni aun queriendo, a no ser que contemplara aquel espantoso reproche como una amenaza, esa comparación atroz y grotesca. Los hombres de la fotografía habían intentado exterminar a todo un pueblo, someter el mundo a su yugo y esclavizar a grandes sectores de la humanidad. ¿Qué tenía él en común con ellos? La joven no le dio tiempo a replicar nada y se anticipó incluso a su reacción.

—Casi todas las personas a quienes pregunto reaccionan igual que usted. Se quedan atónitas y consideran monstruosa la comparación. A pesar del contraste con lo que hicieron los nazis, la dimensión del crimen del que usted forma parte no puede realizarse de otra manera sino con esa comparación. Los nazis no se limitaron a asesinar a un sinnúmero de seres humanos. Elevaron el asesinato y el exterminio sistemático de la vida a un tipo de arte satánico, a una orgía de lo absurdo y de lo absolutamente arbitrario perpetrada con violencia y sangre. Todos formamos parte de una maquinaria comparable, de un proceso similar: el mayor biocidio de la historia de la humanidad. Usted es muy consciente de ello. No tengo por qué explicárselo. Probablemente, incluso ese sea el motivo de por qué estamos aquí sentados y de por qué sigue prestándome atención aun cuando su cabeza le está diciendo que, por supuesto,

estoy completamente loca.

Render seguía sin saber qué replicar a esa mujer, así que empezó bebiendo un trago de agua antes de animarse finalmente a darle una respuesta:

—De verdad que no sé lo que quiere de mí, joven, pero desde luego tiene un sentido del humor reseñable...

—¿Tiene la impresión de que siquiera se está empezando a hacer todo lo necesario?

—Se hace lo que se puede, y eso ya es algo.

—Lo cual no cambia nada sobre el hecho de que cada vez más y más ecosistemas vitales se hallan frente al colapso. —Sacó un bloc de notas—. Imagínese que alguien organizara dentro de cien años una exposición con fotografías de personas que recibían un sueldo por contrarrestar en algo el biocidio que tiene lugar en la actualidad. Nada de fotos de los procesos de Nuremberg, nada de los rostros apáticos, compungidos y sorprendidos de Jodl, Keitel y Rosenberg, sino las caras autocomplacientes de personas de su tipo: instantáneas de grupo de representantes del gobierno, expertos y funcionarios de la administración, todos ellos muy bien pagados, que debaten durante décadas sobre acuerdos fundamentales, de los cuales saben a la perfección que no valen ni el papel en el que constan esos vacuos tratados. Unos acuerdos que, dicho sea de paso, ni siquiera respetan aquellos que estarían en condiciones de hacerlo. ¿Cómo soporta usted eso? ¿Qué tamaño tienen que alcanzar las contradicciones y los cinismos de un sistema para que alguien como usted, con sus conocimientos técnicos y su experiencia, no soporte más su funcionamiento? Solo querría preguntarle eso. Nada más.

—¿Puede ser que tu amiga esté un poco loca? —le había preguntado después a Teresa.

—Sí, perfectamente.

—¿De qué la conoces?

—Del PETA. Un día realizamos juntas una acción.

—Ajá. ¿Cuándo?

—Hace unos diez años.

—¿Y de qué tipo de acción se trataba?

Ella se lo quedó mirando unos largos instantes.

—Ballenas piloto —dijo—. Contra su masacre anual en las islas Feroe.

—¿Y qué?

—Nada de «y qué». Sigue produciéndose. Cada año. —Le dirigió una mirada que él no le había visto nunca antes. A continuación dijo—: Tal vez lo que sucede es que no todos estamos lo suficientemente locos.

Eso fue todo. Después de ese día nunca más volvieron a mencionar el nombre de Ragna.

Volvió a echar mano de su teléfono móvil y leyó el mensaje de texto una vez más: «Nos gustaría hablar con usted. ¿Podría venir a Vigo? Ragna».

14

Buzual

Ibai contempló con curiosidad cómo la aguja penetraba en el ratón. El animal se crispó, pero apenas podía moverse en la mano del ayudante de laboratorio que lo mantenía agarrado y le ponía la inyección. El hombre colocó el ratón en la base de un recipiente de cristal y retiró la mano. El animal miró confuso a su alrededor, olisqueó en diferentes direcciones y comenzó entonces a explorar su nuevo entorno.

Ibai miraba alternativamente el cronómetro que estaba colgado de la pared del laboratorio y luego el ratón, cuyo patrón de movimientos iba cambiando paulatinamente. Se detuvo. Su pequeño morro se abría y cerraba como si bostezara o se atragantara. Al cabo de dos minutos y cuarenta y tres segundos, el animal comenzó a contraerse espasmódicamente. Unas secreciones de color rojo parduzco salieron expulsadas del ano. El ratón se arrastró unos instantes en círculo y se desplomó sobre la panza. Apenas respiraba. Un temblor recorrió sus pequeñas extremidades y, después, el animal se quedó quieto. La agonía no había durado ni cuatro minutos.

—¿Qué dosis era? —quiso saber Ibai.

—El equivalente a 0,3 microgramos en un humano —dijo el ayudante de laboratorio que estaba a su lado y había presenciado el espectáculo.

Ibai lo miró sin entender sus palabras.

—¿Qué significa eso? ¿Cuánta cantidad es?

—Es aproximadamente la que hemos encontrado en las muestras de tejido

del pescado envenenado.

Ibai miró con repugnancia al animal fallecido.

—¿Y se produce un efecto así?

El hombre asintió y contrajo las comisuras de los labios en un gesto de escepticismo.

—Sí. Solo en pequeñas cantidades puede ocasionar síntomas graves. Ese veneno es extraordinariamente pérfido.

—¿En qué medida?

—Es difícil de detectar. Para los peces es completamente inocuo, pero en el ser humano es muy tóxico. En esta especie de pez en concreto no suele aparecer esta toxina. Es extraño. ¿Cuántos lotes sospechosos le quedan?

Ibai negó con la cabeza.

—Ninguno. —Fijó la mirada con rabia sobre el cuerpecito del ratón y el rastro viscoso que había ido dejando el animal tras de sí en su agonía. ¡El veneno perfecto!—. ¿De dónde sale eso?

—De un alga. Llega a los peces a través de la cadena alimentaria. Como el alga solo puede sobrevivir en aguas tropicales, normalmente prolifera tan solo en los peces de los arrecifes. Sin embargo, en la Antártida —dijo el auxiliar de laboratorio, señalando la placa de Petri en la que nadaban los últimos restos de tejido en una solución de fijado de color azul—, la ciguatera no forma parte del menú. ¿Seguro que los lotes eran nuestros?

Ibai asintió.

—Cargamos las capturas el lunes y se las suministramos directamente a un cliente. Por todos los demonios, ¿cómo pueden haber ido a parar algas tropicales a ese pescado?

El auxiliar se encogió de hombros.

—Por vía natural seguro que no. El bacalao austral vive en aguas marinas muy profundas, a temperaturas bajo cero. Su sangre contiene incluso glucoproteínas...

—Por favor, conmigo hable en cristiano, no conozco esa jerga especializada.

—Anticongelante —aclaró el auxiliar, intimidado—. A esas temperaturas gélidas es imposible que prospere la ciguatera. ¿No habría mezclado algún pargo o similar?

Ibai frunció el ceño. Sería ya la hostia que los tailandeses les hubieran endosado cualquier mierda falseando la etiqueta. Pero no había sido así. El pescado que suministraron al restaurante Goya, y del que habían conservado algunas muestras, como las que estaban en esa placa de Petri, no era ningún pargo. Era bacalao. El mejor filete de pescado, y el más caro que existía por el momento. Compacto, carne blanca, tan fácil de digerir como un filete de ternera y prácticamente sin sabor propio, de modo que podía evocar casi cualquiera. Por este pescado se pegaban todos los cocineros cinco estrellas que no tenían ningún tipo de escrúpulos en servir a su forrada clientela una especie de pez en peligro de extinción que tardaba quince años en alcanzar la madurez sexual. Animales alfa para los estómagos alfa de los seres humanos alfa. Él mismo había pescado durante años bacalao austral de manera ilegal. Conocía a la perfección ese oro blanco.

—Es bacalao austral —insistió Ibai.

—Lo sé —replicó el auxiliar—. Y el veneno está ahí dentro, pero no me explico cómo ha conseguido llegar hasta ahí.

Ibai no replicó nada, pues él sí que lo sabía. Había visto lo que había hecho la portuguesa, pero quería eliminar cualquier duda posible.

—¿Podría ser que ese pez se desarrollase ahora en criaderos y que esta guarrada hubiera sucedido en alguna de esas granjas?

—¿El bacalao austral en un criadero? —replicó el auxiliar y se rio con una mueca divertida.

Ibai le dirigió una mirada de mosqueo.

—Sí, ¿por qué no? —gruñó Ibai al hombre—. Los japoneses crían atún. Los noruegos, salmón.

—Sí. Ya, pero de ahí salen mutantes a los que han atiborrado con tantos antibióticos que en realidad habría que eliminarlos como residuos tóxicos. A esto de aquí —dijo el auxiliar, señalando de nuevo las muestras de tejido—, lo ha criado la evolución y, como ya he dicho, las temperaturas. El bacalao austral vive en un hábitat por debajo de los cero grados; en cambio, esta alga solo prospera en aguas tropicales. Simplemente no encajan el uno con la otra.

—Así que alguien ha echado una mano para que esto suceda.

El hombre negó con la cabeza.

—No. ¿Cómo sería posible eso? Para ello habría que sintetizar primero la

toxina.

—¿Quién estaría en disposición de hacer algo así?

—No bastaría un mero aficionado a la química. Para una cosa así se necesita un laboratorio profesional. Y una gran cantidad de dinoflagelados *Gambierdiscus toxicus*.

Ibai se dio la vuelta sin decir palabra y subió la escalera hasta la planta baja. Los despachos que había allí estaban vacíos y las persianas de las ventanas cerradas para impedir las miradas de los curiosos. Todo el recinto estaba cercado por una valla de tres metros de altura y unos guardias de seguridad patrullaban por allí las veinticuatro horas del día con perros. La cosa era que no había nada que ver. El recinto estaba sin actividad, pero justamente en eso consistía su sentido económico. Buzual Armadores había recibido cuatro millones de euros de subvenciones de Bruselas para el funcionamiento de unas instalaciones de producción de aceite de pescado, un dinero que necesitaban con urgencia para financiar otras actividades. El servicio de seguridad se ocupaba de que no se descubriera el negocio fantasma.

Ni el mismo Ibai se creía que algo así podría funcionar, pero tres abogados especialistas en legislación europea le habían dicho lo mismo: «No os pasará nada. ¿Cuántas fábricas Potemkin de este tipo os pensáis que hay diseminadas por Europa y financiadas mediante la plataforma giratoria que es Bruselas?». «Pero ¿qué pasa con los controles?», habían objetado ellos. «Estos, por suerte, corren a cargo de los países miembros —fue la respuesta—, los cuales tienen interés sobre todo en recaudar el máximo dinero posible de las arcas de subvenciones de Bruselas para ellos mismos. Nadie está al tanto ni comprueba si se dispone de la capacidad. Lo importante es que los millones se derramen en el propio país y no en otra parte. Lo esencial es que la regadera europea apunte a los negocios fantasma españoles y no a los letones o rumanos. Todos hacen lo mismo. Y Madrid tampoco se fijará si aquí se fabrican de verdad cápsulas de omega 3 de aceite de pescado o no». Pero ¡esa maldita portuguesa sí que se había fijado! La colección de fotos que había en su ordenador era impresionante. Debía de haberse pasado muchos días aquí y estaba claro que debía de haberle llamado la atención que no se cargara ni descargara ni un solo camión en las rampas de carga y que tampoco se dejaran

ver por aquí secretarias o contables.

Pensar en ella lo excitó. Le habría gustado divertirse algún tiempo más con ella. La putita era de las que le ponían, y con gusto le habría echado un par de polvos más. Y eso que ella no se enteraba de nada, anestesiada como estaba. Qué gustazo habría sido poseerla con ella plenamente consciente. Pero por desgracia había tenido que hacerlo todo con muchas prisas.

Ahora bien, ¿a qué se debía todo aquel montaje? ¿Por qué había corrido tamaño riesgo para envenenar unos cuantos pescados?

Mientras pensaba todo esto había atravesado toda la fábrica y había salido al patio exterior, donde estaba aparcado su automóvil. Condujo hasta las cercanías de Isorna, tomó la carretera nacional hasta Carracedo y luego siguió por la autopista a Pontevedra. Hacía mal tiempo. La niebla pendía sobre la llanura y producía un efecto de gris sobre gris. Por motivos incomprensibles, la señal de la radio era horrible e Ibai apagó el aparato mosqueado. Continuamente le venía a la memoria aquella condenada portuguesa. Estaba malhumorado y tenía una sensación de mal fario. Se salió de la autopista para detenerse en un área de descanso, donde estuvo algunos minutos sobre un arcén contemplando aquel paisaje entre los limpiaparabrisas en funcionamiento y preguntándose qué le estaba sucediendo. Los bancos del área de servicio estaban vacíos, a merced de la lluvia y junto a los lavabos. Era el único coche que estaba en aquel paraje. ¿Tal vez la mala conciencia se lo estaba haciendo pagar? ¿Eran sentimientos de culpa? Dio un puñetazo al volante. Luego echó un vistazo al reloj, se sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó uno de los números de su lista de favoritos.

—¿Sí? —Oyó la voz de su padre.

—Soy Ibai. Estoy volviendo.

—¿Y qué? ¿Qué ha salido en los test?

—Es una sustancia diabólica, un veneno de algas. Te lo cuento luego. ¿Has oído algo? ¿Hay más casos?

—Va amainando la cosa poco a poco, pero siguen llegando nuevos avisos.

—¿De dónde?

—De Países Bajos. Alemania. Grecia.

—Pero... ¿cómo es posible eso? —se le escapó a Ibai—. No hemos suministrado nada a Países Bajos.

—Debe de haber otros barcos afectados —aclaró Buzual con un dejo de rabia en la voz—. Es un grupo. A saber cuántos serán.

—¿Y si los tailandeses nos han endilgado cualquier mierda, a nosotros y quizá también a otros proveedores?

—Suphatra jura por lo que más quiere que era la carga habitual procedente de la zona de siempre. Mercancía de primera. Tengo otra teoría completamente distinta.

—¿Cuál?

—Todavía están en fase de pruebas. Esto es solo una avanzadilla. Piénsalo un poco. Con una toxina así a gran escala tendríamos que cerrar el chiringuito.

Ibai subió la velocidad del limpiaparabrisas porque entretanto se había puesto a llover a raudales.

—¿Qué pasa con ella? ¿Ha hablado?

Al otro lado de la línea se produjo un largo silencio y, a continuación, Buzual se limitó a decir:

—De manera improductiva. —Y añadió—: Suphatra va a enviar a gente que quiere examinar todo el material. Quiero que estés aquí cuando vengan. Date prisa.

Ibai colgó, arrojó el teléfono móvil al asiento del copiloto y se cruzó de brazos. El cristal comenzaba a empañarse. Pensó en el croquis que había encontrado en el ordenador de la portuguesa: las intrincadas ramificaciones de Buzual Armadores, sorprendentemente completas y con solo unas pocas inexactitudes. Como solía ocurrir, el instinto de su padre estaba en lo cierto. Todo aquello era mucho más grande de lo que parecía. Hijos de puta. En cada barco de mierda viajaba un observador, por lo que esa gente tenía acceso a todas partes. Y muchos odiaban a los pescadores.

15

Teresa

Apenas podía moverse por el dolor y le escocía la garganta reseca. Además, el calor en aquel angosto camarote era insoportable. ¿Insoportable? No era posible abarcar lo que había sufrido en los últimos días con ese mísero vocablo. Sus uñas sucias y estriadas eran el único punto de referencia para calcular la duración de sus tormentos. Ya no eran uñas sino garras, las zarpas de un animal molido a palos, medio muerto, sucio y desaseado dentro de la panza de un barco cualquiera, vaya Dios a saber dónde y en qué mar.

Había provocado a la bestia, se había acercado en exceso al monstruo y este la había devorado. Así de sencilla era la cosa. Era extraño, pero ya no sentía ningún miedo o pánico como al principio. En dos o tres ocasiones se había convencido de que iba a morir y, ahora, ese sentimiento ya estaba desgastado. Cuando sintió el pinchazo de la inyección en el muslo y percibió el cansancio que se cernía sobre ella como una manta de plomo, estaba persuadida de que aquello era el final. La iban a arrojar al mar y nadie sabría jamás lo que había sucedido. Pero, sin embargo, volvió en sí a bordo de otro barco. ¿No habría sido mejor una muerte rápida e indolora, comparada con lo que había sufrido desde entonces? Y ella no se entregaba a ninguna ilusión. Al final de todo acabarían asesinandola. Al igual que a los otros.

Entretanto era ya el tercer barco en el que se hallaba. La iban pasando por todas las bocas de la hidra. Los primeros interrogatorios habían tenido lugar en un barco arrastrero grande. La despertaban de los desmayos a bofetones;

entonces ella gritaba y los bofetones cesaban por unos breves instantes; si permanecía en silencio cuando le preguntaban, volvían a comenzar. «¿Quién es tu jefe? ¿Cuántos sois? ¿Qué barcos habéis atacado?».

El tailandés que llevaba el interrogatorio hablaba un inglés malo. A menudo no entendía lo que le preguntaba. Sin embargo, las amenazas que profería con los dientes apretados por la rabia las entendía al instante. «*You scum. We destroy you. Destroy*». En el tercer interrogatorio, aquel hombre le mostró unos papeles impresos que procedían de su ordenador. ¿Cómo había llegado aquello a las manos de esos tipos? Nadie conocía la existencia de esos informes, listas, entrevistas, fotos, todas las investigaciones efectuadas en los últimos años, el escrito de acusación contra esos asesinos y criminales. Y entonces ¿por qué tantas preguntas? ¿Por qué las hostias? Todo lo que sabía estaba ahí, encima de la mesa. Ella no poseía más informaciones.

No obstante, el interrogatorio comenzaba de nuevo una y otra vez. «¿Quién está al tanto de esta acción?». Como si ella tuviera una visión de conjunto de todo el movimiento. «Pero si todo está ahí», gritó ella. Ahí estaban los nombres, los correos electrónicos. Sí, durante muchos meses estuvieron sacando fotos en Kantang; siguieron a los remolcadores de Suphatra hasta Mae Sot para documentar sus procedimientos. Y, como es natural, había más gente con cámaras y micrófonos observando a los cómplices de Suphatra, pero ella no sabía cuántos eran.

En algún momento, ella le vociferó:

—¿Acaso sabes cuántos barcos piratas hay por ahí dando vueltas?

Esa vez el hombre le dio un puñetazo y le reventó el labio. Sin embargo, de repente, eso ya no la impresionó.

—¿Acaso sois capaces de contar los moscardones —bramó ella con sangre en la boca— que atraéis con el pestazo de vuestros barcos podridos y vuestra codicia de mierda? Mátame a golpes, perro cobarde —sollozó ella a gritos—. Somos más que vosotros. Y estamos en todas partes. ¡Y cada día somos más y más fuertes!

Él no entendió probablemente ni una sola palabra de lo que había dicho. ¿O tal vez le había gritado en portugués? En aquellos momentos estaba fuera de sí, todo se le revolvía, se mezclaba y hervía en su interior: la rabia, el miedo, el pánico, la desesperación y un odio incontenible. No le permitían

ninguna libertad de movimiento. Tenía las manos atadas atrás, a la espalda, y el camarote estaba siempre cerrado con llave. Podía levantarse y dar algunos pasos de aquí para allá, pero eso era todo. Cuando tenía que ir al baño, la conducían hasta allí, le desabrochaban el cinturón, le bajaban el pantalón y las bragas hasta las corvas, y le daban un tiempo para evacuar. Sus manos permanecían atadas, y ella trató de tener que pasar por ese degradante lance las menos veces posibles.

La habían anestesiado varias veces y cada vez había vuelto en sí en un barco diferente. ¿Qué fines perseguían con ese secuestro? ¿Adónde la llevaban? Los interrogatorios cesaron en algún momento. Le daban agua y un puré de restos de pescado y arroz que apestaba igual que ella. Esperaba con apatía lo que fuera a ocurrirle. ¿Qué haría John? ¿Qué podía hacer? Nadie sabía dónde estaba ni tampoco que seguía con vida. Buzual la habría dado por desaparecida en su informe. No tenía por qué tener ningún tipo de esperanza. No la dejarían libre ni tampoco la enviarían de vuelta a casa. De eso ya se ocuparía Buzual. Ahora ella solo era un cebo en un anzuelo. Una fianza. Y eso en el mejor de los casos.

16

Paulsen

Jasper Paulsen contempló con sorpresa el correo electrónico que había llegado a su bandeja de entrada a las 9.53. El mensaje estaba en inglés y su remitente era Herrero Sánchez: «*Dear Jasp, no Disc, of CIG in PAFF on monpossbly AOB - brgds*».

Estaba acostumbrado al estilo telegráfico de su jefe y pudo descifrar el mensaje; no obstante, no entendió la decisión. Sí, por supuesto, el orden del día en el Comité Permanente de Plantas, Animales, Alimentos y Piensos estaba siempre sobrecargado, pero después de todo él no había pedido poner en él el empleo de pequeños componentes perjudiciales para la salud dentro de los huevos sorpresa o cualquier otro de esos cargantes asuntos secundarios.

Ante él, encima de su escritorio, estaban los últimos datos sobre las intoxicaciones por consumo de pescado. Ciertamente se había reducido el número de avisos, pero eso solía ocurrir siempre antes de que se iniciara la siguiente oleada, mayor que la anterior, y por ello le habría gustado saber cómo se explicaban este raro fenómeno sus colegas de los Estados miembros. Seguro que el próximo lunes habría tiempo al menos para una breve ronda de intervenciones. ¿Por qué debería exponerse este asunto en el punto «*Any Other Business*» del orden del día? Los puntos AOB tendían, por lo general, a ser pasados por alto con el jaleo del final de las reuniones.

Jasper echó un vistazo al reloj y se puso a pensar. ¿Debía llamar a Herrero Sánchez? Algo se tensaba de inmediato en su interior cuando pensaba en él,

pues era un individuo colérico. Jasper no solía tener que vérselas directamente con él y las experiencias que había compartido hasta la fecha no lo alentaban precisamente a coger el teléfono para llamarlo. Pero esta vez estaba esa ciguatera... No se trataba para nada de una toxina como las demás.

Podía subir en ascensor a la séptima planta y sondear primero el ambiente. A lo mejor Pablo estaba hoy de buen humor. Y si además le consultaba de manera relajada y tranquila, ¿por qué iba a subirse por las paredes? Al fin y al cabo, las triquinas estaban también en el orden del día. Y esa alga era verdaderamente de un calibre muy diferente al de las filarias en la carne de cerdo.

Mantuvo un rato la indecisión, pero finalmente se animó y subió en el ascensor. Iba muy pocas veces por allá arriba y dobló primero por el pasillo equivocado antes de darse cuenta de su error y de encontrar el correcto, que iba a los despachos. La puerta de la antesala al despacho de su jefe estaba abierta. Petra Hammerstedt, la secretaria de Pablo, estaba en su puesto de trabajo y tecleaba. Él se encaminó en su dirección.

—Hola, buenos días —saludó en alemán con un acento danés claramente perceptible al oído—. ¿Todo bien?

Jasper no hablaba alemán, pero chapurreaba un poco en casi todos los idiomas comunitarios y dominaba especialmente las fórmulas de cortesía para iniciar una conversación. Lo había ido practicando a lo largo de los años, seguía pareciéndole divertido y recientemente había añadido a su colección saludos incluso en letón y lituano. Petra Hammerstedt se volvió hacia él. Era evidente que ella no compartía ese tipo de humor. De todas formas trató de sonreír, pero respondió en inglés con un fuerte acento vienés.

—Buenos días, señor Paulsen.

—¿Acaso tendría Pablo un minuto para mí?

Ella miró en su pantalla y negó con la cabeza con gesto escéptico.

—Será difícil. Tiene una cita hasta las once, después ha de ir al consejo y a continuación viaja a Nantes. ¿Quiere dejarle un recado?

—En realidad quería hablar un momento con él.

—Ahora está reunido y, como ya le he dicho, después tiene que marcharse enseguida.

Paulsen asintió.

—No hay problema. Le enviaré un correo electrónico. Que acabe de pasar un buen día.

Salió. En un rincón había una máquina expendedora de café. Introdujo una moneda de veinte céntimos por la ranura, eligió un café expreso y se apostó junto a los ascensores. No tuvo que esperar mucho rato. Oyó cómo se acercaban unas voces. Jasper Paulsen pulsó el botón del ascensor y, cuando se abrieron las puertas, bloqueó con la pierna la barrera fotoeléctrica y esperó a que los dueños de aquellas voces estuvieran a punto de aparecer en el pasillo. Entonces entró en el ascensor, giró sobre sus talones y volvió a salir. Pablo Herrero Sánchez y otro hombre acababan de doblar la esquina y no tuvieron más remedio que acelerar el paso.

—Hola, Jasper —saludó Pablo y dio muestras de querer dejarlo atrás.

—Oh, justamente estaba yendo ahora a tu despacho —dijo Jasper y saludó al otro hombre con un gesto de la cabeza—. Tengo un asunto un poco urgente. Lo resolveríamos en un minuto, pero parece que tienes que irte, ¿verdad?

—Ya me adelanto yo —dijo el otro hombre en español.

—¿Qué puede haber tan urgente un viernes al mediodía? —preguntó el español de mala gana.

—Lo siento, Pablo, pero el asunto de la ciguatera me tiene preocupado. Me gustaría enviar una circular a los expertos y hablar sobre ello el lunes en la comisión. Si puede ser, por la mañana. ¿No podría organizarse de alguna manera?

—¿Por qué? ¿Es que ha habido más casos?

—No, pero por eso mismo me gustaría hacerlo. No quiero esperar hasta que se inicie una nueva oleada. Es preferible averiguar antes cómo ha podido suceder.

Pablo miró a Paulsen con evidentes signos de enojo.

—¿Antes? ¿Qué significa eso? ¿Unas cuantas personas se intoxican por consumo de pescado y tú quieres lanzarlo enseguida a los cuatro vientos? Ni hablar, eso está fuera de toda discusión.

—Pero...

—Ni peros ni leches. ¿Cuántos casos han sido? ¿Veinte? ¿Treinta?

—Hasta hace una hora eran ya cuarenta y tres. Han tenido que ingresar a algunas de las víctimas en la unidad de cuidados intensivos.

—Sí, eso suele pasar. Cada día hay alguien en alguna parte del mundo que pilla una salmonela o una triquinosis. Para eso está el servicio de control alimentario. ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en ese asunto?

—Los casos están repartidos por media Europa...

—Jasper, el lunes tenemos alimentos irradiados, EEB, gelatina y tres posiciones comunes de absoluta urgencia para la expedición de certificados sanitarios en las importaciones de terceros países. Hemos tardado semanas en acordar y cuadrar las citas con los expertos, y la sesión está programada al segundo, como un doce cilindros con turboinyección. ¡No voy a enviar todo el programa al carajo solo porque al estómago de unos cuantos les ha sentado algo mal! ¡Y un cuerno! ¿No puede ser que fueran alérgicos? En diez días se reúne el grupo de toxicología. Si para entonces sigue el problema, podrás preguntar si quieren añadir allí ese punto en el orden del día. Si persiste, claro.

—Ciguatera, Pablo. No es cualquier cosa. ¡Es ciguatera! ¡En el bacalao!

—Eso es imposible.

—Justamente por eso —dijo Paulsen en tono triunfal—. *Quod erat demonstrandum.*

La expresión en la cara de Pablo se ensombreció.

—Probablemente alguna chapuza en uno de los laboratorios. O un descuido, o algo así. Razón de más para no publicar ninguna información en absoluto. Ese es el típico rumor que puede conducir a que se nos eche encima todo el mercado. Piensa en el brote de EHEC. De un grano de arena hicimos una montaña y seguimos pagándolo caro. Pero vale, envíame el lunes a primera hora las cifras y los datos más recientes y ya decidiré luego si tal vez mencionamos el asunto brevemente en un círculo muy reducido. Pero no me montes ningún follón bajo ningún concepto. ¿Está claro?

Jasper asintió y torció el gesto, cosa que Pablo Herrero Sánchez ya no vio porque lo había dejado atrás a toda prisa para tomar el ascensor.

—Está claro —repitió Jasper en voz baja para sus adentros y se marchó de allí como un perro apaleado.

17

Adrian

Una hora antes del comienzo de la sesión, ya estaba sentado en la cabina para prepararme, pero todavía no había ninguna documentación disponible. Había dormido mal y no había conseguido librarme todavía del estado de ánimo melancólico con el que me había metido en la cama. Sabía que lo mejor sería sencillamente cancelar el encargo pero, en lugar de eso, busqué el nombre de Di Melo en internet e intenté averiguar quién era y qué hacía. De las pocas informaciones existentes podía colegirse que trabajaba de consultor o de cabildero. SVG eran las iniciales de los fundadores suecos y británicos Sørensen, Vanguard y Grant, que desarrollaron la empresa desde 1954 y que veinte años más tarde la vendieron a un grupo de inversores estadounidense. En la actualidad, el nombre de la empresa era SVG-Consulting, con sede en Bethesda, Maryland, y oficinas en todo el mundo. No había lista de clientes. Quienquiera que hubiera utilizado alguna vez los servicios de SVG tal vez no deseaba hacerlo público.

Seguía circulando por la red un currículum de Di Melo bastante antiguo. Nacido en Lugano, estudió la carrera primero en Ginebra, luego en San Galo y, finalmente, en la London School of Economics; se doctoró en la prestigiosa Willard School. Como estaciones de su carrera aparecían señaladas Nueva York, Singapur, Mumbai y también Frankfurt, donde repentinamente apareció su guapísima hija en mi clase del instituto. Un año y medio después lo destinaron a Kuala Lumpur y Ragna volvió a desaparecer de mi vida de un día

para otro.

La sala de sesiones estaba todavía bastante vacía. Al frente, allí donde se sentaban habitualmente el presidente y los expertos de la comisión, aún no había aparecido nadie. Un ujier estaba poniendo los letreros con los nombres. No pude resistirme a la tentación e introduje el nombre de Ragna en el buscador. Los resultados fueron nulos. El buscador me sugirió «ragna del Melo», una mariposa nocturna de la familia de los Iponoméuticos.

Ciertamente tengo una debilidad por tales hallazgos azarosos, por la páfida poesía de los lenguajes especializados, pero aquello no me servía ahora de ninguna ayuda. Probé con Facebook, con LinkedIn, en foros de expatriados como InterNations y también en algunas otras redes sociales en las que uno encuentra habitualmente a todo el mundo en algún momento, pero no obtuve ningún resultado. Mirándolo en retrospectiva, eso debería haberme hecho sospechar, pero en ese instante apareció Annegret.

—Anda, ¿alguna lectura interesante en internet? —preguntó ella, que se agachó hacia mí y nos dimos los dos besitos de saludo.

En ese mismo instante llegó una secretaria con unos documentos.

—¿Todo bien? —le pregunté y comencé a clasificar la pila de papeles—. ¿Cómo le va a Paolo?

Su bonito rostro hizo una mueca, le destellaron los ojos azules, y los pendientes gigantes, por los que se la reconocía independientemente de cómo llevara el pelo, tintinearón con bastante nitidez.

—Pues haciendo lo que siempre hace cuando puede. Navegar a vela.

—¿En noviembre?

—Está trabajando para la FIFA en Australia y ha aprovechado para quedarse una semana más. Hervé también está en el equipo, o sea que ya puedes imaginarte lo que significa eso.

Sí, claro que podía imaginármelo. Unas vacaciones perfectas para hombres, pagadas como si fueran reyes por la FIFA. Clase business, hotel de primera *in situ*, algunas horas de trabajo y luego a gozar. Los conocía bien a los dos; a Hervé incluso de la época de Heidelberg. El francés estuvo rondando a la «mujer más sexi de primero», pero recibió calabazas. Sin embargo, Paolo, su mejor amigo, pudo conectar con Annegret. Aquella historia terminó algunos años más tarde en el marco de una opulenta boda en Como.

—En mi próxima vida seré inglesa o americana —dijo con un suspiro—. Para nosotros, los alemanes, solo existe Bruselas, Bruselas y nada más que Bruselas. Carne de cerdo. Cuotas de leche. Y mohó en las cremas para untar.

Se puso a estudiar la lista de participantes en la reunión.

—El presidente es español —dijo ella—, Herrero Sánchez. Seguramente te va esto. Listerias en los falafels. Manganeso en cucharas de cocina. Dios santo, lo que nos zampamos sin haberlo pedido. Yo te secundo.

—¿Me das la lista de participantes?

Me la pasó y la miré rápidamente por encima, pues en el caso de que el presidente español concediera la palabra a alguna señora *Myuiehlier*, resultaba útil saber si había alguien en la sala que se llamara Müller, Moulin, Miller, Mellier o cualquier otro apellido parecido. Herrero Sánchez ya había accionado la campanilla de su asiento, pero lo distrajo un hombre calvo que había aparecido a su lado y le estaba hablando de forma insistente. En el letrero de su asiento ponía RASFF. En la lista encontré a un tal «Mr. Jasper Paulsen» junto a esa abreviatura y los resalté ambos.

—¿RASFF? —le pregunté.

—La sigla en inglés de «Sistema de Alerta Rápida para Alimentos y Piensos» —dijo Annegret—. Pero puedes dejarla tal como está, ya la conocen.

Un instante después, el presidente conectó su micrófono.

—Señoras y señores —anunció Herrero Sánchez en inglés—. Ha surgido un punto imprevisto en el orden del día y vamos a estar reunidos primero en petit comité. Ruego a todos los miembros de la comisión sin pleno derecho que abandonen la sala. Esto también es válido para las señoras y los señores intérpretes. Por favor, vuelvan a las once.

Nos miramos. Annegret se encogió de hombros.

—¿Un café?

Fuimos a la place Jourdan.

—Hacía tiempo que no vivía una situación así —comentó ella después de pedir las bebidas—. Casi parecía la época de las vacas locas. Bueno, hálame de ti. ¿Qué tienes entre manos?

—Bueno, tengo que ir próximamente a Tailandia y tal vez también a Birmania.

—¿FIFA? ¿ONU? ¿OCDE?

—No, un cliente particular.

Ella movió la cabeza con un gesto pesaroso de reprobación.

—Ay, pobrecito. Tailandia en diciembre. Te vas a perder entonces toda la lluvia y la nieve tan bonita que hay por aquí.

Le sonreí mostrando los dientes.

—Venga ya. Darle al pico dos veces durante doce horas para pasar algunos días entre el polvo y el bochorno, y alguna comida con arroz tres veces al día no es que sea una maravilla.

—¿Nos cambiamos? —preguntó ella.

—¿Has estado allí?

—En Tailandia, sí. En Myanmar todavía no. —Metió la mano en el bolso y sacó uno de esos cigarrillos eléctricos—. Está bastante de moda —dijo—. El último país intacto en Asia, etcétera. Conozco a un tipo de una ONG que trabaja con Birmania. Se llama Søren y está en mi grupo de pilates. Es sueco. Si quieres, te doy su número. Tal vez pueda darte algunas buenas sugerencias para tu viaje.

Estaba ocupada enviándome el contacto por SMS cuando mi teléfono móvil comenzó a zumbiar.

—¿Me disculpas un momento? —dije y salí fuera.

—Hola, Adrian. —Al otro lado de la línea sonó una voz femenina bastante ronca que hablaba en francés—. ¿Todo bien?

—Hola, Gwen. Hasta ahora, sí. ¿Qué pasa?

—Tu encargo en Tailandia. Quieren un control de seguridad y que firmes algunos documentos en su oficina de Bruselas.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Lo más rápidamente posible. Dicen que tienes que viajar allí antes de lo acordado. ¿Te supone algún problema?

—Vaya... ¿Y cuándo sería?

—En dos o tres días. ¿No estás libre por entonces?

—Sí, pero...

—Puedo colocar esta oferta fácilmente en otra parte. Seguro que hay colegas más decididos.

—Por supuesto que iré —repliqué en tono obstinado.

—Está bien, de repente me había parecido que no lo tenías muy claro.

Recibirás el resto de detalles por correo electrónico de parte de la secretaria del cliente. Se pondrán en contacto contigo en cuanto hayan reservado los vuelos. Hasta luego. Que tengas una buena estancia en Bruselas.

A Gwen le regalaría un cactus a través de Fleurop por su simpatía.

—¡Qué raro! ¡Cómo cambia el mundo! —dijo Annegret cuando me senté a la mesa—. Me estoy fumando mi chisme eléctrico aquí dentro y tú te has ido fuera a telefonar....—Cierto, es la decadencia total. Parece que tengo que subirme al avión ya el viernes.

—Enhorabuena. Una mujer no lo tendría nada fácil a tu lado.

—Por eso no hay ninguna.

Ella alzó la ceja izquierda.

—¿Ah, de veras?

—Bueno. «Ninguna» no es tal vez la palabra exacta, pero en cualquier caso ninguna a quien le llame la atención que pase diez días fuera de casa.

—¿No había alguien en Colonia?

—La hubo.

—Oh, lástima.

—No es grave.

—No quería ser indiscreta.

—Lo realmente grave es que no siento absolutamente nada. Anestesia total, por decirlo de alguna manera.

—Bueno, es agradable que te des cuenta y lo admitas. Solo eso ya te diferencia de la gran mayoría de los hombres.

Dio otra calada a su cigarrillo y a continuación se lo guardó. Parecía que se le había quedado algo en la punta de la lengua por decir, pero se quedó callada y se levantó.

—Vamos. Tenemos que regresar. Gracias por el café.

18

Buzual

Cuando Ibai entró en la sala de reuniones, ya estaba encima de la mesa el disco duro con copias de todos los archivos del ordenador de la portuguesa. A su lado había una pila de papeles impresos. Copias de fotografías en color, correos electrónicos, hojas de cálculo, artículos de revistas especializadas, pero también organigramas de autoridades, direcciones de funcionarios de aduanas, extractos del registro mercantil, datos vía satélite, horarios de vuelos de aeronaves de carga, datos de empresas, una recopilación fantástica de todo lo que tenía que ver con la pesca y con la comercialización de sus productos y, sobre todo, relativo a una empresa: Buzual Armadores, S. A.

Su padre lo había preparado todo, pero había ido al aeropuerto a recibir en persona a la delegación de Suphatra. Llegarían en media hora, lo cual le daba tiempo para intentar hacerse una idea de las proporciones de aquella recopilación. Ahora bien, ¿era posible aquello? Fue pasando las páginas y de pronto se detuvo conmocionado: bajo el rótulo de SIAM CORP., había algunas fotos impresas que le hacían tragar saliva incluso a un tipo como él. Cuatro cadáveres espantosamente maltratados, y también quemados en parte, estaban apilados en una playa. Debajo había unos extraños caracteres que pudo identificar como tailandeses con un programa de traducción en línea. Conforme al texto del pie de la fotografía, se veía en ella a unos pescadores huidos a quienes habían hallado en una playa del sur de Tailandia, asesinados y parcialmente incinerados. La siguiente fotografía era aún más terrible. La

leyenda estaba esta vez en inglés, y en un recuadro había más informaciones: «Trabajador esclavo de Birmania, superviviente, hallado mutilado por una patrulla de rescate tras un fracasado intento de fuga». Aquel hombre ya no parecía una persona. Según las informaciones de la agencia AP le habían sacado los ojos y cortado la lengua. Ibai cerró esa carpeta. Fumaba un cigarrillo y miraba una y otra vez hacia fuera. Suphatra no vendría en persona, naturalmente que no. Aquel hombre residía en Samut Sakhon. Enviaría a algún miembro de una de las tres grandes sucursales que tenía en Europa —ya fuera en Francia, Portugal o Polonia—, y que los tailandeses habían adquirido hacía algún tiempo.

Ibai oyó subir el automóvil desde la puerta de entrada de vehículos. Se dirigió a la ventana y vio cómo su padre bajaba del coche acompañado de tres hombres de aspecto asiático. Le habría resultado complicado diferenciarlos embutidos en sus uniformados trajes de color azul oscuro, sus camisas blancas y sus corbatas monocromas. La única diferencia reconocible consistía en su estatura y en su corpulencia. Entraron en la sala. El más joven estaba un poco gordo. Los otros dos eran más altos y delgados, pero uno de ellos tenía ya canas en la cabellera negra. Fue él quien se presentó a sí mismo y a sus colegas en un inglés macarrónico. Ibai ni siquiera intentó retener sus nombres en la memoria.

Buzual ofreció bebidas, pero los tres las rechazaron.

—Nosotros no mucho tiempo y ver material ahora mismo —dijo el mayor, que, por lo visto, era quien llevaba la voz cantante.

Ibai y Buzual se apartaron y dejaron que los demás se aproximaran a la mesa. Estos echaron un vistazo rápido al ordenador y clicaron a voleo en algunas carpetas y archivos.

—¿Dónde está toxina? —preguntó entonces el mayor.

Ibai puso encima de la mesa una de las pequeñas ampollas que habían confiscado en el domicilio de la portuguesa.

—Estaba en su nevera. Más de sesenta ampollas. Aún las estamos analizando.

—Usted ver cómo inyectaba los peces.

Ibai asintió.

—¿Solo así?

—Pulverizó algo en el pescado —respondió Ibai tras interpretar la frase a su manera—. Creo que se trataba de un test.

—¿Test?

—Sí. Quería ver si funcionaba.

—¿Y lo hizo?

—Ya hemos destruido la carga que infectó, pero al parecer eso no fue todo. Esta semana se han producido graves intoxicaciones en algunos restaurantes de Madrid a los que suministramos directamente. Pero el problema es mucho más gordo.

—¿Cómo?

—Ha habido también casos en otros países. Tienen que haber sido varios saboteadores que formaban parte de su grupo.

El tailandés examinó de mal humor el material, y sus ojos se movían nerviosos de aquí para allá, como si esperara poder descubrir y subsanar enseguida la causa de todos aquellos males.

—Pero ¿por qué? ¿Quién hacer?

Buzual se adelantó a Ibai en la respuesta; empujó la pila de impresos de encima de la mesa y dijo:

—Miren esto. Detrás de algo así hay un trabajo de investigación de varios años. Y es solamente el disco duro de una única persona. Si me lo pregunta, le diré que nos enfrentamos a una organización.

Los hombres comenzaron a hojear los documentos. Sus caras se fueron poniendo cada vez más serias. De pronto, el más joven exclamó algo y agitó una hoja en color ante los ojos de los otros dos. Era la foto de los cadáveres calcinados. Se inició una acalorada discusión de la que Ibai ni Buzual entendieron una sola palabra. Sin embargo, su contenido resultaba fácil de adivinar.

El mayor alzó de pronto la mano y sus dos colegas enmudecieron al instante. Señaló con el dedo el disco duro que estaba encima de la mesa al lado del ordenador.

—¿Todo ahí? —preguntó.

Ibai asintió con la cabeza.

—¿Tiene policía estas informaciones?

—No, todavía no —intervino Buzual.

—¿Por qué «todavía»?

—Porque aún no sabemos cómo manejar este asunto de la mejor manera posible.

—Nosotros sí sabemos. ¿Cuál es precio por disco?

—Pensaba más bien en una colaboración —replicó Buzual—. Nosotros somos los afectados directos, en primera línea.

—Ustedes no tener capacidad para algo así. Ustedes recibir mercancía y vender. Nosotros ocuparnos de todo lo demás.

«En algo tiene razón ese hombre —pensó Ibai—. Si la cosa es como parece, ese asunto le queda definitivamente demasiado grande a Buzual Armadores».

—Bueno, debido al incidente hemos sufrido ya unas pérdidas considerables —dijo Buzual padre.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta mil euros.

El hombre mayor dio una breve orden y el más joven salió a toda prisa.

—Ustedes no emprender nada más —dijo a continuación—. Nosotros ocuparnos y negocio otra vez *okay*.

—Bien —dijo Buzual—. ¿Qué pasa con la mujer que se han llevado ustedes a bordo? ¿Ha contado algo?

El hombre no respondió.

—¿Qué va a pasar con ella? —insistió Ibai.

—Hay que esperar.

Ibai intercambió una mirada muda con su padre. Hasta la fecha no habían tenido que tratar nunca con tipos que sacaban los ojos y cortaban la lengua a pescadores gruñones. Ojalá tuvieran métodos mejores para hacer hablar a la portuguesa.

19

Adrian

Tras el final de la sesión fui hasta la porte de Namur para firmar los documentos. Las oficinas de la sucursal en Bruselas de SVG-Consulting se encontraban en la Bastión Tower, una atrocidad arquitectónica de noventa metros de altura que no solo causaba rechazo a la vista, sino que además causaba perturbaciones atmosféricas continuas mediante la generación de rachas de viento que ululaban sin cesar en torno al edificio. La oficina estaba en el piso diecinueve. La secretaria era flamenca y en su inglés resonaban ligeramente las erres. Pertenecía al mismo tipo que la dama que me había recibido en la oficina de Zurich: joven, delgada, de discreto buen ver. Llevaba incluso la misma vestimenta negra, a excepción de la blusa que no era blanca sino roja; además, aquí, en la católica Bélgica, tenía un botón desabrochado más que en la calvinista Suiza. En un cartelito no muy alejado de la abertura perfectamente calculada de su blusa ponía BERNADETTE.

Recogí el formulario que me tendió con una sonrisa y la seguí a una pequeña sala de reuniones.

—Cuando lo haya rellenado, regrese a recepción —dijo, y desapareció después de un contacto visual más que largo.

Leí el formulario con desconcierto. Las preguntas eran de una absurdidad similar a las existentes en las solicitudes de visado para viajar a Estados Unidos después del 11 de septiembre. «¿Ha sido o es usted miembro de una organización terrorista? ¿Tiene antecedentes penales?». Al menos esas

preguntas eran fáciles, pero resultaba bastante molesto que el cuestionario inquiriera acerca de todo mi entorno social de los últimos años. ¿Qué era aquello de preguntarme por las mujeres que había conocido durante largos períodos de tiempo? ¿Qué demonios le importaba eso a esta agencia de consultoría? Escribí tres nombres de mujer que en el intervalo consultado podían pasar por «amistades femeninas» en el más amplio sentido de la expresión y marqué con una cruz en la casilla de «no sabe, no contesta» para su fecha de nacimiento y su lugar actual de residencia.

Qué torpes eran esos intentos de averiguar datos sobre las personas a través de cuestionarios. Tenía diecisiete años cuando coincidí con la única mujer de mi vida por la que habría valido de verdad la pena preguntar. Por ella casi había estado a punto de cometer una gigantesca estupidez. Sin embargo, ese período de tiempo no le interesaba a nadie.

En el siguiente punto se preguntaba por mis domicilios de los últimos diez años, y luego por las fechas de nacimiento y los lugares de residencia de mis padres. Puse el asilo de mi madre en Wiesbaden, donde vivía desde que sufrió un ictus hacía seis años. Intentaba visitarla con regularidad y, antes de emprender largos viajes al extranjero, lo había convertido en una especie de ritual. Hacía ya mucho tiempo que no me reconocía cuando mi cara aparecía en su borroso campo visual. Por lo visto, mi presencia le resultaba enigmática e inexplicable, pero no le desagradaba. Me sentaba a su lado y le contaba mis viajes y reuniones. Ella escuchaba sin pronunciar palabra, nunca decía nada, pero de todos modos yo me imaginaba que se producía una forma de comunicación entre nosotros.

También indiqué la dirección de mi padre, pero eso era lo único que podía poner, pues nunca iba a Wiesbaden. Dejó a mi madre cuando yo tenía cuatro años y, desde entonces, vivía en Viena. Apenas tenía contacto con él. Con la que ahora era su tercera esposa, una croata dieciocho años menor que él, había engendrado otros dos hijos a quienes vi en una ocasión cuando, durante un congreso en Viena, me pasé a visitarlos sin avisar. Sin embargo, el formulario no llegaba a ese tipo de complejas relaciones, pues solo se preguntaba por los «hermanos y hermanas», y me alegré de poder ahorrarme las dos hojas siguientes.

Regresé con los documentos cumplimentados a recepción, donde estaba la

secretaria. Entretanto ella había fotocopiado mi carnet de identidad, que me devolvió en ese momento. Tomó los documentos rellenos y examinó mis anotaciones. Estuve a punto de preguntarle si para la salvaguardia de los secretos comerciales era imprescindible indicar que entre mayo y octubre de 2008 follé regularmente con una estudiante de Derecho de Bonn llamada Inge. Pero me contuve.

—*Very good* —dijo Bernadette tras concluir la lectura—. Ahora tendría que leer esta declaración, por favor, y también firmarla. Además, debería firmar en cada página, en el margen inferior derecho, con sus iniciales y en cada una de ellas tendría que añadir también «*lu et approuvé*». Puede volver a la sala de reuniones para hacerlo. Cuando regrese, ya estará aquí nuestro asesor jurídico para certificar el documento.

—La verdad es que hoy no tenía intención de comprarme una casa, ni tampoco de casarme —dije en tono de burla.

El documento tenía nada menos que cinco hojas impresas en letra pequeña.

—Son solo formalidades —me dijo, sonriendo afablemente—. Fíjese, yo también he firmado todo eso y sigo libre.

Examiné su mano derecha y el grácil dedo anular sin anillo que ella había separado ligeramente de los demás sin apartar de mí sus hermosos ojos.

—Pues nada —dije con otra sonrisa—. Si usted confía en esta gente, también podré hacerlo yo.

Se trataba de un jueguito agradable y al salir percibí que ella me estaba mirando. Las cinco páginas se las traían. En cierto momento dejé de escrutar los fundamentos legales a los que iba a someterme con mi firma y me limité a fotografiar las hojas con mi móvil, para al menos poder releer con tranquilidad lo que no entendía. Probablemente, Bernadette tenía razón con su estrategia. ¿Qué es lo que no firmamos? Tampoco me leí por completo los convenios de iTunes, Facebook y Google antes de clicar sobre el botón «Aceptar». Iba a realizar ese encargo y no hablaría con nadie al respecto. Así pues, ¿dónde estaba el problema si dejaba a un lado el hecho de que jamás había experimentado un control de seguridad tan exhaustivo como aquel?

Rubiqué con mis iniciales cada una de las hojas y en la quinta página estampé mi firma completa indicando también mi nombre completo. A continuación regresé a donde estaba Bernadette. El asesor jurídico ya había

llegado y fue directamente al grano. Repetí la fórmula deseada, vi que el hombre ponía una apostilla al documento, y por unos instantes tuve una sensación desagradable cuando el hombre desapareció sin despedirse llevándose consigo el documento.

—¿Lo ve? —dijo Bernadette—. Eso ha sido todo. Ahora los dos estamos casados con la misma empresa.

Me sonrió ilusionada y habría sido muy sencillo. Me había puesto la frase en la boca, por decirlo así. «Entonces tendríamos que brindar por ello, ¿no?». Sin embargo, no dije nada, solamente le di las gracias, salí del edificio y me batí contra las puñeteras ráfagas de viento hasta llegar a la avenue du Toison d'Or. ¿Qué me estaba pasando? Una velada con aquella guapa flamenca habría sido el colofón ideal a un día que solo me había ofrecido restos de manguero en cucharas de cocina y listerias en los falafel. Sin embargo, por mi cabeza pasaban imágenes completamente diferentes: el primer día después de las vacaciones de verano, diecisiete años atrás. El primer día de clases con diecisiete años.

Ragna eligió entonces un asiento en la última fila y desde el comienzo irradió en cierta manera la actitud de alguien inalcanzable; a los demás nos pareció que se trataba de un sentimiento de superioridad y en este sentido se la castigó. Algunos se burlaban de ella o la provocaban. Al principio no le dirigía la palabra. No quería que se imaginara que me interesaba en lo más mínimo. Yo observaba cómo los demás chicos, de una manera más o menos transparente, trataban de sacarla de su estado reservado e intentaban llamar su atención, pero ella seguía manteniendo las distancias. Sí, yo la miraba a menudo, por supuesto. Se requería un considerable autocontrol para impedir que adoptara un papel protagonista en mis fantasías eróticas. Seguro que eso duplicaba mis inhibiciones cuando trataba con ella.

Al cabo de algunos meses comenzó a salir con Mike, de la otra clase, que por aquel entonces ya medía un metro noventa. Al final de aquel curso la vi dándose besitos en el baile que cerraba el año y me enteré de que iba a hacer un viaje por Europa con Mike con Interrail. El hecho de que, en lugar de eso, acabara yendo de viaje con sus padres por Malasia e Indonesia, como se sabría después, hizo que pareciera aún más inalcanzable. Yakarta. Kuala Lumpur. Penang. En aquella época, todos esos lugares me parecían tan lejanos

como la Luna.

De su familia solo sabía a esas alturas que el padre era un banquero ocupadísimo o algo así. La señora Di Melo llamó la atención de mi madre un día al aparecer en una reunión de padres de alumnos; no pronunció una sola palabra en toda la tarde y se marchó sin expresar ninguna opinión ni haber hablado con nadie. Circulaban rumores de que la madre de Ragna era alcohólica, de que su padre estaba siempre de viaje y de que la hija estaba demasiado abandonada a sí misma.

Al comienzo del último curso en el instituto estaba aún más guapa. Su cabello castaño había adquirido con el sol de Tailandia o de Malasia unos tonos de color rubio claro en algunos mechones, que refulgían como el oro. En su cara alargada y pálida, de expresión permanentemente seria, había aparecido un rasgo ligeramente burlesco que la destacaba sobre las demás chicas, en quienes había estallado no en menor medida también una sorprendente y perturbadora sensualidad. Por aquel tiempo yo salía con Dagmar, uno de esos extraños flirteos de instituto que uno recuerda posteriormente con total desconcierto. Estaba enamorado de Ragna, pero quizá no lo sabía o no quería admitirlo.

Entretanto, Ragna había enviado a Mike a freír espárragos y salió durante las primeras semanas del curso con Ben, un alumno neozelandés de intercambio que estaba de buen ver. Ahora hacía novillos con más frecuencia, lo cual representaba un auténtico problema para mí. Ver su asiento vacío por la mañana hacía que todo aquel día en el instituto pasara como si estuviese viendo una película muda en blanco y negro. Puse el punto final al malentendido con Dagmar, y me dediqué a hacer deporte y a leer mucho, sobre todo poemas de Enzensberger y de Huchel; de vez en cuando asistía de oyente a las clases de los primeros cursos en la universidad porque pensaba estudiar quizá Filología alemana. Allí la vi por casualidad con un grupo de activistas medio encapuchados, que o bien iban de camino para realizar alguna acción, o bien regresaban ya. Ella me vio cuando yo salía de la biblioteca con mis cuadernos de *Sinn und Form*, a pesar de estar absorta en medio de una conversación con un tipo que llevaba puesto un pañuelo palestino en la cabeza.

Tras las vacaciones de Navidad faltó de repente toda una semana. Se decía

que su padre había recibido una oferta para ir a trabajar a Nueva York y que Ragna estaba allí buscando un instituto. Yo pensaba continuamente en ella. Seguía sin saber apenas nada de Ragna, pero conocía su vestimenta, sus zapatos, su perfume. Tenía una remota idea de la música que le podía gustar, y podían contarse con los dedos de una mano las alhajas y abalorios que llevaba muy de vez en cuando. No habíamos hablado prácticamente ninguna vez.

Hasta aquella tarde de marzo. No había contado para nada que aparecería en aquella fiesta organizada por gente de la clase, pero allí estaba. Y sin compañía. En algún momento vi que subía por la escalera de caracol hacia la azotea. Yo tenía ganas de fumar un cigarrillo y la seguí. Había mucha gente fumando allí, pero ella estaba apoyada en la barandilla, un poco apartada de los demás y con la mirada puesta en el cielo nocturno. Era la ocasión perfecta, y la aproveché; me puse a su lado y le pregunté lo más obvio:

—¿Qué ves allí arriba?

Todavía oigo la respuesta.

—Nu. Épsilon. Omega. Lambda. Q. Delta.

Acto seguido, me preguntó si le podía dar un cigarrillo. Le ofrecí fuego. Nunca había estado tan cerca de ella. Los rizos le caían sobre la cara y tuvo que utilizar ambas manos para mantenerlos alejados de la llama.

—¿Son planetas? —pregunté.

—No, son las seis cifras que lo mantienen todo unido. —Expulsó el humo hacia el cielo, sobre el cual al parecer estaba versada—. Y no solo lo de allá arriba, sino todo.

—Bien —me limité a contestar.

—Si alguna de esas cifras fuera diferente, aunque se tratase de lo más mínimo, nosotros no existiríamos.

—Qué interesante.

—Por ejemplo, la relación de las fuerzas de unión en los átomos con respecto a la gravedad. Es exactamente 1037. Si fuera menor o mayor, aunque la diferencia fuera mínima, toda la materia se descompondría o colapsaría hacia un agujero negro.

—¿Y tú piensas en esas cosas cuando miras al cielo?

—¿Y tú? —preguntó.

—Tal vez en si mañana va a hacer buen tiempo o no.

—¿Acaso eres agricultor?

—No, ¿por qué lo dices?

—Siempre me pregunto por qué se preocupa por el clima la gente que no depende de él.

—Al buen tiempo, buena cara.

Sonrió.

—He oído que vas a volver a mudarte pronto —dijo entonces—. Nueva York, ¿verdad?

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dices?

—¿No estuviste en Nueva York buscando institutos?

Ella me miró con gesto de diversión.

—¿Ah, sí?

—Bueno, eso es lo que dicen los rumores.

Dio una calada a su cigarrillo y volvió a mirar al cielo.

—Estuve en Oslo —dijo—. Tengo familia allí, pero es cierto que mi padre está negociando un nuevo empleo. Pero no en Nueva York.

—¿Y dónde?

—Kuala Lumpur.

—¿Así que te marcharás el año que viene?

—Probablemente sí.

Esa noticia era deprimente.

—Das bastantes vueltas por el mundo.

—Sí, es verdad. ¿Y tú? ¿Siempre en Frankfurt?

—Sí. Hasta ahora, sí.

—Nuestro estilo de vida no es muy sano —aclaró ella—. Mis padres van a divorciarse pronto.

—Vaya, lo siento.

—Desearía que ya hubieran pasado ese trago. ¿Tus padres siguen juntos?

—No —respondí—. Mi padre dejó a mi madre cuando yo tenía cuatro años.

—Claro.

—¿Cómo que claro?

Dio una calada a su cigarrillo, volvió a mirar al cielo y respondió:

—Fuerzas de unión. Como con los átomos.

Permanecimos en silencio un rato fumando. Yo estaba desconcertado, aquella conversación no me ofrecía precisamente muchos puntos de contacto.

—Tu padre es italiano, ¿verdad?

—No. Suizo, pero de la Suiza italiana, así que no ibas del todo desencaminado.

—¿Y qué otras cosas te interesan, quiero decir aparte de lambda y épsilon?

—Simplemente no se me ocurrían preguntas inteligentes.

—No quieres saberlo.

—Claro que sí. Cuéntame.

Se giró y paseó la mirada por el perfil de la ciudad de Frankfurt. La conversación se había desarrollado de una manera extraordinariamente extraña y lo más seguro era que aquel fuera a ser el final.

—En estos momentos me fascinan las anguilas —dijo.

—¿Las anguilas?

—¿Lo ves?

—Bueno. Es una cuestión de gustos. ¿Ahumadas?

Me dirigió una mirada gélida y se dio de nuevo la vuelta.

—Venga ya —dije—. Solo era una broma. ¿Qué pasa con las anguilas?

—Es uno de los animales más antiguos del planeta —respondió al cabo de una breve pausa—. Tan viejos como Pangea. Su ciclo biológico es un misterio.

—Perdona, pero ¿qué es Pangea, por favor?

—El supercontinente del que se desgajaron los actuales continentes.

—Vale. ¿Y qué papel desempeñan las anguilas en eso?

—Simplemente llevan todo ese tiempo aquí. Doscientos millones de años. Nacen como diminutas angulas en el mar de los Sargazos, atraviesan el Atlántico, emigran al Mediterráneo y suben por el río Ródano. O se desplazan por el canal de la Mancha y el mar Báltico. Nadan río arriba, se abren camino por tierra o por terrenos anegados hasta que encuentran un lago o una charca. Allí pasan setenta u ochenta años, toda una vida por decirlo así. Al final de repente se transforman. De pronto, se les alarga la cabeza, se les encoge el morro y se les dilatan los ojos. Su lomo adquiere un color negro azabache y su panza brilla con tonos plateados. ¡Y ahora viene lo más alucinante! De golpe, durante una noche de otoño, y siempre algunos días antes de la luna llena,

vuelven a dejar los lagos y los ríos del norte. Se abren camino serpenteando por prados, terrenos pantanosos y ciénagas, de vuelta al mar. Es como una majestuosa procesión de destellos plateados. Miles de ellas atraviesan el estrecho de Øresund casi un siglo después de su primer gran viaje como diminutas angulas del tamaño de lombrices. Dejan tras de sí el mar Báltico y las islas Británicas y se adentran en masa en el Atlántico en dirección a la Dorsal Mesoatlántica. Son centenares de kilómetros. En las profundidades del mar de los Sargazos alcanzan finalmente su lugar de nacimiento y allí da comienzo el siguiente ciclo. A una profundidad desconocida se reproducen y mueren. Hasta la fecha nadie ha podido observar a las anguilas durante su apareamiento. Esa vida de transformación ha ido teniendo lugar durante doscientos millones de años. ¿Cómo lo consiguen? ¿Quién les enseña el camino? ¿Por qué no inician su vuelta después de treinta o de cuarenta años, sino poco antes de su muerte y siempre con luna llena? ¿Y dónde acaba realmente su enigmática existencia? ¿Adónde se van después de haber enviado de viaje de vuelta a una nueva generación de pequeñas angulas? ¿Qué milagro es ese que escapa a toda concepción? ¿Y sabes qué es lo más incomprensible de esta historia?

—No. ¿El qué?

—Que a nosotros no se nos ocurre nada mejor que exterminar a esas criaturas.

No supe en absoluto qué replicar a aquellas palabras.

20

Paulsen

Pablo Herrero Sánchez chasqueaba con los dedos de puros nervios y esperó a que se hubiera completado el grupo. Jasper Paulsen ya estaba sentado allí, pero Herrero Sánchez no se dignaba a mirarlo, como si él fuera el portador de la mala noticia, el responsable de aquella situación.

La sala siguió llenándose. Para la mayoría de los participantes se trataba de pura rutina. Conocían aquello por anteriores crisis: EEB, EET, SARS, EHEC... La lista era larga. Un experto de TRACES, el departamento responsable del rastreo de las mercancías, ya estaba allí. El funcionario de enlace de la EFSA, la Autoridad Europea de Seguridad Alimentaria con sede en Parma, entraba en esos momentos en la sala. Además, allí también se hallaban representantes de otros departamentos a quienes había que consultar obligatoriamente en casos así. Sus abreviaturas aparecían en los letreros de identificación: CCA, LCA, BIP. Ni siquiera Jasper Paulsen los conocía a todos, pues, bien mirado, en esa sala estaba reunido el sistema inmunitario de la Unión Europea al completo, una compleja red de información que crecía continuamente, y a través de la cual se intercambiaban y cotejaban sin cesar millones de datos, para, al menos en teoría, poder hacer el seguimiento de cada bistec de cadera, de cada huevo de gallina y de cada bulbo de tulipán.

Jasper Paulsen se planteó en silencio si no valdría la pena estampar camisetas con las abreviaturas y los nombres de las personas de manera más clara. Así, al menos uno sabría siempre con quién se las tenía que ver, quién

era el responsable de qué equipo y de qué gérmenes infecciosos o microbios. Hoy le tocaba el turno a *Gambierdiscus toxicus*. Para empezar, habría que encontrar una abreviatura manejable para esa alga impronunciable; incluso por motivos psicológicos, pues las abreviaturas generaban confianza. Daban a la población la sensación de que un fenómeno estaba acotado por la ciencia y, por lo tanto, resultaba manejable, controlable. *Gambierdiscus toxicus fish poisoning*, con una tasa de letalidad de nada menos que del siete por ciento, simplemente no sonaba nada bien. Una abreviatura como GTFP o GFP sonaba mucho mejor.

Encima de la mesa había un *dossier* técnico que Paulsen había confeccionado a toda prisa después de su exposición en el PAFF. Herrero Sánchez no había tenido ninguna otra opción después de que él le transmitiera media hora antes de la sesión las cifras actuales del fin de semana. Puede que su jefe también hubiera recibido informaciones procedentes de Madrid o incluso alguna llamada, porque allí se habían producido las intoxicaciones más graves. Además, ya estaban los resultados de las pruebas de laboratorio y había concentraciones de la toxina de hasta 2 microgramos por kilo, un valor desacomodadamente elevado si se piensa que una dosis de 0,1 microgramos podía producir los síntomas de la enfermedad, además de graves problemas neurológicos. Los filetes de bacalao y de abadejo con esa carga tan enorme de ciguatera eran una absoluta novedad, siempre y cuando se tratara realmente de estos pescados.

¿De dónde procedía ese drástico aumento? ¿Estaban esas algas penetrando, a causa del cambio climático, en caladeros en los que hasta ese momento no podían establecerse como autóctonas? ¿O se trataba de un lote contaminado con la toxina de la ciguatera que había llegado por casualidad al comercio? ¿Era posible rastrear ese lote y prevenir incidentes similares en el futuro? Había que ofrecer respuestas a todas esas preguntas durante la siguiente hora.

—¿Estamos todos? —preguntó Herrero Sánchez a su secretario.

—No, todavía faltan dos personas. *Monsieur* Beringer de la SANCO está excusado por enfermedad. *Monsieur* Render, de la Dirección General Mare, está de permiso esta semana. Todavía no sabemos quién vendrá en su lugar.

—Bien, entonces comencemos, señoras y señores. Esta es una reunión

especial del Comité de Seguridad Alimentaria con el protocolo previsto para la fase de prealarma. A la vista de la enorme importancia económica del sector afectado debe respetarse la máxima confidencialidad. Espero que hayan dejado en consigna todos sus teléfonos móviles.

Un hombre y una mujer se levantaron, dirigieron unas miradas de disculpa a la concurrencia y se apresuraron a entregar fuera sus móviles.

—Quiero saludar a los representantes de los diferentes departamentos especializados en seguridad toxicológica y biológica de la cadena alimentaria y a los colegas del control de las importaciones. Algunos ya han asistido a la sesión de esta mañana en que el colega Paulsen ha explicado la situación. Propongo que comencemos con un debate general sobre los hechos y les ruego que nos expongan sus respectivas valoraciones en relación con el posible origen de este problema. Por favor, señora Cornelsen.

La aludida levantó la vista del *dossier* que estaba leyendo y se dispuso a responder. Paulsen escribía y ponía crucecitas en una hoja en la que después de cada nombre había tres opciones posibles bajo el epígrafe «*Possible Origins*»: *Foreign, Domestic, Other*. Pronto se hizo evidente la representación gráfica de las opiniones. *Gambierdiscus toxicus* solo podía prosperar en peces de arrecife de aguas tropicales, es decir, en peces cirujano, meros, morenas, lábridos, peces loro, caballas y, especialmente, en las barracudas y en los pargos rojos. Hasta la fecha había que considerar exento de riesgo el pescado capturado en alta mar. Todas las víctimas habían ingerido pescado en restaurantes de lujo de grandes ciudades europeas. Y en la carta de estos lugares no constaba ninguna de las especies de riesgo. Solo en Grecia se ofrecía pargo rojo. La conclusión que se imponía era que, para saltarse los controles, se había mezclado pescado de arrecife capturado ilegalmente con otro capturado dentro de la legalidad.

A continuación, se entabló un acalorado debate sobre cómo podían reforzarse los controles. Herrero Sánchez recordó que la comisión había elaborado una extensiva normativa para el control de las importaciones por orden de los Estados miembros, pero que esta seguiría siendo ineficaz mientras las autoridades no la aplicaran *in situ* ni practicaran los controles. Para ilustrar la situación, Herrero Sánchez citó el último informe sobre controles y leyó con indisimulada satisfacción las cifras procedentes de

Hamburgo, donde durante el último trimestre dos personas habían sido responsables de controlar doscientos sesenta mil certificados de importación. En la casilla sobre el número de suministros de los cuales se había detectado que eran falsificados había un cero, lo cual causó cierto regocijo en la sala.

—No hay ningún motivo para reírse —objetó Herrero Sánchez—. También podría leer las cifras de otros Estados miembros. Apenas hay diferencia. No encontramos nada porque ni siquiera abrimos los contenedores para ver si lo que hay en ellos es lo mismo que figura en las etiquetas. No reaccionamos hasta que el problema llega a los platos y enferma a la gente. Esto no puede seguir así, damas y caballeros. Esta mañana he realizado un llamamiento a los representantes de los Estados miembros para que lleven a sus países este recado, y también les ruego a ustedes que repitan siempre esta advertencia a sus contactos. Precisamos de una mayor capacidad en los controles aduaneros. Creo que, en el caso que nos ocupa, esta debería ser la dirección de nuestras reflexiones. Por ello propongo la formación de un grupo de trabajo que aborde esta problemática cuestión y elabore propuestas de mejora.

Jasper Paulsen alzó la mano. Herrero Sánchez dejó vagar la mirada por la sala pero, para su fastidio, nadie más quiso hacer uso de la palabra.

—Por favor, colega Paulsen.

—¿Qué ocurre con esas especies que no son peces de arrecife y que, no obstante, son tóxicas? Eso es lo realmente enigmático. ¿Se trata de un problema de control o de carácter científico? Es decir, ¿puede ser que la situación biológica haya cambiado? En Nimega se ha comprobado que se ha detectado ciguatera en el bacalao. Y en España se ha encontrado en el bacalao negro, si bien en muy pequeñas cantidades. Eso no se había producido nunca.

—Podría tratarse de una contaminación cruzada —objetó el representante alemán, preocupado por lo visto por contribuir de una manera constructiva al debate después de las penosas cifras de Hamburgo.

—¿Ah, sí? —preguntó Paulsen molesto.

—Claro que sí. Al desmenuzar el pescado puede entrar en contacto con él cualquier cosa. Sangre de la matanza, agua de fregar. El porcentaje de la toxina en las vísceras es muy elevado. Los filetes pueden contaminarse durante su procesado.

—El pescado se adultera, al igual que todo lo demás —objetó la señora

Cornelsen—. Un barco factoría grande recibe su suministro en alta mar de decenas de arrastreros y procesa miles de toneladas de pescado. Incluso sin querer adulterar el producto ni estafar a la gente, los lotes pueden entrar en contacto los unos con los otros. Supongo que esa es la causa. ¿Y cómo podríamos atajar eso y establecer una seguridad absoluta? Siempre existe un riesgo permanente ante esos movimientos gigantescos de mercancías. Tenemos que permanecer vigilantes, pero no veo ningún motivo para el alarmismo.

Herrero Sánchez asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—En cualquier caso es más probable una contaminación cruzada que aceptar que *Gambierdiscus toxicus* haya penetrado en nuestras latitudes. ¿O hay alguien más que defienda esta hipótesis?

Nadie respondió y Jasper Paulsen se encogió de hombros. No, tampoco él creía que esa alga hubiera penetrado ya de manera tan amplia en zonas templadas. Pero ¿contaminación cruzada? ¿Era realista contemplarlo así? Y si ese no era el motivo, en el fondo solo quedaba una posibilidad; sin embargo, no se atrevió a plantearla. Al menos por ahora. Miró a la concurrencia con una expresión absolutamente neutra en la cara y escribió en su bloc, solamente como recordatorio, lo siguiente: «¿Sabotaje?». En los tiempos que corrían, ¿no había que pensar siempre en la posibilidad de una acción terrorista?

21

Adrian

Un mensaje de texto del amigo de pilates de Annegret me sacó de la azotea de Frankfurt y de la procesión de angulas de Ragna y me devolvió nuevamente al presente en Bruselas. Le había escrito y él me propuso encontrarnos en la cafetería del edificio de Jacques Delors, en el caso de que tuviera yo tiempo. Acepté, atravesé la place de Luxembourg y recorrí calle abajo los centenares de metros de la rue Belliard. Naturalmente yo no sabía qué aspecto tenía el amigo de Annegret y, después de un rato en que nuestras miradas de búsqueda se cruzaron muchas veces en la cafetería, finalmente dimos el uno con el otro. Søren era más bajo que yo, tenía el pelo negro y los ojos de color castaño oscuro. No había nada en él sueco propiamente dicho, si es que tales estereotipos poseían alguna clase de fuerza declarativa o informativa.

Encontramos una mesa libre al lado de la ventana. Pedí dos té y los dejé junto a una pila de documentos que él se había colocado delante. Acababa de terminar una audiencia y a nuestro alrededor había bastante ajeteo de gente.

—Así que viajas a Myanmar, ¿verdad? —preguntó Søren, exprimiendo su rodaja de limón.

—Sí. Annegret me dijo que conocías muy bien aquella zona.

—¿Viaje de estudios o vacaciones?

—Por trabajo. Voy a hacer de intérprete para un hombre de negocios.

Su ceja izquierda se arqueó.

—¿Siemens? ¿Shell? ¿Monsanto? Aunque probablemente sea confidencial,

¿verdad?

—Sí, bastante secreto. Y todavía no sé muy bien de qué va. Es alguna empresa consultora.

—Tampoco me interesa. ¿Qué quieres saber? Lo que se dice atracciones turísticas hay pocas. Espero que te gusten las pagodas, porque no hay muchas cosas más aparte de pagodas. Pero, eso sí, hay muchas. La ruta habitual desde Rangún es: lago Inle, Mandalay, luego en barco hacia Bagan y finalmente vida relajada en la playa Ngapali. Excepto el recorrido en barco a Bagan, yo haría la mayor parte de los viajes en avión. Los demás transportes son penosos y no muy útiles. Las zonas del norte y del nordeste siguen siendo demasiado peligrosas para los turistas. Continuamente se producen escaramuzas con las minorías oprimidas y en la jungla sigue habiendo muchas minas terrestres. En el sur no les gusta que te muevas libremente de aquí para allá. Si quieres ir allí, necesitarás tiempo, paciencia y preferiblemente algunos contactos.

—No suena muy tentador, la verdad.

—Tú lo has dicho. Birmania fue durante décadas una especie de destino boca a boca porque solo te permitían permanecer allí unos pocos días. Ahora los militares han abierto el país y la afluencia de gente ha aumentado. Pero probablemente no durará mucho tiempo, pues los precios suben a toda pastilla. A medio plazo será demasiado caro y turístico para los mochileros y para el turismo de masas será demasiado primitivo y subdesarrollado. Apenas hay *wifi*, las redes de telefonía para móviles son malas, y hay demasiada malaria y dengue. Apenas hay bares de gogós o playas desarrolladas. ¿Por qué irías a Birmania si puedes viajar a Tailandia por el mismo dinero?

Mientras hablaba, Søren iba saludando continuamente con un gesto de la cabeza o de las manos a algunas personas de aquel gentío que había a nuestro alrededor; sin embargo, a pesar de todo, conseguía concentrarse en nuestra conversación.

—Lo más probable es que en ese breve espacio de tiempo no salga para nada de Rangún —respondí.

—Lo dicho. En la ciudad también hay un montón de pagodas. ¿Ya sabes dónde te vas a alojar? ¿En el Traders? ¿O en el Strand?

—De eso se ocupa mi cliente.

—Ve al Traders. El Strand es absolutamente prohibitivo, pero ve a tomar

algún té allí. Por el ambiente colonial y demás. Si te dan medio día de asueto, alquila una moto en Dala y viaja por carretera hasta Twante. Allí tendrás una primera impresión muy buena sobre la vida en el delta del río. Aparte de los palafitos con las pocilgas, los arrozales y las pagodas no hay mucho más, por supuesto, pero sí muy buen ambiente. A medio camino entre Dala y Twante hay un templo con serpientes venenosas, si te gusta ese tipo de cosas. Andan colgadas por decenas en el frontón. Lleva un buen calzado porque por los alrededores también hay algunas, y esas no están tan bien alimentadas ni tan aturdidas por las drogas como las del templo.

—¿Vas allá con frecuencia?

—Sí, cada pocos meses. —Cogió la primera carpeta de la pila de documentos y señaló un adhesivo de color amarillo que estaba pegado encima —: Lobbytomy.org. ¿Has oído ese nombre alguna vez? —preguntó.

—No. Es un nombre extraño.

—Sí, aunque tampoco lo considero ya muy original. Probablemente conozcas Lobbywatch, ¿verdad?

—Por el nombre.

—Nosotros somos similares, pero nos hemos especializado en ONG. Analizamos organizaciones humanitarias, organizaciones no gubernamentales, GONGOS, MONGOS, toda esa industria de la compasión. Yo cubro el Sudeste Asiático desde el tsunami de 2004.

—Suena interesante, pero ¿de todos modos no están ya controladas?

Él señaló a aquel grupo de personas que había a nuestro alrededor.

—Míralos bien. Un ejército de economistas del desarrollo, asesores educativos, formadores para la sociedad civil y formadores sobre la democracia. A todos ellos hay que añadir además una armada de vidas académicas bien intencionadas, más o menos fracasadas, que pretenden redimir al Tercer Mundo de su miseria, pero sobre todo buscan redimirse a sí mismos de su crisis cultural de identidad o de su miseria intelectual. Los países industrializados creen librarse de su mala conciencia financiando a sus adolescentes idealistas, que buscan un sentido a la vida con trabajos aventureros, en sus antiguas colonias expoliadas. Cada vez resulta más difícil separar lo sensato de lo absurdo. Así que intentamos encontrar el grano en el montón de paja neocolonial de las innumerables ONG, y ese grano existe, sí.

—Así pues, ¿es una especie de OCU para donantes?

—Más o menos.

—Pero ¿qué son las GONGOS, por favor?

—ONG gubernamentales, es decir, organizaciones no gubernamentales que en realidad sí que lo son. Lobos con piel de cordero, por decirlo así, organizaciones estatales que se disfrazan de ONG para imponer sus intereses. Trabajan con tantas cortinas de humo que una persona normal apenas sabe con quién está tratando en realidad.

—¿Y las MONGOS?

—Es una vieja tendencia que ha vuelto a la vida —explicó—. Las siglas significan «My Own NGO», es decir, «mi propia ONG». La ayuda humanitaria es, en la actualidad, un mercado gigantesco, sin regulación política ni logística; un mercado de trabajo, mercancías y servicios. Cualquier persona pudiente con mala conciencia puede tomar un avión hasta el lugar que quiera, alquilar un todoterreno y pegar en el vehículo el adhesivo de su organización humanitaria. Las sectas son muy activas en este terreno. Mormones. Cienciología. Todas libres de impuestos, claro.

—¿Y ahora están todas en Myanmar?

—Myanmar es la nueva mina de oro. —Comenzó a hurgar en su pila de documentos, extrajo algunas fotocopias y me las dio—. Mira esto. Es de un periodista amigo mío que ahora vive en Rangún. Un poco de lectura para el largo vuelo. Lo siento, pero ahora tengo que marcharme.

Comenzó a guardar sus papeles.

—Muchas gracias por la conversación —dije—. ¿Y qué pasa con las informaciones que reunís? ¿Se publican en alguna parte?

—Claro —respondió Søren, poniéndose el abrigo—. De algo tenemos que vivir. Los informes detallados son de pago. Ahora bien, las informaciones generales puedes encontrarlas en nuestra página web. —Se me quedó mirando fijamente unos instantes y añadió a continuación—: De vez en cuando también hacemos favores gratis. Depende del caso. Así te dan algo a su vez, como contrapartida.

El sentido más profundo de esa respuesta no era difícil de adivinar. Quería saber quién me había contratado para el encargo en Myanmar. ¿Quizá podría decirme en contrapartida qué se ocultaba detrás de la empresa SVG de Di

Melo y para quién trabajaba aquel hombre? Pensé entonces en el documento de cinco hojas que acababa de firmar.

—¿Tienes un mapa o algo así? Quizá te llame un día de estos.

—Claro, toma. Puedes contactarme cuando quieras. Y otra cosa más.

—¿Sí?

—Hay un lugar interesante en Rangún donde se puede encontrar a gente que conoce a mucha gente. La Pansodan Gallery, en la calle del mismo nombre. Todos los martes. Desde el Traders puedes ir allí a pie. Solo como sugerencia.

Y después de estas palabras desapareció entre la gente. Me quedé sentado unos instantes más y contemplé a las personas que había a mi alrededor. ¿Cómo la había llamado? ¿Industria de la compasión?

Mi teléfono móvil vibró. Era un SMS de un número desconocido. «¿Tienes la tarde libre? ¿Qué tal una copa? Bernadette».

22

Render

Vigo estaba inmersa en la niebla. El avión inició por tercera vez el aterrizaje después de dos intentos interrumpidos. En la cabina había enmudecido toda conversación y reinaba un nerviosismo tenso entre los pasajeros. Render estaba en su asiento, inmóvil, y miraba despreocupado a través de la ventanilla empañada. La inquietud de los demás pasajeros le daba lo mismo. «Por lo menos así acabaría todo», pensó. ¿Qué iba a hacer a partir de ahora?

¿Cuántas veces había volado ese trayecto en los últimos dos años? El tiempo casi siempre era malo. Su vecina de asiento gritó porque las turbulencias sacudían el pequeño avión. Sin embargo, a él le dolía algo muy distinto en el alma. ¿Cómo iba a soportar que Teresa no lo estuviera esperando esta vez en la puerta de llegadas?

¿Con quién se encontraría? Alguien iba a buscarlo. Bueno, vale. Ojalá que por casualidad no estuviera esperándolo el conductor de la agencia pesquera, pues probablemente lo reconocería y se sorprendería de verlo aparecer por Vigo y de que no pidiera que lo llevaran a la autoridad de control, como era habitual. ¿Autoridad de control? ¡Qué gran expresión! ¿A quién se le había ocurrido la idea de ubicar la Agencia Europea de Control de la Pesca nada menos que en España? Ese país consumía per cápita el doble de pescado que cualquier otro país miembro de la UE. Tenía una flota pesquera gigantesca y, en consonancia con ese hecho, cada año las negociaciones por las cuotas de

captura de biomasa de cada país se alargaban de manera inexorable. ¡Biomasa! Ya solo la terminología le daba náuseas. Y las cuotas de capturas eran tan solo un disparate legal, el listón de la matanza aprobada por ley. Las cifras reales del biocidio mundial en los mares no las conocía nadie, porque ni siquiera se sabía exactamente cuál era el porcentaje de pesca ilegal y de la mercancía suministrada por contrabando o mediante declaraciones falsificadas. ¡Y a ello había que añadir las capturas indeseadas en las redes! ¿Eran «solo» veinte millones de toneladas? ¿O treinta? Seres vivos masacrados inútilmente, daños colaterales para llenar los carritos de la compra de por sí ya desbordantes del Primer Mundo. Se preguntó si Viktor Bach ya habría leído su informe. ¿Cuántos funcionarios bien pagados había en esta agencia que ni siquiera eran capaces de impedir que les pusieran en la comida de la cantina pescado de captura ilegal y con una declaración falsificada?

Le dolían los ojos porque durante el vuelo había estado mirando los archivos que le había enviado Viktor. En la pequeña pantalla de su portátil solo podían leerse con dificultad las imágenes. Tuvo que ampliar considerablemente las fotografías para poder descifrar las identificaciones de los barcos y aquella maraña de datos. El Sistema de Localización de Buques vía satélite, o SLB, era en teoría un instrumento magnífico para la vigilancia del tráfico marítimo y la pesca. Todo barco registrado estaba equipado con un transmisor que proporcionaba de manera regular vía satélite datos sobre su posición y sus actividades. Solo tenía una pega: el transmisor podía fallar y la señal podía perderse temporalmente. Como es natural, estaba prohibido desconectar el transmisor, pero no se requería de ninguna especial habilidad criminal para manipular el aparato y enviar un aviso de fallo al centro de control. Además, continuamente se producían fallos técnicos de verdad. La obligación de enviar cada cuatro horas un informe de localización por fax o por correo electrónico proporcionaba cierta invisibilidad a un barco. Y, claro, las embarcaciones no registradas no constaban en absoluto en ese sistema de monitorización.

Bach había sacado del servidor los datos de registro de todos los sistemas de vigilancia vía satélite que estaban a su disposición y había agrupado un paquete procedente de AIS, Inmarsat, Iridium, Argos y media docena más de

empresas privadas que vendían este tipo de datos satelitales. Los de carácter militar habrían sido incluso más interesantes, desde luego, pero a ellos no tenía acceso ni el mismo Bach.

El *Valladolid* había enviado informes de su posición de manera ininterrumpida. Render siguió el rumbo que había tomado el barco durante los días anteriores a la desaparición de Teresa, pero no pudo constatar nada llamativo a la vista de esos informes. Cotejó los datos meteorológicos y de las corrientes y ya iba a darse por vencido ante la búsqueda inútil de una explicación de aquel absurdo, cuando de repente se dio cuenta de dónde estaba el error. Había buscado una irregularidad. Sin embargo, lo llamativo era algo completamente distinto. ¡No había ninguna!

En el *Valladolid* no había habido a lo largo de más de ocho días completos ni un solo fallo del sistema de localización vía satélite. Amplió aún más el mapa y la zona señalada por el buque le pareció también extraña. Para ser un barco de tal capacidad se movía en un perímetro muy reducido. Extendió el período de consulta a cuatro semanas y esperó a que el ordenador acabara de generar el diagrama correspondiente a partir de los datos. Luego se recostó y contempló la pantalla con una mezcla de rabia y de desprecio. Ni siquiera se esforzaban por disimular sus fraudes. Por la forma que mostraban, los gráficos de ruta extraídos de los datos del sistema de localización de los últimos tres viajes del *Valladolid* eran prácticamente calcados en su fase media. En la pesca, ningún barco realizaba exactamente la misma ruta tres veces seguidas. ¿Cómo conseguían ejecutar ese truco? ¿Instalaban provisionalmente el transmisor en un bote auxiliar en alta mar que navegaba siguiendo un rumbo programado mientras que el buque principal se movía durante días en otro lugar sin ser observado? Ni tampoco controlado, es decir, fuera de la ley.

Pensó en un pasaje del último correo electrónico de Teresa: «Llevan ya cinco días navegando y las capturas son miserables, un 40 por ciento por debajo de lo previsto, algo que me extraña, pues disponen de todo un arsenal en equipamiento técnico».

La conclusión era obvia: el *Valladolid* no había pescado nada de nada. Presumiblemente, Buzual aceptaba mercancía ilegal a gran escala de otros barcos suministradores con los que se encontraba en alta mar. Y Teresa había resultado molesta en esas operaciones, tal vez había visto algo que no debía.

Ahora bien, ¿cómo se podía probar tal cosa?

El avión aterrizó finalmente y rodaba ya en dirección a la puerta de desembarco. La gente volvió a conectar sus móviles, que emitían todo tipo de sonidos y pitidos. El avión se detuvo, se apagaron los motores y se levantaron los primeros pasajeros. Se apresuró, como los demás, en salir del angosto casco de aquel avión especializado en distancias cortas, y a continuación esperó casi veinte minutos en la sala de llegadas, frente a la cinta detenida, a que saliera el equipaje.

Cuando salió de la terminal, miró a su alrededor en busca de alguien. Algunas parejas se saludaban. Había taxistas que movían tabletas con nombres escritos. Entre ellos no estaba el suyo. Los viajeros pasaban a su lado a toda prisa y desaparecían en dirección a las paradas de autobús y de taxis situadas frente al edificio. Finalmente le llamó la atención un hombre alto y calvo que estaba apoyado en una pared a una distancia de unos quince metros, con las manos en los bolsillos y mirando en su dirección. Render fijó la vista en él durante algunos segundos y puso una cara de interrogación. El hombre asintió con la cabeza y señaló la salida. Coincidieron cerca de la puerta corredera y, mientras esta se desplazaba lateralmente, dijo:

—*Welcome to Vigo, Mr. Render.*

—*Good day, sir* —replicó Render—. *And you are...?*

—Gavin —respondió el hombre—. ¿Me permite llamarle John?

—Por favor.

Render se apercibió de que aquel hombre miraba a su alrededor en todas direcciones, aunque con discreción.

—¿Deberíamos estar nerviosos?

—No, pero sí atentos. Por favor, por aquí.

Subieron a un taxi y Render oyó que Gavin le daba al conductor la dirección de Teresa.

—¿Vamos a su casa?

—Vivo en el mismo bloque de pisos —replicó Gavin.

Esto se estaba poniendo cada vez mejor. ¿Acaso esa tal Ragna también vivía aquí? Permaneció en silencio, destemplado, y se frotó los ojos cansados. Gavin estaba escribiendo algo en su teléfono móvil.

El apartamento estaba situado en la rúa Gil, una bocacalle estrecha y

mísera junto a la rúa Magallanes, en el centro de Vigo. El taxi no dobló por ella, sino que los dejó en la esquina.

Render reconoció los grafitis de las paredes mientras seguía a Gavin. ¡PIENSA! ¡ORGANÍZATE! ¡ACTÚA! ¡MUJERES AL PODER! ¡LA HISTORIA ES NUESTRA!

La pintura parecía más fresca que los eslóganes.

Una escalera conducía a un patio interior elevado, rodeado de bloques de pisos de diez plantas que se alzaban sombríamente hacia el cielo. Gavin se encaminó con paso seguro a una de las entradas y la abrió con una llave.

Render se quedó parado.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó—. ¿Qué hacemos aquí?

—Ragna quiere hablar con usted —respondió Gavin—. La conversación tendrá lugar en mi casa, pero primero me gustaría mostrarle el apartamento de Teresa.

—¿Señores?

Los dos se dieron la vuelta sorprendidos. Un hombre mayor se les acercó empuñando una escoba. Se dirigió a Render, le tendió la mano y dijo algo que este no entendió.

—Le está dando el pésame —tradujo Gavin.

—Gracias —dijo Render.

—Todos estamos destrozados. Una mujer tan joven. Es una fatalidad enorme.

—Gracias —volvió a decir Render después de que Gavin le tradujera la frase—. ¿Así que la noticia ya se ha difundido?

—Sí, claro —respondió el portero—. Salió en el periódico. Y estuvieron aquí los del seguro.

—Del seguro —repitió Render en un tono apagado.

—Ha sido terrible —murmuró el hombre, moviendo la cabeza con tristeza—. Espero que no se deje abatir por tamaña pérdida, señor.

Render dio las gracias con un gesto, llevándose la mano al corazón, y se dirigió al ascensor. Gavin murmuró algo que Render no entendió y lo siguió. Entraron en el edificio y subieron a la sexta planta.

—¿Los del seguro? —preguntó Render después de cerrarse las puertas.

Gavin le dirigió una mirada reveladora.

—Ahora va a verlo con sus propios ojos.

Al llegar a la sexta planta recorrieron un estrecho pasillo en el que olía a frituras. Al cabo de unos pocos pasos se detuvieron frente a una puerta pintada de color verde claro.

Gavin miró a Render.

—¿Usted o yo?

—¿Tiene usted una llave? —preguntó Render perplejo.

—Sí. Teresa tenía también una de mi piso. Pero no tema. Eso era todo.

—¿De qué debería tener miedo un hombre de mi edad? —dijo Render y cerró la puerta.

Entraron en un pasillo oscuro y Render encendió la luz. Miró a su alrededor unos instantes e hizo una señal a Gavin para que lo siguiera. El inglés entró también y cerró la puerta de la entrada. Render encendió la luz de la sala de estar.

Gavin se quedó apoyado en el marco de la puerta mientras Render lo miraba todo.

—No he tocado nada —dijo el inglés.

La visión del despacho fue difícil de soportar, pero Render se dominó, contempló el sofá-cama, el secreter abierto con la silla delante, la mesita de tresillo y el raído sillón que ella utilizaba para leer. Había libros y fotocopias por todas partes. Las dos reproducciones de escenas de playa de Joaquín Sorolla estaban colgadas sobre el sofá, como todas las demás imágenes: el beso frente al Hotel de Ville de Doisneau, así como un retrato de perfil de una joven obra de Leonardo. Sobre el secreter se apilaban también libros y documentos. Montañas de revistas especializadas estaban apoyadas contra la pared y frente a la puerta del balcón. Render dejó vagar la vista hacia la derecha, desde donde, a través de una ventanilla pasaplatos, se veía la cocina y los azulejos de color naranja. Nunca cocinaron allí. Había una placa eléctrica, pero hasta allí encima había fotocopias esparcidas.

Render se acercó al escritorio. El teclado del ordenador y la pantalla seguían allí, pero el cable que unía esta con la torre colgaba suelto en un lateral del escritorio.

—Suponemos que ha sido la gente de Buzual la que ha venido a por el ordenador —dijo Gavin—. Eso significa que ahora tienen el material de

Teresa de los últimos cuatro años.

—¿Qué clase de material?

—Todo el material de nuestro proyecto y probablemente también algunas cosas sobre usted.

—¿Sobre mí?

—Sí, pero eso se lo explicaré mejor en mi casa. Acompañeme.

Salieron del piso, con Gavin delante. A través de una entreplanta alcanzaron otra ala del edificio y llegaron a una vivienda más espaciosa. El mobiliario, sin embargo, no era menos espartano. No había ningún sofá, solo una mesa redonda con cuatro sillas, un escritorio con el tablero de cristal y algunas estanterías. Las paredes estaban desnudas.

—Necesito un café. ¿Usted también? —preguntó Gavin y desapareció en la cocina.

Render se quedó de pie indeciso, finalmente se acercó a la ventana y miró el patio interior. Se veía la ventana de Teresa dos plantas más abajo. Con la luz encendida seguro que se podía divisar el despacho desde allí. Por las tardes corrían siempre las cortinas, pero ver el lugar de sus encuentros íntimos tan expuesto, le procuró una punzada adicional en el pecho. Permaneció inmóvil allí hasta que Gavin salió de la cocina y dejó el café encima de la mesa.

—Ella no quería involucrarlo en sus actividades —dijo Gavin—. Lo habría colocado en una situación imposible.

—¿Acaso mi situación es ahora menos imposible? —replicó irritado—. ¿Qué había en ese ordenador sobre mí?

—No mucho, pero usted figura en una lista de activos.

—¿Activos?

—Sí, personas a las que tratamos de ganar como multiplicadores, gente con influencia o con acceso a informaciones o fuentes privilegiadas que pueden reforzar nuestra acción o volverla más fiable. Sin embargo, Teresa se negó siempre a implicarlo.

—¿Y todas esas informaciones estaban sencillamente ahí, en ese ordenador? ¿Alguien podía venir y llevárselas?

—Tiene razón, fue una absoluta imprudencia —admitió el joven—. Pero nunca había ocurrido algo así. Antes de ir a un barco, limpiamos nuestros

portátiles, por supuesto, y retiramos de ellos todo lo que no puede caer en manos ajenas. Es habitual que nos roben los portátiles y nos espíen, pero nunca había ocurrido esto.

—¿Es usted el jefe aquí?

—No, en nuestra organización no existe tal figura. Cada cual trabaja por y para sí mismo. Los equipos se forman espontáneamente para la realización de determinadas acciones, y siempre que sea necesario.

Render respiró hondo.

—¿Cómo pudo autorizar usted que Teresa pusiera su vida en juego?

—No me ha entendido. Yo no tenía nada que ver con las acciones de ella. Estoy aquí por otro asunto y cada uno de nosotros toma sus decisiones de manera autónoma. No se obliga a nadie a hacer nada.

Render negó con la cabeza disgustado.

—Se lo montan ustedes muy bien.

—¿Nosotros? ¿De verdad? —replicó Gavin en tono sarcástico—. ¿Quién está ahí fuera? ¿Tal vez ustedes, con sus bonitos escritorios y sus reuniones, sus secretarias y sus fabulosos salarios? ¿Ustedes, con todas sus iniciativas, recomendaciones y los maravillosos programas de acción para el día de san Ya veremos? ¿Dice que «nosotros» nos lo montamos bien? Está bien eso. —Gavin lo miró en actitud desafiante—. Su trabajo es absurdo. Toda su existencia profesional es insustancial. Absolutamente superflua.

Render dirigió una mirada irritada a aquel hombre. Ahora bien, ¿qué podía decirle? ¿Cuántas veces se había sentado en el Consejo de Pesca siguiendo siempre el mismo ritual? Primero se presentaban los estudios científicos y se exponían las cuotas de captura asumibles. Acto seguido se pasaba al reparto de estas y al final se decidía el doble o el triple de lo acordado.

—¿Quién va a proteger el planeta de una especie que se reproduce a toda velocidad —preguntó Gavin—, cuando el único órgano de decisión sobre los recursos totales lo controla solamente esa especie?

Render permaneció en silencio. Ya no podía oír nada más acerca de todas esas cuestiones insolubles, ya no quería dejarles un hueco en su vida. Quería volver a disfrutar de la pequeña gran felicidad que había encontrado aquí.

—¿Qué cree que le habrán hecho a Teresa? —preguntó en un tono casi inaudible, con la voz tomada. Gavin esquivó su mirada. El inglés daba la

impresión de estar entero, pero Render percibió que esta pregunta le había afectado—. ¿La mataron antes o la arrojaron viva al agua? ¿Qué piensa?

Gavin cerró los ojos unos instantes y respiró hondo.

—¿La violaron? —prosiguió Render—. ¿Cómo tenemos que imaginármolo? ¿Saben qué tipo de gente trabaja ahora en este «negocio», entre comillas? ¿Qué demonios va a poder conseguir una mujer joven desarmada? ¿Tenían claro eso?

Gavin lo miró en silencio y a continuación se alzó el jersey sin avisar. Render dio un paso atrás por el horror. Una gigantesca cicatriz recorría el pecho y la barriga de aquel hombre.

—He navegado en bastantes barcos —dijo tras bajarse el jersey—, en muchos, señor Render, y he experimentado prácticamente toda la mierda que eso trae consigo. Una mierda enorme. Todos sabemos muy bien lo que sucede en esos barcos y dónde nos metemos. Más de una vez he tenido que encerrarme con llave en mi camarote y dejar de controlar la actividad pesquera porque de lo contrario no habría sobrevivido. —Se señaló el vientre—. ¿Sabe usted cómo fue esto? Con un garfio para peces. Un capitán coreano. Normalmente suben a bordo con él cuando no se sueltan lo suficientemente rápido de los palangres. Les clavan los garfios en cualquier parte del cuerpo, preferentemente en los ojos, porque así quedan mejor sujetos. Debería verlo alguna vez de cerca, se lo digo de verdad. Me refiero a todo eso, a esa atroz brutalidad. Eso ya no tiene que ver con la pesca o la búsqueda de alimento. Es una masacre industrial. Una maquinaria de exterminio. Allá fuera, en el mar, no hay derechos ni ley. Enviar a mujeres allí es un disparate tremendo, es verdad, pero por extraño que parezca, siempre son mujeres las que se presentan voluntarias. Pero usted es quien se encarga de darnos la formación, señor Render. Creo que sabe eso perfectamente.

En el silencio que siguió a las palabras de Gavin, sonó una suave campanilla procedente de una de las habitaciones interiores. El inglés salió y Render lo oyó escribir en un teclado. Luego apareció de repente en el marco de la puerta.

—Es Ragna. Se ha establecido la comunicación. Acompañeme, por favor.

Render lo siguió hasta una habitación en penumbra. Encima de un escritorio había una pantalla en la que se veía a una mujer en un cuarto vacío,

sentada a una mesa. Llevaba un colorido pañuelo en la cabeza. Al acercarse vio que ella se encontraba aparentemente en el interior de una tienda de campaña. Él se sentó en la silla frente al monitor. Iluminada fantasmagóricamente por la luz de la pantalla apareció ahora su cara en un pequeño recuadro en el borde inferior derecho de la pantalla. La mujer alzó la mano, lo saludó así un momento y le indicó con gestos que se pusiera los auriculares que Gavin le estaba tendiendo en ese momento desde un lateral.

—Buenos días, señor Render. —La oyó decir entonces en inglés.

—Hola, Ragna —respondió—. En su día nos dirigíamos por nuestro nombre de pila. ¿Prefiere ahora un tono más formal?

Por el rabillo del ojo percibió que Gavin se había sentado en un sillón en diagonal a sus espaldas.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella.

Parecía cambiada. Sus ojos producían una impresión apagada, abatida y deprimida, según se veía en la imagen borrosa y ligeramente llameante del monitor.

—¿A usted qué le parece? —dijo él.

Ella bajó la mirada unos instantes.

—Cuanto más tiempo pasa, es peor. ¿Tampoco ha sabido nada más sobre ella?

—No. Y tampoco creo en los milagros.

Ragna asintió en silencio con la cabeza. ¿Había llorado? ¿Tenía los ojos enrojecidos o solo lo parecía?

—¿Ha estado con Gavin en el piso de Teresa?

—Sí, pero ¿dónde está usted? ¿Desde dónde está hablando conmigo?

—Desde un sitio seguro, eso es lo principal.

—¿Y cuál es el objeto de esta conversación?

—Pensé que a lo mejor podía ayudarnos.

—¿Ayudarlos? ¿Yo, que ni siquiera sé a qué se dedican?

—Tal vez podría pedir cuentas a los responsables de la muerte de Teresa.

—Esa es tarea de la policía. Si posee alguna información al respecto, entonces debería ponerla a disposición de las autoridades para que puedan ocuparse de este asunto. Es una locura tremenda actuar por cuenta propia contra tipos como Buzual. ¡Ya ha visto cuáles son los resultados!

—Veo los resultados cuando las «autoridades» se ocupan de los casos. Los observadores mueren asesinados, los autores de los hechos salen absueltos y siguen haciendo lo mismo de siempre.

—Tomarse la justicia por su mano no conduce a nada.

—La justicia no nos interesa. Nuestros problemas son completamente distintos.

—¿Ah, sí?

—Escuche, John, Teresa nunca lo importunó. Hace dos años, en Nairobi, conversamos y yo llegué a la conclusión de que su sitio estaba en Bruselas, en su escritorio. Ahora esto le ha afectado directamente. La mafia internacional de la pesca ha asesinado a su novia y, mientras hablamos, la caza contra nosotros sigue en marcha y ya lleva así mucho tiempo. Buzual y los tipos de su calaña continúan en sus trece, rompen todas las reglas y normativas que sus estupendas autoridades han promulgado y seguirán haciéndolo, y todas, sin excepción, no valen ni una cagarruta de mosca. Solo hemos arrojado a esos tipos una pizca de arena en sus tejemanejes. Se trataba de un test de prueba. Nada más. Y ya ha visto la reacción. Esa gente no hace prisioneros. No somos nosotros quienes estamos desbordados con este problema, John, sino ustedes. Se requieren otros métodos para enfrentarse a ellos. ¡Y un cuerno vamos a dirigirnos a las autoridades! ¡Ni hablar! No se les ocurriría otra cosa que quitarnos nuestra arena.

—No entiendo nada de lo que dice. ¿De qué está hablando?

—Va a suceder lo siguiente: en las próximas semanas vamos a colapsar todo el mercado del pescado fresco en Europa. Teresa es solo una de las muchas personas que han participado en este proyecto. Tenemos los medios para fastidiarles el negocio a esa banda de forajidos de tal modo que no se recuperarán en muchos años. Alguien como usted podría sernos de mucha ayuda, por supuesto, siempre y cuando se levante por fin de su escritorio y mire a la realidad directamente a los ojos. ¿Cuánto tiempo piensa continuar con sus directivas de papel mojado que nadie se toma en serio? ¿Qué tiene que suceder para que alguno de ustedes se despierte y diga: «¡se acabó!, ¡basta!»? ¿Conoce las cifras más recientes? ¿Cuánto tiempo más van a esperar, John? Se lo pregunté hace dos años, y vuelvo a hacerlo ahora: ¿qué más tiene que suceder para que actúen de una vez?

Render miró a Ragna lleno de ira.

—Usted la envió allí —le soltó con amargura—. Es la responsable de esta locura.

—Yo no mandé a nadie —replicó ella con una breve risa—. ¿En serio cree que tenemos que persuadir a la gente para que se una a nosotros y pase a la acción? Dígame: ¿cuántos científicos, investigadores y personas como Teresa cree que están con nosotros, gente que sencillamente ya no soporta más reunir a duras penas todos los hechos e informaciones solo para que en el siguiente gran chalaneo político se les caguen encima desde las más altas instancias?

—Se imagina que las cosas son muy simples —replicó él.

—¿De verdad? Voy a decirle algo, John. Jamás eliminará esas estructuras mediante leyes. Esa gente simplemente mata a todo aquel que perturba sus negocios, ya sean esclavos que trabajan en sus barcos, observadores pesqueros o periodistas. No se puede vencer a las bandas mafiosas en una confrontación abierta. Hay demasiados especuladores, e incluso funcionarios, involucrados en sus negocios. La cosa no solo va de dinero, sino también de votos, puestos de trabajo y, en última instancia, también del estilo de vida de millones de consumidores ignorantes o sin escrúpulos que nunca renunciarán de manera voluntaria a algo que consideran natural que sea así. Ustedes no pueden combatir desde la legalidad ese círculo vicioso de codicia, lucro y corrupción económica. El fundamento del negocio tiene que desaparecer, esto es, ¡la demanda! Y justo en ella estamos trabajando en estos momentos. Vamos a ponerle un freno biológico. Y con su ayuda podríamos actuar con mayor celeridad y eficacia.

Render se quedó atónito. Ragna lo miraba y esperaba.

—Está usted loca —replicó Render finalmente—. Dígame: ¿cómo pretende llevar eso a cabo? Sus fantasías todopoderosas son sencillamente ridículas.

Ragna alzó la mano izquierda. Sostenía algo frente a la cámara. Render vio que se trataba de una pequeña ampolla que contenía un líquido de color verde pálido.

—Este es el motivo por el que asesinaron a Teresa. Nos llevó años sintetizar esta toxina. Preste atención a las noticias durante los próximos días y luego volveremos a hablar. Lo dicho. Vamos a llevar a cabo nuestro plan

incluso sin su ayuda, pero tal vez comprenda la oportunidad que se le ofrece de vivir el siguiente nivel desde muy cerca. Usted tiene acceso al sistema de alerta rápida, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir?

—La semana pasada circularon algunos lotes envenenados con la toxina. Teníamos que probar las dosis porque queremos evitar que haya muertos. Además, aún seguimos analizando en qué punto de la cadena de producción y de comercialización puede introducirse subrepticamente la toxina. Pero estamos en todas partes, John. Somos muchos, y podemos atacar en cualquier lugar y momento.

De repente se fue el sonido.

—¡Ragna! Espere...

Sin embargo, esta ya no respondió nada más. La pantalla fundió a negro y solo quedó una frase en letras blancas en el monitor:

IT'S THE CONSUMER, STUPID!

23

Ragna

Después de la conversación, Ragna se mantuvo sentada durante unos minutos en silencio, incapaz de componer un pensamiento con claridad. La disputa con Render la había perturbado porque durante toda la charla había estado pensando en Teresa. Una y otra vez le pasaban por la cabeza las imágenes de su posible final, un escenario que estaba abierto en todas sus manifestaciones hasta lo más horrible y que encendía incesantemente su imaginación en contra de su voluntad. Se dio una ducha fría, en principio por el calor, pero sobre todo para despejar la mente. Luego volvió a sentarse al ordenador en pantalones cortos y camiseta y se descargó los correos electrónicos. La enorme cantidad de mensajes demostraba que la desaparición de Teresa seguía ampliándose como una onda expansiva por el pequeño mundo de los observadores de la pesca. Fue revisando los mensajes. Alguien había creado una página en Facebook dedicada a ella, en la que se recopilaban las informaciones más recientes.

Europa: Expresamos nuestro horror por la noticia de que Teresa Carvalho, nuestra colega y amiga, lleva desaparecida desde el 9 de noviembre. El buque pesquero Valladolid, en el que ella se encontraba trabajando por encargo de la NAFO, es un barco congelador con pabellón español perteneciente al

tristemente célebre grupo de Buzual Armadores S.A., que ya en el pasado ha atraído la atención en diferentes ocasiones por sus prácticas dudosas y por una actividad pesquera ilegal, sin que las autoridades españolas le hayan puesto nunca una demanda judicial seria. Instamos expresamente a todas las organizaciones, en especial a la NAFO, a las autoridades judiciales españolas y a la Comisión Europea, como responsable principal de la política pesquera del continente, a que hagan todo lo posible para aclarar por completo este terrible incidente. Queremos transmitir nuestras condolencias a familiares y personas allegadas.

Alguien había compuesto una lista de los observadores que habían desaparecido de otros barcos durante los últimos años en circunstancias similares, no aclaradas. Ragna los había conocido a todos. Leyó las notas por encima. En todas ellas se traslucía la misma imagen deprimente.

Papúa Nueva Guinea: Según los datos recibidos, el asesinato del observador pesquero, Charlie Lasisi, de la provincia de Nueva Irlanda, se produjo el 29 de marzo a bordo del Dolores 838 en el mar de Bismarck, no muy lejos de Vanimo. Según las informaciones de la policía, el señor Lasisi había protestado enérgicamente contra la pesca de delfines en varias ocasiones. Los barcos de la flota pesquera RD Thunfisch llevan mucho tiempo bajo sospecha de pescar masivamente delfines, tiburones y otras especies prohibidas. Charlie Lasisi fue visto con vida por última vez entre las 18 y 19 horas, cuando salió del comedor de los oficiales. Según la policía, estaba acompañado por dos miembros de la tripulación llamados Ramil Lumactod y June Alon. Cuando un poco más tarde regresaron sin él,

declararon que había desaparecido. El capitán del navío rastreó la zona, pero no se pudo encontrar a Lasisi. Dos días después se informó al Organismo Nacional de Control de la Pesca y al Departamento de Seguridad Marítima para que investigaran el caso. Como consecuencia de las investigaciones se detuvo en Madang a seis miembros de la tripulación bajo sospecha de asesinato, pero los pusieron nuevamente en libertad tras el pago de una fianza por parte de RD Thunfisch. Se archivó la causa por falta de pruebas. No se ha presentado ninguna demanda judicial contra los seis marineros filipinos.

Perú: Estamos conmocionados por la desaparición de Keith Davis, de Arizona, Estados Unidos, a quien se dio por desaparecido hace un mes a quinientas millas marítimas de la costa de Perú. El barco en el que estaba trabajando como observador para la Comisión Interamericana del Atún Tropical es el Victoria 168, un carguero financiado por Japón y explotado comercialmente por China, que navega con pabellón panameño. En el momento de la desaparición de Keith, el Victoria estaba cargando pescado de un buque palangrero taiwanés llamado Chung Kuo 818 que navega con pabellón de Vanuatu. Posteriormente, el Victoria regresó a Panamá. Los investigadores estadounidenses han comenzado su trabajo, pero todavía no han recibido ninguna autorización para interrogar a la tripulación del Victoria, ni para inspeccionar el barco. Seguramente muchas de las preguntas formuladas quedarán sin respuesta.

¿Bajo pabellón panameño? ¿Era ella la única que percibía entre líneas la burla infame del crimen organizado amparado por la política? Japón ofrecía el

capital. China, el aparato. Y un Estado paria como Panamá daba al conjunto la apariencia de legalidad. ¡Y a semejante barco pirata enviaba la Comisión Interamericana del Atún Tropical a un único observador! Keith era mayor que ella. En 2003 habían navegado juntos por la Antártida en un buque de control de la Guardia Costera australiana y habían perseguido durante semanas a un barco arrastrero español perteneciente a ese criminal de Buzual. Se adentraron incluso en las banquisas durante la persecución, arriesgaron sus vidas para detener a esos piratas. ¿Y luego? Absoluciones. ¡Y para colmo obtenidas con el apoyo de su propio padre! Fue por aquel entonces cuando perdió la fe en las posibilidades legales para combatir a aquella mafia. Keith, no. Él siguió trabajando durante años como observador pesquero y había escrito un reportaje demoledor tras otro. ¿Y ahora? Ahora también él estaba muerto.

Clicó en un enlace que daba acceso al contenido de los últimos resultados de la investigación sobre la «desaparición» de Keith. Las informaciones eran devastadoras. Había fotografiado cómo un barco de suministro entregaba seis toneladas de atún. A todos los peces les habían cortado las cabezas y las aletas para imposibilitar su identificación. En una de las fotos se veía a uno de los pescadores levantando el puño con gesto amenazador hacia la cámara. Al parecer, Keith había indicado a la tripulación que con toda probabilidad se trataba de especies protegidas que habían sido pescadas de manera ilegal. Además, documentó cómo el barco suministrador había vertido grandes cantidades de desechos en mar abierto. Después de esto, aún pudo enviar sus fotografías a Hawái, a una oficina del gobierno. Pocas horas después, un miembro de la tripulación visitó el camarote de Keith, supuestamente para que «firmara unos documentos». Sin embargo, allí no había nadie.

La última vez que había estado con Keith se separaron con una discusión. Ella nunca le contó lo que pretendía hacer, pero le avisó. ¡Estás jugando a la ruleta rusa con tu vida! Tarde o temprano te matarán, así de simple. Y eso fue lo que sucedió. Una vez más. ¡Y ahora Teresa!

Ocultó la cabeza entre las manos y luego oyó cómo alguien se acercaba. Miró hacia la entrada de la tienda de campaña: era Steve.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Él miró el portátil.

—¿Hay novedades?

—Solo malas noticias —dijo ella con una mueca gélida—. Pero en realidad no hay ninguna novedad propiamente dicha.

Se sentó en un pequeño taburete y apoyó los codos en las rodillas.

—¿Cómo fue la charla con Render?

Ella se encogió de hombros.

—No sé juzgarlo correctamente. En cualquier caso le va a llevar mucho tiempo tomar una decisión. Eso si llega a hacerlo, claro.

Él asintió con la cabeza.

—¿Has hablado con Gavin? ¿Ha averiguado lo que planea hacer Buzual?

—Lo que ya se veía venir. Suphatra ha enviado a su gente. Analizarán el material, no hay nada que podamos hacer.

—Entonces tenemos que darnos prisa —concluyó Steve—. No vamos a hacer más test, sino que pasaremos a la acción ya. De inmediato.

Ella negó con la cabeza en un gesto de descontento.

—¿De inmediato? ¿Así, como hicimos con Teresa? ¿Vamos a hacer que más gente arriesgue sus vidas?

La cara de Steve se desinfló.

—¿Qué más tiene que suceder, Ragna? Dime.

—No quiero más víctimas, Steve. Nada de riesgos innecesarios. Tal vez...

—¿Tal vez qué? —preguntó su interlocutor de mala gana.

—Tal vez al final sí que tengamos un aliado importante. Si él colabora y nos pasa informaciones desde dentro, entonces podremos actuar con mayor cautela.

—Será mejor que me vaya a seguir haciendo las maletas —dijo en tono destemplado—. Tu indecisión va a salirnos muy cara.

—¿Qué dicen los demás? —preguntó ella con inseguridad.

—Están dispuestos a todo, Ragna. Nadie quiere parar. Nadie. Ahora menos que nunca.

—¿Tenemos suficientes lotes *in situ*?

—Sí.

—¿Cuántos? ¿Cien? ¿Mil?

—En Europa, unos trescientos. Suficiente para algunos millares de comidas.

¿Acaso tenía razón Steve? ¿No sería mejor atacar y ya está? En el debate que mantenían, nadie tenía ya ningún escrúpulo.

—¿Cómo van las cosas con Kairi? —preguntó ella para cambiar de tema. Steve se había puesto ya en pie.

—Bien —respondió—, si exceptuamos el desagradable hecho de que no nos vemos casi nunca. ¿Y a ti? ¿Todo bien?

—¿En la cama, dices? No, hace mucho que no practico el sexo. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Estás disponible?

—Lo has preguntado tú, no yo.

Ella lo miró con una mueca inexpresiva. A todo lo demás se le añadía esto para colmo.

—¿Qué sentido tiene tratar de salvar el mundo? —preguntó ella—. Si todo se está yendo al carajo.

—Fuiste tú la que rompiste, Ragna.

Ella miró al cielo.

—Ah, claro, la culpa es del mensajero.

—Ragna, déjalo. Te lo pido por favor.

Si por lo menos supiera lo que le pasaba. Ya no amaba a ese hombre. Estaba tan segura de ello como que lo tenía enfrente con sus rizos, su barba y sus piernas peludas. Pero, entonces, ¿por qué diablos seguía sufriendo a pesar de todo? ¿Por qué no cesaba aquello de una puñetera vez? La vida era simplemente una cagada sin... Sí, ¿sin qué realmente? ¿Sin amor? ¿Sin sexo? ¿Sin amigos? Ella tenía innumerables amistades. Pero ¿eran de verdad? Todos aquellos activistas y salvadores del mundo de quienes estaba rodeada, ¿eran realmente sus amigos? ¿Qué la unía a ellos? En el fondo únicamente la rabia y el odio, y si tenía que ser sincera del todo, también una desesperación muda. Probablemente torturaba a Steve una y otra vez igual que se pateaba una botella que te has bebido entera: porque te estás muriendo de sed.

—¿Cuánto tiempo vas a darle antes de decidirte? —preguntó él.

—Veinticuatro horas —dijo al cabo de una pausa larga—. Entonces atacaremos a discreción.

Steve se limitó a asentir con la cabeza y salió de la tienda de campaña sin decir nada más. Ragna echó mano de su teléfono móvil y buscó en la lista de direcciones. Se detuvo en un nombre, presionó sobre el pequeño logo

informativo y luego dejó que su dedo vagara durante al menos un minuto por encima del campo del mensaje. Finalmente escribió:

FIRST WAVE - GO!

A continuación clicó en el botón de enviar.

24

Di Melo

La llamada arrancó a Di Melo del sueño. En un primer momento no sabía dónde se encontraba. Esa era la maldición de su vida en los hoteles. El prefijo que aparecía en la pantalla era el treinta y cuatro, así que la llamada procedía de España. No fue difícil adivinar quién lo importunaba a esas horas de la madrugada. Se incorporó en la cama y presionó el botón de aceptar la llamada.

—Dígame —respondió.

—Buenos días, Alessandro.

—Buenos días, Ignacio.

—¿Dónde estás, si me permites la pregunta?

—En París. ¿Por qué?

—¿Viste ayer las noticias?

Se frotó los ojos cansados.

—No. Estuve reunido todo el santo día y luego tuve una cena de negocios que se prolongó hasta muy tarde. ¿Llamas por Ragna? Estoy en ello...

—Sí, puede ser. Por desgracia, entretanto ha cambiado toda la situación.

Di Melo se hallaba ahora completamente despierto.

—¿Qué significa eso? Dijiste que me dabas tiempo para aclarar el asunto. Mañana cojo el avión para verla.

—¿Ah, sí? ¿Sabes entonces dónde reside?

Se mordió los labios.

—No. Todavía no, pero voy a averiguarlo y a hablar con ella. Dejará de molestarte. Dijiste que tenía algunos días de margen. Ese fue nuestro acuerdo, ¿no?

—Sí, Alessandro. Ese era el plan, pero tu hija o los tipos con los que trabaja han vuelto a cometer una estupidez. Ayer ejecutaron un segundo atentado. Con un número de víctimas considerablemente mayor. Al parecer quieren poner a prueba su capacidad de acción.

—No entiendo palabra de lo que dices —dijo Di Melo iracundo.

—¿Es que no lees los periódicos, coño? Ayer se produjeron intoxicaciones por consumo de pescado en toda Europa. Estamos analizando las informaciones. Los casos ya suman unos centenares. Se percibe el desconcierto con claridad y eso está afectando a las ventas. La primera vez se centraron sobre todo en mí. Ahora han llevado a cabo un ataque simultáneo en varios países.

—¿Y cómo estás tan seguro de que mi hija es la responsable de todo eso?

—Solo te aviso, Alessandro. Deberías actuar con rapidez si es que puedes hacerlo. Un consejo entre socios.

—Gracias —replicó Di Melo en un tono seco.

Oyó respirar a Buzual. Por lo visto, aquello no era todo.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—No te fías de mí, Alessandro.

—¿De verdad? Lamento oír eso. Te estoy realmente muy agradecido por todas esas informaciones.

—Si compartieras lo que sabes conmigo, tal vez podría ayudarte, servirte de apoyo. Tenemos los mismos intereses. Todos queremos dedicarnos simplemente a nuestros negocios en paz.

—Lo arreglaré yo solo. Confía en mí.

Buzual se tomó unos instantes para replicar algo. A continuación dijo:

—Escucha, Alessandro. No deberías sobrevalorarte y hacer caso omiso de mis ofertas. De verdad, quiero ayudarte a sacar a tu hija de ese embrollo antes de que ocurra una desgracia. Pero los acontecimientos me han superado incluso a mí.

Di Melo se enderezó y aguzó el oído.

—¿Qué quieres decir con eso?

Volvió a oír a Buzual respirar pesadamente.

—Este negocio ha cambiado por completo, Alessandro. Son otros tipos, completamente distintos, los que manejan el cotarro. Yo no soy ningún santo, lo admito. He pescado ilegalmente durante años. Todo el sector pesquero lo ha hecho. ¿Y cómo no? Después de todo nos arrojaron las subvenciones, los miles de millones para equipar a la flota. La demanda era gigantesca. Y cuando las capturas de pescado se fueron reduciendo cada vez más, salimos más lejos a faenar, hasta acabar surcando todos los océanos. También se pretendía eso. Europa cerró acuerdos con terceros países para que nos permitieran seguir pescando en sus aguas. Y entre el camino de ida y el de vuelta por alta mar por supuesto sacábamos todo lo que se quedaba atrapado en las redes, incluso cuando la mayor parte era una captura colateral sin valor ninguno.

—¡Ve al grano, Ignacio!

—Es que ese es el punto, Alessandro. Puede que yo haya infringido algunas reglas, pero no soy ningún delincuente ni tampoco un asesino. Cuando comencé sacábamos de diez a doce millones de toneladas al año. Ahora son entre sesenta y ochenta millones de toneladas. Cada vez se comercializan más especies de menor valor debido a que están prácticamente exterminados los grandes peces depredadores. En muchos barcos reina una esclavitud brutal porque solo así puede ganarse algo de dinero. Este negocio anda mezclado con el tráfico de seres humanos y de drogas, con el contrabando de armas y con el vertido al mar de residuos industriales. Se están combinando todas las formas de obtener un provecho criminal.

—¿Qué diablos quieres decirme con eso, Ignacio? No te entiendo. Tú también te beneficias de ello. ¡Eres parte de este sistema!

—Ese es justamente tu error, Alessandro. Yo no soy como ellos. A mí hace tiempo que me adelantaron y me quedé atrás. ¿Por qué crees que me puse en contacto contigo, eh? Tu hija está loca midiéndose con tipos como esos. Carecen por completo de conciencia y de escrúpulos. De verdad, no quiero que le suceda nada. Por favor, trata de negociar y sácala de allí antes de que ocurra una desgracia. Tengo buenos contactos *in situ*.

—¿Dónde dices que tienes contactos? —preguntó Di Melo con recelo.

—En Tailandia. En Bangkok. Los dos sabemos bien que cerca de allí tiene

su base.

Di Melo permaneció en silencio. Ese canalla de Buzual vigilaba cada uno de sus movimientos, por supuesto.

—¿Te dice algo el nombre de Chotiyan Suphatra? —preguntó el español.

—No —replicó Di Melo conciso—. ¿Cómo se escribe?

Buzual deletreó el nombre y Di Melo tomó nota de inmediato.

—¿Ves? —prosiguió Buzual entonces—, deberías intentar colaborar de verdad conmigo. Tu hija se ha metido en un callejón sin salida y se expone innecesariamente a un gran peligro. Quiero ayudarte, te lo digo de verdad, Alessandro. Sé lo que se siente como padre el tener que ver cómo sus hijos cometen estupideces y echan a perder su vida.

Di Melo no supo qué decir.

—Lo pensaré —replicó al cabo de algunos instantes.

—Bien. Puedes contactar conmigo cuando quieras, a cualquier hora.

Di Melo colgó y encendió su ordenador. Los titulares le saltaron a los ojos al instante. Fue pasando por los diferentes portales de noticias. En Alemania había habido más de sesenta casos de intoxicación alimentaria. En Francia, Grecia y España todavía no había cifras confirmadas, pero también en esos países se habían producido numerosas intoxicaciones por consumo de pescado, inusualmente graves. Por el momento ya había un grupo de trabajo debatiendo sobre ese asunto en Bruselas.

Di Melo se frotó los ojos nervioso. ¿Buzual decía que Ragna era responsable de aquello? ¿Era posible provocar tamaña oleada de intoxicaciones de manera selectiva? Aparte de la viabilidad técnica, en Europa había estrictos controles alimentarios. ¿De dónde había sacado Buzual sus informaciones? ¿No era posible tal vez que Ragna no tuviera nada que ver con ese asunto? Tampoco entendía lo que podía perseguir nadie con una acción semejante.

Marcó un número y esperó a que alguien de la central en Zurich se pusiera al teléfono.

—¿Ya ha llegado Brigitte? —preguntó para informarse de la situación de su secretaria.

Le pasaron la llamada y, pocos instantes después, sonaba su voz clara y agradable.

—Escuche —dijo él—. ¿Ha informado ya al señor Noack de que lo necesito antes en Bangkok?

—Sí. Ya me lo había dicho.

—¿Y? ¿Está libre?

—Me parece que sí. La agencia no me ha comunicado nada en otro sentido.

—¿Dónde está ahora?

—Tengo entendido que en Bruselas.

—Bien. Entonces llámelo inmediatamente. Lo necesito el fin de semana en Bangkok. Hable con él sobre las reservas de los vuelos y envíeme todas las informaciones. A mí resérveme esta noche un vuelo desde París. Si no encuentra nada desde París, entonces inténtelo desde Bruselas, Zurich o cualquier otro aeropuerto al que pueda llegar saliendo este mediodía desde aquí. Me alojaré en el Oriental. En una *suite* con jardín, por favor. El señor Noack irá al Marriott. ¿Lo ha anotado todo?

—Sí, señor Di Melo. Me ocuparé de todo.

—Una cosa más. El Departamento de Investigación me ha preparado varios *dossiers*. Los documentos deberían estar en mi despacho. Escanéelos todos y envíemelos por correo electrónico. Necesito esos documentos ya.

—Sí. Me encargaré de eso ahora mismo.

—Además necesito un *dossier* entero sobre un tal Chotiyan Suphatra y sus relaciones comerciales. Todo lo que se pueda encontrar: datos de empresas, sectores de sus negocios, propiedades, participaciones, todo lo que pueda encontrar nuestra gente.

—Bien. Me pongo manos a la obra ahora mismo. ¿Cómo se escribe ese nombre?

Di Melo se lo deletreó.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—No. Eso es todo por ahora.

—Muchas gracias. Me encargaré de todo.

—Una cosa más.

—¿SÍ?

—No coma pescado para nada.

—¿Cómo dice?

—Pescado. Evite los platos con pescado.

—Ajá. Vale, pero ya lo hago. Tengo alergia a esas proteínas.

—Bien. Que pase usted un buen día.

25

Adrian

Después de la charla con Søren me entró en el teléfono móvil un correo electrónico de SVG-Consulting Zurich con un plan de vuelo a Bangkok.

—Por favor, confirme que podemos emprender la reserva o contacte con nosotros.

«Mañana por la noche», pensé desconcertado. Así que no me quedaría otro remedio que ir enseguida a la rue Antoine Dansaert a ampliar mi vestuario. Confirmé mi disponibilidad y tomé el metro en dirección al centro. ¿Qué tipo de reuniones estarían planeadas en Bangkok? Aquella época del año en Bruselas era previsiblemente mala para encontrar ropa de verano, pero al final me hice con un irresistible traje de lino, aunque se me fueron dos días de honorarios en él.

Mi amigo Derek estaba ya en casa cuando llegué. Había encargado *sushi* para la cena, que lucía con su brillante colorido junto a una fina botella de pinot grigio en la encimera de la cocina.

—Para nuestra cena con la cartera de valores —dijo de buen humor y descorchó la botella.

Fui un momento a mi habitación y me puse unos tejanos cómodos. Cuando regresé a la sala de estar, Derek había puesto ya la mesa. De fondo se oía una discreta música de *jazz*. La fina botella de vino estaba metida en una enfriadera de plata y ya estaba empañada.

Nuestra entente era provechosa para ambos. Había nacido hacía

aproximadamente dos años, cuando nos cascamos media noche esperando en una reunión de los ministros de Hacienda durante la crisis del euro. Por algún motivo nos pusimos a hablar entonces sobre compra y venta de acciones, y Derek me mostró su depósito en el portátil, que había arrojado anualmente una ganancia media de entre el ocho y el diez por ciento incluso en medio de las diferentes crisis económicas. Yo estaba muy impresionado, pero Derek, en cambio, se limitó a hacer un gesto de resignación con la mano quitándole importancia.

—Invertir dinero no es más que un juego de niños —dijo él en tono avinagrado—. ¿Y qué te queda al final? Con balances e informes trimestrales no te ligas a ninguna mujer.

—Tampoco tienes por qué hablar sobre balances con las mujeres —le recomendé yo en tono de broma—, pero a lo mejor con eso las tienes casi metidas en el saco.

—¿Hablar? —replicó Derek—. Ojalá llegara tan lejos alguna vez. No consigo ni siquiera una cita.

—¿Cómo es posible eso? Métete en internet. Cualquiera puede tener una cita.

—Yo no. Ni siquiera sé qué escribir. Busco sexo del bueno, ¿o qué?

—Hombre, tal vez esa no sea la mejor manera de arrancar una conversación, pero chatear con mujeres en internet no es nada difícil, de verdad. Ellas también andan buscando.

—Bueno, si es tan fácil como dices, entonces consígueme a algunas tías en internet.

—Vale. —La cosa tenía visos de ser divertida—. ¿Y luego?

—A cambio te monto una cartera de valores —dijo a continuación Derek tras pensárselo unos instantes.

Era difícil resistirse a una oferta así. En la siguiente ocasión nos reunimos para planear estrategias. Ahora bien, para entender nuestro extraño acuerdo hay que conocer lo que me encontré por aquel entonces. Me llevé las manos a la cabeza para mis adentros cuando entré en su piso. Y es que su problema era de una índole mucho más profunda y fundamental de lo que había supuesto. Vivía como un adolescente de dieciséis años.

—¿De qué te sirve conseguir traerte a una mujer a casa si luego en el

umbral pega un grito y se va corriendo? Cuidado del cuerpo, vestuario, decoración del hogar. ¡Hombre, todas ellas son cosas básicas! ¿A ti te parece que este mobiliario tenga algún estilo?

—Sí, por supuesto. Es clásico moderno con un toquecito de anticuario.

—¿De veras? ¡Yo diría que son restos de Ikea y trastos de mercadillo!

Discutimos un rato sobre el presupuesto y al final nos pusimos de acuerdo en que cada uno de nosotros invertiría tres sueldos mensuales: yo, en acciones; Derek, en una revisión general de su aspecto y de su imagen. Vaciamos su piso. Una amiga mía, diseñadora de interiores en Londres, se ocupó del diseño de los colores de las paredes. Pasamos algunos fines de semana en los anticuarios de la rue Haute e hicimos también algunas excursiones a tiendas de diseño en Amberes y Ámsterdam. El resultado era evidente. Derek disponía ahora de la infraestructura para tener al menos una opción teórica entre las mujeres alfa que solía elegir en los portales de chat. Por mi parte, entretanto ya era capaz de distinguir perfectamente los parámetros de valoración de grandes y pequeñas capitalizaciones, sabía valorar su margen de beneficio antes de intereses e impuestos, había aprendido lo que eran las inversiones a tres y a seis meses y cómo se filtraba toda esa información a partir de los balances de las empresas.

En lo que respecta a las amigas que yo le había encarrilado a Derek a través de internet, con dos de ellas había llegado ya a un final satisfactorio con desayuno. No es que fuera ninguna tasa de aciertos espectacular, pero para Derek, después de casi tres años de abstinencia y de incipiente descarrío, era de todos modos un rayo de esperanza. También le había preparado un plan de alimentación y de entrenamiento. De todos modos, Derek era de esa clase de personas que tienden a la melancolía triunfante y el asunto se introdujo de nuevo en nuestra conversación durante la cena con el *sushi*.

—En cierta manera todo esto no es sano —dijo después de la segunda copa de vino—. Quiero decir, fíjate todo este montaje. Antes lo de salir con chicas se producía espontáneamente, sin todo este teatro de internet. ¿O son imaginaciones mías?

—Sí, son imaginaciones tuyas. Siempre ha habido teatro.

—¿Por qué, a pesar de todo, me siento siempre como si estuviera en una entrevista de trabajo? Cuanto más viejo te haces, más horrible se vuelve todo,

¿no te parece?

—Yo..., bueno, no sé —dije—. Así es el juego. Tienes que preguntar a diez antes de que la undécima te diga tal vez que sí. Eso es como en todo, en los trabajos, en los pisos. Es la oferta y la demanda, simplemente eso.

—Eso es. Todo es mercado y trueque. Me produce náuseas. ¿Qué tienes entre manos ahora?

Pensé en Bernadette, pero estaba claro que no iba a enseñarle su SMS. Mi problema era completamente diferente al de Derek.

—Tengo un encargo bastante raro en Tailandia.

—¿FIFA? ¿OCDE?

Derek pilló un maki con los palillos, le puso encima unas rodajitas de jengibre con mucha habilidad y mojó todo en la salsa de soja antes de llevárselo a la boca.

—Una empresa consultora suiza.

—¿Y por qué dices que es raro?

—El tipo que me lo ha encargado es el padre de mi gran amor de la adolescencia.

—¿Ah, sí? Caramba. A lo mejor está ella detrás.

—Lo dudo. Él no me conoce en absoluto. Todo aquello solo duró por aquel entonces unos pocos meses y su padre estaba siempre en viajes de negocios.

Saqué mi teléfono y le enseñé la foto de Ragna en el escritorio de Di Melo.

—¡Guau! —exclamó en tono de reconocimiento—. ¡Qué ojos, madre mía! Como lagos finlandeses. No está nada mal, pero dime: ¿por qué no le dijiste nada a su padre?

—Ni idea. No hubo ocasión para ello.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

—Tres meses.

—¿Y a eso lo llamas «gran amor»?

—Me llevó casi un año conseguir que se fijara en mí. Todos iban detrás de ella.

—¿Y cómo la conseguiste?

—No hice nada. Sucedió y punto. No intenté hacer nada. Ella estaba sola

en una fiesta mirando al cielo en la azotea. Fui hasta ella y le dije algo. Y luego nos pasamos media noche hablando.

—¡Oh, qué maravilla! El doctor Casualidad. ¿Sigue existiendo eso hoy en día?

—Sí. Ella era realmente extraordinaria, sabía todo y más sobre física, química y otros temas. Impresionante. Quiero decir que yo por aquella época estaba en otra onda, no tenía ni idea de nada, ningún plan, no sabía qué quería hacer.

—Ahora que lo pienso, tú escribías, ¿no?

—Sí, poemas sobre angustias y demás cosas del corazón. Lo hace todo quisqui a esas edades. Sin embargo, ella ya estaba de vuelta de todo. Iba a conferencias a la universidad, estaba de activista en grupos ecologistas, etcétera. Quería estudiar Biología Marina y salvar los mares y océanos. Eso es lo que tenía en mente por aquel entonces. ¡Con diecisiete años!

—¿Y qué vio entonces en ti?

—Ni idea. Tampoco estuvimos mucho tiempo juntos. Creo que para ella fui una especie de pausa, de tiempo muerto en el partido de su vida. Yo le escribía poemas y la llevaba a ver películas raras de arte y ensayo. La gente con la que se veía ella no hacía otra cosa que planear todo tipo de acciones. Como mucho iban a ver documentales sobre pingüinos en peligro de extinción o cosas así. Quiero decir que ya por aquel entonces había mucha gente flipada con eso, pero Ragna iba de dura, en serio. ¿Conoces el ELF? ¿Has oído hablar de él alguna vez?

Derek negó con la cabeza.

—¿Es imprescindible conocerlo?

—Earth Liberation Front, el Frente de Liberación de la Tierra. Por aquella época realizaban acciones bastante peligrosas: incendios provocados, sabotaje industrial. Sus preocupaciones eran absolutamente comprensibles, pero hacer saltar por los aires un laboratorio con animales o una refinería era un paso al que yo, en todo caso, no me habría atrevido jamás. Y como es natural, tampoco quería para nada que Ragna estuviera metida en esas actividades. Así que un día la secuestré.

—¿Cómo? ¿Que tú qué, dices?

—Sí. Me dio a conocer los planes sobre una acción en la que ella deseaba

participar. Yo estaba totalmente en contra y tenía de verdad mucho miedo por lo que le pudiera pasar. Así que le dije que quería participar y que yo conduciría uno de los coches. La noche en la que debía tener lugar la acción simplemente la llevé a otra parte. Cuando ella se dio cuenta, ya era demasiado tarde. No llegó a tiempo. Los otros realizaron la acción por su cuenta y los pillaron, claro está. Era una absoluta locura.

—Eso suena muy mal. ¿Qué es lo que hicieron?

—Prendieron fuego a una gasolinera de Shell. Con coches robados. Una auténtica locura.

—Guau —dijo Derek—. Para quitarse el sombrero.

—Sí. Supongo que sí, pero no podía permitir, después de saberlo, que se metiera en el ajo. No se lo tomó nada bien que digamos. No me habló durante semanas. La llamaron a declarar, por supuesto, y hasta estuvo en peligro de que la acusaran.

Incluso me interrogaron a mí. Te lo digo en serio, yo estaba cagado de miedo. Eso era ya terrorismo, casi. Sin embargo, los demás no se fueron de la lengua, y al final no hubo suficientes pruebas para que condenaran a Ragna. Sobre todo no porque no había estado presente en la acción, sino porque había estado conmigo muy lejos del lugar de los hechos, en un aparcamiento de la autopista, sin poder marcharse de allí. Una coartada sin ninguna grieta. Eso le salvó el pellejo por aquel entonces.

—¿Y después?

—Un día vino a verme, pocos días antes de que se fuera con sus padres a Kuala Lumpur, y hablamos. Estaba bastante alterada y hecha un lío. El destino de sus cómplices le había afectado mucho, como es natural. Yo estaba hecho una mierda, en cierta manera me sentía culpable. Y además estaba completamente enamorado de ella. Sí, creo que fue la única vez en mi vida que hice algo cien por cien por amor. Se lo dije así. Entonces lloramos, nos besamos y nos acostamos juntos. Fue la noche de mi vida, te lo digo en serio. Y eso fue todo. No he vuelto a tener noticias tuyas desde entonces. Esto es lo que tengo.

Derek asintió con la cabeza, compungido.

—Una historia muy triste, la verdad. ¿Y sus padres no se enteraron nunca de lo mucho que te debían?

—Por mi parte, no. Pero ¿qué significa eso de que me debían mucho? Yo solo quise protegerla porque tenía miedo de que le ocurriera algo, pero a sus ojos la había traicionado; simplemente me había posicionado en el bando equivocado. Algo que sí era cierto. Me dijo que era demasiado cobarde para una acción de ese calibre.

—No, fuiste demasiado inteligente. ¿Qué sentido tiene prender fuego a gasolineras?

Desplacé los dos últimos makis a ambos lados del plato, de repente ya no tenía hambre.

—Sí, claro, pero ¿acaso sirven las reuniones para cambiar algo?

—No pienso en esas cosas —replicó Derek—. Me superan. En cualquier caso, tu cliente debería estarte agradecido de que en su día salvaras a su hija de ir a la cárcel. Ahora puedes contárselo después de tantos años. Vamos a ver a qué se dedica en Tailandia.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Pues de forma sencilla: siguiendo el rastro del dinero. ¿Cómo dijiste que se llamaba la empresa para la que trabaja?

Derek se levantó, fue a buscar su portátil y lo colocó encima de la mesa, entre los dos. En silencio vi cómo primero daba un repaso a mis depósitos y comenzaba a marcar posiciones.

—Mira, a tus pequeñas capitalizaciones estadounidenses les está yendo de maravilla, pero ahora tienen demasiado peso. Voy a sacar el diez por ciento de ahí para meter el dinero en un fondo de un mercado emergente.

Vi cómo Derek operaba las transferencias. Realizó algunos ajustes más de ese tipo.

—Bueno, dime: ¿cómo se llama? —volvió a preguntar.

—SVG-Consulting —dije yo—. El cliente se llama OFT. Pertenece a una agrupación industrial sueca, Svensson o algo por el estilo. También se cita en los documentos a un tal Ocean Harvest Group.

Derek introdujo los nombres y las siglas en la casilla de búsqueda y estuvo mirando un buen rato los resultados obtenidos.

—Mira esto —dijo entonces—, es un sector muy interesante.

—¿Ah, sí?

—Tendrías que mirar siempre para quién trabajas. No está mal lo que han

conseguido esos clientes del padre de tu chica guapa en estos últimos tres años. —Clicó en el número de un valor bursátil y se desplegaron los indicadores—. Un PER por debajo de 12. Rendimiento de los fondos propios: 22 por ciento. Margen de EBIT: estable en el 12 por ciento. Es un chiringuito bastante lucrativo.

—¿Quiénes son realmente? ¿Ya qué se dedican?

—Ni idea —replicó Derek—. Echémosle un vistazo.

Abrió una nueva pantalla y subió las informaciones de la empresa:

—OFT, Ocean Floor Technology, desarrolla componentes electrónicos y fabrica módulos como compresores o motores para su empleo submarino. La empresa está especializada en tecnología en aguas abisales y forma parte del Ocean Harvest Group, líder mundial en equipamiento marino. Según estimaciones generales, este mercado de producción de energía submarina y de minería en aguas abisales alcanzará hasta el año 2030 un volumen de varios miles de millones de euros anuales.

«¡Oh, Dios mío!», pensé yo al instante. En lo que se refería a la terminología la cosa prometía ser una pesadilla. Ya me veía en un astillero o en una fábrica de turbinas con ingenieros e inversores de China, Tailandia y Singapur hablando en un inglés macarrónico sobre las características de los robots submarinos. Ahora bien, ¿qué eran esos temores en comparación con lo que me esperaba en realidad?

Derek chasqueó con la lengua. Yo sabía lo que significaba ese ruido.

—Bueno, yo diría que esto es una compra clara, ¿o qué? ¿Qué opinas tú?

Me encogí de hombros. ¿Quién era yo para contradecir el sexto sentido de Derek para inversiones rentables? Unos pocos clics más con el ratón y el 3,4 por ciento de mis euros ahorrados, que hasta entonces habían financiado algunas plantas brasileñas de biogás, pasaron ahora a unos fondos marinos, sin que yo tuviera ni pajolera idea de lo que iba a ocurrir con ellos. El dinero era realmente mágico. Se reproducía incluso en lugares en los que no existía forma de vida ninguna.

26

Colonia

El primer aviso de emergencia llegó al centro de control de los bomberos de Colonia a las 12.47, procedente del paso subterráneo para peatones de la Estación Central. La voz de la mujer que llamó se entrecortaba por la emoción y resultaba ininteligible. Los gritos y las exclamaciones de fondo perturbaron también las otras llamadas de emergencia de tal modo que al centro de control solo llegaron informaciones incompletas y, en lugar de los siete minutos habituales, los equipos de salvamento tardaron diecisiete en llegar al lugar de los hechos.

El cuadro que se les presentó era increíble: decenas de personas de diferentes edades estaban aovilladas en el paso de peatones, cerca de varios puestos de comida, y se retorcían por unos dolores de vientre al parecer muy intensos, mientras las atendían con cierta torpeza familiares, transeúntes y personal de los chiringuitos. Un restaurante de comida rápida especializado en pescado, desde cuyas dependencias se había realizado la primera llamada de emergencia, estaba desierto. Había sillas tiradas, bandejas y platos rotos esparcidos por el suelo. Una mezcla hedionda de ensaladilla de patata, trozos de pescado frito y restos de vómito cubría mesas, sillas e incluso las paredes. Mientras los sanitarios se ocupaban de las primeras víctimas, algunas de las personas que se retorcían a gatas seguían vomitando. Un olor terrible y nauseabundo flotaba por el pasillo subterráneo. Dos ancianos se habían desmayado y yacían en el suelo entre convulsiones, afectados al parecer por

ataques de asfixia mortales bajo las desconcertadas miradas de espectadores y curiosos.

En realidad tenían que haberlos atendido a ellos en primer lugar, pero los tremendos gritos de socorro en las inmediaciones habían provocado una reacción tan precipitada de la multitud de apresurados viajeros y curiosos que se había dirigido hasta allí como una riada, que ahora pendía sobre el lugar la amenaza de un estallido de pánico de masas. Solo la audaz intervención de los agentes de la estación, apoyados por fuerzas policiales que entretanto habían acudido hasta el paso subterráneo, había hecho posible que pudiera efectuarse la asistencia médica urgente a las primeras víctimas.

Comenzaron a circular rumores y había sospechas de que se trataba de un atentado terrorista. Antes incluso de que acudieran los primeros reporteros, ya circulaban por la red imágenes y vídeos sobre los sucesos que se difundían por las redes sociales. La masa compuesta por la gente que huía y por los curiosos se había ido haciendo cada vez más compacta, lo que dificultaba el paso de los equipos de salvamento. Mientras tanto, los afectados esperaban asistencia médica jadeando y vomitando, con taquicardias e intensa sudoración. Se cerraron el restaurante de comida rápida y el puesto de *sushi* para habilitar un gran espacio y se introdujo algunas camillas allí para transportar de inmediato a los casos más graves. Antes de que aparecieran las primeras bolsas de goteo intravenoso, llegó el personal uniformado del Departamento de Sanidad con maletines y bolsas para recoger muestras de los alimentos sospechosos de encontrarse en mal estado. Circuló la palabra «salmonela». Se llevó a los vendedores hasta una sala separada para interrogarlos, mientras que los funcionarios de la inspección de alimentos buscaban los albaranes de entrega y las etiquetas de los envases. Se confiscaron todas las bolsas de basura que se habían acumulado a lo largo del día.

Algunas horas después, el recuento arrojaba un total de veintiséis personas que habían sufrido repentinamente fuertes calambres estomacales y vómitos violentos poco después de cenar en el paso subterráneo de la Estación Central de Colonia. Tal como se pondría de manifiesto durante las siguientes horas, hubo otras doce víctimas más, en quienes los efectos de la intoxicación no se revelarían sino mucho más tarde. También habían ingerido pescado en uno de

los dos restaurantes de comida rápida afectados.

La situación estaba comenzando a volver a la calma cuando, a las tres en punto de la tarde, el instituto Robert Koch de Berlín emitía un comunicado de prensa donde informaba de que durante las últimas horas se habían reportado casos de graves intoxicaciones por consumo de pescado en todo el territorio de la república federal. Hospitales de ocho estados habían consignado una cifra desproporcionadamente elevada de graves enfermedades estomacales e intestinales, letales en parte, como consecuencia de la ingesta de pescado. Se barajaba la posibilidad de que el responsable de esa oleada de infecciones pudiera ser un lote de pescado contaminado con toxinas. En todos los órganos competentes se estaba trabajando en el rastreo de las mercancías sospechosas y en un esclarecimiento rápido de las causas. Todavía no había podido identificarse de manera inequívoca el germen o patógeno perjudicial para la salud, por lo cual no podía establecerse por el momento ninguna recomendación clara para los consumidores.

Hacia las cuatro de la tarde este tema apareció en los noticiarios de la televisión. A las ocho, los informativos de la noche hablaron también al respecto. Se realizaron conexiones con corresponsales de Francia, España y Grecia, donde se habían producido casos similares, y sus respectivos informes eran alarmantes: un grupo entero de turistas había tenido que ser hospitalizado en Gran Canaria después de una cena en un bufet. En Clermont-Ferrand se había producido una intoxicación masiva en toda regla debida a que en el comedor del personal de una fábrica se había servido pescado. El corresponsal de Bruselas informó de que el Comité Científico sobre Alimentación Humana se había hecho cargo de este asunto e iba a tratarlo al día siguiente. Se dijo, asimismo, que todavía era demasiado pronto para especulaciones, ya que aún no se conocía la causa de la intoxicación. No obstante, cada vez había más indicios de que podría tratarse de una toxina producida por algas que no tenían su hábitat en Europa y se sugería que la carencia de un control suficiente en las importaciones de pescado podría ser la responsable de las intoxicaciones. Todos los departamentos nacionales y europeos estaban trabajando intensamente y el comité informaría sobre el estado de las investigaciones al día siguiente, durante la rueda de prensa que se celebraría a mediodía.

En esos momentos, había más de cuatrocientos casos registrados en toda Europa.

27

Adrian

Me había llevado un montón de lecturas para el vuelo, pero durante las primeras horas no hice otra cosa que mirar a través de la ventanilla. De vez en cuando aparecía una de las dos azafatas deslumbrantemente hermosas para ofrecer un tentempié o bebidas. La perfección de su apariencia exterior daba una impresión de irrealidad. Además, estaba esa amabilidad inusual, radiante, esa relajada sonrisa permanente en sus caras, que seguramente era artificial pero que no daba la impresión de serlo; el sigilo con el que iban y venían: todo eso tenía algo de hipnotizador y, junto con el aperitivo y el vino tinto que había tomado al mediodía, me generó una cierta modorra confortable. Luego me quedé dormido y no volví a despertar hasta cuando estábamos sobrevolando Georgia. Olía a café. Pedí que me trajeran uno, me comí los buñuelitos que lo acompañaban y leí algunos capítulos sobre Birmania en una guía de viajes que me había agenciado antes de partir desde Bruselas.

La introducción sonaba más bien como si el autor hubiera querido escribir inconscientemente una guía titulada *Mejor-quédate-en-casa*. El gasto y la frustración que suponían viajar a Birmania desnivelaban en exceso el platillo de la balanza frente a la experiencia que uno podía esperar vivir allí. El texto decía que la *Road to Mandalay* era pedregosa y polvorienta. La verdadera Mandalay era una ciudad cuyo encanto no se revelaba a primera vista pero tampoco, por desgracia, a la segunda o a la tercera. Al parecer, Rangún no era mucho mejor. Después de la enésima mención a pagodas y templos no pude

evitar pensar involuntariamente en Søren. Se me pasó por la cabeza el artículo de aquel periodista amigo suyo y me decidí a leerlo. La cantinela era similar, pero aquel hombre le daba la vuelta a la tortilla: no escribía para los turistas, sino sobre ellos, y tenía en el punto de mira a los visitantes extranjeros.

Una buena impresión de la floreciente movida de expatriados que residen en Rangún la obtiene uno hoy en día los martes en una galería de arte de la localidad. Decenas de caras nuevas, cuerpos delgados con ropa elitista propia de la contracultura y tejanos rotos de diseño antisistema con lavado sistemático que procuran a su portador o portadora la imagen inconfundible, sufridamente osada y sacrificada del expatriado con el look del Tercer Mundo. En la actualidad, las ONG se arrojan sobre Birmania como las moscas sobre el estiércol.

Søren también lo había ilustrado de esa misma manera. Sin embargo, el periodista lo formulaba con más mordacidad.

La egoísta bravuconería de esos redentores del Tercer Mundo solo es superada por su hipocresía de mártires, con la que compiten en reliefweb.com y otras páginas para obtener alguno de los trabajos bien remunerados de una ONG. Basta con leer las descripciones de los puestos de trabajo para reconocer qué aptitud es la única y más importante en el noventa por ciento de los casos para obtener estos empleos: saber conseguir dinero. ¡Recaudación de fondos! Provistos de los millones que les mete en los bolsillos la gente de los países donantes para lavar su mala conciencia, estos salvadores invaden Rangún con sus todoterrenos Toyota y sus Macbooks. Los alquileres de

las viviendas suben por las nubes y bloques enteros de casas, propiedad de nuestros militares y sus secuaces, quedan vacíos de manera brutal para dejar sitio a estos misioneros MBA y a su estilo de vida occidental. Nosotros somos quienes cubrimos los gastos de todos esos proyectos de ONG, la mayoría de ellos sin sentido, con unos costes de vida ruinosos para nosotros y la venta por liquidación de todo lo que nos es querido. Y, claro está, también estamos obligados a soportar el estilo de vida de nuestros redentores neocoloniales: su humor festivo, sus egos gigantescos y su falta de sensibilidad y de empatía cultural.

Intenté encontrar el nombre del autor, pero el artículo no estaba firmado. Seguí leyendo con curiosidad.

La banda sonora del espectáculo «Es-la-hora-de-la-ayuda-al-desarrollo» no es menos divertida que su disfraz. Por todas partes se oyen las mismas palabras y expresiones: «empoderamiento», «turismo sostenible», «desarrollo de capacidades», «microfinanciación», «integración de la perspectiva de género»... Esta lista de mierda no tiene fin.

Ese individuo sería seguramente un interlocutor interesante. ¿No me había prometido Søren que me pondría en contacto con él si yo estaba interesado?

Miré por la ventana hacia el infinito. Paulatinamente fui cayendo en ese estado de somnolencia que te sobreviene de vez en cuando en los vuelos de larga distancia. Tenía reseca las mucosas y sentía un picor en la garganta. Bebí agua, no encontré ninguna película que me interesara entre las treinta y seis que ofrecía el servicio de entretenimiento a bordo, y simplemente volví a cerrar los ojos. La luz en la carlinga estaba atenuada. El avión pareció cambiar de rumbo, pues sentí una presión suave en todo el cuerpo mientras

aquel superpesado proyectil cuatrirreactor con varios centenares de personas a bordo volaba a toda pastilla por la atmósfera a diez mil metros de altura sobre Turkmenistán.

La siguiente vez que volví a abrir los ojos sobrevolábamos Cachemira. Afuera era noche cerrada. En tierra únicamente se veían algunos puntos brillantes aislados sobre un trasfondo negro como la pez. Desde la nada me sobrevino de repente una profunda sensación de desaliento y de extrañeza. ¿Qué estaba haciendo yo allí? ¿Qué clase de vida era aquella? Pensé en Annegret, que pasado mañana volvería a tener a su Paolo de vuelta. Pensé en mi madre sentada en una silla de ruedas junto a la ventana de la sala de espera en Wiesbaden. Pensé en Derek, en los amigos, en los conocidos y en los amoríos que había o que hubo en mi vida. Sin embargo, en el fondo estaba solo. Podría quedarme sin problemas en ese avión y dar la vuelta al mundo tres veces con él sin que nada cambiara. En realidad yo no tenía ninguna existencia allá afuera. Estaba claro que en Bangkok volvería a buscar compañía. Había montones de fiestas en las azoteas de los grandes hoteles o en las discotecas de los nómadas digitales. Durante mi última estancia en Bangkok me encontré con publicistas, exploradores de tendencias y trabajadores de internet de todo el mundo que pasaban el invierno en el Sudeste Asiático. Todos tenían menos de treinta años y procedían de Oslo, Madrid, Tel Aviv, San Petersburgo o de donde fuera, no tenían despacho ni oficina; simplemente iban con sus portátiles a todos lados y podían trabajar en cualquier parte del mundo que se encontrara al alcance de un poste de *wifi* o de la señal de un satélite.

Vivían durante algunos meses en cualquier habitación de Airbnb en Bangkok o en Rangún, pasaban el tiempo viajando en cruceros vacíos o seguían durante un tiempo a la turba juerguista internacional por Goa, Vang Vieng o dondequiera que se encontrara la marcha con acceso inalámbrico a internet. Seguramente, como muy tarde un día después de llegar a Bangkok, sabría en qué cascada de Camboya, Vietnam o cualquiera de las islas del océano Índico estaba programada la fiesta más explosiva del momento. Una vez había ido a parar incluso a un bar donde se bailaba tango en el distrito de Silom. Jóvenes de Corea, China, Israel, Japón y otros países bailaban allí esa música argentina, mientras al otro lado de la ventana se hallaba Tailandia. No

sé bailar, por lo que tuve toda la velada para mirar y reflexionar sobre la situación: esa insoportable simultaneidad del ser de la que debía sentirse la ligereza sin que en realidad lo fuera.

El avión aterrizó veinte minutos antes de lo previsto. En cambio, el control en inmigración duró el doble de lo habitual. Por suerte me esperaba una lanzadera en la salida. Un empleado uniformado del hotel hacía oscilar una tableta en la que figuraba mi apellido, solo levemente distorsionado: MR. NAOCK. Cuarenta minutos después me entregaban la tarjeta llave de mi habitación en la recepción del hotel Marriott y seguía al mozo de equipajes. El agua murmuraba en la fuente del jardín inundado de sol. Productos de Hermés y Prada expuestos en escaparates bordeaban los pasillos hacia los ascensores. Todo estaba suavizado, todo era discreto, noble, caro. En cada objeto parecía colgar una etiqueta invisible con el rótulo PARÍS-TOKIO-NUEVA YORK. O mejor tal vez: SHANGAI-HONG KONG-SINGAPUR. Cada empleado con quien tenía que tratar sonreía o hacía una reverencia; en cierta manera intentaba no destacar o despachar su trabajo de la manera lo menos llamativa posible.

La habitación que me habían reservado estaba en la decimoséptima planta. Era una *suite* júnior con dormitorio separado. La terraza estaba orientada a occidente. Me acerqué a la barandilla de cristal y miré la piscina que destellaba en un color azul claro en la décima planta. A esas horas de la mañana estaba prácticamente vacía. Saqué las cosas de mi maleta, me duché, pedí un desayuno al estilo francés y leí mis correos electrónicos. Derek escribía que tenía dos nuevas citas en la recámara. La compañía de mi seguro de vida me pedía permiso para subirme la cuota. La secretaria de Di Melo me informaba de que el señor Di Melo se encontraría conmigo el domingo a la hora del almuerzo. El lugar y la hora exacta me la comunicarían hoy mismo. Su correo no contenía ningún archivo adjunto. ¿Se trataba de un almuerzo de trabajo? ¿O de una reunión informativa? Respondí diciendo que ya me encontraba en el lugar y le pedí que me enviara una orden del día con los encuentros programados o al menos informaciones sobre el asunto que iba a tratarse en las inminentes conversaciones.

Leí las noticias en diferentes portales de periódicos, pero solo había lo habitual: alertas de ataques terroristas, la crisis del euro, los caprichos de la

meteorología en Estados Unidos, algunas intoxicaciones por consumo de pescado, resultados deportivos, datos bursátiles. Luego se apoderó de mí el desfase horario y los párpados se me volvieron muy pesados. Cuando volví en mí eran las tres de la tarde, el sol quemaba en la terraza y, desde la piscina, llegaba el griterío de los niños y chapoteos en el agua. Estaba bañado en sudor, así que me duché, me envolví en una toalla y salí a la terraza. El suelo quemaba y regresé de un salto al frío suelo de piedra de la habitación. A pesar de la siesta y de la ducha seguía estando muy cansado, pero ahora lo importante era aguantar lo máximo posible hasta la noche e intentar estar en forma para la cita con Di Melo al día siguiente.

Me pasé dos horas en el gimnasio, luego me duché y cené en el restaurante con jardín. Renuncié al postre, volví a mi habitación y estuve sentado todavía un rato en la terraza inmerso en un extraño estado de ánimo y bebiendo una cerveza fría. El aire era cálido; el cielo, negro y repleto de estrellas. El ruido de la calle llegaba de lejos, amortiguado, y se mezclaba con los sonidos de actividad del restaurante que había diecisiete pisos más abajo. Me entraron ganas de fumar. Durante unos instantes sopesé ir hasta la ciudad y dejarme envolver por el vivaz torbellino de Bangkok. Sin embargo, permanecí sentado demasiado rato, sin decidirme, hasta que los párpados se me volvieron pesados y me hundí en la cama.

28

Render

Después de la conversación con Ragna, Render condujo hasta su hotel y se instaló en el bar para tomar unas tapas y unas copas. Luego no recordaría con exactitud cómo había llegado a su habitación desde allí. A la mañana siguiente lo despertó el tono estridente de su teléfono móvil, y una Vivian muy nerviosa y alterada le informó de una epidemia de intoxicaciones por consumo de pescado. Los sucesos se habían precipitado y se había dado el aviso a todos los departamentos para que nombraran a sus representantes en un gabinete de crisis lo antes posible. Jasper Paulsen la había llamado varias veces por teléfono y quería saber dónde andaba Render. Paulsen estaba convencido de que estaba a punto de producirse una epidemia de ciguatera y quería hablar a toda costa con Render.

Emprendió de inmediato el viaje de regreso y aterrizó a última hora de la tarde en el aeropuerto de Bruselas-Zaventem. La situación había empeorado aún más. En la red de alerta RASFF se habían registrado entretanto más de seiscientos avisos de intoxicación procedentes de varios Estados miembros. «Así que se lo han tomado en serio», pensó en el taxi mientras leía en diagonal los correos electrónicos que había recibido. Leyó las actualizaciones de Jasper Paulsen, quien parecía tener una buena visión de conjunto sobre la situación.

Los laboratorios siguen trabajando en las muestras bajo mucha

presión —escribía—. Llevo observando la situación desde hace días y estoy prácticamente seguro de que se trata de ciguatera. Los síntomas son idénticos en todas partes. Lo único por completo enigmático es por qué una toxina procedente de un alga de los trópicos aparece de pronto de forma masiva en los peces de nuestras latitudes. Serían de desear tus comentarios al respecto.

Saludos,

JASPER

El acta de la sesión del PAFF del lunes, a la que se habían adjuntado los resultados de los casos de la semana anterior, lo mantuvo ocupado el resto del viaje mientras el taxi avanzaba penosamente a través del tráfico vespertino. Una y otra vez se le pasaba por la cabeza la cara de la joven en su tienda de campaña. ¿Cuántas ampollas con la toxina verdosa habían puesto en circulación? ¿Se introducía la toxina en la cadena de suministro solo a través de los observadores pesqueros? Presumiblemente había otros grupos que infectaban de manera deliberada lotes individuales en otros lugares, rociaban el pescado con aquella sustancia tóxica o la inyectaban dentro de mercados y tiendas. Ahora bien, ¿no era eso demasiado arriesgado e ineficiente? Esa toxina seguramente sería difícil de dosificar. ¿Y cómo habían fabricado el veneno? Las toxinas marinas eran cadenas complejas que no podían sintetizarse así como así, sin más.

Ragna había hablado de científicos que estaban hasta las narices del fracaso de la política. Era probable que hubiera muchos. En el fondo, él también se contaba en ese grupo; en algunos momentos de su vida había soñado con disponer de un medio que le permitiera detener todo aquel disparate absurdo. Así que, ahora, algunos investigadores frustrados y desesperados habían desarrollado en secreto una toxina que pondría un límite tóxico insuperable al apetito exorbitante del Homo sapiens, el devorador del mundo, para que pudiera volver a recuperarse una biosfera indispensable para el planeta. Una idea fascinante. ¡Una especie de vacunación preventiva!

Render ya había presenciado a lo largo de su vida varios escándalos alimentarios y sanitarios. El fenómeno más interesante era lo rápido que puede colapsarse todo un mercado o las reacciones exageradas que pueden

producirse en todo el mundo aún tratándose solo de un peligro abstracto o de unos pocos casos reales. La crisis de la infección por EHEC de 2011 fue un buen ejemplo. O la campaña de vacunación, en gran medida absurda, por algunos casos de infección por la gripe porcina. Si en esta última epidemia fueron sobre todo las empresas farmacéuticas las que movilizaron a la prensa para sembrar el pánico, en el caso de la infección por EHEC fue la canciller alemana quien allanó el camino a la desinformación. Una irreflexiva frase suya hizo que se derrumbara el mercado de verduras español, y en parte también el francés.

¿Qué monstruosas posibilidades prometía el empleo inteligente de esta toxina? Unos cuantos millares de casos graves de una enfermedad, bien preparados mediante informaciones contradictorias difundidas de manera estratégica en la prensa, provocarían el pánico, sobre todo en el asunto del pescado fresco perecedero. La industria quedaría hecha añicos al cabo de poco tiempo. Temporalmente se producirían costosas operaciones de rescate del sector, como siempre. Sin embargo, una vez que se infundiera el miedo en toda regla, el desmoronamiento del mercado sería solo una cuestión de tiempo. No se produciría ningún perjuicio económico a medio y a largo plazo, todo lo contrario. La pesca industrial era una rama parasitaria de la economía y una de las formas más absurdas de producción de alimentos desde el punto de vista económico. Incluso sin las enormes subvenciones en combustible, la pesca no era rentable. Debido a los métodos de captura empleados, la naturaleza, destruida durante décadas, había tenido que pagar los platos rotos, algo que por desgracia nadie quería saber o prestar atención. Además, también se ahorrarían los importes millonarios que se transferían a terceros países para poder vaciar sus caladeros. Cuanto más reflexionaba sobre el tema, fue volviéndose más meditabundo. No tuvo más remedio que pensar en uno de sus profesores, que hacía ya treinta años había acabado una clase magistral con la frase: «La revolución mundial del futuro no tendrá lugar en la calle, sino en vuestros platos. Gran parte de toda la injusticia y destrucción de este planeta sucede en los supermercados, las pescaderías, las carnicerías, las verdulerías y los outlets de ropa. No hace falta manifestarse ni tampoco derribar gobiernos corruptos. Basta tan solo con no comprar aquellas mercancías que no generan miseria ni destrucción».

Render se extasió por unos instantes con la visión de la silenciosa revolución que tendría lugar si Europa, de repente, dejara simplemente de consumir pescado. En los países emergentes, la pesca era rentable sobre todo si se dedicaba a la exportación. Y esa industria prosperaba porque se explotaba o secuestraba a los marineros de los barcos, a quienes se esclavizaba durante décadas, obligados a trabajar sin remuneración en alta mar y a los que al final se acababa asesinando y arrojando al mar. Se capturaba absolutamente todo y lo que no podía comercializarse como pescado comestible, se empleaba como harina de pescado para engordar cangrejos y peces de criadero. ¡Qué satisfacción se alcanzaría acabando con todo ese sistema de explotación y destrucción desmedidas, de una manera casi completamente pacífica y no violenta: volviendo el pescado no comestible!

El taxi se detuvo frente al edificio de la Dirección General Mare y Render despertó de su ensoñación, que enseguida le resultó desagradable. ¿Cómo se le podía pasar todo aquello por la imaginación? Había contradicciones de ese tipo en todos los sectores. Se tenía que intentar mejorar la situación paulatinamente con campañas informativas, mediante la creación de zonas protegidas y de normativas, y a través de su seguimiento y observancia. Por eso estaba él aquí, esa era su tarea, y no la de encubrir de alguna manera a bioterroristas.

Ahora bien, ¿por qué no iba entonces al teléfono más cercano e informaba a la policía acerca de las actividades de Gavin y de Ragna y de todo aquello que había averiguado en Vigo? ¿Por qué había subido en el ascensor hasta la cuarta planta y había entrado en su despacho como si no tuviera la menor idea de lo que realmente estaba sucediendo con las intoxicaciones por consumo de pescado de las que todo el mundo hablaba?

Llamó por teléfono a Jasper Paulsen, quien no le dejó decir palabra.

—Vaya, por fin. ¿Dónde has estado metido? ¿Estás en tu despacho? Voy a verte ahora mismo.

Render acababa de colgar el auricular cuando sonó su teléfono móvil. Era Vivian.

—Tienes que ir al Consejo de Ministros en mi lugar esta noche, John. En el Comité de Embajadores se está preparando el orden del día para la reunión de los ministros de Justicia y de Interior. Ese punto está programado para las

veinte horas. Suecia y algunos países más exigen datos actualizados del comité sobre esta oleada de intoxicaciones. Necesito a alguien que me cuente exactamente lo que está sucediendo. No conseguiré estar de vuelta a tiempo, sigo en Viena, en una reunión de partes interesadas y llegaré muy tarde.

—Pero acabo de aterrizar ahora mismo, Vivian. Todavía no estoy al día para nada.

—Solo quiero que me informes de la situación allí. Herrero Sánchez explicará los detalles. Tengo que saber qué dice exactamente y todo lo que suceda en el debate posterior. Has de informarme con detalle sobre el estado de ánimo de la gente y todo lo que se hable allí.

—Como tú digas —contestó al final y volvió a comprender por qué Vivian ocupaba su puesto.

¿Cuántas conversaciones de este tipo llevaba en paralelo a lo que estaba haciendo en esos momentos en Viena? ¿Cuántos ojos y oídos le hacían los trabajos preparatorios? ¿Y qué meta perseguía? Él no comprendería jamás la política.

—¿Has visto las noticias? —preguntó ella.

—Sí, muy malas.

—Terribles —se quejó Vivian—. No comas pescado, es lo único que puedo decir.

—Hace ya muchos años que no lo hago.

—Bueno, vale. Por favor, te pido un informe literal —repitió ella con énfasis—. Y llámame de inmediato si sucediera algo extraordinario.

Ella colgó. Render se recostó en su asiento y miró a la pared de enfrente. Allí seguía colgada, como siempre, la frase que tenía a la vista en todo momento durante el trabajo. NO DEBERÍA SABERSE NUNCA DE QUÉ ESTÁN HECHAS DOS COSAS: LA POLÍTICA Y LAS SALCHICHAS. Se levantó, cogió un rotulador y añadió DE LA UE detrás de la palabra POLÍTICA. Tras una breve contemplación, tachó LAS SALCHICHAS y escribió encima HARINA DE PESCADO.

29

Adrian

Estaba despierto desde las cuatro de la madrugada. Intenté volver a dormirme tanto con la ventana abierta como cerrada, con el aire acondicionado encendido y apagado, con y sin sábanas. Al final me rendí, me levanté de la cama, me senté junto a la ventana en un sillón y contemplé cómo el cielo del exterior se teñía paulatinamente de negro hasta tomar un color azul marino. A pesar de que el hotel se encontraba en el centro de la ciudad, en la habitación penetraba el pesado aroma de la vegetación tropical.

A las seis y media volví al gimnasio, pero solo completé un programa corto para los músculos abdominales y de la espalda. A las siete y media entré en el restaurante con jardín, cogí un Bangkok *Post* del expositor de periódicos, encontré desocupada mi mesa de la víspera y dejé mi periódico allí antes de dirigirme al bufet. La oferta del desayuno abarcaba las culturas de los cinco continentes y el habitual exceso culinario de varios metros de extensión: desde cereales veganos hasta ciruelas envueltas en tocino.

Comí algo de fruta y después un cruasán con el café. En aquel momento me habló el camarero.

—*A call for you, sir.* Fui a recepción y luego a la cabina que me asignaron.

—¿Señor Noack? —Di Melo hablaba al otro lado de la línea.

—Sí.

—Espero que haya llegado bien.

—Sí, gracias, todo perfecto.

—Fantástico, yo me alojo en el Oriental. ¿Podría pasarse por aquí a las doce y media? Simplemente tome un taxi. Cuando llegue, anúnciese en recepción y mandaré a alguien a por usted.

—Bien —repliqué, antes de añadir—: ¿Podría saber de qué se trata? ¿Cuántas personas estarán presentes?

—Estaremos solos —respondió—. Hoy no tiene que trabajar de intérprete. Se lo aclararé todo cuando llegue. Hasta luego.

Por precaución eché un vistazo a la página web del hotel. Las cinco estrellas y los avisos, esparcidos discretamente por la web, de que en interés de los demás clientes era deseable el empleo de ropa elegante incluso de día, y exigible a partir de las seis y media de la tarde (también para los niños) me persuadieron para llevar un traje con corbata, así como para coger un taxi climatizado. Entregué dos camisas y el traje de lino en el servicio de planchado. Las prendas estuvieron de vuelta a eso de las once. Me cambié, guardé en mi maletín de trabajo la camisa de repuesto en su envoltorio, así como dos cuadernos nuevos con espiral y una caja de lápices por si acaso. A continuación me puse en camino.

La carrera en taxi por las congestionadas calles de Bangkok duró casi tres cuartos de hora. Al llegar me sentía mareado por las numerosas curvas y las bruscas maniobras, pero apenas entré en el vestíbulo, me olvidé del viaje en montaña rusa por Bangkok. El Oriental destacaba por un lujo que se pronunciaba en cada detalle, pero la impresión general no era abrumadora, sino solemne. Durante un rato intenté averiguar qué era lo que le diferenciaba agradablemente de otros hoteles de lujo. ¿Su sensacional ubicación a orillas del río? ¿La mezcla de lo antiguo y lo moderno? ¿La omnipresencia poco llamativa del amable personal? Tomé asiento en el Salón de Autores, bebí un vaso de limonada, me fijé en las fotos y otros recuerdos que colgaban de las paredes revestidas de brocado y leí un folleto con la habitual mención a los ricos, guapos, listos y famosos que se habían alojado allí alguna vez. Sin embargo, la lectura de las citas impresas solo demostraba que esas personas, por lo visto, tampoco habían sabido expresar lo que había de especial aquí. La suma de las impresiones daba un resultado simplemente mayor que sus partes y era difícil de abarcar con palabras.

Cuando levanté la vista de mi folleto para dar un sorbo a mi vaso, vi de pronto a Di Melo, en compañía de una mujer, ambos de pie en el pasillo que conducía al vestíbulo principal. Hablaba en voz baja con ella, quien llevaba ropa occidental. Solo podía ver su espalda esbelta y su pelo negro recogido en alto, y una vez, cuando inclinó la cabeza a un lado mientras hablaba, la atisé de perfil. Probablemente pertenecía al equipo de administración y gestión del hotel, pero esa suposición quedó contradicha por un movimiento de su mano posándose de pronto con suavidad sobre el brazo de él. Di Melo sonrió, negó durante un instante con la cabeza, la cogió a su vez por el brazo y la condujo a lo largo del pasillo hasta que desaparecieron de mi campo visual.

Me levanté y los seguí hasta el vestíbulo. Entretanto habían llegado a la entrada del hotel mientras continuaban hablando. De pronto, Di Melo se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para telefonar a alguien. La mujer aguardó examinando el patrón de la alfombra que había a sus pies. Poco después, Di Melo interrumpió su conversación, dio a la mujer un beso en la mejilla y se alejó de ella al tiempo que volvía a llevarse al oído el teléfono móvil. Se dirigió a la salida e hizo una señal breve y enérgica a uno de los taxis que había allí en espera.

Regresé al Salón de Autores y a las doce y media en punto entré en acción. En el vestíbulo principal no se veía a Di Melo por ninguna parte. Fui a recepción, di mi nombre e indiqué con quién estaba citado. Apenas un minuto después apareció una señora vestida con el uniforme del hotel y me condujo, pasando por la piscina, hasta la habitación de Di Melo, que estaba ubicada en una zona señalizada como «*suite* con jardín». La señora llamó a la puerta con los nudillos e intercambió algunas palabras en tailandés con el botones que abrió. A continuación me saludó con una reverencia y se fue.

El botones me indicó que entrara y luego cerró la puerta sin hacer ruido. Con el mismo silencio me condujo hasta una sala de estar, desde la cual había unas vistas magníficas sobre el río. Las puertas de doble hoja que daban a un pequeño jardín estaban abiertas. Bajo una lona que protegía del sol había una mesita dispuesta para dos personas. En el centro de la sala de estar se disponían dos sofás blancos y una mesa de cristal. Al lado del bar, una escalera de caracol conducía a otra planta y desde allí podía escucharse, amortiguada, la voz de Di Melo.

El botones me preguntó en inglés si deseaba beber algo. Como ya había una garrafa de agua encima de la mesita del tresillo, me decidí por el agua. Él me sirvió antes de esfumarse. Unos pocos instantes después aparecieron las piernas de Di Melo por los escalones superiores.

—Hola, señor Noack —saludó, incluso antes de haber bajado del todo la escalera—. Qué bien que haya llegado. Bienvenido.

Le tendí la mano. Di Melo me miró fijamente un instante y dijo entonces:

—Le estoy muy agradecido de que haya podido venir antes. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, gracias. Fue todo perfecto.

—Salgamos fuera. Hace un día magnífico. Aquí, a orillas del río, corre siempre una suave brisa y es soportable estar en el exterior. Espero que tenga un poco de apetito. Por desgracia, en este hotel ya no había más plazas, pero espero que esté contento con su alojamiento.

—Sí, gracias. Todo va a pedir de boca. Y con su invitación, puedo disfrutar también de este oasis.

—¿Lo es, verdad? —exclamó con deleite y salió al jardín—. Adoro este hotel. No conozco nada comparable, y eso quiere decir algo. ¿Qué desea beber? Yo tomaré un oporto, pero usted es libre de elegir lo que quiera, por supuesto. El bar del hotel prepara unos cócteles muy buenos.

—Un oporto suena bien.

Di Melo llamó al botones, pidió las copas en inglés y después ordenó que se sirviera la comida a la una.

—Deme su chaqueta, señor Noack. Hace demasiado calor aquí. Y póngase cómodo. Enseguida volveré a estar con usted.

Me senté, disfruté del panorama y al mismo tiempo intenté hacerme una composición de lugar sobre aquella cita privada. Para tratarse de una reunión informativa, el entorno era demasiado íntimo. Pensé en la mujer tailandesa de la que acababa de despedirse y en el discreto olor a perfume que me había llamado la atención al entrar en su *suite*. También cabía la posibilidad de que Di Melo hubiera tenido visita durante la noche. Y tal vez aquella suposición fuera la más acertada pero, bueno, ¿qué me importaba eso a mí?

Di Melo estuvo casi diez minutos fuera. Yo disfrutaba del sol, oía cantar a los pájaros, el murmullo del río cuando no quedaba ahogado por el rugido de

los motores de los taxis acuáticos. Cuando finalmente regresó, llevaba consigo un fajo de cartas que depositó encima de la mesa antes de alzar su copa de oportó para brindar.

—Por una buena cooperación, señor Noack —dijo él—. De verdad, estoy muy contento de que usted se encuentre aquí.

Brindé con él haciendo sonar las copas y bebí un sorbo. Cuando fui a dejar mi copa en la mesa, mis ojos fueron a parar a las cartas. El primer sobre de la pila estaba dirigido a una dirección que reconocí de inmediato. Estuve a punto de atragantarme, dejé mi copa y me quedé mirando fijamente a Di Melo. Sentí cómo se me agolpaba la sangre en la cabeza. Quise decir algo, pero me hallaba desconcertado en exceso.

—Como es natural, va a exigir una explicación —comenzó a decir Di Melo—. ¿Puedo llamarle Adrian?

Yo seguía atónito, con la mirada clavada en los sobres. La letra era mía.

30

Teresa

De pronto cambiaron su estrategia. Teresa había creído que la dejarían pudrirse en su prisión. Sin embargo, un día se abrió la puerta y le ordenaron que se levantara y que saliese. La llevaron a una cámara con duchas, donde tuvo que desnudarse. Le ordenaron que se lavara y le dieron todo lo necesario: jabón, champú, había incluso unas tijeras para las uñas. Desaparecieron los harapos pestilentes que eran los restos de su vestimenta y, en su lugar, encontró unos sencillos pantalones de lino y una blusa que, tras los muchos días de suciedad y porquería, le parecieron un vestido de novia. La llevaron de vuelta a su camarote, que entretanto habían limpiado, y la volvieron a encerrar con llave. No supo cuántas horas transcurrieron hasta que volvió a abrirse la puerta. Parecía haber perdido para siempre su sentido del tiempo.

No había visto antes a los dos hombres que fueron a buscarla. La observaron con recelo y la condujeron en silencio a cubierta por los escalones de acero. Los miembros de la tripulación con los que coincidió la observaron en silencio. Teresa les devolvió la mirada consternada. Nunca había estado en un barco semejante. Solo conocía por fotos e informes la situación de la tripulación en los niveles más bajos de la escala. Los trabajadores de cubierta estaban demacrados y como en trance por el agotamiento. Tenían las manos y los pies hinchados, y no pocos tenían excoriaciones mal curadas o pequeñas heridas con pus. La empujaron para que siguiera caminando y vociferaron a los trabajadores para que se apartaran. Entonces divisó el gran yate que se

balanceaba en el oleaje a escasa distancia.

El tailandés que la había interrogado varias veces estaba apoyado en la barandilla.

—*You go in boat* —le ordenó cuando llegó a su lado.

Descendió insegura por la escalera y se subió con las piernas rígidas al pequeño bote que se balanceaba en las olas. A bordo iban dos tailandeses en uniforme; sin embargo, estos no dijeron palabra, sino que se limitaron a indicarle con gestos que se sujetara bien. Entonces rugió el fueraborda y el bote arrancó a una buena velocidad. No tardaron mucho en alcanzar el yate. Uno de los dos uniformados la acompañó a bordo y la condujo bajo cubierta hasta un espacio amplio, amueblado con lujo, que era una mezcla de sala de estar, bar, comedor y salón. Después de tanto tiempo encerrada en el camarote, sin luz y lleno de suciedad, Teresa tuvo dificultades para comprender aquel confort exuberante. Allí estaba ella de pie, desorientada. Miró a su alrededor y fue entonces cuando descubrió al hombre sentado de manera discreta en uno de los sillones junto a la ventana y que la estaba mirando con mucha atención. Su ancho cráneo de piel oscura, del que brotaban unos escasos mechones de pelo que parecían trazados con un rastrillo, no estaba realmente en proporción correcta con su cuerpo alargado. Se trataba de una persona muy flaca, con una expresión en la cara del todo inescrutable. Parecía sonreír, pero este gesto no informaba sobre su vida interior, sino más bien acerca de alguien que la ocultaba con esa máscara.

—Bienvenida a bordo, señora Carvalho. Tome asiento, por favor —dijo el hombre en un inglés excelente y le señaló un sofá que no estaba muy alejado de él—. He mandado traer un poco de fruta. Sírvese, por favor.

—¿Quién es usted? —preguntó ella sin moverse de su sitio.

El hombre sonrió.

—Ese no es ningún cumplido que digamos. No me habría imaginado que estoy envejeciendo tan rápidamente.

—No lo conozco. ¿Quién es usted? —volvió a preguntar ella.

Él alzó una mano y pulsó un mando a distancia. Un cañón de luz proyectó una foto sobre una fina pantalla situada un poco más atrás en aquella sala. Mostraba a un hombre bajito y vigoroso que estaba apoyado en el muro de un puerto hablando por teléfono. La siguiente foto estaba tomada desde otro

ángulo y lo mostraba de perfil desde mucho más cerca.

—Estas fotos de mí estaban en su ordenador. ¿Y pretende decirme que no me conoce?

Teresa retrocedió un poco involuntariamente. Sí, ahora sí que lo reconocía, pero aquella situación le pareció demasiado irreal. ¡Estaba hablando con Chotiyan Suphatra! Lo tenía ahí sentado, a apenas dos metros de distancia, y estaba charlando con él. Percibió cómo le flaqueaban las rodillas.

—Siéntese. Vamos a ver toda una serie de fotos de su ordenador.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Yo de usted? Esa es una interesante tergiversación de los hechos.

Volvió a pulsar un botón del mando a distancia y en una rápida sucesión fueron apareciendo otras fotos sobre la pantalla: instantáneas de recintos portuarios, almacenes, grúas de carga, barcos de pesca, más personas, hombres gesticulando, un grupo de trabajadores que descendían de la superficie de carga de un camión y se dirigían a un almacén.

—Usted o sus cómplices me fotografían a escondidas a mí, a mis trabajadores, mis oficinas y mis procedimientos operativos, ¿y me pregunta qué quiero yo de usted? ¿Qué quiere usted de mí, señora Carvalho? Esa es la pregunta que debe formularse.

Teresa no dijo nada. ¿Para qué todo ese teatro?

—Sé que quiere sabotear mis negocios —prosiguió él—. Aparte de eso, me gustaría que me diera información más detallada, que usted me ha denegado hasta el momento. Mi paciencia tiene sus límites. Haga el favor de comer algo. La comida aquí es bastante mejor de la que ha tenido hasta ahora.

Ella cogió algunas uvas y las masticó despacio. Tuvo la sensación de no haber tenido nunca nada igual en la boca.

—Ahora va a contarme cómo está montada su organización —continuó Suphatra en voz baja mientras se inclinaba un poco hacia delante—. Quiero saber desde dónde operan y cómo puedo contactar con sus cómplices. ¿Me ha entendido?

Teresa levantó la cabeza con gesto de cansancio, se quedó unos largos instantes mirando a aquel hombre a la cara y dijo:

—Existe un protocolo que se pone en marcha de forma automática cuando ocurre un caso como este. Puedo decirle cómo era la situación el día que me

apresó, pero no sé absolutamente nada sobre cómo es ahora. Las direcciones de correo electrónico, los números de teléfono: todo se borra al instante y se cambia en cuanto alguno de nosotros es capturado. No puedo ayudarlo.

—Oh, ya lo creo que sí que puede.

Volvió a pulsar el mando a distancia.

—Esa gente tiene nombres, nacionalidades. ¿O no?

—Tiene todo mi material completo. ¿Qué más podría explicarle yo? Jamás los encontraré. Yo tampoco. No tengo ni idea del lugar en el que están ni de lo que hacen.

—¿Cuántas personas están metidas?

Teresa se encogió de hombros.

—Solo he conocido a unos pocos. No sé cuántos son en total. Centenares. Es una organización difusa que no tiene ningún centro.

—Siempre hay un centro —dijo el hombre con rudeza y mirándola con gesto airado.

A continuación volvió a presionar un botón del mando a distancia y apareció una foto de ella con Ragna.

—Es ella, ¿verdad? Ragna Di Melo. La creadora. ¿Dónde está tomada esa foto?

—No lo sé.

—Pero si usted estuvo allí. ¿Pretende hacerme creer que no conoce ese lugar?

—No lo conozco.

—Pero usted viajó hasta allí. ¿Cómo?

—Fueron a buscarme al puerto de Kawthaung en bote y el viaje duró unas dos horas. Allá abajo, en el sur, hay centenares de islitas. Varamos en una playa en la que había algunas tiendas de campaña y cabañas. Eso fue todo.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace cuatro años.

—¿Y no ha vuelto a estar allí desde entonces?

—No.

—¿Por qué la llevaron allí? ¿Qué hizo en esa isla?

Teresa respiró hondo.

—Usted ya sabe todo eso. ¿Por qué me lo pregunta una y otra vez?

Míreme. Ha mandado que me torturaran. ¿Por quién me toma? Ya he dicho todo lo que sé. No le puedo ofrecer nada para salvar mi vida ni aunque quisiera. ¿Qué más quiere de mí?

Le temblaban los labios. Odiaba a ese hombre. Solo estaba jugando con ella: esperaba obtener más informaciones de ella con ese cambio de táctica. Sin embargo, Teresa no sabía ningún dato más en realidad, no tenía nada más que ofrecer.

—¿Qué hizo allí?

—Se llevaron a cabo los primeros ensayos para fabricar de forma artificial la toxina de la ciguatera. Pero eso fue muy al principio. Consideré que el proyecto era imposible y me marché pronto de allí. Después llegaron otros, no sé quiénes. Como ya he dicho, la organización es difusa. Por todas partes hay gente investigando...

—A dos horas de Kawthaung. ¿En qué dirección? ¿Norte? ¿Sur? ¿Oeste?

—¿Cómo iba a saberlo? Yo no estaba al timón. Por aquel entonces no era más que una aventura, una idea fija. No creí que llegara a concretarse nunca.

—Pero lo hizo. ¿Cuándo le revelaron los planes?

—El año pasado.

—¿Dónde? ¿En qué ocasión?

—Ragna vino a Vigo. Trajo las ampollas y me pidió que colaborara en la acción.

Suphatra clavó la mirada en ella con insistencia.

—Pero en su ordenador hay muchísimo más material. Ha estado vigilando a Buzual, ha espiado sus negocios, sus relaciones internacionales. Es imposible que usted sola haya podido hacer todo eso.

Teresa bajó la vista. Estaba cansada, infinitamente cansada. Ya no podía más.

—¿Por qué no acabamos de una vez con esto y ya está? —dijo resignada—. De todas formas va a ordenar que me asesinen. No puedo darle una información que no tengo. Solo puedo decirle una cosa: no me importa lo que me haga, pues nada va a cambiar el hecho de que nosotros destruiremos su negocio. Trabajamos exactamente igual que ustedes. Yo soy una entre muchos, entre muchísimos más. No tiene ningún sentido hundir uno de sus barcos o cargarnos a uno o dos de sus secuaces como Buzual. Su empresa es una hidra.

Ahora bien, nosotros hemos aprendido de sus tácticas: estamos organizados de la misma manera. No podría ayudarlo a usted ni aunque quisiera. Así pues, ¿queda algo más de lo que hablar?

Suphatra la observó en silencio, pero Teresa le sostuvo aquella mirada gélida. No había nada ante lo que aquel hombre pudiera arredrarse, pero ella no le tenía miedo. Su discursito había tenido su mayor efecto en ella misma. No tenía nada que perder porque habían ganado. El plan era ya imparable. Había otros observadores pesqueros como ella que llevaban la toxina. En tierra, decenas de pequeños grupos de sabotadores esperaban la señal para llevar a cabo ataques selectivos. Disponían de suficiente toxina para mantener una epidemia durante varios meses. El mercado iba a desmoronarse. Y no podía preverse todavía lo que iba a desencadenar la campaña mediática.

—Tiene usted toda la razón —dijo Suphatra y se levantó con brusquedad—. De hecho, ya no la necesitamos.

Levantó la mano, hizo un leve gesto con la cabeza y realizó un movimiento con la mano como si quisiera espantar una mosca. Teresa se dio la vuelta. Había un hombre detrás de ella. Antes de que pudiera levantarse de un salto, le tiraron la cabeza hacia atrás y presionaron contra ella un pañuelo que olía a disolvente. Levantó los brazos, pero aquel producto químico actuó como una descarga eléctrica. Llegó a ver la cara de aquel hombre, con los ojos completamente inexpresivos y concentrados dirigidos a ella como si fuera un objeto extraño. El cuerpo de Teresa se encabritó dos veces como si estuviera bajo los efectos de golpes muy intensos y a continuación se quedó quieta. Todavía percibió de forma borrosa cómo Suphatra se inclinaba sobre ella. Después su conciencia se extinguió.

31

Adrian

Di Melo se había recostado y dejó transcurrir unos instantes antes de retomar el hilo de la conversación.

—De verdad que no sé por dónde empezar —comenzó a decir—. En primer lugar le debo una disculpa. No es mi manera habitual de hacer las cosas.

Yo seguía atónito. Sin replicar nada, cogí las cartas. Di Melo me dejó hacer. Eran siete sobres dirigidos a Ragna. Solo uno de ellos estaba abierto. Leí el remite para asegurarme de que no me equivocaba. Como si eso hubiera sido necesario. Ahí figuraba mi nombre, mi dirección. ¿Y qué iba a haber si no?

—¿De dónde demonios ha sacado todo esto? —acabé profiriendo.

—Lo encontré hace muchos años al guardar en cajas todo lo que había en la habitación de Ragna —dijo él con calma—. Ella ya estaba estudiando en Sidney cuando nos fuimos de Kuala Lumpur. Lo empaquetamos todo, incluso las cosas de Ragna. Ella quería ir a recogerlas, pero al final no lo hizo nunca. —Realizó una pausa y añadió a continuación—: Solo una de las cartas está abierta, como puede ver.

Saqué el pliego y leí las primeras líneas. Percibía la mirada de Di Melo. Volví a guardar enseguida la carta en el sobre y lo puse con todos los demás.

—Tengo que admitir que no conocía su existencia hasta esto —siguió—. Ni mi esposa ni Ragna me hablaron nunca de usted.

Di Melo me miró como si esperara una reacción.

—Me ha traído hasta aquí con engaños —dije—. La entrevista en Zurich. La foto. Todo no era más que un pretexto.

Di Melo juntó las manos y apoyó encima la barbilla antes de continuar hablando.

—Necesito su ayuda, Adrian.

—Me ha engañado a conciencia, ¿verdad?

Me levanté. Di Melo hizo lo mismo.

—No se vaya, por favor —imploró—. Al menos escúcheme. Tiene razón, por supuesto. Debería haberle dicho desde el principio que se trataba de Ragna.

Lo había escenificado todo. El despliegue y los gastos debían de haber sido considerables. ¿Cómo había dado conmigo?

—Me hallo en un dilema terrible —prosiguió Di Melo—. Quise exponerle todo ya en Zurich, pero cuando lo vi en mi despacho, de repente me entró el miedo de que pudiera negarse. Y entonces pensé que una vez que estuviera aquí, podría explicárselo todo mejor. *In situ*.

—¿Ragna está aquí?

—No —replicó Di Melo—. Se encuentra en Rangún. Bueno, eso es lo que en todo caso creo.

Hubo una pausa. Pensé que debía irme *ipso facto* de allí. ¿Qué se creía ese hombre? Sin embargo, titubeé. ¿Qué situación más peliaguda!

—Espero que me entienda una vez que le explique la situación —me suplicó—. Si no es así, puede irse cuando quiera. Nada lo ata a usted aquí. Yo no sabría cómo continuar, pero lo aceptaría, como es natural. No tengo otro remedio. Pero ahora escúcheme, por favor. —Di Melo me miró con insistencia—. Tengo que encontrar a Ragna y hablar con ella. Y no sé cómo podría llevar a cabo eso sin su ayuda.

A lo lejos se oyó la sirena de un barco. El sol brillaba abrasador desde el cielo y caía sobre el toldo y el calor del entorno fue incrementándose paulatinamente incluso en ese lugar protegido. Volví a recostarme en el sillón de ratán y bebí un sorbo de oporto.

—Tengo que remontarme a bastante atrás —prosiguió—, de lo contrario no me entenderá. ¿Me permite?

Miré la pila de cartas y pensé en las pocas líneas que acababa de leer por encima. Tenía dificultades para ordenar mis pensamientos y mis sentimientos. También el desfase horario me estaba dando problemas. Di Melo interpretó mi silencio como un consentimiento.

—Probablemente sepa ya qué clase de vida llevábamos por aquel entonces —aclaró—. Ragna nació en Nueva York. Yo conocí a su madre en Londres. La conoce, ¿verdad? Vio a Ylva alguna vez en Frankfurt, ¿no es cierto?

—Sí. Una o dos veces, pero era una persona muy reservada y creo que no llegamos a cruzar ni siquiera diez palabras.

Di Melo asintió con la cabeza como si fuera un hecho de todos conocido que no precisaba de más explicaciones.

—Ylva lo fue todo para mí —prosiguió—. Y cuando nació Ragna, yo era la persona más feliz que uno pueda imaginarse. Pero estaba todo el tiempo fuera. Es extraño lo que la paternidad hace con uno. Puede que cada uno reaccione de una manera distinta. De pronto me volví más ambicioso, trabajaba cada vez más, asumía mayores riesgos. No tenía nada que ver conmigo. No quería demostrarme nada a mí mismo, sino que deseaba mantener a mis dos reinas de la mejor manera posible. Una casa más bonita y más grande, las mejores escuelas, las vacaciones y los viajes más emocionantes. Las cosas me iban bien. Los años de presidencia de Clinton fueron de un crecimiento incomparable. El comunismo parecía vencido. Yo ganaba dinero a espuestas, tenía éxito y cada vez me llegaban mejores ofertas, así que continuamente estábamos mudándonos. El mundo en el que nos movíamos era el mismo en todas partes: sedes corporativas y escuelas privadas, habitadas siempre por las mismas personas, expatriados como yo: banqueros, gente de la industria y de la economía. Ylva se hartó pronto de esa vida. Le encantó Londres, le gustó Nueva York. Llegó a aceptar Singapur porque se hallaba en un buen lugar para explorar el Sudeste Asiático, cosa que hacía mientras yo trabajaba entre doce y catorce horas diarias. Cuando llegó la oferta de Bombay, al principio dio la bienvenida a ese cambio porque Singapur, a la larga, no era nada más que una prisión de cinco estrellas. Sin embargo, ya al cabo de unas pocas semanas India le pareció un horror. Se refugió en la comunidad de expatriados de la International School, pero aquello se fue volviendo cada vez más insoportable. Tanteé el terreno y recibí una oferta de

Frankfurt, que estaba bien situada desde un punto de vista estratégico. Alemania estaba reunificada, el dinero fluía allí a raudales, el ambiente en la bolsa era magnífico, así que era un lugar ideal para mí.

Se interrumpió porque en el rellano que llevaba del apartamento al jardín había aparecido un carrito de servir. Dos chicos con el uniforme del hotel lo condujeron los tres escalones abajo hasta nosotros. Esperamos en silencio mientras nos servían la comida. El botones que me había recibido en la entrada apareció con una enfriadera de vino blanco, descorchó la botella metida en el hielo y vertió dos dedos en las copas ya dispuestas. Luego volvimos a quedarnos solos.

—Por favor —dijo Di Melo—. Buen provecho.

El olor de la comida me despertó el apetito y aquel ambiente agradable hizo que las peculiares circunstancias de aquella conversación me fueran resultando poco a poco menos extrañas.

—Ragna no se sentía muy a gusto que digamos en el instituto —dije al cabo de un rato.

—Ya lo creo —confirmó—. Las aulas y el escaso equipamiento de la escuela le sorprendieron mucho. ¡No había un solo ordenador! No había grupos de trabajo, ni siquiera de ciencias naturales. La mayoría de los profesores estaban desmotivados y constantemente se anulaban las horas de clase. No se precisa malgastar muchas palabras para hablar del atraso pedagógico y académico de los institutos alemanes. Es un hecho conocido y se confirma una y otra vez cada pocos años.

—Ah, ¿es así de verdad?

—Sí. Lea usted los estudios de la OCDE que aparecen con regularidad sobre el tema. Resulta difícil de creer. No se dan clases de Economía, por ejemplo. Me acuerdo de una tarde en una reunión de padres y madres de alumnos en la que uno de ellos aludió a este tema. Al final, todos los demás lo acallaron a gritos. Calificaron esa asignatura con toda seriedad como moralmente peligrosa. Pero, en cambio, ¡la religión era una asignatura escolar! El pueblo alemán tenía invertidos por aquel entonces sus ahorros, una fortuna de miles de millones, en las acciones nacionales de Telekom, claro, pero consideraban una obscenidad tener Economía en la escuela. Tengo que decir que eso me dio que pensar. Ser capaz de leer un balance económico me parece

como mínimo tan importante como comprender el ciclo del ácido cítrico. Fuera como fuese, a Ragna la escuela de repente le resultó odiosa. Saciaba su sed de conocimientos en otras fuentes, iba incluso de oyente a la universidad, y allí fue donde al parecer entró en contacto con esos activistas. Probablemente durante la época en la que usted salía con ella, ¿no es así?

—Salimos juntos al final del último curso del instituto.

—Una época terrible —dijo Di Melo con un suspiro—. La crisis asiática. Una pesadilla. Mis amigos y socios estaban con el agua al cuello. Y antes de saber cómo, me acabé encontrando en la misma situación.

Iba picando en su plato sin apetito, pinchó una gamba con el tenedor y se la comió meditabundo. Busqué con la vista la botella de agua, pero antes de tener ocasión de sacarla de la enfriadera, se me adelantó uno de los chicos del servicio y llenó nuestros vasos. Debía de estar justo detrás de mí. También me puso vino y regresó a continuación a su posición invisible.

—Tenía unos costes fijos enormes, una esposa depresiva con problemas con el alcohol y una hija inteligentísima, pero a la que se le exigía poco y que además comenzó a desarrollar extrañas ideas políticas. Alemania no le estaba sentando nada bien y yo me harté enseguida de la mentalidad esquizofrénica de allí.

—¿Qué quiere decir? ¿Esquizofrénica en qué medida?

—Bueno, casi forma parte del buen tono despreciar a aquellos a los que uno debe agradecer su increíble nivel de vida. Y no solo en Alemania, en toda Europa se tropieza uno con esa mentalidad, emparejada con el odio a lo estadounidense. La gente no suele saber siquiera que muchos de los consorcios o las multinacionales que detestan en realidad les pertenecen.

—¿Ah, sí?

—Vaya usted a uno cualquiera de esos emporios estadounidenses: Dona Karen, Sunglass Hut, Random House, Dove Soap, First Boston Bank, Armour Comed Beef, Taster's Coffee, la lista es infinita... ¿Quién está detrás de esas marcas? ¿Consortios europeos! LVMH, de Francia; Luxottica, de Italia; Bertelsmann y Henkel, de Alemania; Unilever, de Países Bajos; Nestlé, de Suiza. ¿De dónde va a proceder si no la inmensa prosperidad en Europa? Pero la gente no quiere admitirlo y prefiere proyectar todos los males en los odiosos archicapitalistas del otro lado del Atlántico. Ragna se fue contagiando

poco a poco también de esa estupidez, de ahí que me empeñara en llevarla de nuevo lo más rápidamente posible a una buena escuela privada y luego a una universidad privada inglesa o estadounidense; pero todo ello costaba por desgracia un montón de dinero. Sin embargo, mi mala racha demostró ser tan pertinaz como mi anterior racha de buena suerte, y estaba claro que pronto íbamos a volver a Asia. Por desgracia, mi matrimonio ya estaba casi naufragando y mi relación con Ragna también fue complicándose cada vez más. Y luego vino esa terrorífica historia de los ataques. Usted estaba al tanto de aquello, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Tendría que haberme dado cuenta de la situación mucho antes. Estábamos discutiendo constantemente. El profesor de Biología de Ragna fue el responsable principal de su radicalización. Le proporcionaba informes periodísticos noruegos para que los tradujera, informes de fondo sobre los atentados contra los barcos Nybranna y Senet.

—¿Son hechos muy conocidos? —le interrumpí—. No me dicen nada.

—En los años noventa fueron hundidos dos balleneros noruegos —aclaró Di Melo—. Ylva volaba con frecuencia a Oslo por aquel entonces para visitar a su familia y Ragna la acompañó varias veces. Ylva procede de una familia de armadores, como quizá ya sepa. Uno de los barcos les pertenecía y por ello hablaron sobre ese tema, como es natural. Ragna entró en contacto con activistas de Sea Shepherd. No sé nada concreto, pues ella nunca me lo contó directamente, por supuesto. En 1998 hundieron otro barco. El *Morild*. ¿De verdad que no oyó hablar de todo ello?

—No, lo siento.

Él hizo un gesto de negación con la mano.

—Todo empezó con aquello. Ragna comenzó de pronto a hacerme preguntas. Como ya le he dicho, mi esposa viene de una acomodada familia de armadores para la cual yo también trabajaba en ocasiones por aquel entonces. De pronto, Ragna quiso saber cada vez más cosas. Al principio eso me alegró, pero como es natural había muchos temas confidenciales de los que no podía contarle nada. Las grandes empresas operan siempre en un complejo entorno jurídico. Ragna se transformó a un ritmo vertiginoso en una inquisidora en toda regla. Llegó a inspeccionar incluso mi despacho, escudriñó en mi ordenador y

leyó documentos confidenciales de la empresa. Un fin de semana tuve que ponerlo todo a salvo de ella. ¿Puede imaginarse algo así? ¿Protegerme de mi propia hija?

—Era una persona muy directa —corroboré sin entrar en detalles más precisos. Sin embargo, los recuerdos acudieron de inmediato otra vez—. No tenía inhibiciones, poseía una corporeidad espontánea, desenvuelta, que nunca más he vuelto a experimentar.

Di Melo se rio brevemente.

—Directa. También puede decirse así, pero sobre todo se le subieron a una edad muy temprana los humos escandinavos de su madre. Yo soy medio italiano. Conozco las debilidades de mis paisanos, pero el cerrilismo fanático de los nortños no les va a la zaga. Al principio discutía con ella, le explicaba que en el mundo no existían las verdades o los principios absolutos, ni tampoco existirán nunca. Tan solo hay compromisos, trueques, engranajes y dependencias, males mayores y menores. La fuerza que lo impulsa todo no es ni buena ni mala, sino simplemente ciega. Nuestra limitada inteligencia solo puede ponernos en situación de aprovechar esa fuerza o de rehuirla, dependiendo del momento, pero no se puede cambiar. Y nadie sabe adónde quiere conducirnos. Quienes afirman saberlo y pretenden deducir de esa fuerza unas reglas vinculantes para todos son solo unos ingenuos y, en el peor de los casos, personas peligrosas. ¿Qué piensa al respecto? Usted está continuamente en reuniones internacionales donde se tratan todos los temas posibles y se toman decisiones. ¿Qué impresión tiene? ¿Cree también que existen soluciones sencillas, que todos los políticos son malas personas y que todos los consorcios están corruptos?

—Soy intérprete, señor Di Melo —repliqué un poco sorprendido de la dirección que de pronto había tomado la conversación—. No entiendo absolutamente nada de la mayoría de las cosas sobre las que interpreto.

Di Melo ladeó la cabeza.

—Está de broma.

—No, para nada. ¿Cómo va a saber un lego en la materia como yo por qué un apartado de una directiva comunitaria de trescientas páginas sobre los intervalos de mantenimiento de tractores provoca un debate de tres horas y luego se remite para su clarificación a otro comité técnico que se reunirá al

cabo de seis meses? Probablemente la cosa tiene que ver con más o menos costes, o mayor o menor seguridad, pero quizá también con derechos relativos a la competencia o a los horarios laborales. O a todo junto. No sé nada de todo eso. Solo sé hacer mi trabajo de interpretación, pero a menudo no tengo ni idea de lo que significa en conjunto.

Di Melo negó con la cabeza.

—Fascinante. Ahora bien, ¿qué hace entonces si en efecto no comprende las palabras o los términos especializados?

Esa era la pregunta que le formulaban con más frecuencia.

—Hago lo mismo que un actor que se queda en blanco: lo primero es continuar actuando. A tu lado están los colegas que lo comprueban y te lo soplan después. Y si tampoco encuentran nada, entonces esperas a que el sentido se revele de alguna manera con el paso del tiempo.

—Pero de todas maneras usted tiene que decir algo cuando no entiende una expresión.

—¿Y qué voy a decir? Me pongo a la expectativa, hago formulaciones de una manera vaga, atravieso ese obstáculo con términos genéricos e intento encontrar lo más rápidamente posible el término especializado o que algún colega me lo proporcione. Y cuando la cosa se pone muy mal, entonces comienzo a traducir palabra por palabra.

—¿Cómo dice?

—Sí. Suena paradójico, pero es así.

Di Melo se limpió la boca con la servilleta y apartó un poco el plato, lo cual provocó que apareciera de inmediato uno de los chicos del servicio. Yo también estaba ahíto y dejé que retirara también mi plato.

—Yo escucho contenidos, sentidos, no palabras aisladas —seguí explicando—. Igual que hace usted cuando me presta atención. Tampoco oye palabras sueltas, sino las informaciones procesadas. Eso mismo hago yo sea cual sea el idioma que se hable. Resumo lo que oigo y lo parafraseo. Hay que proceder con rapidez y hacer que suene natural. El verdadero arte no consiste en quedarte pegado a las palabras, sino en reproducir con la mayor exactitud e integridad posibles lo que has entendido. Entresaco lo esencial y con ello hago paquetitos de sentido. Si comenzara a reflexionar sobre palabras sueltas, estaría perdido. Sí hay situaciones, por supuesto, en las que aparecen

tantísimos términos especializados y abreviaturas que nunca antes has oído, de modo que acabas llegando al límite. Pero lo dicho: solo puede interpretarse el sentido. Cuando este está muy codificado, por ejemplo mediante abreviaturas o lenguaje especializado, o si no hay ningún contenido al que te puedas agarrar, como ocurre con muchas declaraciones políticas o con la famosa jerga de los gestores, entonces tampoco hay manera de interpretar decentemente.

—Pero usted tiene que decir algo, ¿no?

—Claro. Entonces escupo el mismo lenguaje trivial del orador. O me armo con un glosario y disparo a todo lo que se me pone delante. Pero eso ya no es interpretar ni nada que se le parezca, sino una especie de partida de *ping-pong* con traducción. Algo terrible, cómo no, pero por desgracia cada vez hay más de esto último.

Di Melo movió la cabeza con gesto de sorpresa. Sirvieron los postres, una masa flácida encima de una hoja de plátano. Lo probé. Tenía un sabor dulce y sorprendentemente ahumado. Probé una cucharada más y dejé el resto.

—Es difícil de entender —dijo Di Melo—. Lo respeto. Me lo imagino como algo muy difícil.

—Sí, lo es. Pero la cirugía también es difícil. O el derecho societario. Y nos hemos apartado del tema.

Sonó el teléfono en la habitación. Di Melo lo ignoró al principio pero, después de que sonara cuatro veces, se levantó y entró. No estuvo mucho rato en el interior. Cuando regresó, parecía trastornado y nervioso.

—Por desgracia tendremos que continuar nuestra conversación más tarde —dijo con semblante serio—. ¿Puedo localizarle más tarde en su hotel?

Me levanté, casi aliviado por la interrupción.

—No tengo ningún otro plan. ¿Puedo llevarme las cartas?

Hacia rato que Di Melo tenía el pensamiento puesto en otra parte y se limitó a asentir, distraído, con la cabeza.

—Sí, por favor. Son tuyas.

A continuación me acompañó hasta la puerta.

32

Render

El mensaje de texto le llegó a Render unos pocos minutos antes de que Jasper Paulsen entrara en su despacho. Era una dirección de Skype. Ponía lo siguiente: «¿Qué ha decidido usted? ¿Cuándo podemos hablar? Ragna».

Guardó el teléfono móvil en un cajón y salió al pasillo a por un vaso de agua. Entonces vio que Jasper salía del ascensor.

—John, maldita sea, ¿dónde estabas?

Render esperó a que Jasper llegara a su lado.

—¿Te apetece también un vaso?

Jasper negó con la cabeza y los dos se dirigieron al despacho de Render.

—¿Qué está sucediendo realmente? —preguntó Render, poniendo cara de no saber nada.

Jasper le deslizó un sobre por encima del escritorio.

—Lo siento, John. Comprendo que tengas otras cosas en la cabeza. ¿Hay alguna novedad?

—No, nada, Jasper. Saltó por la borda y puede que no averigüemos nada más.

Jasper bajó la mirada.

—No deberías estar trabajando. Y yo tampoco debería venir a tu despacho con este asunto...

—Déjalo ya. Vivian me ha telefoneado. Me pide que vaya en su lugar al Comité de Embajadores que se celebra a causa de esas intoxicaciones.

Herrero Sánchez...

—... llevo días intentando presionarlo, pero no se toma el asunto en serio —profirió Jasper de pronto.

Render cogió el sobre y sacó los documentos: eran tablas y gráficos. Jasper lo miró con atención y luego siguió hablando con un tono emocionado:

—Son las cifras más actualizadas. Es del todo inexplicable. Fíjate en el patrón y en la distribución de los casos.

Los datos ya estaban considerablemente más desglosados que en los documentos que Render había recibido por correo electrónico.

—He hecho algunas simulaciones y he colocado los datos sobre otros antiguos casos —explicó Jasper—. Sin embargo, nunca había habido un patrón como este antes. Está hecho completamente a propósito. Las especies afectadas. La distribución geográfica. El intervalo temporal entre los valores máximos de las infecciones. No tiene ningún sentido.

Render intentó leer las gráficas como debía de haber hecho su colega, sin tener en cuenta las informaciones que él había obtenido en Vigo.

—¿Y es ciguatera?

—Hasta ahora nos han llegado cuatro análisis claramente positivos de esa sospecha, pero es muy difícil de detectar. Pero está claro que los demás análisis van a obtener los mismos resultados. En todas partes se producen los mismos cuadros de la enfermedad. ¿Y qué otra cosa puede producir esos síntomas tan potentes? ¿Has sufrido una intoxicación como esa alguna vez?

—¿Yo? No. ¿Tú, sí?

—No en persona, pero sí un primo mío. Y te puedo decir que es un infierno. Por esa razón tampoco entiendo por qué Herrero Sánchez no se pone las pilas. Cada año mueren en todo el mundo cincuenta mil personas por culpa de esa asquerosa alga. Y esos son solo los casos registrados. Los números reales no los conoce nadie. Como se trata sobre todo de personas que viven en países cuyo destino no le interesa a nadie, apenas tenemos noticias. Se trata de cifras que no nos afectan, pero la ciguatera es y seguirá siendo una de las neurotoxinas más péfidas que existen. Como ya he dicho, conozco a gente que la ha pillado en algún viaje a los trópicos. En la actualidad, solo con ver un pez de lejos se les acelera el corazón y comienzan a sudar. Y yo me temo que, debido al cambio climático, esa alga esté migrando poco a poco hacia nuestras

latitudes. Tal vez se trate de los primeros indicios. Tenemos que investigar sobre ello.

—Entonces ¿esa es tu hipótesis?

—Sí. ¿Cómo si no podrían resultar afectados los peces de las zonas australes del Atlántico? ¡Eso no se ha producido jamás, John! La Tierra se calienta, las zonas climáticas se están desplazando. Y la flora y la fauna se expanden en consecuencia con las temperaturas hacia nuevos hábitats. Estamos observando ese fenómeno en todas partes, en los insectos, en los mosquitos, justamente en los seres vivos de pequeño tamaño. Siempre son la avanzadilla. Sí, maldita sea, me temo que esa alga está emigrando hacia nosotros. No va a haber forma de pararla si el calentamiento de los mares continúa a este ritmo.

Render volvió a guardar las hojas en el sobre, se recostó y se bebió el vaso entero.

—Por el momento eso no es más que pura especulación —dijo, negando con la mano—. ¿Ya ha suministrado TRACES datos de rastreo? ¿En cuántas comidas sabemos con seguridad de dónde procedía el pescado?

—Más o menos en la mitad —se vio obligado a admitir Paulsen—. Sin embargo, son los peces de aquí los que me preocupan, no el pescado de importación.

—¡Pescado de importación! —replicó Render en tono despectivo—. En la mayoría de los casos no sabemos en absoluto qué nos ponen en el plato. Las especies «autóctonas» pueden proceder vete tú a saber de dónde: pescados ilegales de África, de Asia o del Pacífico, transbordados dos o tres veces en alta mar, fileteados y envasados hasta que ni Dios sabe ya de qué pescado se trata.

—Sí, seguro —tuvo que admitir Jasper—. De todas formas no podemos descartar del todo que esa alga haya penetrado en nuestras latitudes. Tenemos que investigar si es así.

Render lo miró disgustado. Nunca había hecho algo parecido: engañar de ese modo a un colega del trabajo. Pero entonces pensó en el SMS en su cajón y se dio cuenta de que aguardaba con tensión la charla con Ragna. Lo que estaba haciendo era monstruoso. No podía estar ocultando las informaciones que poseía. Sin embargo, la conversación con Jasper Paulsen tuvo un curioso efecto sobre él. Esa toxina era una superarma con la cual tal vez podría

alcanzarse por fin lo que llevaban intentando desde hacía décadas: hundir la demanda.

—Pensaré al respecto, Jasper. Ahora permíteme que lea las actas, por favor. Tengo que prepararme para la reunión.

33

Adrian

Tomé un taxi fluvial y me adentré en la ciudad sin tener ningún destino exacto. La comida y el vino me habían amodorrado. A ello se añadía mi sensación desplazada del tiempo, el suave entumecimiento del desfase horario.

Acompañado del bamboleo arriba y abajo del bote, que por suerte iba con poca gente a bordo, se generó en mí un estado de ánimo difuso. Tenía la sensación de que mis percepciones corrían a mi lado como perros vagabundos, buscando y olisqueando en todas direcciones sin ningún control por mi parte, y cuando se cobraban alguna pieza, yo no podía hacer nada con ella.

En la orilla, los hoteles de lujo y los bloques de apartamentos se elevaban hacia el cielo. Entre ellos había cabañas pobres, talleres, almacenes. Después de uno de los muchos meandros del río se alzó majestuoso ante mis ojos el templo del Amanecer y, poco después, aparecieron los remates dorados de las pagodas del Palacio del Rey en la orilla opuesta. Desembarqué, me abrí camino a través de un laberinto de puestos y tomé un mototaxi para volver al hotel. Tras llegar, me eché en la cama y caí de inmediato en un sueño profundo del que desperté algunas horas después empapado en sudor. Estaba anocheciendo. Salí a la terraza y vi el cielo teñirse de forma gradual de un color azul oscuro hasta volverse finalmente negro.

Eché un vistazo al contestador automático del teléfono de mi habitación, pero no había ninguna llamada de Di Melo. Tampoco había ningún correo

electrónico suyo. En cambio, me había escrito Derek echando pestes. «*This place is a mess* —decía—. Por aquí todo anda patas arriba. Ayer estuve hasta las once de la noche en un Comité de Toxicología. Hay en el pescado una especie de toxina producida por un alga. Nunca dejas de sorprenderte de todo lo que nada en los mares. Te lo digo en serio, desde los tiempos de la EEB no había vivido un ambiente de tanta tensión, por supuesto todo estrictamente secreto, por lo que no puedo darte detalles concretos, excepto una cosa: para nada comas pescado. Sobre todo justo allí donde te encuentras en estos instantes, pues es probable que de ahí proceda esa alga tóxica que no ha sentado nada bien a centenares de personas por acá. Van a reunirse hasta los ministros de Sanidad. Me han citado para mañana otra vez».

Europa estaba muy lejos de mí en esos momentos. Eché un vistazo a los correos restantes, principalmente publicidad y una consulta para asistir en febrero a un congreso de medicina en Copenhague. Miré mi agenda para ver si estaba libre y acepté. A continuación escribí algunas líneas de respuesta a Derek, le agradecí su sugerencia, leí en una página de noticias los titulares sobre esa intoxicación producida por el consumo de pescado, pero el tema no me resultó especialmente interesante, así que me duché y bajé después al restaurante del jardín. Pedí una cerveza Singha. Me había traído mis viejas cartas. Eché mano de la primera y saqué la hoja a la que antes había echado una breve ojeada en el jardín de Di Melo. Era la primera carta que le envié a Ragna tras su partida a Kuala Lumpur.

Está claro que no me moriré porque probablemente no vaya a volver a verte nunca más, pero ¿por qué me siento así? He comenzado a evitar todo aquello que me recuerda a ti. Ya he llegado a mí mismo. Mi risa ha cambiado. Mi manera de andar. Mi voz. No puedes imaginar lo mucho que te añoro.

Fue tremendo leer aquellas palabras. ¿Cuántas cartas le escribí por aquel entonces? ¿Solo esas? En mi recuerdo eran muchas más. Pero ¿tenía alguna importancia eso? Las dos personas de las que se hablaba en esas cartas ya no existían. Tenía la impresión de estar leyendo las cartas de amor de un hijo mío adolescente, un hijo que estaba claro que no tenía. ¿Y los sentimientos que

describía? ¿Eran posibles después de los veinte años? ¿Por qué no le había escrito correos electrónicos? ¿O es que todavía no era algo habitual al final de los años noventa?

Abrí la segunda carta. El matasellos era del 3 de octubre de 1998, así que había un intervalo de dos meses entre esta y la anterior. Ella no había respondido. En realidad no contestó a ninguna, pero yo, en lugar de dejar estar el tema, seguí escribiéndole. Incluso envié un poema, tal como descubrí. Paseé la vista, avergonzado, por los primeros versos. La lírica de un adolescente. Estrujé la hoja y me quedé mirando aquella bola crujiente. Tal vez debía estarle agradecido al destino de que Ragna se hubiera librado de mi poesía adolescente. Me sentí mal. La cerveza se había calentado, pero me la bebí a pesar de todo y pedí otra. Después abrí las demás cartas. Lo hice a regañadientes. ¿Aquellos habían sido mis sentimientos?

Leí con valentía todo, hasta llegar a la última línea. Algunos párrafos sonaban incluso aceptables. Seguramente los había copiado de algún sitio. Es probable que no me faltara material porque, tras la desaparición de Ragna, me aislé y durante varios meses no hice sino leer, leer y leer. Poemas, sobre todo.

*We have lingered in the chambers of the sea
By seagirls wreathed with seaweed red and brown
Till human voices wake us, and we drown.*

Así que también le había enviado eso: el resultado de mis infinitos esfuerzos por traducir mi poema favorito de T. S. Eliot.

*Habitamos los aposentos del mar
con sirenas envueltas en algas rojas y pardas;
unas voces humanas nos despertaron, y morimos ahogados.*

Volví a meter las cartas en los sobres. Luego eché un vistazo al reloj: eran las diez y media. No había comido nada, pero tampoco tenía apetito. Atravesé el vestíbulo, hice una señal a un mototaxi para que se acercara y me dirigí al hotel Aloft Bangkok. El bar ubicado en la azotea estaba ya muy frecuentado a esas horas. Pedí un vodka con naranja y me puse a contemplar la fiesta. La mayoría de la gente estaba allí plantada de pie, algunos bailaban música

electro o lo que fuera aquello. Traté de no fijarme en los textos vulgares que se repetían monótonamente entre los ritmos duros y los bajos retumbantes, pero eso no hizo sino que los oyera con mayor claridad si cabe. *Talk dirty to me. We want international oral sex. Show me your genitals, genitals.*

Las chicas eran jóvenes, guapas, con escasa ropa y, probablemente, la mayoría de ellas estaban a la venta. Sin embargo, la cosa no estaba tan clara. Había también muchas parejitas, occidentales, autóctonas y mezcladas. Los hombres tailandeses apenas se diferenciaban por su aspecto exterior, su vestimenta y sus accesorios de los extranjeros occidentales. También llevaban tatuajes y *piercings*, y había muchos con barba; estaba de moda llevar un *look* étnico o de fiesta *grunge*, una mezcla de *Mad Max* y el señor Spock, a los cuales se añadía algún que otro estiloso engominado del tipo «joven gerente con un MBA». Mi grupo de edad estaba poco representado, la mayor parte de la gente tenía menos de treinta años. Las chicas, con toda seguridad. Bailaban, se divertían e iban a la suya como si no les importase que las observaran. Había también algunos hombres que bailaban, pero la mayoría estaban parados, de pie, con una botella o una copa en la mano y moviéndose levemente.

Yo no estaba muy lejos del ascensor que cada pocos minutos expulsaba a la azotea una nueva carga de gente con ganas de fiesta. Veintitrés pisos más abajo destellaba un mar de luces. Una joven que bailaba ensimismada cerca de mí y en la que ya me había fijado anteriormente, alzó de repente la cabeza y me sonrió. Yo le devolví la sonrisa, pero no hice nada, no levanté mi copa para invitarla, ni realicé ningún otro gesto seductor. A pesar de todo, ella se acercó y se colocó a mi lado.

—*Where you from?*

—*Europe* —respondí yo—. *And you?*

Esa pregunta era idiota, por supuesto, pero no se me ocurrió ninguna mejor.

—Chiang Mai. *You on business?* —Llevaba una falda corta de piel de color rojo, un top negro que enseñaba el ombligo y cuyo escote por encima de un sostén del mismo color dejaba tan a la vista sus senos que podías imaginar con facilidad lo que no atisbabas. Unas perlititas de sudor brillaban sobre su piel morena. Se me acercó un poco más para susurrarme algo al oído y yo

aspiré su perfume.

—*You buy me drink?*

—*What you like?* —repliqué yo, ajustando mi inglés al suyo.

—*Moscow Mule* —dijo ella.

Pregunté al camarero qué cerveza de jengibre tenían. Era Old Jamaican, así que pedí dos.

—*What your name?* —prosiguió la cosa.

—*Paul* —respondí.

Era el nombre universal que empleaba siempre cuando trataba de realizar cualquier reserva pasajera en restaurantes o lugares similares. Funciona prácticamente en todos los idiomas y no hay que andar todo el tiempo delectándolo.

—*Nujaree* —dijo y me sonrió de una manera que resultaba fácil olvidar la razón por la que lo hacía—. *You nice eyes* —añadió a continuación—. *Here long?*

El negocio había echado a andar. No podía durar mucho más hasta que me viera obligado a comprar algo. Era mi tipo, de lo contrario no la habría mirado una y otra vez mientras bailaba. La idea de llevarla a mi hotel, desnudarla y disfrutar de su cuerpo era muy tentadora. Su larga cabellera negra rodeaba una cara de la que es probable que te olvidaras enseguida cuando ya no la tuvieras delante. Ahora bien, mientras la mirabas, poseía un efecto hipnotizador. Era inmaculadamente bella, y punto. Ojos alargados, labios gruesos, cejas curvadas. Incluso las manos eran muy atractivas. Siempre miro las manos de las mujeres, la forma de los dedos y sus movimientos. Y las suyas llamaron de inmediato mi atención cuando se llevó la copa a los labios.

—*I don't know, depends on my boss* —repliqué, y añadí acto seguido—: *I like your dance. Very nice.*

—*You like?* —exclamó con alegría y dejó su copa en la barra—. *You dance with me?*

Me cogió de la mano y me condujo a la pista. Miré durante unos instantes a mi alrededor, pero nadie se fijaba en nosotros. ¿Por qué iban a hacerlo? Lo que se estaba desarrollando entre nosotros sucedía allí por todas partes. Yo no era el único occidental que disfrutaba con que el juego transcurriera una vez en sentido inverso, si bien de hecho se trataba de un juego completamente

diferente. No pude sino acordarme de la secuencia de un diálogo de una vieja película de Godard.

Él: Ah, los senos de las mujeres.

Ella: Ah, el dinero de los hombres.

Nujaree bailaba ante mí, levantaba los brazos, bajaba la cabeza y hacía mover en círculo sus finas caderas. El pelo le tapaba la cara. Entonces se lo echó hacia atrás y me sonrió como si nuestro encuentro fuera lo más natural del mundo. Esa noche no iba a acostarme solo, decidí. Por lo visto mi cuerpo solo había estado esperando esa confirmación de arriba. Se me aceleró la respiración, mi corazón latía con mayor rapidez. La excitación no disminuyó hasta que pensé en la negociación del precio. Estaba claro que no iba a llevármela al hotel para alimentar este sistema de esclavitud sexual con mi deseo y con mi dinero. Tal vez la manera de pescarme aquí era un poco más sutil que en los folladeros infernales por los que había pasado de camino hacia allá. Ahora bien, ¿en definitiva era algo diferente? Nujaree se me arrimó de pronto, y bailamos algunos compases muy pegados el uno al otro. Entonces la saqué de la pista de baile y la llevé de vuelta a la barra.

Bebimos nuestras copas en silencio. Evidentemente, ella había percibido mi repentino cambio de humor pues de golpe se volvió también más reservada. ¿Estaría calculando cuánto tiempo merecía aún la pena proseguir con esa pesca? ¿A cuántos hombres tenía que abordar y ligarse en una noche para llegar a un volumen aceptable de ventas? ¿Debía regalarle los tres o cuatro mil bahts que seguramente costaría follar con ella? ¿No debía de haber ido allí, narices! Y, en medio de todas esas reflexiones, ella dijo de repente:

—*You sad man?*

Yo sonreí con inseguridad.

—*Why?*

—*Sad eyes. Pretty but sad. You come with me. I make you happy man.*

La miré. Mi cuerpo volvía a trabajar intensamente contra mí cabeza, e incluso se me quebró un tanto la voz cuando pronuncié la frase que exigía el guion.

—*How much?*

—*Not much* —ronroneó ella—. *I give all. You give what you like.*

Aquello era muy fuerte. Ni siquiera me daba un precio.

Así pues, la cosa iba de limosna. La frontera entre el ligue y el negocio era aquí tan fina y extensible como un condón. ¿Qué iba a poder objetar yo ahora? ¿Quién le enseñaba a esta chica esas expresiones? ¿O tal vez disfrutaba un poco representando su poder y era lo bastante experta para saber que de esa manera, probablemente, iba a recibir al final una suma mayor que la que hubieran acordado? Ella levantó su copa, la golpeó con suavidad contra la mía, que estaba en la barra, bebió, se inclinó hacia delante, me besó en la mejilla y me susurró entonces:

—*We go make love now.*

A continuación se levantó, volvió a cogerme de la mano y tiró de mí en dirección a la salida.

En el ascensor íbamos muy pegados el uno al otro mientras descendíamos los numerosos pisos como si estuviéramos flotando. Mi hotel no quedaba lejos, pero de todas formas le hice una señal a un mototaxi para que se acercara, tal vez porque no quería caminar por las calles como una de las parejas que anteriormente me habían llamado la atención de camino hacia el bar de la azotea. ¿O tal vez era porque de pronto tenía prisa?

Al bajarnos frente a la puerta del hotel tuve la sensación de salir de mí mismo y de ver cómo atravesábamos el vestíbulo y el personal nos trataba como a una pareja normal que regresa al hotel. En la habitación vi a Nujaree desaparecer en el cuarto de baño y regresar poco después vestida solamente con una toalla. Vi mis manos retirándole la toalla y comenzando a explorar su cuerpo, sus pequeños senos firmes, morenos, con las aureolas de los pezones de color castaño más oscuro, sus finas caderas, de muchacha, su pubis depilado. Ella comenzó a desabotonarme la camisa acercando su busto de muchacha y de tanto en tanto empujaba una de sus yemas blandas contra mis labios con suavidad. Me quitó la camisa por los hombros, se arrodilló, desabrochó mi cinturón y me desabotonó el pantalón. Regresé a la película que antes solo había intuido, percibí la fría sábana en mi espalda mientras algo indeciblemente blando, tierno y cálido rodeaba mi miembro. Cerré los ojos pero, pese a la intensa sensación que me provocaba Nujaree con la lengua, percibía los sonidos que penetraban amortiguados en la habitación procedentes de la piscina, el restaurante del jardín y la gran ciudad. Ella se tomó su tiempo y yo simplemente la dejé hacer. De pronto sentí una fuerte

presión en la base del pene, que ella mantenía empuñado cada vez con mayor firmeza mientras ralentizaba sus caricias. De pronto me incorporé y ella mostró los dientes sorprendida. La cogí por las axilas, la levanté, la tumbé a mi lado en la cama y llevé mi mano entre sus piernas, que se abrieron solícitas. Tenía el sexo muy abierto e introduje dos dedos en él, a lo que ella reaccionó con un alzamiento placentero de la pelvis y una respiración cada vez más intensa. Insistí durante unos instantes, luego deslicé los dedos hacia fuera y la acaricié, pero al parecer eso le resultaba demasiado suave porque encerró mi mano con las suyas y presionó mis dedos para introducirse los bien adentro mientras los movimientos de su pelvis se incrementaban. Después se dio la vuelta y se montó encima de mí; de repente tenía un condón en la mano y me lo puso. Yo me abandoné de nuevo a su dirección y al final permanecí durante algunos segundos sin moverme mientras una oleada de contracciones musculares establecía una conexión entre los dos hasta alcanzar un punto insoportable y disolverse después en algo inaprensible.

No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido cuando ella se levantó y desapareció en el cuarto de baño. Cuando regresó, estaba perfectamente arreglada. Se acababa de aplicar un delineador de ojos y un pintalabios, y un aroma de perfume inundó la habitación. Se sentó en el borde de la cama, ladeó el busto para ponerse los zapatos y a continuación me miró con una sonrisa, a la espera. Me levanté, encontré mi chaqueta tirada en el suelo, saqué cinco billetes de mil bahts y se los di.

—*So you like very, very much* —afirmó contenta y se puso en pie.

Asentí en silencio y la acompañé hasta la puerta. Nos besamos en la mejilla.

—*You come back tomorrow* —dijo ella de tal modo que no pude distinguir si era una exhortación o una pregunta.

—*May be* —dije.

Su última mirada me alcanzó con la puerta medio abierta. De pronto fue como si hubiéramos pasado varios días aquí los dos. La miré marcharse hasta que su delgada figura se disolvió en la oscuridad del pasillo del hotel. Luego cerré la puerta.

Me apoyé en ella desde dentro y esperé. Desde la penumbra miraba fijamente la cama revuelta. Su perfume seguía flotando en el aire. Fui hasta la

puerta del balcón, la abrí de par en par y dejé que entrara la cálida brisa nocturna. A mi alrededor se arremolinaban los sonidos de la noche, pero yo solo oía una y otra vez su clara voz pronunciando la misma frase.

«You sad man».

34

Di Melo

—Espero que haya disfrutado de una agradable llegada de su viaje —dijo el hombre, que al sonreír dejó al descubierto una hilera de dientes llamativamente pequeños.

Di Melo dejó vagar la mirada de uno a otro de los tres visitantes tailandeses y respondió luego:

—Vayamos directos al grano, señor Suphatra.

Di Melo respiró con calma e intentó no pensar en la persona que tenía sentada delante. Buzual había vuelto a pillarlo por sorpresa. Cuando llegó la llamada desde recepción, no tuvo más opción que exhortar con amabilidad a Adrian para que se marchara rápidamente. Vio que por suerte se subía a una barca, así que no existía peligro alguno de que se cruzara con Suphatra en el vestíbulo de la entrada. Esperó a que zarpara la pequeña embarcación de madera y solo entonces se dirigió a la recepción para acoger a la visita no invitada.

Como era natural, Suphatra no había acudido solo, sino acompañado por dos hombres que parecían estar acostumbrados a que se les ignorara. En cualquier caso no se los presentó, ni tampoco dijeron palabra alguna mientras los conducía con su jefe a su *suite*. Una vez en ella, Suphatra les hizo una señal imperceptible y los dos se marcharon sin decir nada. Suphatra era un hombre bajito, enjuto, con solo unos pocos mechones de pelo negro en el cráneo. Por el *dossier* que Di Melo había mandado confeccionar sobre él,

sabía sin embargo muy bien de qué calibre era. ¿Cómo era posible que a Ragna se le hubiera ocurrido tener como objetivo a esa gente? Suphatra mantenía un pequeño imperio. Su flota abastecía una red de distribución internacional que servía desde pescado fresco hasta pescado congelado, conservas y harina de pescado a toda la cadena de aprovechamiento de las capturas. Su hermano era el jefe de la policía de Kantang. Su cuñado era un alto funcionario en el Ministerio de Economía. El clan de Suphatra estaba perfectamente unido. Incluso el negocio de los remolcadores en la frontera con Birmania estaba en manos de la familia. Una prima de Suphatra atraía a jóvenes birmanos hacia Bangkok desde los campos de refugiados con supuestos trabajos en fábricas. En el camino hacia allí los anesthesiaban y cuando despertaban se encontraban en uno de los barcos arrastreros de Suphatra, donde tenían que trabajar para saldar la «deuda» contraída en el viaje. Muchos de ellos no volvían a ver la costa sino al cabo de varios años. Algunos, jamás.

Las investigaciones del Departamento de Finanzas eran aún más enjundiosas. El entramado de negocios, en cuyo centro estaba asentada la empresa de pesca y de conservas de pescado de Suphatra, abarcaba medio planeta. El negocio en Europa se dirigía desde Polonia. Di Melo había analizado ya muchas participaciones cruzadas de ese tipo como para distinguir aquí un velo que tapaba el siguiente. Tales entramados eran laboriosos y caros, y no podían mantenerse sin una cierta benevolencia en las altas esferas, lo cual encarecía aún más el conjunto. En resumidas cuentas, estaba ante algo que era mejor no tener enfrente. Solo habría tomado en consideración a ese hombre como cliente con muchísimas reservas y extremando las precauciones, pero en ningún caso lo hubiera convertido en su enemigo.

—Ignacio le tiene en mucha estima —dijo el hombre con una mueca que era probable que fuera una sonrisa—. Me alegraría mucho poder encontrar juntos y rápidamente una solución a esta desagradable situación.

—También a mí —respondió Di Melo e intentó aplacar la ira que ascendía por su interior.

¡Esa chiflada de su hija! ¿Por qué no la daba por perdida y ya está? Ya era adulta, carajo. Si quería darse de cabezazos contra un muro, él no podía cambiar las cosas. Le había ofrecido de todo, le había abierto todas las

posibilidades. Excelentes escuelas. Una carrera universitaria carísima. ¿Y qué había hecho ella? Una acción disparatada tras otra. Nada más que acciones irreflexivas. Accionismo puro y duro. Él sentía una enorme simpatía por todos los idealistas que creían que todavía existía una esperanza para este planeta y para los locos que habitan en él, pero entonces al menos habría que ser consecuente y trabajar en esa dirección paso a paso para mejorar la situación y no entregarse a la ilusión de que el mundo puede redimirse tan solo con algunas acciones radicales. Comprendía que una persona, después de contemplar las cosas con objetividad, se convirtiera en un idealista comprometido o en un cínico pasivo, pero emprender actos simbólicos de resistencia por total desesperación arriesgando encima la propia vida iba más allá de su capacidad de comprensión. ¿Para qué? Luchar por una buena causa en la que uno cree, vale, pero ¿sabotaje, terrorismo y autosacrificio por una especie a la que en el fondo se da ya por perdida? Eso no lo entendía. «Abogado manchado de sangre», le había llamado ella una vez. Una expresión que parecía sacada de una novela policíaca barata. Ragna dividía el mundo simplemente en buenos y malos, como en un culebrón, como si fuera posible distinguirlos con absoluta claridad. ¡Qué ridículo! ¿Qué ofrecía ella para solucionar las contradicciones irreconciliables? Moralinas y acciones a lo Robin Hood. Y la única posibilidad de sacarla de la línea de fuego era negociar un trato con ese mafioso tailandés de labios finos.

—¿Qué le trae por acá? —preguntó Di Melo y se sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos—. ¿Fuma?

El hombre negó con la cabeza.

—No, gracias. Pero me gusta el olor del tabaco. ¿Ha avanzado usted algo? ¿Alguna novedad?

—Voy a encontrar a mi hija y su problema quedará resuelto para siempre —dijo Di Melo—. Esa será mi contribución en este asunto. A cambio, usted no le hará nada.

—Ignacio me comunicó su acuerdo de la semana pasada de una manera similar. Pero, por desgracia, entretanto las cosas han ido a más.

—Lo sé —dijo Di Melo y dio una larga calada a su cigarrillo para que no se le notaran los nervios—. Pero ¿qué cambia eso? Yo me ocuparé de este asunto. A mi manera.

—En el primer ataque resultaron afectados tres de nuestros barcos — explicó Suphatra con calma—. En el segundo, la toxina no se administró a bordo de nuestros arrastreros, sino posteriormente, en la cadena de suministro, y en varios países a la vez. Así pues, tenemos que partir de la base de que no se trata del último ataque y de que nos enfrentamos a una estructura grande y bien organizada.

—Puede que sea así. ¿Y qué?

—Tenemos una idea bastante clara de la región desde la que opera ese grupo. Vamos a peinar el territorio y encontrar la base de esa gente, sobre todo el laboratorio en el que se produce la toxina. No sé cuáles son sus posibilidades, pero seguro que juntos alcanzaríamos más rápidamente el éxito de nuestra acción.

—Trabajo en solitario.

—Sí. Eso es así en su círculo cultural.

—Cada uno tiene sus métodos.

Suphatra permaneció en silencio unos instantes. La arrogancia tras la fachada de amabilidad provocaba a Di Melo. Sabía perfectamente lo que esa persona pensaba de él. «Vosotros, europeos, estáis más que acabados. Vuestra época ya pasó, solo que aún no lo sabéis. ¿Cuántos de vosotros seguiréis viviendo en treinta o cuarenta años? Seréis el cuatro o el cinco por ciento de la población mundial, y la mitad de vosotros en la vejez. Ya hace mucho tiempo que el futuro se fue a otras partes y, encima, os despedazáis los unos a los otros en lugar de fusionaros con firmeza».

—Mire, señor Di Melo —prosiguió el hombre—, incluso suponiendo que encontrara a su hija antes que nosotros, cosa que deseo fervientemente, ¿de qué medios dispone para apartarla de sus propósitos? ¿Es que ella le obedecerá? Y, en caso contrario, ¿qué hará usted entonces?

Di Melo no tenía respuesta a esa pregunta. Pero tampoco quería formularse.

—Yo también tengo hijos —prosiguió Suphatra—. Puedo figurarme muy bien cómo se siente, pero hay momentos en los que hay que dejarse llevar por la razón y no por los sentimientos.

—¿Qué significa eso?

—Pues que debería confiar en los socios que afrontan la situación de una

manera menos emocional. Me temo que su hija no le va a hacer el menor caso.

Di Melo apagó su cigarrillo en el cenicero. Tenía que encontrar a Ragna antes que Suphatra. Sin embargo, el hombre tenía razón en una cosa: ¿iba ella a prestarle oídos o a seguir sus consejos? ¿Con quién estaba involucrada? ¿Tenía libertad para decidir por sí misma?

—Entonces ¿cuál es su propuesta concreta? —preguntó Di Melo en tono impaciente.

—Le ofrecemos todo nuestro apoyo logístico —aclaró Suphatra—. Permaneceremos en un segundo plano el tiempo necesario hasta que usted encuentre a su hija. Le garantizo que no les molestaremos.

«Nosotros —pensó Di Melo—. ¿A quién se refería? ¿A Buzual? ¿A unos inversores? ¿A un escuadrón asesino?».

—En el caso de que no pudiera convencerla para que rectifique su actitud, estamos dispuestos a echarle una mano. Podemos ponerlos a salvo a ambos antes de que la situación tal vez se descontrole. Aquí tenemos medios de los que usted carece: barcos, helicópteros, lo que haga falta. Me parece que no es posible ninguna oferta mejor que esta, señor Di Melo.

—¿Y qué exige en contrapartida?

Suphatra se sacó del bolsillo un pequeño teléfono móvil y lo dejó encima de la mesa.

—Lleve usted este aparato. Nos mantendremos en un segundo plano hasta que usted nos dé la señal acordada.

—¿Y después qué?

—Eso ya no depende de nosotros, por desgracia, sino del otro bando. No sabemos con quién tenemos que vérnoslas, si esa gente está armada o de qué manera puede negociarse con ellos. Usted es un mediador con experiencia, ¿verdad? No buscamos ninguna escalada de la situación. Tiene usted las manos libres, pero está claro que no podemos aceptar de ninguna manera lo que está sucediendo ahora.

Di Melo echó un vistazo al teléfono móvil. Iba a frotarse las sienes para expulsar la tensión de su cuerpo, pero se controló y permaneció sosegado exteriormente. ¡Vaya negociador y mediador estaba hecho! Buzual lo tenía agarrado justo allí donde quería. Y esta vez ni siquiera iba a poder presentarle una factura.

—¿Quién me garantiza que usted mantendrá su palabra?

Suphatra se levantó.

—Yo. A su hija no le sucederá nada. —Extendió la mano derecha—. Como ya le he dicho, estamos abiertos a toda solución negociadora, siempre y cuando se tengan en consideración nuestros intereses. —Como si se tratara de una clave secreta, volvieron a aparecer sus dos acompañantes—. Puede contactar conmigo cuando desee —dijo Suphatra—. Mucha suerte.

—Una cosa más —replicó Di Melo.

Suphatra, ya dispuesto para marcharse, se volvió de nuevo.

—¿Sí?

—Según mis pesquisas, usted controla algo más del diez por ciento de las exportaciones tailandesas de productos procedentes de la pesca. El noventa por ciento restante está en manos de sus competidores. No me imagino que tenga usted algún interés en ponerse a esa gente en su contra por un comportamiento poco inteligente, ¿no es cierto? Pero eso podría ocurrir fácilmente si le tocase un solo pelo a mi hija. Tailandia ha recibido ya dos amonestaciones. Las negociaciones sobre el futuro acceso al mercado europeo están pendientes de un fino hilo de seda. En el caso de que la situación se agravase, ese podría ser el fiel de la balanza para las negociaciones en curso con la Unión Europea. Y no sé cómo van a reaccionar sus competidores si perdieran uno de sus mercados más importantes porque usted emprendiera una acción irreflexiva.

Suphatra ni siquiera pestañeó.

—¿Pretende amenazarme?

—De ninguna manera. Me limito a señalar las relaciones de fuerzas. Nuestros intereses son los mismos. Voy a arreglar este problema de una forma discreta y callada. Esta es la mejor manera y la que más nos interesa a todos.

—Entonces estamos de acuerdo —respondió Suphatra haciendo una ligera reverencia—. Buenos días, doctor Di Melo.

Di Melo siguió con la mirada a los tailandeses y los vio desaparecer por la puerta, que se cerró con suavidad tras ellos. Se sirvió un *whisky* con la mano ligeramente temblorosa y se encendió otro cigarrillo. El ritmo cardíaco se le fue calmando poco a poco. Cogió el aparato de Suphatra y lo examinó. Era un sencillo Nokia, ya pasado de moda. Tomó impulso y lo arrojó con rabia

contra la pared más cercana. A continuación echó mano de su propio teléfono y marcó un número.

—Aquí Di Melo —dijo cuando se estableció la conexión—. Póngame con el jefe de la oficina de Rangún. Es urgente.

35

Render

Render conducía de vuelta a casa. Como es natural, quedaba excluida una conversación por Skype con Ragna a través del ordenador de su despacho. Sopesó incluso la posibilidad de ir a un cibercafé, pero esa habría sido quizá una precaución exagerada.

Cuando entró en su vivienda a eso de las cinco y media, le arrolló una oleada de tristeza y de soledad. ¿Iba a ser así su vida a partir de ahora? Una vivienda vacía. Una existencia vacía. Comprendió de pronto que la realidad de todo aquello que había sucedido hasta el momento no le había alcanzado todavía de verdad, sino que estaba ahí al acecho, a su alrededor, como un abismo ante el cual él levantaba por ahora una torre con todo lo que fuera para no tener que afrontarlo. Sin embargo, llegaría sin duda el momento en que no tendría más remedio que mirar hacia abajo. ¿Acaso no sería mejor poner fin a su desgracia dando un paso valiente? ¿Qué más había de sucederle a alguien como él?

Echó un vistazo al reloj. Como muy tarde dentro de dos horas debía estar en el Comité de Embajadores para analizar la situación y luego comunicársela a Vivian. Durante unos instantes le procuró cierta satisfacción el hecho de ser el único en esa sala que sabía lo que estaba ocurriendo de verdad. Podría observar cómo la maquinaria política comenzaba a retorcerse por la presión de una situación de emergencia porque, como solía ocurrir, el dinero y la vida de las personas tenían que compensarse mutuamente. Sin embargo, ese

entusiasmo no le duró mucho. Se levantó de su escritorio, encendió el ordenador, abrió el programa Skype y se hundió de nuevo en un oscuro abatimiento. Cuando llegó la llamada, se quedó mirando un buen rato al botón de respuesta que iba apareciendo y desapareciendo, y después de establecida la conexión, se asustó al ver su cara envejecida y pesarosa junto a la de la joven en la pantalla. Quiso decir algo pero no supo el qué.

—Hola, John —lo saludó ella.

Se encontraba en el mismo lugar que la última vez.

—Hola —se limitó a contestar él.

Ella lo observó con atención durante algunos instantes y dijo luego:

—Siento mucho que no se encuentre bien. Nosotros tampoco...

—Dejemos eso —la interrumpió él—. Su última acción ha captado una gran atención por aquí. ¿Están contentos?

—Sí y no —dijo ella—. Depende de lo que suceda en los próximos días.

—Así pues, ¿van a continuar en esa línea?

—Como ya le he dicho, eso depende también de ustedes. Si conseguimos catapultar a través de los medios de comunicación gran parte de la atención de la que disponemos ahora, entonces nos mantendremos a la espera.

—Dicho de otra manera —replicó Render tras asentir con la cabeza—: si estalla una histeria generalizada y la gente deja de comprar pescado por miedo a intoxicarse, entonces lo dejan estar. En caso contrario aumentarán la dosis.

—Sí, algo por el estilo. Entre nosotros, también existe diversidad de opiniones acerca de hasta dónde deberíamos llegar. Lo dicho: todo depende del desarrollo de los acontecimientos.

—¿Y qué esperan concretamente de mí? —preguntó impaciente.

Ragna bebió un trago de agua y se secó la frente. Debía de hacer mucho calor dondequiera que estuviese. Él intentó recordar la conversación en Nairobi y el aspecto que tenía ella por aquel entonces. Sin embargo, lo que apareció de inmediato en su mente fue la cara de Teresa, durmiendo a su lado, con el cabello revuelto, la respiración sosegada, la calidez de su cuerpo junto al suyo. «Todo esto es solo un sueño», pensó entonces. Y, en efecto, ahora lo era.

—¿Qué cree que sucederá hoy en Bruselas? —preguntó Ragna—. ¿La situación es lo bastante apremiante para que se tome alguna clase de medidas?

¿Cuenta con que vaya a haber decisiones drásticas?

—No. Primero, por el momento la situación es demasiado confusa y, segundo, no es, ni de lejos, lo suficientemente grave.

—También lo vemos así. Voy a enviarle una lista. Se trata de contenedores de congelados que se hallan todavía en trámites aduaneros. La mercancía procede en un sesenta por ciento de la pesca ilegal. Los filetes están combinados, es decir, las especies en peligro están tan mezcladas con las demás que solo podrían descubrirse a través de caros y laboriosos procedimientos forenses. Hemos logrado con la toxina que aproximadamente unos mil kilos sean incomedibles.

Render parpadeó pero no se movió del sitio. ¡Así que las cosas habían llegado hasta ese punto, en el que él se encontraba ahora sopesando con seriedad emplear una lista de alimentos potencialmente mortales para chantajear a la opinión pública!

—Así que han puesto en espera entre ocho y diez mil comidas envenenadas. ¿Lo he entendido bien?

—No tema —dijo Ragna—. No deseamos que esos lotes lleguen al mercado. Queremos que los descubran antes y que los medios estén al tanto de ello. El efecto disuasorio tiene que ser como mínimo equivalente al de una epidemia real, es decir, debería suministrar a la prensa esa información de la manera apropiada.

Él movió la cabeza con un gesto de incompreensión.

—¿Y cómo se han imaginado que eso puede hacerse? ¿Quieren que vaya con la lista a las redacciones de los periódicos? ¿Y qué quiere decir con lo de «de la manera apropiada»?

—Podría intentar, por ejemplo, que se creara la impresión de que se trata de un documento interno, es decir, de informaciones secretas dentro de la comisión que se han ocultado y que han llegado a manos de la prensa por casualidad. Así se generaría la impresión de que no existen controles efectivos, algo que es cierto. Una apertura de los contenedores forzada y observada por la prensa pondrá a la vista de la opinión pública el peligro potencial existente y provocará una primera sensación de inseguridad entre los consumidores. Nosotros realizaríamos algunas pequeñas acciones en paralelo. Esta noche, después del Comité de Embajadores, habrá una rueda de prensa

donde estarán presentes algunos centenares de periodistas. No sé decirle cuál es la mejor manera de filtrar informaciones internas y confidenciales, pero estoy segura de que usted sí sabe cómo se procede en esos casos. Siempre y cuando quiera hacerlo. Vamos a intentar que el número de víctimas sea el más bajo posible, pero al mismo tiempo el nivel de la amenaza tiene que parecer el mayor posible, algo que solo puede conseguirse con la ayuda de los medios de masas.

Ella lo miró ahora directamente a la cara. Él le sostuvo la mirada, pero no respondió. Ragna esperó, mientras él se recostaba en el asiento. Ella lo imitó, y transcurrió casi un minuto sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra. Ragna pudo escuchar algunos ruidos de fondo, como lloriqueos o aullidos que no supo identificar en absoluto. No eran perros con toda seguridad. Pero, entonces, ¿qué eran? ¿En qué selva estaba escondida esa gente? Una breve señal acústica le indicó que ella le había enviado un documento. En ese mismo instante apareció el archivo PDF en su bandeja de entrada de correo.

—La lista de contenedores está cifrada —dijo Ragna—. La contraseña es la fecha de nacimiento de Teresa.

—¿Y si me niego a hacerlo?

—Los lotes envenenados están a punto de ser despachados. Si no hace nada, en los próximos días habrá varios miles de personas intoxicadas. En uno u otro caso obtendremos el efecto deseado. Las autoridades se verán obligadas a suspender la venta de pescado hasta que se aclare cómo ha llegado esa toxina a la cadena alimenticia. Si hace lo que le he propuesto y procede con inteligencia, podremos alcanzar el mismo efecto sin poner en peligro la salud de ninguna persona. Depende de usted.

—Eso es chantaje —protestó él.

Ella puso cara de no entender la palabra.

—Llámele como quiera. Piense usted en Teresa. Buenas tardes.

36

Ragna

Se quitó los auriculares y los arrojó a un lado.

Steve, que había estado sentado todo el rato enfrente de ella escuchándolo todo, carraspeó.

—¿Y qué? —dijo él al cabo de un rato—. ¿Qué opinas?

Ella se enjugó el sudor de la frente y echó mano de una botella de agua.

—Lo hará —contestó Ragna—. Esperemos a ver hasta dónde llegamos de esta manera.

—¿Esperar? —replicó el canadiense, llevándose la mano a la negra barba.

Todavía no la llevaba muy larga. A ella le parecía que le quedaba bien. Pero ¿qué le importaba eso? La mujer actual en la vida de Steve había recibido una beca de posgrado en Estados Unidos y por ello le resultaba inalcanzable durante mucho tiempo, pues él tenía prohibida la entrada en el país. Había participado en demasiadas acciones ilegales. No volvería a ver a la nueva llama de su vida hasta llegar a Corea, una vez hubiera acabado lo de aquí.

—Me parece que sería más efectivo un tercer ataque —insistió él—. Nuestro plan era que hubiera primero una docena de casos contra Buzual, luego algunos centenares de relacionados con algunas redes de distribución y, finalmente, cuatro o cinco mil víctimas por todo el continente. No me imagino a nadie comprando después barritas de bacalao ni de ningún otro pescado.

—Sí, pero si Render es hábil, tal vez obtengamos los mismos resultados

sin tener que exponernos más ni poner en peligro a más personas. Cuánta más gente ganemos dentro de las instituciones, mejor.

—Los nuestros han arriesgado en parte sus vidas para preparar esos lotes —replicó Steve—. ¿Y si él piensa de otra manera? Entonces habrá sido todo en vano, y pondremos en peligro incluso a los nuestros. ¿Qué te ocurre, Ragna? ¿Por qué te has vuelto tan poco decidida de repente? ¿Es por Teresa?

—¿Qué significa eso?

—Nada. Quiero decir que a mí también me ha afectado mucho, pero siempre estuvo claro que teníamos que asumir riesgos, de lo contrario no hay manera de cambiar nada. No se puede atacar a una banda organizada de delincuentes medioambientales que opera en todo el mundo y con un volumen anual de negocios de treinta mil millones de euros, sin tener claro los peligros a los que se expone uno. Y sobre todo teniendo en cuenta que están metidos en el ajo estados y gobiernos que no quieren hacer nada o que incluso colaboran en el entramado. No entiendo para nada tus repentinos escrúpulos.

—¡Escrúpulos! —exclamó ella como si la hubiera ofendido.

—Sí, esa es la impresión que me das.

—¿De verdad? Pero ¿qué he hecho mal? ¿Me lo puedes decir, por favor? Has escuchado toda la conversación. —Él alzó las manos en un gesto pacificador, pero Ragna se levantó con un movimiento tan repentino, que la silla cayó hacia atrás—. ¡El fin no justifica todos los medios, maldita sea! —exclamó con enojo—. ¡Y si de lo que se trata es de no poner en peligro vidas humanas, entonces la acción tiene que ver con estrategia y no con los escrúpulos, tío!

—Hemos realizado cientos de ataques contra la industria maderera en Estados Unidos en estos últimos veinte años —gritó él airado—, y en ninguno de ellos ha resultado herida una sola persona. Siempre fueron daños materiales. ¿Crees que eso nos ha servido de algo? Pero en cuanto les tocas las estructuras de base, la justicia se vuelve loca y te destruye con cualquier ley antiterrorista. Te meten dos cadenas perpetuas solo por haber prendido fuego a algunos *bulldozers*. Por robo con homicidio te caen diez años y la condicional cuando has cumplido la mitad de la pena, pero por resistencia contra la explotación abusiva de los recursos naturales te caen tres cadenas perpetuas. Así están las cosas.

Ella le dio un empujón para apartarlo y salió disparada de la tienda de campaña. Corrió hacia el río y se sentó lejos, en la hierba, en un lugar desde el que sabía que nadie podía verla desde la aldea. Le latía muy rápido el corazón: se sentía fatal. El asesinato de Teresa la había cambiado y el destino de su amiga le remordía por dentro. Se sentía culpable. Tenía miedo de lo que les pudiera ocurrir a los demás. Sí, era verdad, tenía unos escrúpulos que a pesar de toda su rabia no la abandonaban del todo. El proceso de desarrollo de la toxina había durado tanto tiempo entre otras cosas porque ella quería asegurarse por completo de que su variante de ciguatera no era letal. Se trataba de una especie de vacuna, un cóctel de digestión complicada. Sin embargo, estaba preocupada por los activistas que estaban poniendo en circulación esa sustancia. Ellos asumían unos riesgos enormes. Su entendimiento podía razonar lo que fuera, pero ella se sentía responsable de ellos.

Dejó vagar la mirada por el pequeño poblado y el puñado de tiendas de campaña agazapadas en la linde del bosque. Unos días más y se dispersarían en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Se daría por terminada esa fase y se constituirían nuevas formaciones, nuevos proyectos. Europa era tan solo el comienzo, solo uno de los boquetes abiertos en el casco del barco que se hunde, por decirlo de alguna manera.

Pero al fin y al cabo era una esperanza. Por todo el mundo trabajaban pequeños grupos muy especializados con el objetivo de obligar a entrar en el redil de los límites biológicos al apático rebaño formado por millones de consumidores. Hacía ya mucho tiempo que la cosa ya no iba de lanzar bombas incendiarias a gasolineras o a laboratorios de alta seguridad. La resistencia estaba formada ahora por personas que trabajaban en esos laboratorios y en la ciencia en general. Entre ellos había profesores, directores de centros de investigación, incluso secretarios de Estado que, a la vista de la alarmante situación, estaban hasta las narices del fracaso total de la política, del triste hecho de que las sociedades democráticas no fueran capaces de imponer las correcciones necesarias para detener esa gigantesca aniquilación del planeta.

Fijó la mirada en el agua terrosa que fluía lenta a su lado. Estaba cansada. Exhausta. Las dudas le corroían de manera continua, pero no podía simplemente desconectar su mente o aturdiría. ¿Había acaso alguna alternativa

a sus propósitos? En el pasado, civilizaciones enteras habían practicado el suicidio colectivo, pero lo que se estaba tramando en la actualidad era realmente novedoso: un biocidio planetario, planeado y mensurable hasta en sus más mínimos detalles frente a unas cámaras que lo grababan todo. Y con toda la información disponible. Salía en los periódicos, se transmitía por televisión, se comentaba en internet. A pesar de todo, la catastrófica situación en los mares era tan solo un problema, uno de los muchos procesos tal vez irreversibles que estaban en marcha simultáneamente.

Las cifras actualizadas podían consultarse en tiempo real, pero no sucedía nada. Y, además, hasta su propia familia era una cabeza más de esa hidra. Su padre, abogado especializado en derecho marítimo, o mejor dicho, en siniestro marítimo, y la familia de su madre, que hacía negocio con todo lo que podía llenar de alguna manera las arcas de dinero y estaba relacionado con el mar. Sus tíos y primos noruegos llevaban ya mucho tiempo reagrupando su capital para preparar la siguiente gran oleada de saqueo en los fondos marinos después de la aniquilación prácticamente completa de los peces en estado silvestre: la minería submarina. Los primeros robots de aguas profundas del consorcio Svensson ya daban vueltas por los fondos marinos, recolectando nódulos de manganeso y roturando esos fondos submarinos en busca de minerales extraños. Así pues, ¿acaso les había quedado otra opción? En esta locura reinante, ¿existía algún espacio para compromisos o una esperanza de inteligencia y de mesura?

Se levantó, se quitó el polen de las perneras del pantalón y se puso en marcha hacia el campamento. Tal vez Steve sí tenía razón después de todo.

Teresa

Lo primero que vio Teresa al abrir los ojos fueron unas persianas bajadas, por detrás de las cuales brillaba el sol. Intentó incorporarse, pero un dolor punzante en la garganta y una sensación de náuseas la disuadieron de emprender un nuevo intento hasta que transcurrieron algunos minutos de espera. Estaba echada sobre unas sábanas blancas y limpias, en una habitación también limpia y tranquila. Por encima de ella giraban las aspas de un ventilador de techo. Por fin consiguió sentarse y poner los pies desnudos sobre un brillante suelo de madera. Sus ojos fueron a parar a la mesita de noche y a la jarra de agua que había encima. En ella flotaban algunas rodajas verdes de lima. Se sirvió un vaso y se lo bebió entero. A continuación, otro más. Solo entonces se levantó con esfuerzo y dio algunos pasos inseguros. Se fijó en que vestía la misma ropa que llevaba puesta en el yate de Suphatra. Pero ¿dónde se encontraba? ¿Cómo es que no estaba muerta? Poco a poco le fueron viniendo los recuerdos de los últimos momentos, la conversación con Suphatra, la mirada de resignación airada de este, el paño maloliente en la cara y la certeza de precipitarse definitivamente en la nada. Dejó vagar su mirada por todos los rincones. Había una bolsa encima del portaequipajes. Al lado, sobre el escritorio, había un fajo de billetes, un sencillo teléfono móvil y su pasaporte. Eso era todo. En la bolsa encontró un par de sandalias de esparto, así como otra versión de lo que ya llevaba puesto, una blusa y un pantalón de algodón y también ropa interior limpia.

Se acercó a la ventana, separó dos tablillas de madera de la persiana y miró con cautela al exterior. Ante ella se extendía una playa de tal vez veinte metros donde había poca gente. Un hombre y una mujer paseaban abrazados. Un poco más lejos algunos bañistas se divertían con las olas. Teresa no comprendía nada. ¿Dónde estaba?

Se dirigió a la puerta y presionó el picaporte con cuidado. Este cedió al instante y la puerta se abrió hacia dentro sin hacer ruido. Después de dos escalones sintió la arena bajo sus pies. Miró a su alrededor aún más confusa que antes. ¡Había vuelto en sí en un *bungalow* de playa! A izquierda y derecha había otras sencillas cabañas de paja del mismo estilo. Oyó música y voces. Pasó junto a los *bungalows* y llegó a una placita. YOM TOM BEACH RESORT, ponía en un letrero que colgaba sobre un restaurante. Se quedó mirando fijamente aquello con incredulidad. Había tablas de surf apoyadas en la entrada. En la terraza del restaurante había algunos jóvenes sentados que conversaban, desayunaban, reían y bromeaban. Ella dio algunos pasos como en trance, se detuvo a continuación y se puso a pensar. Todo aquello no podía ser verdad. De algún modo tenía que haber un fallo enorme en sus percepciones sensoriales, un error. Había leído una vez un relato corto en el que se describía cómo ahorcaban a un hombre en un puente, pero la soga se rompía, él se precipitaba en la corriente del río, salía del agua y huía al bosque hasta que conseguía llegar a casa y se apresuraba a llegar donde estaba su esposa, que salía de la casa a su encuentro con los brazos abiertos... Entonces se oía un golpe y él estaba muerto, bamboleándose con la nuca rota entre las traviesas del puente del ferrocarril. ¿Estaba imaginándose ella también un entorno tramado por el deseo? ¿Iba a llegar de inmediato el golpe en la nuca? Pero eso no podía ser porque todo estaba durando demasiado para que fuera así.

Regresó al *bungalow* para asegurarse. Ahí estaba el dinero. El teléfono. Su pasaporte. La bolsa. Cogió los billetes y los examinó. Eran bahts tailandeses. Treinta mil. ¿Cuánto era ese dinero? ¿Y el teléfono? También lo cogió. Daba señal de red. ¡John! Sus dedos pulsaron las teclas automáticamente. Tenía que decirle de inmediato que estaba viva. Él debía de estar preocupadísimo. Pero cuando ya había marcado el prefijo, se detuvo de repente. Miró a su alrededor con desconfianza, borró los números que había

marcado y dejó caer el teléfono móvil al suelo como un trozo de metal caliente.

Era una trampa. ¡Una maldita trampa! No debía llamar a nadie. Ni a John ni a Ragna. A nadie. La perfidia del hombre que la había secuestrado y torturado había alcanzado otro nivel, no era más que eso. No se encontraba en libertad, sino que pendía de hilos invisibles. Seguramente estaban vigilando todos sus movimientos para que delatara a los demás. ¡Quedaba excluido por completo pensar que la habían dejado marchar así como así!

Le entró de nuevo sed. Bebió dos vasos más de aquella deliciosa agua, echó mano de algunos billetes y regresó al restaurante. En la terraza había menos gente. Reunió valor, ascendió los tres escalones, se dirigió a la barra, se sentó en uno de los taburetes altos y pidió un zumo de naranja. El siguiente cuarto de hora se lo pasó observando discretamente a los clientes del restaurante. Parecía tratarse, sin excepción, de turistas. Oyó inglés con acento australiano, alemán, francés, italiano e idiomas que no supo clasificar. Toda la gente era joven, la mayoría con tatuajes o *piercings*, o ambas cosas. Una playa de surfistas.

—¿Quieres desayunar? —le preguntó el barman tailandés en un inglés impecable.

—No, gracias —replicó ella—. Pero ¿puedes decirme dónde está la recepción?

—Está aquí. ¿Algo va mal?

Teresa no sabía cómo proseguir. ¿De qué forma podía averiguar la manera en que había llegado hasta allí sin formular preguntas que pudieran resultarle locas a cualquiera que las oyese?

—Ayer estaba bastante cansada cuando llegué.

—Sí, lo sé —dijo el tailandés y sonrió—. Tu amigo os registró a los dos.

—Sí —respondió ella y se puso a mirar alrededor como buscando—. No tengo ni idea de dónde está. ¿O lo has visto por algún lado?

—No, pero estuvo aquí hace un momento. Puede que esté en la playa.

—En la playa —repitió ella y percibió cómo el miedo le golpeaba el estómago.

Había descubierto el registro de recepción. Estaba abierto al lado de la caja: era un cuaderno de tamaño grande con columnas largas y anotaciones que

llegaban casi hasta el margen lateral de las hojas.

—Tomaré un panqueque de banana —dijo ella.

Esperó a que el hombre desapareciera en la cocina y fue directa a la caja, donde había un expositor de postales. Además había suficientes chismes que estaban a la venta, de modo que podía andar rebuscando al tiempo que echaba una ojeada al cuaderno de clientes. Había una chica joven sentada detrás de la caja, pero no le prestaba ninguna atención, pues estaba jugando al Tetris con su *smartphone*. Su nombre figuraba más o menos en el centro de la hoja. Fecha. Hora. Nombre y apellidos, dirección, número de pasaporte. Todo estaba correcto. Las diez y media de la noche. ¿Cómo habían procedido? ¿La habían desembarcado, luego la habían transportado en coche y finalmente la habían dejado en ese *bungalow*? La línea por debajo de su nombre estaba escrita con el mismo color de tinta de bolígrafo, en caracteres tailandeses.

Miró a su alrededor incomodada. Esperaba que sucediera algo en cualquier momento. La ilusión de normalidad ya duraba casi una hora. Sintió un ligero malestar que atribuyó al hambre. Se comió el panqueque y pidió un café, sin dejar de mirar atentamente a las personas de su alrededor, pero entre ellas no había ninguna que le prestara atención, exceptuando las habituales miradas masculinas, que eran idénticas en todo el mundo. Pagó, se levantó y exploró los alrededores. Por detrás del complejo, un sendero de arena conducía a un cruce en el que había algunas tiendas. Una lavandería. Una tienda de alquiler de motos. Restaurantes. Un quiosco de libros y periódicos. Un cibercafé. Una agencia de viajes que ofrecía todo tipo de excursiones. A la vista de los carteles y de los mapas en los escaparates reconoció finalmente dónde se encontraba: ¡en la costa nordeste de Ko Phangan! No era difícil salir de allí. Un microbús enlazaba de manera regular con el puerto de Thong Sala y, desde allí, había varios ferris hacia Surat Thani, ya en el continente. Percibió cómo su corazón se ponía a latir desahoradamente. La tentación de telefonar y la nostalgia de oír las voces familiares iban haciéndose cada vez más insoportables por momentos. Sin embargo, no debía ceder, en cualquier caso no mientras no estuviera segura de haberse convertido de alguna manera en una ejecutora de los planes de Suphatra. Ahora bien, ¿era capaz este de controlarlo todo? ¿Su correo electrónico, por ejemplo? Si enviaba a John un correo desde el cibercafé, era imposible que pudiera supervisarlos. Pero no.

Tenía que pensar siempre que hiciera lo que hiciese iba a redundar en provecho de Suphatra. De lo contrario no la habría dejado en libertad. Él la estaba controlando. Lo primero de todo era entender qué papel estaba desempeñando ella. O huir de él. Ahora bien, ¿dónde estaba?

Examinó los horarios de los microbuses y de los ferris. Podía salir de allí en sesenta minutos y llegar a Surat Thani en unas doce horas. Pero esa vía quedaba excluida, por supuesto, pues así resultaba un juego de niños seguirle los pasos. Podría alquilar una barca. Tenía dinero. Y tal vez podía organizar la cosa para que ningún perseguidor pudiera rastrear su pista.

Entró en el cibercafé. Los terminales no estaban ocupados. La mayor parte de la gente estaba a esas horas en la playa. El responsable dormitaba en su silla giratoria y ella tuvo que despertarlo para que le conectara un ordenador.

Se le cortó la respiración al leer las noticias sobre su desaparición. ¡Había estado veintitrés días en el mar! Leyó febrilmente los informes sobre su «caso». Como era natural, se suponía que ella se había caído por la borda. Hacía ya mucho que la búsqueda se había suspendido. Tenía que informar a su padre, a su madre, a sus hermanos y a sus hermanas. Sin embargo, le asaltaron las dudas después de leer los avisos sobre las intoxicaciones por ciguatera. Primero tenía que contactar con Ragna, Steve y los demás y enterarse de cómo estaba la situación en esos momentos antes de emprender nada. Pero ¡era probable que ese también fuera el plan de Suphatra! La estaba utilizando de cebo.

Se quedó mirando fijamente la pantalla, abrió su correo electrónico y leyó los mensajes que había recibido desde su desaparición. Curiosamente, también había algunos procedentes de personas que al parecer no se habían enterado de que estaba desaparecida. Escribió la dirección electrónica de Ragna, puso solo «Prueba» y clicó en «enviar». La respuesta llegó *ipso facto*:

Delivery to the following recipient failed permanently - Technical details of permanent failure: Provider tried to deliver your message, but it was rejected by the server for the recipient domain. The error that the other server returned was: 550-5.1.1. The e-mail account that you tried to reach does not

exist.

Lo intentó con Gavin, luego con Steve, Rebecca y Toni, cuyas direcciones de correo electrónico se sabía de memoria. Sucedió lo mismo con todos. Habían establecido cambiar de inmediato todas las direcciones para casos semejantes. Tenía que encontrar rápidamente una vía para contactar con ellos. Sucedió lo mismo con los números de móvil, si bien estos no los tenía grabados en la mente sino en su teléfono, que había caído en manos de Suphatra y que con seguridad este ya había examinado a fondo. Sin ningún éxito, sin duda.

Estaba sentada frente a la pantalla, nerviosa. La tentación apenas era soportable. Tenía que enviarle por lo menos una señal de vida a él, para que supiera que estaba viva. Escribió la dirección de correo electrónico privada de Render, reflexionó unos instantes y puso «*Mermaid*» en el asunto. Pero entonces dobló su nostalgia, cerró su correo y salió del cibercafé. El sol quemaba cada vez con mayor intensidad desde el cielo. Dobló por el pequeño sendero que conducía a su *bungalow*. Estaba completamente sola. No se oía nada más que el canto de las cigarras y el sonido de las olas.

38

Adrian

A las siete, el zumbido del teléfono me arrancó del profundo sueño en el que me encontraba. Busqué a tientas el auricular y al segundo intento pude pronunciar un «hola» con la garganta reseca.

—Aquí Di Melo —oí su voz—. Mi secretaria me ha dicho que todavía no tiene ningún visado para Myanmar, ¿verdad?

—Sí —contesté yo medio dormido mientras trataba de averiguar la hora que era—. ¿Por qué?

—Tiene que solucionarlo esta misma mañana. Tome un taxi. La embajada abre a las diez, pero tiene que estar allí al menos una hora antes y ponerse a la cola para que le llegue su turno antes de mediodía. Necesita un visado exprés. ¿Tiene usted fotos de carnet?

—Sí, pero...

—Por favor, haga lo que le digo. Después podrá decidir si se sube o no al avión, pero debe obtener hoy el visado, de lo contrario será demasiado tarde. Justo en la esquina hay una fotocopistería donde puede recoger y rellenar los formularios para no tener que esperar. En la recepción del hotel dispone ya de un billete para el avión de las siete. Nos veremos más tarde en su hotel.

—Pero, señor Di Melo, no creo que yo...

—Haga lo que le digo, por favor. Si decide otra cosa más tarde, lo aceptaré, pero, al fin y al cabo, soy su cliente y solo le estoy pidiendo que realice un pequeño trámite burocrático. Hasta luego.

Necesité algunos minutos para concentrarme. Luego me metí en la ducha y al secarme descubrí de pronto en mi hombro un cabello largo de color negro azabache. Lo retiré con cuidado, salí a la terraza y dejé que el viento se lo llevara volando.

Según internet, la embajada de la República de Myanmar quedaba a tan solo diez minutos en taxi, lo cual me daba tiempo para un rápido desayuno. ¿En qué lío me estaba metiendo? ¿Qué demonios quería Di Melo de mí? ¿Por qué no iba él mismo en avión a Rangún si lo que pretendía era ver a su hija?

A las nueve y pico me hallaba con las fotos de carnet y dos formularios cumplimentados en la sala de espera de la embajada. Saqué un número, me busqué un asiento y me entretuve leyendo hasta la apertura de las oficinas. ¿Cómo se llamaba ahora el país? Coexistían tres denominaciones de forma paralela: Birmania, Burma y República de la Unión de Myanmar. Este último era desde 1989 el nombre oficial que los militares en el poder habían decretado para el país. Por este motivo, Estados Unidos, Australia, Reino Unido y algunos otros estados se aferraban al antiguo nombre. En los medios de comunicación reinaba la confusión, ni siquiera la prensa alemana se había puesto de acuerdo y hablaba unas veces de Birmania y otras de Burma; por contra, el gobierno federal utilizaba «Myanmar».

Alguien me propinó un golpe un poco rudo. Levanté la vista y vi la cara cubierta de pecas de un joven que estaba sentado a mi lado.

—*Your number just carne up, mate*—dijo con acento australiano.

Murmuré un «gracias», me levanté, me dirigí a la ventanilla y entregué mis formularios preparados.

—*Express?*—preguntó el hombre—. *You got air ticket?*

Lo llevaba guardado en el bolsillo interior de mi americana y lo entregué también. El hombre miró todo con suma atención.

—*Why you need express visa, Sir? You on business?*

Una buena pregunta. Le expliqué que era un turista y que había conseguido un vuelo a buen precio sin pensar que se requería un visado. Así, de sopetón, no se me ocurrió ninguna excusa mejor, pero al parecer fue suficiente. El hombre examinó el billete de avión.

—*You stay one week?*

Otra preguntita de esas. No me había mirado el billete con atención, así

que me limité a asentir vagamente.

—*Where you stay?*

—*Hotel Traders* —dije acordándome de la conversación con Søren.

Por lo visto bastaba con aquello.

—*One thousand two hundred and sixty Baht, please* —dijo el hombre.

Cogió el dinero que le deslicé por debajo de la ventanilla y respondió:

—*Pick up between three and four thirty p.m.*

El calor fuera era ya asesino. Regresé al Marriott y esperé, pero Di Melo no apareció. En lugar de eso sonó el teléfono.

—¿Adrian?

—Sí.

—¿Tiene el visado?

—Puedo ir a recogerlo esta tarde, a las tres.

—Excelente. ¿Podría pasarse por mi despacho, por favor? No está muy lejos de su hotel. —Anoté la dirección—. Estamos en la planta veintiséis. Le espero en media hora.

El rascacielos de oficinas se veía ya desde la distancia porque ocupaba media manzana. Me bajé del taxi, atravesé la explanada y pisé el gigantesco vestíbulo, que estaba agradablemente refrigerado. Volví a pensar en la cita en Zurich y en los veinte o treinta letreros de empresas en el ascensor. Aquí reinaban unas dimensiones por completo distintas. Aquel edificio debía de albergar centenares de representaciones empresariales. Desde el ascensor acristalado que vibraba hacia arriba por aquella gigantesca fachada, se veían otras torres del mismo estilo en todas direcciones. Y allí donde todavía no había ninguna, destacaban contra el cielo azul las grúas de construcción.

Tuve que enseñar mi carnet de identidad para poder pasar a un vestíbulo de la planta veintiséis y, a continuación, llegué a un pasillo, en cuyo extremo se encontraba Di Melo junto a una puerta abierta. Me pidió que entrara y cerró la puerta tras nosotros. Aquella oficina era por lo menos tres veces mayor que la de Zurich. Las vistas eran espectaculares. ¿Dónde acababa la ciudad? ¿Se veían tal vez sus límites desde la planta cincuenta o sesenta?

Di Melo tomó asiento en el sofá. Encima de la mesa había uvas y trocitos de mango y de piña dispuestos como una flor de fantasía, listos para comer sin dificultad. Me senté frente a él y cogí unos trozos de mango mientras Di Melo

comenzaba a hablar.

—Me gustaría que viajase esta noche en avión a Rangún y que intentara establecer contacto con Ragna en los próximos días. Le voy a dar una lista de lugares en los que probablemente pueda encontrarla o que frecuentan algunas de las personas que la conocen. En cuanto contacte con ella, dígame que tengo que hablar con ella. Lo más seguro es que ella rechace esa pretensión, pero cuento con usted para hacerle cambiar de opinión. A cambio le ofrezco el doble de los honorarios acordados.

—¿No sería mucho más sencillo que viajara usted mismo a Rangún?

—Si esa fuera una opción realista, ¿no cree que me habría decidido por ella de inmediato? Probablemente no tenga usted hijos, ¿verdad?

—No.

—Hace años que no tengo contacto alguno con Ragna, me entero de tanto en tanto por mi esposa de lo que hace, cómo vive, con quién trata. Mi relación con ella está completamente rota. Me desprecia y me tiene por un hombre de negocios sin escrúpulos.

Yo no sabía dónde mirar. Aquella situación se estaba volviendo desagradable. Se apoderó de mí una sensación extraña. ¿Cómo es que yo, por descontado yo, tenía que restablecer el contacto entre él y Ragna? ¿Por aquellas cartas idiotas? Si tan solo se había dignado a abrir una de ellas.

—¿Qué le ha llevado a tener esta idea tan loca?

Di Melo no respondió a la pregunta.

—No me resulta fácil hablar de todo esto con usted, Adrian. No nos conocemos de nada y no tengo por costumbre revelar mis sentimientos.

Enmudeció como si quisiera confirmar esa frase y en el fondo me alegré de ello.

—Tampoco hay ninguna razón para ello —me apresuré a decir para evitar que aquel hombre se decidiera a hacer más revelaciones personales. En realidad ahora tenía un aspecto muy desdichado—. Supongamos por un momento que yo hiciera lo que usted desea, ¿qué piensa obtener usted de ello? Incluso en el improbable caso que de que encontrara a Ragna en Rangún, ¿qué quiere que le diga? «Hola, qué bien que nos volvamos a ver. Estaba casualmente por estos lares. Dime, ¿podrías acompañarme? A tu padre le gustaría charlar contigo». En el caso de que Ragna, sea por los motivos que

sea que lo ha evitado a usted durante todos estos años... quiero decir que no es cosa mía, ni tampoco deseo conocer esos motivos, no me importan, pero es que no veo para nada qué puedo hacer yo en este asunto.

—Tengo que hablar con Ragna —insistió Di Melo—. Y no puedo dar con ella de ninguna otra manera.

—Pues viaje usted mismo allá, así de simple. Pruebe a ver lo que sucede. Tal vez se presente de verdad una oportunidad si ella ve lo mucho que le importa a usted superar la brecha que hay entre ambos.

Él negó con la cabeza.

—Para ella estoy muerto. Liquidado. Sin su mediación no hay perspectivas de éxito.

¿Debía contarle la verdad, que había elegido sin duda al candidato menos apropiado para la realización de su propósito?

—¿Quién le dice que yo no estoy igual de muerto para Ragna? Ya ha visto las cartas. Estaban sin abrir.

—Usted es mi última, mi única esperanza, Adrian —dijo Di Melo entrecortadamente. Luego permaneció en silencio durante casi un minuto mirando al frente, confuso—. No puedo consentir que Ragna corra hacia su perdición. Ha quemado todos los puentes a su paso. Todos. Solo queda usted.

—¿Yo? ¿Cómo se le ocurre tal cosa?

—Cuando se despidieron, usted le regaló un collar, ¿verdad? Un pequeño delfín. Todavía lo lleva puesto, incluso en la foto que usted vio en mi despacho.

—¿En eso fundamenta sus esperanzas? —repliqué. Era sencillamente grotesco—. Bien, de acuerdo —dije para aclararle de una vez por todas lo absurdo que era todo aquello—. Supongamos que hago lo que me pide. Esta noche me subo al avión hacia Rangún. ¿Y luego qué? ¿Qué sucede entonces?

—Le daré una lista de lugares para que los visite. Pregunte por ella. Vaya contando por allí quién es usted, cómo se llama y que le gustaría encontrarse con Ragna. Luego espere a ver lo que sucede.

—¿Por qué motivos se supone que estoy allí? —pregunté medio en broma, medio en serio, ante el desarrollo de aquel guion cinematográfico.

—Está simplemente de viaje.

—¿Cómo es que sé que Ragna vive en Rangún? ¿Cómo se supone que se

me ocurre preguntar por ella precisamente en esos lugares cuyo nombre me va a dar?

—Son aquellos en los que suelen reunirse los extranjeros que viven en Rangún. No es un grupo demasiado grande y, por lo visto, la mayoría de ellos se conoce. Mi esposa entró en contacto con ella hace bastante tiempo de esa manera.

—Ajá. ¿Y por qué no envía directamente a su esposa? ¿Por qué yo?

Di Melo hizo un movimiento con la mano que ya había observado repetidas veces en él y con el que al parecer estaba acostumbrado a ahogar las discusiones sobre aquellos temas que le resultaban demasiado complejos o demasiado banales.

No seguí hurgando en mi propuesta y, en lugar de eso, le pregunté:

—¿Vive en la clandestinidad? ¿Está fugada?

—Se mueve en círculos a los que no tienes acceso si no estás dentro.

—¿Y no va a desconfiar de que yo aparezca de pronto, como surgido de la nada, por Rangún y vaya preguntando por ella?

Di Melo se encogió de hombros, confuso y sabedor de los evidentes puntos débiles de su plan.

—Ya se le ocurrirá alguna cosa. No me engaño para nada, Adrian. Se trata de un intento bastante desesperado, lo sé. Ragna está en peligro. Está involucrada con gente metida en procesos, cuyas consecuencias ella es incapaz de comprender y de controlar. Tengo que avisarla de los peligros.

—Avisarla —repetí. A continuación me reí suavemente—. ¿Pretende usted avisar a Ragna y para ello me elige nada menos que a mí como mediador? Está bien la cosa, de verdad.

—¿Qué quiere decir?

Respiré hondo.

—Así que, ¿no sabe nada de lo que ocurrió entonces?

Di Melo me miró con incompreensión.

—¿Qué quiere decir?

—Lo de las gasolineras.

—Sí. Claro, pero ella no estuvo metida en aquello. Se hallaba en otro lugar. No participó.

—¿Estaba conmigo! ¿Y sabe por qué? Porque yo se lo impedí de manera

violenta. La secuestré en toda regla. ¿Cree que eso me granjeó su simpatía? Me detestó por aquello.

Di Melo palideció de repente. Se desplomó en el sillón y durante unos instantes ocultó su cara entre las manos.

—Una razón más de que usted es mi última esperanza, Adrian. Puede que tenga razón en todo. Mi plan es absurdo. Y es indecente aprovecharse de una relación sentimental que existió en su día entre usted y mi hija, de acuerdo. Pero ¿qué otra posibilidad me queda? Frente a usted no se mostrará desconfiada. Se lo suplico. Por favor, vaya hasta allí e intente establecer contacto con ella. Si fue capaz una vez de librar a Ragna de una gigantesca estupidez, entonces puede volver a intentarlo. ¿Es pedir demasiado?

—¿Qué demonios pretende ella?

—Lo mismo que entonces. Sabotaje. Solo que a gran escala. A una escala enorme.

—¿Refinerías entonces?

—No. Barcos arrastreros. No sé nada concreto, pero conozco las perspectivas de éxito que tiene eso en la actualidad. O muere en el intento, o la pillan y se pasará décadas en la cárcel por ecoterrorista. Por favor, Adrian, ¿es eso lo que usted quiere?

Durante un rato ninguno de los dos pronunció una sola palabra. En algún momento me levanté. Di Melo alzó la vista hacia mí, esperanzado.

—Creo que lo mejor es que ahora regrese al hotel —dije.

—Sí —dijo Di Melo con resignación—. Hágalo.

No se movió y volvió a dirigir la vista al lugar en el que había estado sentado yo.

—Tengo que pensármelo con calma. Le llamaré hoy y le comunicaré mi decisión.

Di Melo se limitó a asentir con la cabeza. Me dirigí a la puerta y salí del despacho.

39

Render

Caía un aguacero mientras Render dirigía su coche hacia el tunnel du Cinquantenaire. Había un desvío especial que conducía directamente desde el túnel al garaje del edificio del Consejo de Ministros, pero pasaron casi cinco minutos hasta que pudo maniobrar su vehículo a través de los numerosos controles y curvas cerradas del aparcamiento y encontrar por fin un sitio libre en la penúltima planta. Lo habitual era que allí reinara a esas horas un vacío generalizado, pero hoy estaba prácticamente todo ocupado. Dejó el abrigo en el coche y solo cogió el maletín del asiento trasero, se colocó la tarjeta de identidad a la vista en la chaqueta y se dirigió hacia el ascensor pasando junto a una larga hilera de vehículos con matrícula diplomática. Cuando volvieron a abrirse las puertas, se encontró frente al centro de prensa. También aquí podía comprobarse mirando a través de los cristales que hoy no era un día normal. Los periodistas estaban de pie o sentados a largas hileras de mesas frente a sus portátiles, hablando por teléfono o absortos en conversaciones entre ellos, pero siempre con la vista atenta a los monitores del techo que informaban sobre el punto del orden del día que se estaba tratando en la quinta planta en el Comité de Embajadores. Render esperó a que se mostrara la vista general para advertir cuánto tiempo iba a tardar todavía en tratarse su punto en la sesión. Por el momento estaban hablando del TTIP. A continuación iba el Tratado de Libre Comercio con Corea del Sur y después el punto que interesaba tanto a Vivian. Fue a la barra, pidió un café y miró a su alrededor. No tardó mucho en

descubrir caras conocidas. Tim Robbins, del Financial Times, estaba hablando por teléfono. Heléne Barrios, del Les Echos, charlaba con alguien. Reconoció por lo menos a una docena más de periodistas, pero entre ellos no estaba el rostro que buscaba.

Fue caminando hasta el puesto donde estaban las noticias de agencia y pasó la vista por las novedades de las últimas horas. El interés de los medios de comunicación por las misteriosas intoxicaciones por consumo de pescado había decrecido o quizá lo había barrido la marea restante de noticias. La crisis del euro volvía a ocupar el primer plano. El embargo comercial a Rusia. El conflicto en Siria. La política de tipos de interés.

Se sentó en un sillón un tanto apartado, abrió el maletín, extrajo un sobre y de este sacó la lista que Ragna le había enviado. Se preguntó a sí mismo qué debía infundirle más miedo: si el hecho de estar allí sentado con ese plan de acción en la mano o el de imaginarse el horror que se desataría si se pusieran en circulación los lotes tóxicos registrados en esa lista. Sería una absoluta catástrofe. Pensó en el número de personas necesarias para preparar un acto de sabotaje de ese calibre. Personas como Teresa. Seguro que había más observadores pesqueros involucrados. Estaban posicionados en un lugar perfecto, además de excelentemente cualificados, para preparar el pescado a tales efectos. El reclutamiento para la causa no tendría por qué ser especialmente complicado. Al fin y al cabo veían a diario con sus propios ojos lo que sucedía en la realidad, muy lejos de los castillos en el aire de los despachos y los escritorios.

Pero también debía de haber saboteadores moviéndose en tierra. En los puertos. En los mercados mayoristas. Tal vez incluso en los centros de distribución de las grandes empresas de logística y a lo largo de las líneas de envasado. Una vez sintetizada una toxina tan dañina y colocada en un formato transportable, su difusión era ciertamente arriesgada, pero en el fondo se trataba de un juego de niños. 0,02 microgramos por kilo bastaban para generar los síntomas más graves, lo cual significaba que la toxina podía inocularse en el pescado en una dilución muy elevada, es decir, tal vez mediante aerosoles o minúsculas jeringuillas. Era imposible controlar las numerosas manos por las que pasa el pescado en la cadena de procesamiento.

El anuncio del monitor parpadeó tres veces, y el siguiente punto del orden

del día pasó a ocupar la primera posición. Render volvió a meter la lista en el sobre, la guardó en el bolsillo interior de la americana, se levantó y se dirigió a la sala separada por una pared de cristal donde se habían habilitado espacios de trabajo para periodistas en unas largas hileras de mesas. Por todas partes colgaban cables de alimentación y de redes inalámbricas. Algunos de esos centros de trabajo parecían abandonados hacía ya tiempo; en otros había comunicados de prensa recientes. En aproximadamente una tercera parte de los puestos había alguien sentado tecleando. Render sabía dónde solía sentarse la persona a la que andaba buscando. Y ya se había fijado que ese puesto estaba vacío. Había cables de portátiles entre dos tazas de café vacías con la espuma de la leche seca y rastros de pintalabios en el borde del recipiente. Se palpó el sobre del bolsillo interior. Estuvo a punto de sacarlo y de depositarlo en esa mesa dos veces. Luego se dio la vuelta sin completar su propósito. Salió de la sala y subió en ascensor a la quinta planta. Por los pasillos había funcionarios de seguridad por todas partes. Cada pocos metros examinaban la tarjeta de identidad. Cuanto más se iba acercando al lugar de la sesión, más nutrido se volvía el ovillo de las personas que esperaban. Especialistas en el TTIP salían de la sala de sesiones, mientras otros expertos en comercio exterior del consejo y de la comisión se preparaban para entrar en la sala. Render se apostó junto a una de las grandes ventanas desde las que se divisaba la plaza Rond Point Robert Schuman y esperó. Algunos agregados diplomáticos en temas de salud ya estaban allí y rodeaban a Herrero Sánchez. Render no podía oír de lo que hablaban. Se cerró la puerta de acceso a la sala de sesiones. Todavía era el turno de Corea del Sur. Notaba el sobre en el bolsillo interior de la americana. Y detrás, su corazón indeciso, roto, latiendo contra él.

40

Adrian

Parecía que aquella ciudad la hubieran izado del fondo del mar y la hubieran tendido a secar en un delta pantanoso. Me encontraba junto a la ventana de la habitación de mi hotel, que no podía abrirse para librarse del olor a moho del aparato de aire acondicionado, y dejé vagar la mirada por los edificios de los alrededores. Dondequiera que uno mirase, veía fachadas raídas, frisos descompuestos y edificios coloniales desmoronados con los huecos vacíos de las ventanas, por las cuales sobresalían aquí y allá soportes de hierro y puntales oxidados como si fueran venas en un muñón. Aunque todavía era muy temprano, las calles estaban ya desesperantemente congestionadas.

Después de un vuelo sobre la oscuridad aterricé ya muy entrada la noche. En el camino de vuelta desde la oficina de Di Melo en Bangkok pasé a recoger el visado, pues de todas formas necesitaba mi pasaporte con independencia de hacia dónde fuera a viajar. El rostro rígido y hostil del funcionario de aduanas durante el control de inmigración hablaba por sí solo. Me abrieron la maleta, pero no me hicieron ninguna pregunta.

Al final no tomé ninguna decisión en el sentido propio de la palabra. Tras la extraña conversación con Di Melo me dirigí bastante indeciso al hotel. Todavía recuerdo que primero sopesé cambiar mi billete, pero el primer avión con asiento libre en mi tipo de reserva salía en tres días. La única manera de volar antes era dejándome mucho dinero en el camino. ¿Iba a quedarme tres

días dando vueltas por Bangkok? ¿No podía ir entonces a Rangún y hacerle ese favor a Di Melo? En definitiva, me entregué simplemente a las circunstancias. ¿Cómo iba a presentir siquiera dónde me estaba metiendo? Consideré que era una misión imposible dar con Ragna. Sin embargo, en un aspecto sí que había funcionado de verdad el extravagante plan de Di Melo: no podía dejar de pensar en ella. La puerta que se había abierto diecisiete años atrás al encontrarme con ella, esa puerta que me habría gustado atravesar juntos entonces, seguía todavía abierta media vida después. Solo que ahora conducía a un cuarto trastero de relaciones fracasadas y amoríos sin consecuencias, a un cobertizo oscuro de desabridos recuerdos de innumerables encuentros que no habían dejado ningún poso.

You sad man.

¿Por qué se cortó lo nuestro por lo sano entonces? La despedida también le resultó difícil a ella. No habían sido solo imaginaciones mías. La última tarde antes de su partida apareció de repente en la puerta de mi casa. Quería explicarme una vez más en persona por qué la había decepcionado. Me dijo que la había tratado como a una niña y que hiciera el favor de no sentirme para nada como su salvador. Sin embargo, me estaba agradecida porque, después de todo, había comprendido dos cosas gracias a mí: que ese tipo de acción era un auténtico disparate y estaba por debajo de su nivel y que nunca más volvería a confiar en un hombre. «Sois débiles —dijo ella—. No os atrevéis con las cosas verdaderamente importantes».

Me regaló un ejemplar de *Shoot the Women First* y se dispuso a marcharse. Le dije que volvería a hacer lo mismo. Me parecía absurdo sacrificarse por abstracciones, sin importar la etiqueta que lleven colgadas. Una frase llevó a la réplica siguiente y nos pasamos discutiendo media noche. Al final estábamos medio borrachos por la botella de vino que habíamos abierto en algún momento como reconciliación y despedida. Y ahítos del callejón sin salida al que desemboca todo razonamiento sobre el estado del mundo, nos acostamos, perdidos en el mar de nuestras manos, como en esa canción de Cohen.

¡Y ahora aparecía su padre con la loca idea de volver a «salvarla»! ¡Barcos arrastreros! El billete a Rangún estaba ahí. El hotel ya estaba reservado. Se trataba del Traders, justamente el que me había recomendado

Søren. Solo tenía que volar allá, visitar aquellos tres o cuatro bares, librerías y galerías de arte y preguntar si alguien conocía a Ragna. Jamás en la vida iba a encontrarla, pero si por casualidad daba con ella, simplemente se lo contaría todo, aquella absurda historia que su padre había tramado. Y entonces que decidiera ella qué hacer en esa situación. ¿De qué manera nos veríamos el uno al otro, como antipáticos extraños? ¿Quedaría algún tipo de familiaridad? ¿Nos sorprenderíamos? Que fuera lo que fuese. Creo que el único motivo por el que al final viajé allí no fue para salvar a Ragna. Lo que quería era cerrar definitivamente esa puerta dentro de mí.

Tomé un taxi al aeropuerto y envié a Di Melo un breve mensaje de texto en el que le decía que le tendría al corriente si lograba encontrar a Ragna y hablar con ella. La respuesta de Di Melo me llegó cuando ya estaba en Rangún:

¡GRACIAS! ¡Mucha suerte!

Poco después me llegaba un correo electrónico con unos archivos adjuntos. Eran fotos y vídeos. Tardarían horas en descargarse con aquella red inalámbrica tan mala del hotel, así que dejé mi *smartphone* en la habitación y me fui a dar una vuelta por el centro.

El recorrido de mi visita por la ciudad lo saqué de un folleto que encontré en el hotel. Pasando al lado de la pagoda Sule se llegaba a un extenso parque junto al que se encontraban las obras arquitectónicas más importantes de la época colonial. Iba leyendo qué ministerio o institución habían estado ubicados allí, pero pronto lo dejé estar porque las descripciones y las informaciones eran detalladas y triviales por igual: año de construcción, arquitecto, finalidad. Me pareció muchísimo más interesante el talento para la improvisación de las personas que vivían o más bien sobrevivían a duras penas en ese escenario colonial abandonado hacía medio siglo y que, sentadas en el suelo alrededor de unas grandes ollas, esperaban en animada charla a que se cocieran poco a poco los pedazos de carne que daban vueltas en un caldo marrón. Manchas de escupitajos de nueces de betel decoraban todas las

aceras. Cuatro botellas de plástico con un líquido amarillento encima de una mesa coja de madera de la que colgaba un tubo de goma con colectores de admisión constituían una gasolinera. Pedazos de carne y de pollo con moscas revoloteando a su alrededor estaban colocados sobre sanguinolentos tableros de hojalata. Autobuses llenos hasta reventar de personas, que en parte solo podían poner una pierna en el interior, pasaban con un ruido atronador expeliendo densas nubes de diésel. Parecía un milagro de la técnica que aquellas carrocerías oxidadas pudieran estar en funcionamiento. En algún momento me planté ante el edificio del tribunal de justicia, una construcción imponente. Sin embargo, lo que realmente me fascinó fueron las uñas de los dedos de los pies de una mujer que estaba acuclillada al lado de la entrada vendiendo aguacates. Eran garras sinuosas, formas que asemejaban raíces que parecían surgir e introducirse al mismo tiempo en la curtida piel de color castaño oscuro. Me miró riendo con unos ojos vivaces al tiempo que abría la boca, en la que solo pude divisar algunos fragmentos de dientes y de muelas de color parduzco. Le di un billete de dólar, cogí uno de sus aguacates y algunas calles más allá le compré un limón a otra vendedora ambulante. Luego me senté en un banco de cemento pintado de verde que había en un parque, cuarteé el aguacate, exprimí el jugo del limón por encima de los trozos y me los comí.

Entonces se me ocurrió una idea. Me levanté, regresé a la calle principal y me puse a buscar un cibercafé. No tuve que hacerlo mucho rato. En la parte trasera de una tienda, entre estantes llenos de bebidas, bolsas de patatas fritas, detergentes y papel higiénico había también dos ordenadores con cámara sobre monitores de tubo. El problema era que los teclados estaban en birmano. Entré en dos tiendas más hasta que por fin di con un teclado inglés, reservé un sitio, me puse los auriculares e inicié una llamada. A la tercera señal oí la voz de Søren.

—Aquí, Adrian —dije—. Saludos desde Rangún.

Pasaron algunos segundos hasta que él se acordó de mí.

—¡Ah, sí, vale! —respondió él finalmente—. ¿Has llegado bien?

De fondo oía el ruido de tráfico, con una inconfundible sirena de la policía de Bruselas dominándolo todo.

—Sí, todo bien. En Bangkok no había mucho que hacer, y ahora tengo

incluso algo de tiempo aquí en Rangún, antes de que comience todo.

—Suenan bien. ¿Y qué? ¿Ya tienes planes para alguna visita turística?

—Estoy en modo reposo y tengo que esperar a que llegue mi cliente.

—Ajá. Vale.

—Quería preguntarte si podrías ponerme en contacto con tu amigo periodista. Leí su artículo y parece un tipo muy interesante. ¿Crees que podría encontrarme con él? ¿Cómo se llama?

—Se llama Ko —contestó—. Puedes encontrarlo con facilidad: se pasa todo el día en la biblioteca del British Council. Allí tiene su oficina, por decirlo así, cuando no está haciendo un reportaje. Salúdalo de mi parte.

—Gracias, así lo haré. Y hay algo más. Me he enterado de que una vieja amiga mía del instituto trabaja por aquí. Me imagino que para alguna ONG.

—¿Cómo se llama?

—Ragna. Ragna Di Melo.

—¿Di Melo? —preguntó Søren—. ¿Italiana?

—Medio italiana, sí. Su madre es noruega.

—No la conozco.

—¿Crees que Ko podría conocerla?

—Si ya lleva bastante tiempo viviendo en Rangún, casi seguro que sí. En realidad conoce a todo el mundo. ¿Para qué ONG dices que trabaja? ¿Y cómo sabes que está en Rangún?

—Me encontré en Bangkok con un conocido nuestro, pero no tenía la dirección de ella ni su correo electrónico. —Me di cuenta de que enseguida iba a liarme y a contradecirme—. Da lo mismo, no quiero molestarte más. Así que la biblioteca del British Council.

—Así es, durante el día. Por la noche lo encontrarás en el bar del hotel Strand o al lado, en el bar Union. Por allí va también mucha gente de las embajadas y en realidad toda la marabunta internacional.

Tomé nota.

—¿Hotel Strand, has dicho? —repetí.

—Sí. Abajo, a orillas del río. La entrada a la biblioteca se encuentra en un lateral. Salúdalo de mi parte cuando lo veas.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es de mediana estatura. Cuarenta y pocos, pero parece más joven. Pelo

negro y corto, ojos dulces, gafas redondas de concha. En la mano izquierda lleva un anillo de un instituto estadounidense. Es un bicho raro, pero está bastante bien informado. Si hay alguien entre los birmanos exiliados que pueda conocer a tu amiga, entonces probablemente es él.

—¿Birmanos exiliados?

—Sí, creció en Estados Unidos. Sus dos hermanos mayores perecieron en las revueltas de 1988. Él forma parte de los que regresaron y quieren ver de cerca lo que sucede ahora con el movimiento democrático. Puede contarte muchas cosas si tiene ganas de hacerlo.

—Bien, gracias.

—Dime, esa vieja amiga tuya del instituto, ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Ragna.

—No, su apellido. Dijiste Di Melo, ¿verdad?

—Sí —acabé confesando, tras titubear.

—¿La conoces bien? —dijo Søren, después de permanecer en silencio algunos segundos.

—Hace años que no la veo. Estudió conmigo en el instituto.

—¿Conoces a sus padres?

—No —mentí y me puse a pensar en cómo podía librarme ahora de Søren, pero él continuó hablando.

—Creo que sería mucha casualidad, pero en Rangún hay una oficina de una empresa que se llama SVG-Consulting. Tal vez ella trabaje allí.

—SVG-Consulting —repetí con un tono seco—. ¿Debería conocerla?

—No, tú no, pero sí quien se interese por los grupos de presión de armas tomar, porque figuran muy arriba en la lista. Allí trabaja un tal Alessandro Di Melo. Es un tipo con bastante mala fama en el sector.

Noté cómo el sudor me brotaba en la piel. ¿Por qué diablos habría tenido que nombrar a Ragna?

—Te envió algunas informaciones. Probablemente solo sea casualidad que se trate del mismo apellido, pero ¿quién sabe?

Regresé a la calle después de cortar la llamada. La conversación con Søren me había golpeado en el estómago y el calor del mediodía hacía aún más difícil pensar con claridad. El British Council estaba a un breve paseo a

pie. Sin embargo, en la biblioteca no había nadie que encajara con la descripción que me había proporcionado Søren. Había un lugar de trabajo que daba la impresión de que alguien estuviera instalado en él más o menos permanentemente, pero no estaba ocupado. La biblioteca era abarcable con una sola mirada: tres o cuatro salas divididas con estanterías y mesas para ocho personas que constituían zonas de trabajo.

Encontré un sitio libre y me senté allí. Una joven estudiante sentada delante de mí realizaba los ejercicios de un tocho con el que se prepara el examen para el acceso a las universidades estadounidenses. Otro estudiante a mi lado en pantalón corto y descalzo leía un libro de Alexis de Tocqueville. Pasé el tiempo leyendo los periódicos sin perder de vista el puesto de trabajo desocupado. Pero no vino nadie. Volví a recorrer toda la biblioteca y descubrí otra mesa desocupada cubierta de libros, diarios y fotocopias. Esperé un cuarto de hora más y luego me fui de la biblioteca sin haber cumplido mi propósito.

Habría sido mucha casualidad. El sol brillaba ardiente en un cielo sin nubes, y decidí regresar al hotel y esperar al atardecer. Me equivoqué varias veces al doblar las esquinas y acabé en calles secundarias, en las que una y otra vez me detenía hechizado, sorprendido por las raídas fachadas que me recordaban a Berlín Este. Con la diferencia de que en la capital germana la gente no se acuclillaba en el suelo mirando fijamente unas patas de gallina que nadaban en un caldo gris o se removían poco a poco entre las chispeantes burbujas. No quería ni imaginarme con qué desperdicios de matadero estaban improvisando su almuerzo esas personas, pero por el rabillo del ojo observé la escena con una mezcla de curiosidad y vergüenza. Aquí y allá se acuclillaba algún lisiado, o mis ojos se clavaban en el sarpullido supurante que había en el brazo de una criatura de quizá ocho años. Seguí caminando sin prisa y evité un puesto en el que se ofrecía a la venta una montaña de cucarachas fritas. En Tailandia ya había probado una vez saltamontes fritos. Para nada tenían mal sabor, pero por el momento ni siquiera podía hacerme a la idea de comer una cucaracha. Junto a ese puesto estaba sentada en el suelo una mujer que parecía tener muchísimos años y que tenía ante ella tres mangos a la venta encima de un paño pequeño. Estaba claro que no tenía nada más que ofrecer y, a juzgar por su aspecto, había venido de muy lejos con la esperanza de conseguir aquí

un mejor precio. Tres mangos, la caja del día. Solo la factura de mi hotel alimentaría por completo a esa mujer y a su familia durante probablemente varios meses. Y el contravalor del *jeep* de la ONU que acababa de pasar a nuestro lado seguramente alimentaría a toda su aldea. Uno de los tres hombres que iban montados en el vehículo me miró unos instantes, pero no hizo ningún gesto. Parecía cansado. ¿Quién sería? ¿Un agrónomo? ¿Un asesor económico? En cualquier caso era un miembro del ejército de samaritanos internacionales de los que había hablado Søren. ¿Asesor para la democracia tal vez, para la delicada transición de una dictadura militar a una nueva forma de gobierno? ¿Cómo se desarrollaba realmente la construcción nacional? Sin duda Søren tenía razón en algo: en ese *jeep* de la ONU no iba ningún birmano.

Cuando volví a mi habitación del hotel, me había llegado un correo electrónico de Søren. Descargué los archivos adjuntos. Como ya había ocurrido antes con los documentos de Di Melo, el símbolo circular de descarga estuvo girando durante bastantes minutos, así que me fui a la ducha. Después estuve echado un buen rato en la cama sin hacer nada, oyendo tan solo el ruido de la ciudad y el murmullo del aire acondicionado, hasta que un suave ping anunció que se habían descargado por fin los archivos adjuntos. Abrí los PDF y me topé con una lista larga de enlaces a páginas web que no iban a servirme de mucho a la vista de la lenta conexión a internet. Debajo, Søren había escrito:

Querido Adrian:

Te envío los enlaces a algunas campañas interesantes que ha puesto en marcha SVG durante los últimos años. El grupo opera en todo el mundo y tiene clientes en todos los sectores clave. En Europa están haciendo por el momento todo lo posible para impulsar la escisión de la Unión Europea y alimentar el Brexit. La financiación puede rastrearse hasta agrupaciones extremistas en Estados Unidos y Rusia. Así, por ejemplo, dan empleo a estudiantes del este de Europa para avivar los resentimientos antieuropeos. Eso sucede sobre todo a través de las cartas de los lectores acerca de temas europeos en la prensa seria. También lanzan campañas que parecen acciones de base, pero que en realidad están coreografiadas con todo detalle, como por

ejemplo una reciente manifestación a favor de los alimentos modificados genéticamente desde una supuesta asociación agrícola ecologista, detrás de la cual se ocultaba en realidad un grupo de poderosas empresas biotecnológicas. SVG dispone de recursos asombrosos y contactos al máximo nivel. Hacen de todo a cambio de una tarifa adecuada. Parece que están en disposición de utilizar energía nuclear como si fuera biocombustible. No sé la cantidad de «sitios web educativos» que mantienen. En el último test de uno de nuestros *hackers* nos hemos topado con varios centenares alojados en sus servidores. Te he adjuntado también un pequeño *dossier* sobre Alessandro Di Melo. Lleva ocho años en la empresa. En estos momentos está a cargo del sector en aguas abisales. Anteriormente asesoraba a las compañías navieras del sector pesquero. En 2003 estuvo implicado en un caso espectacular en Australia. Te adjunto el informe. En la actualidad asesora a empresas como Nautilus y Neptune Minerals y es miembro del consejo de administración de Ocean Harvest, una empresa de alta tecnología especializada en robots de aguas abisales perteneciente a un gran consorcio sueco. Obtendrás detalles más concretos a través de los enlaces. Tiene buen olfato para los campos de negocio que están poco regulados y en los que pueden obtenerse enormes ganancias si se es lo suficientemente rápido y se carece de escrúpulos. Un fino representante de su gremio. Que te diviertas. He informado a Ko de que estás en la ciudad y de que te gustaría encontrarte con él. Le he enviado tu dirección de correo electrónico. Supongo que te parece bien, ¿verdad?

SØREN

Los enlaces no funcionaban, porque la conexión era malísima. Fui al vestíbulo, donde había dos ordenadores, pero ambos estaban ocupados. En ese mismo momento vibró mi teléfono móvil mostrando un mensaje de un tal Daniel Parson: *«Hi. Got your mail from Søren. Happy to meet you. Are you at your hotel? Just having coffee across the Street at Sakura Tower Sky Bistro. Join me now or call me later. Warm regards. Ko»*.

Salí por la puerta giratoria y vi enseguida el rascacielos al otro lado de la calle. Crucé la calzada y subí en ascensor hasta la última planta. El restaurante ocupaba todo el piso. Dejé vagar la vista por las mesas. No vi a nadie en ninguna, pero de pronto alguien se levantó en la parte trasera de la sala y me hizo señas.

Cuando llegué a la mesa situada junto a la ventana, el hombre me ofreció una silla a su lado.

—¿Adrian? —preguntó él en inglés y me tendió la mano.

—Sí —respondí—. La cosa ha ido rápida.

—Este es un país dinámico. Y esta es Linda.

No parecía muy entusiasmada con mi aparición y lo disimuló con poca convicción con una sonrisa avinagrada.

—Vivo justo enfrente —precisé—. Pero no quiero molestar. Podemos vernos más tarde tal vez, si tienes un rato.

—No, ¿por qué? Linda tiene que irse enseguida —replicó Ko y se levantó—. Vuelvo en un momento.

Desapareció en dirección a los lavabos. Tomé asiento frente a Linda. Era una pelirroja pecosa con algo de sobrepeso que sudaba mucho a pesar del aire acondicionado. Calculé que debía rondar los treinta y tantos.

—Hola —saludé—. Acabo de llegar.

Ella se puso a recoger unos prospectos y unas hojas impresas que tenía delante, encima de la mesa, y replicó:

—Bien, entonces te doy una cordial bienvenida. ¿Vacaciones?

—No, trabajo. Pero todavía tengo algo de tiempo hasta que comience todo.

—Qué bien para ti.

Siguió guardando sus documentos. Era más que obvio que no teníamos nada que decirnos, pero también resultaba extraño permanecer callados.

—¿Vives aquí? —intenté preguntar algo no comprometedor.

—Sí. Puede decirse que sí.

No pude evitar echar un vistazo a los documentos que estaba guardando: eran planos catastrales. Ella se dio cuenta de mi mirada, pero no dijo nada, sino que prosiguió metiendo todo a presión en su bolsa. No vi ningún sentido en proseguir una conversación a todas luces no deseada, lo cual provocó que ella interrumpiera el silencio al cabo de unos penosos instantes.

—¿Y tú? ¿De dónde eres?

Por el rabillo del ojo vi cómo Ko regresaba.

—De Alemania —dije por simplificar—. Frankfurt. ¿Y tú?

—Reino Unido —contestó y se levantó—. Encantada de haberte conocido.

Que tengas una buena estancia.

Asentí con la cabeza e intenté sonreír, cosa que solo conseguí a medias.

—*Bye, Danny* —dijo ella a Ko, que tomó asiento frente a mí—. Hasta esta noche tal vez.

Él se despidió con un gesto de la mano, sin comprometerse.

—Es poco comunicativa, lo sé —dijo cuando estuvo fuera del alcance de nuestros oídos.

—¿Te llamas Daniel? Søren se refiere a ti como Ko.

—Es mi nombre birmano. Puedes elegir el que quieras. Yo uso los dos.

¿Qué te trae por acá?

—Trabajo —contesté—. Acompaño a un hombre de negocios suizo como intérprete. Pero él todavía no ha llegado, así que tengo algo de tiempo para dar vueltas por ahí.

—Ajá, está bien. Así que un poco de turismo. ¿Quieres que te aconseje algunos sitios adónde ir?

Tenía un rostro simpático. Era difícil calcular su edad. Llevaba el pelo negro corto y parecía que hubieran usado una regla para cortárselo sobre la frente. Daba la impresión de estar siempre sonriendo, incluso aunque hablara. Cuando juntó las manos, vi el anillo del instituto que Søren había mencionado y la fecha integrada sobre el escudo: 1996.

—Søren me pasó algunos artículos tuyos para que los leyera. Fue una lectura interesante.

Ko asintió con la cabeza, halagado.

—Gracias. No suelo recibir elogios por mis opiniones. Ahora bien, ¿eso es lo que uno persigue? —Ladeó la cabeza—. Bueno, sí. Aquí anda todo muy confuso. Linda, por ejemplo, trabaja para una organización cuyo cometido es crear un registro de la propiedad. No hay ninguno y nadie sabe de quién es la tierra. Pertenece, o bien al Estado, o aquellos que la consideran suya. Con la denominada apertura democrática están llegando muchos inversores al país. ¿Qué sucede? Se está expulsando a gente que vivía y trabajaba desde hacía

décadas en sus tierras, y el gobierno, es decir, los militares, las están vendiendo a los inversores extranjeros. El dinero va a parar a unas cuentas privadas en Singapur. A quien se resiste, lo intimidan o lo matan. Pero, a cambio de todo esto, ahora tenemos un catastro. El despotismo indocumentado se convierte en injusticia documentada. A eso lo llaman «desarrollo». Hay que añadir que Birmania es un tapiz de retazos, un estado plurinacional en una situación geopolítica de mierda. Estamos ubicados entre dos colosos extremadamente voraces: la India y China. No puede preverse lo que tenemos por delante. Birmania fue una cárcel durante sesenta años. Ahora se están desmoronando sus muros, sí, pero en lugar de que la gente salga libre, la mayor parte está siendo enterrada entre los escombros. Están aplastando el país, exprimiéndolo, destripándolo. —Miró un instante por la ventana. El panorama era absolutamente deprimente. El cielo se había nublado—. Al menos espero que no seas ningún cooperante para el desarrollo, un investigador de conflictos o algo similar, ¿o sí lo eres?

—No.

—Algo es algo. Hace unos días me encontré con un paisano tuyo. De Hamburgo. Alguna fundación le había financiado un proyecto de investigación de cuatro años para escribir la historia del pueblo birmano. Para que comprendamos mejor nuestra historia y se pueda culminar el proceso de reconciliación. —Negó con la cabeza y, por primera vez, desapareció la sonrisa de su cara—. Claro, eso era justo lo que necesitábamos aquí en estos momentos con mayor urgencia, que viniera un intelectual chupatintas alemán, que en su vida se ha comido una ensalada de té verde, para explicarles a los birmanos su historia.

No tuve más remedio que echarme a reír y también los rasgos faciales de Ko volvieron a distenderse.

—¿No es grotesco? —prosiguió—. ¿Cuántos historiadores birmanos les explican su historia a los alemanes orientales? En lugar de enviarnos a investigadores de conflictos, nos habría ayudado mucho más que Alemania no hubiera vendido minas terrestres a nuestros militares durante décadas.

Hablaba un impecable inglés estadounidense de la Costa Este, aunque sin la muletilla constante de la partícula like y otras palabras de relleno similares.

—¿Te criaste en Estados Unidos? —pregunté.

—Sí.

—¿Y desde cuándo vives aquí?

—Desde hace tres años. Pero siempre durante unos pocos meses. No lo soporto mucho tiempo más, la verdad.

—¿Y dónde vives cuando no estás aquí?

—En Clinton, Massachusetts. Un pueblucho de mala muerte, a cuarenta millas al oeste de Boston. Mi familia, bueno, la parte de mi familia que sobrevivió, vive allí.

—¿Y conociste a Søren aquí?

—Sí. Me parece muy interesante lo que hace. Desafortunadamente no cambiará mucho el hecho de que con una mano nos roben diez veces más de lo que recibimos como limosna en la otra, pero qué se le va a hacer. Al menos su trabajo hace que mentir resulte más complicado. Pero háblame de tu hombre de negocios suizo. ¿Qué bendiciones nos trae en su equipaje? ¿O no te permiten hablar de ello?

—No podría hacerlo aunque quisiera. No tengo ni idea de lo que hace por aquí. No llegará hasta dentro de algunos días.

—¿Y por qué estás entonces ya por aquí?

Me giré en dirección al camarero y le hice una señal.

—Se debió a las reservas de los vuelos —respondí con vaguedad. Me resultaba desagradable mentir, así que intenté formular las frases de manera neutral. Sin embargo, al igual que me había sucedido en la conversación con Søren, me metía en terrenos resbaladizos—. Una vieja amiga mía del instituto trabaja también por aquí, en algún lugar —dije, exponiendo mi historietta—. Me gustaría encontrarme con ella, pero no tengo ni su dirección de correo electrónico, ni su número de teléfono. Ni tampoco sé para qué organización trabaja.

—Vaya. Entonces realmente sabes muy poco sobre ella.

El camarero vino y yo pedí un ginger ale. Ko le dijo algo al camarero que no entendí.

—Tendrá algún nombre, ¿no? —quiso saber él.

—Se llama Ragna. Ragna Di Melo.

A juzgar por la expresión de su cara, no había oído nunca ese nombre.

—¿Y de dónde es?

—Es difícil de decir. Se ha criado en tres continentes. Su padre es italiano; su madre, noruega.

—Ajá, de ahí la atractiva combinación de nombres. ¿Qué aspecto tiene? ¿Llevas alguna foto de ella?

Titubeé. Lo más sencillo habría sido mostrarle la foto que saqué en el despacho de Di Melo en Zurich. Pero, entonces, ¿cómo le explicaba de dónde la había sacado? Otro clamoroso error de lógica en el disparatado plan de Di Melo.

—Es muy alta y delgada, tiene el pelo castaño claro y los ojos verdes.

—Ah, sí, claro, me la imagino perfectamente.

No pude evitar echarme a reír.

—Bueno, ¿cómo voy a poder describirla? Hace muchos años que no la veo.

Ko me miró con gesto burlón.

—Bien, para que la sigas buscando después de tanto tiempo, debe de ser bastante atractiva.

—Por aquel entonces lo era, sin duda. Bueno, había una posibilidad de que la conocieras. Seguramente no vivirán demasiadas jóvenes europeas por aquí, digo yo.

—Linda se cae de la lista, ¿verdad? —bromeó.

—Sí, por completo.

—Preguntaré por ahí. Tal vez la conozca alguien de mi círculo de amistades. Ven esta noche a la galería Pansodan.

—Sí, ya lo tenía planeado. Los martes se convierte en una especie de punto de encuentro, ¿verdad?

—Sí, siempre va gente interesante: poetas, disidentes, miembros de alguna ONG que acaban de llegar, por lo que desean darse a conocer y buscan contactos, estudiantes, periodistas, artistas, etcétera. Tal vez ella esté incluso por allí.

Su sonrisa desapareció de golpe y percibí que comenzaba a mirarme con algo de desconfianza. Quise impedirlo, pero me puse un poco rojo.

—¿Sabes qué estoy pensando en estos momentos? —preguntó él de pronto.

—Me lo puedo imaginar —contesté, poniéndome aún más colorado.

—¿Y qué es?

—Seguramente te estarás preguntando si estoy un poco loco, si soy un estúpido o tal vez incluso un tío peligroso. Un tipo raro que va inquiriendo a desconocidos en los confines del mundo por su antigua amiga del instituto.

—No vas del todo desencaminado —replicó. Entonces su sonrisa reapareció. Sí, incluso tenía un aspecto radiante, y dijo—: Creo que eres todo eso a la vez.

—¿Ah, sí?

Me señaló con el dedo, como si de pronto hubiera tenido una inspiración.

—Y, por cierto, para ese estado existe una descripción muy certera.

—¿Ah, sí? —repliqué con nerviosismo—. ¿Y cuál es?

—Muy simple —dijo Ko, levantándose—. ¡Estás enamorado!

41

Di Melo

La conexión era miserable. Di Melo entornó los ojos por los nervios, pero eso no hizo que entendiera mejor al hombre que había al otro extremo de la línea. Su inglés era sencillamente demasiado fragmentario. Sin embargo, al fin y al cabo le llegaba lo esencial.

—Todo día vueltas —le oyó decir en un inglés apenas comprensible—. Fue a biblioteca British. Luego vuelta hotel Traders. Habla con hombre en restaurante de Torre Sakura. Ahora otra vez hotel.

—¿Qué restaurante?

—Torre Sakura. Frente hotel.

—¿Qué hombre?

—No sé.

La conversación prosiguió en esa línea durante algunos minutos más. Así pues, Adrian se hallaba por el momento en la habitación de su hotel, y uno de los dos observadores estaba en el vestíbulo, mientras que el otro estaba apostado en la planta de la habitación de Adrian y no quitaba el ojo de su puerta. ¡Ojalá pudiera estar él allí! Pero eso era demasiado arriesgado. Di Melo estaba seguro de que Suphatra vigilaba cada uno de sus movimientos y por eso había contactado con él. No se movería de allí hasta saber con exactitud dónde se encontraba Ragna. Y entonces todo tenía que desarrollarse con mucha rapidez, tanta que aquel hombre no tuviera ocasión de seguirlo.

—¿Le pusisteis el transmisor? —preguntó.

Era increíble. Su propia hija lo obligaba a emplear tales métodos. Sin embargo, tenía que contar con que podía ocurrir de todo. Los dos trabajadores de la oficina de Rangún que había contratado para este asunto no eran profesionales. Es verdad que estaban muy motivados por la suma de dinero que les había ofrecido, pero Adrian podía escabullirse de ellos con facilidad. Seguro que Ragna y sus cómplices se habían vuelto aún más precavidos desde el incidente con la portuguesa. La probabilidad de que ella reaccionara a su cebo era mínima, pero se trataba de su última esperanza. Les había mandado comprar el rastreador GPS más diminuto que pudiera conseguirse en Rangún. Luego les ordenó que cosieran el transmisor en la correa de la mochila de Adrian. Al menos eso sí habían conseguido hacerlo.

—Llamadme enseguida que pase algo.

—Sí. Llamamos.

Colgó, marcó un número y lo dejó sonar tres veces. Luego interrumpió la conexión y esperó. Pasaron aproximadamente dos minutos hasta que llegó a su teléfono la reacción a través de un SMS. Abrió un programa de mapas en su tableta, estableció una conexión bluetooth y registró las coordenadas transmitidas. El sistema funcionaba a la perfección. El rastreador le dio la geoposición 16° 46' 44,3". N, 96° 09' 30,3". E, un punto exacto entre las calles de la pagoda Sule y Treinta y dos, en el centro de Rangún. Adrian estaba en el hotel. O al menos su mochila.

A través de la fachada de cristal, Di Melo fijó la vista en el mar de luces vivas que había a sus pies. «Los amores de juventud no se oxidan —pensó—. Ojalá eso sea cierto también para ella».

42

Ragna

Ragna entendía solo una de cada tres palabras, y eso cuando conseguía oír algo.

—¿Qué dices? —dijo desgañitándose al aparato, como si pudiera mejorar la conexión a través del volumen.

Un crujido, al que siguieron algunos jirones de frases, hasta que de repente media frase resultó claramente audible.

—... aquí en la ciudad y pregunta por ti... mán... drian...

Ragna se dirigió nerviosa a una pequeña elevación esperando obtener una mejor recepción, pero pasó un rato hasta que pudo entender el nombre completo por primera vez.

—¿Has dicho «Adrian»? —exclamó al teléfono.

De nuevo hubo otro crujido, pero de pronto la conexión era tan clara como si Ko estuviera a su lado.

—Afirma que trabaja para un hombre de negocios suizo que no ha llegado todavía al país.

Miró confusa a su alrededor: no estaba preparada ni tampoco era capaz de procesar esa información.

—¿Y ha preguntado por mí?

—Sí. Dijo tu nombre.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Por lo visto sí. ¿Lo conoces bien?

—¿Dónde está?

—Se aloja en el Traders. Probablemente irá esta noche a la galería Pansodan. Le he dicho que preguntaría por ahí a ver si alguien te conoce.

Ragna no replicó nada. Dio unos pasos a la derecha, luego a la izquierda, con la misma incapacidad de antes para pensar con claridad.

—¿Qué quieres que haga ahora? —preguntó Ko.

—Nada. Ya te llamaré yo.

Guardó el teléfono y se quedó inmóvil. Solo conocía a un Adrian, y no lo veía desde hacía años. No se le pasaba por la cabeza que estuviera aquí. Pero ¿un Adrian de Alemania que preguntaba por ella? ¿Quién iba a ser si no? ¿Qué leches quería?

Caminó de un lado para otro completamente perpleja sin comprender lo que debía pensar. Entonces vio con claridad que no podía guardarse esa información para sí de ninguna de las maneras. Alguien la estaba espiando. Y eso los afectaba a todos. Pero ¿de verdad era Adrian?

—Vaya, vaya. Un hombre de negocios suizo —dijo Steve con una mezcla de burla y escarnio en la voz, después de que ella le pusiera al corriente—. Un ex tuyo, con el que no has tenido contacto durante muchos años, aparece simplemente por aquí... ¿Puedes creer en serio que se trata de una casualidad? Está claro que alguien lo ha enviado para acá. Pondría la mano en el fuego.

—Pero ¿quién?

—Tal vez tu padre. O tu madre. ¿Quién si no?

Ragna enmudeció. Intuía que Steve tenía razón. Era la única explicación lógica. Pero ¿qué demonios significaba aquello?

—¿Y qué implica eso para nosotros? —replicó alterada.

—Significa que tenemos que ocuparnos de ese muchacho y averiguar para quién te está siguiendo los pasos.

—¿No sería más fácil ignorarlo? En unos pocos días nos habremos marchado de aquí.

—Bueno —replicó Steve—. No me gustaría experimentar otro susto.

Ragna volvió a sopesar todas las posibilidades pero, igual que antes, no llegó a ninguna conclusión clara.

—Podría ir a Rangún. Encontrarme con él —propuso ella.

—No —la contradijo Steve—. De ningún modo. Es demasiado arriesgado.

¿Qué pasa si en realidad sirve de reclamo? Si es así, no puedes hacer eso de ningún modo.

—¿Y telefonarle? Podría hablar con él.

La expresión de la cara de Steve estaba volviéndose cada vez más huraña.

—Primero Teresa. Ahora esto. Tal vez nos hayan descubierto, maldita sea, mierda. Y tú insistes en esperar y esperar.

Un silencio como el plomo se extendió entre los dos.

—Tal vez tengas razón —dijo Steve—. Será mejor que no hagamos nada. Digámosle a Ko que no vuelva a encontrarse con él, sino que tan solo lo vigile. Que se amargue en Rangún. Pero el asunto sigue siendo muy raro. ¿Qué sientes por ese tipo?

Ragna se rio.

—¿Qué pregunta es esa?

—La más obvia.

Ella se levantó y se fue. Sin embargo, no podía alejarse con tanta facilidad de la pregunta como lo había hecho de Steve. Adrian había sido un episodio inexplicable en su vida, hasta hoy. Solo así podía explicarse ella que todo su mundo de entonces se saliera de quicio y que Adrian fuera provisionalmente una especie de ancla. ¿Ancla? Vaya palabra. Más bien una especie de ensoñación, una chifladura en la que se había refugiado de manera pasajera. Estaba claro que había existido una atracción física. Ella percibía que él andaba mirándola continuamente a sus espaldas, pero siempre se había mostrado demasiado a la espera, demasiado reservado, en especial si lo comparaba con los demás chicos. Miradas de interés aquí y allá, pero él no emprendía ninguna acción.

Llegó a su tienda de campaña y se metió en ella. Adrian estaba en Rangún. Aquello no le entraba en la cabeza. ¿Estaba su padre detrás de ello? Sería típico de él. Había que reconocerlo: siempre se le ocurrían las ideas más peregrinas para conseguir sus aviesas intenciones. Igual que por aquel entonces en Freemantle. Fue la primera vez que lo vio actuar a sus anchas y salvar de un apuro a una banda de criminales medioambientales. Durante aquella acción en la que ella misma había participado arriesgando incluso su propia vida para capturarlos. Y su padre logró que pusieran en libertad sin cargos a esos chorizos. Ragna no dio señales de vida hasta después de que

dictaran la sentencia. Él no tenía ni idea de que había asistido al proceso y había seguido cada una de sus repugnantes maniobras legales. Fue el final de un distanciamiento entre ellos que con el paso de los años se había ido haciendo cada vez mayor. Al comienzo solo eran las discusiones en casa, los repulsivos puntos de vista y las opiniones fatalistas de su padre que seguramente ella había provocado con su idealismo adolescente. No obstante, con el tiempo fue dándose cuenta de que su padre no solo defendía esa extraña forma de ver el mundo frente a ella durante las noches o los fines de semana, sino que con esa perspectiva también ganaba durante el día el dinero con el que vivían a lo grande. Cuando en la prensa aparecían artículos espeluznantes de empresas que no perdían la oportunidad de obtener beneficios sin escrúpulos a costa de la naturaleza, las personas y los animales indefensos, entonces había que contar con que el nombre de esa compañía saldría pronto en la agenda y en el calendario de citas de su padre. ¿Cómo era capaz de «asesorar» a gente de esa calaña? «Asesorar», así lo llamaba él. ¿No tenía conciencia acaso? ¿Como aquella compañía petrolera que destrozó comarcas enteras de África y que pagaba a los militares locales para que quebraran la resistencia no violenta de la población con matanzas, juicios de espectáculo, escarmientos y ejecuciones? ¿Trabajaba para una escoria de ese tipo?

Sí, de acuerdo, la acción de la gasolinera había sido una locura. Ken Saro-Wiwa y los demás nigerianos asesinados no iban a resucitar por ello y a la compañía Shell no se le acusaría en cien años por los delitos por los que debía responsabilizarse el consorcio. Al señor Müller y a la señora Schmidt les importaba una mierda la cantidad de sangre humana derramada que salía por el surtidor de gasolina con el que llenaban los depósitos de sus vehículos, lo mismo que a la gran mayoría de la población le han sido siempre indiferentes esas cosas. Pero a ella no le daba igual vivir de los frutos de esos crímenes. Ella podía boicotear a Shell, pero no a su padre. Así que se unió a aquel comando suicida y decidió colaborar al estilo del Frente de Liberación de la Tierra y hacer saltar por los aires algunas gasolineras de Shell. Justo por entonces, Adrian se había acercado a hablar con ella durante una aburrida fiesta de la que ella había escapado subiendo a la azotea.

¿Por qué se lio con él? Por mucho que se esforzara, ya no se acordaba. Lo que antes la irritaba, su manera de ser un poco reservada, como a la espera, de

repente le resultó simpática. Tenía algo soberano en su interior, algo en lo que ella no se había fijado antes. No le molestó en lo más mínimo la conversación sobre las constantes gravitacionales o las angulas. No pudo evitar reírse para sus adentros al recordarlo. ¿Estaba ella tan loca por aquel entonces? Después de aquella primera conversación tan extraña, él insistió en mantener el contacto y ella tampoco vio ningún sentido a hacerse de rogar por más tiempo. Estaba planificando su acción con el comando Ken Saro-Wiwa y en paralelo comenzaba una relación con alguien que escribía poemas en su tiempo libre, a quien gustaban las películas raras y que vivía en una especie de mundo de ensueño. Pasar el tiempo con él era como caer fuera del presente. Le importaba un pepino el estado del mundo o los consorcios criminales. Como al señor Müller y a la señora Schmidt. ¿Qué había encontrado pues en ese Adrian? Vale, el sexo había estado bien, pero ¿de qué habían hablado? Él le enviaba poemas. Ella no leía lírica, pero él acababa leyéndoselos. A veces le gustaba alguno que otro. Se acordaba todavía de un poema que no era demasiado sensiblero. Trataba de una chica muerta, un cadáver encontrado en el agua. Cuando le abrieron el pecho, encontraron, «*en un cenador por debajo del diafragma*», un nido de jóvenes ratas que habían pasado allí una hermosa infancia. Ese «*cenador por debajo del diafragma*» y la hermosa infancia de las jóvenes ratas la habían impresionado. Aquello era una pasada, un lenguaje contra la mentira y la hipocresía que estaba en consonancia en muchos aspectos con la rabia que ella sentía. Pero ¿por qué Adrian? Tal vez se había enamorado del enamoramiento de él, de su carácter atento, de ese algo en sus ojos de lo que ella era responsable. ¿O había sido su extrañeza? ¿Quién era capaz de explicar los sentimientos?

¿Había sido consciente Teresa acaso de lo que encontró en Render? Estar con aquel hombre mucho más mayor que ella la había transformado por completo. ¿Por qué? No había manera de explicarlo. Los dos habían encontrado su felicidad. ¿Cómo había envidiado a Teresa a veces por ese motivo! Por ese pedacito de felicidad. ¿Y dónde estaba la felicidad de ella? ¿Steve? Su pasión por él resultó ser con el tiempo una pasión por una causa común. Había proyectos. Acciones. ¿Existía entre ellos algo que fuera privado y no político? Durante mucho tiempo ella creyó que el amor solo era posible mediante el amor a una causa común. Pero tal vez la cosa funcionaba al revés.

Quizá el secreto estaba en la variedad y en la extrañeza. Steve veía el mundo como ella, sufría como ella, esperaba y luchaba como ella. Y, sin embargo, en algún momento llegó el final. ¿Cómo había sido eso posible? ¿Tal vez porque los había unido el odio? ¿El odio a los criminales medioambientales y a los especuladores y negociantes sin escrúpulos, el odio a la ignorancia y a la indiferencia? El amor de los dos, ¿había sido solo un odio común?

Se metió en su tienda de campaña, se sentó en un rincón y se quedó mirando fijamente al frente. Se llevó la mano al collar y durante unos instantes jugó con el pequeño delfín que colgaba de él. A continuación cogió el teléfono.

43

Render

El punto del orden del día que estaba esperando se convocó finalmente a las 20.33. Render entró en la gran sala de sesiones apelotonado con más gente y enseguida percibió la tensión del ambiente. La atmósfera era asfixiante. El presidente estaba rodeado por siete u ocho personas en el extremo posterior de la sala de sesiones que lo atosigaban por todas partes. Render reconoció al embajador español junto al sueco: ambos se disputaban claramente la atención del presidente. Los representantes diplomáticos de Grecia, Francia y Dinamarca estaban también presentes e intervenían en aquella disputa que no era posible oír desde la distancia, ya que en la gran sala había como poco ciento veinte personas reunidas en grupúsculos similares que debatían entre ellos. En la parte delantera, el equipo de la comisión estaba intercambiando los puestos.

Herrero Sánchez dejó sus *dossiers* y saludó a un colega del servicio jurídico que se instaló a su lado. Expertos y funcionarios conocedores del tema, a quienes Render conocía de vista, se repartieron por los asientos libres y las sillas plegables colocadas junto a la pared. Seguía entrando una marea de personas y Render se apresuró a sentarse en una de las sillas plegables detrás de la mesa de la comisión, pilló unos auriculares e hizo señas a uno de los ujieres para que le trajera el material informativo actualizado. Sin embargo, antes de que pudiera leer los documentos, el presidente se alejó de los embajadores que lo asediaban, apretó enérgicamente dos veces el botón del

timbre de la mesa y activó su micrófono.

—Excelencias, damas y caballeros. A petición de varias delegaciones, el siguiente punto se debatirá en *petit* comité. Solo las señoras embajadoras y los señores embajadores más un agregado diplomático, así como los miembros de la comisión. Ruego a todos los demás que abandonen la sala.

Render se quitó los auriculares, se levantó y echó mano de su teléfono. No tuvo que seleccionar el número de Vivian de la lista porque ella lo había llamado ya dos veces en los últimos diez minutos sin que él se diera cuenta. Se apresuró a salir de la sala con los demás excluidos, y se retiró rápidamente a un rincón en el que no podían molestarlo.

—¿John? —respondió ella después del primer tono de llamada—. ¿Qué pasa? ¿Es el turno ya del punto?

—Sí y no. Y vuelvo a estar fuera. Debaten en *petit* comité. Formato uno más uno.

—¿Has podido enterarte del porqué?

—No. Había discusiones bastante acaloradas entre diferentes grupos de embajadores.

—¿Qué grupos? —preguntó ella impaciente.

Render le describió los grupos que había observado.

—Gracias, John —dijo ella y colgó.

Render estaba todavía intentando comprender la breve conversación que acababa de mantener cuando, de repente, apareció Jasper Paulsen a su lado.

—¿Ya te has enterado? —preguntó con evidentes muestras de agitación.

—No sé absolutamente nada.

Jasper le cogió por la americana y lo atrajo a la multitud de los que estaban a la espera.

—Un conocido mío está en la representación permanente —dijo Jasper, bajando aún más la voz—. Alguien pretende incluir la pesca ilegal en el orden del día del Consejo de Justicia e Interior, bajo la rúbrica de la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado.

La mandíbula inferior de Render descendió. Jasper prosiguió con las mejillas coloradas por la agitación.

—Sí, imagínatelo. Por desgracia no he podido ver el texto, pero las formulaciones son inauditas. No tengo ni idea de quién puede estar detrás de

ello. Piden que se examinen todos los acuerdos pesqueros con terceros Estados y que se organice en el Tribunal Internacional de La Haya un tribunal especial para el delito de «ecocidio» por el que puedan denunciarse a Estados y gobiernos.

Render parpadeó.

—No me lo creo —dijo—. Lo has soñado.

Jasper estaba radiante.

—No —le contradijo y señaló hacia las puertas cerradas de la sala de reuniones—. Por lo visto algunos funcionarios de diversos Ministerios de Medio Ambiente están forjando desde hace mucho tiempo una alianza para una retirada completa de la pesca industrial. ¡Ahí!

—Necesito fumar —dijo Render.

Dieron unos pasos hasta una cabina para fumadores y Render se encendió un cigarrillo.

Jasper se rio sarcásticamente.

—Puede que esa mierda de ciguatera sea un regalo del cielo.

Render soltó el humo hacia el ventilador del techo.

—Seguimos sin saber de dónde ha salido esa porquería de pronto. ¿Cuál es tu opinión? ¿Tienes alguna idea?

Render miró en silencio a su colega danés y dio una calada a su cigarrillo.

—¿Tal vez el cambio climático? —sugirió.

El teléfono de Jasper vibró dos veces. Echó un vistazo a la pantalla.

—Lo siento, tengo que volver al despacho. De todas maneras aquí no nos vamos a enterar hoy de nada más.

—Que pases una buena noche, Jasper.

El danés se fue a toda prisa. Render acabó de fumar su cigarrillo. La lluvia golpeaba contra los gruesos cristales de las ventanas del edificio del consejo y hacía que el entorno pareciera aún más desolado de lo habitual. Contra el cielo se destacaban las grúas del nuevo edificio del consejo que se estaba construyendo al lado. La rotonda para el tráfico en la plaza Schuman seguía ahí, solitaria. Aquí y allá se movía un paraguas a lo largo de la acera. Render miraba al exterior, pero sus pensamientos estaban en otra parte. En su imaginación aparecían constantemente dos escenarios, pero no era capaz de decidirse. Lo que acababa de mencionar Jasper era increíble. Un avance así

era inaudito. Frente a la sala de sesiones no sucedía nada. La mayoría de los que esperaban pasaban los dedos por las pantallas de sus teléfonos móviles o conversaban en voz baja.

Render bajó en el ascensor hacia el garaje, arrojó la americana en el asiento trasero del coche y volvió a casa. Una vez allí, encendió su ordenador, buscó el registro de la última videollamada y apretó el botón de llamada. La conexión tardó casi un minuto en establecerse y en alguna parte de Asia comenzó a sonar un ordenador en una vivienda con forma de tienda de campaña. Sin embargo, nadie respondió. Colgó y lo intentó de nuevo. Ninguna reacción. Lo probó una tercera vez, pero de nuevo sin éxito.

«Barracuda offline», ponía en la columna de menú. Movié el cursor hasta la casilla en la que podía dejarse un mensaje. Entonces comenzó a vibrar su teléfono móvil.

44

Adrian

Pasé una hora aburrido en la barra del hotel Strand y luego me fui al bar Union, que estaba tan solo a unos pocos pasos de distancia. Iba llegando gente sin parar que venía para la happy hour, pero mi instinto me decía que estaba perdiendo el tiempo. La mayor parte de las personas parecía conocerse, iban en parejas o en grupos. A los recién llegados solían saludarlos otros clientes ya presentes y los pocos que, como yo, estábamos solos, de pie o sentados, andaban limpiando las pantallas de sus *smartphones*. Los jirones de las conversaciones que iba pescando por allí me recordaron el artículo de Ko. Exceptuando dos camareras, no había una sola persona autóctona. El barman era irlandés. Echaban un partido de críquet por la televisión. ¡Qué certero, Ko! Su último comentario me tenía más ocupado en esos momentos que toda la movida del bar a mi alrededor.

Al cabo de tres cuartos de hora abandoné mi infructuoso puesto de observación en el bar Union y me puse en camino hacia la galería Pansodan. Caía un chaparrón y no me quedó otro remedio que buscar cobijo temporal en el portal de una casa. Las puertas que conducían a una ancha escalera estaban abiertas. No me lo pensé dos veces y subí algunos escalones hacia la semipenumbra para escapar de aquel diluvio. Solo después de hacerlo, me di la vuelta y me di cuenta de que no había puertas. La casa estaba en ruinas. Y por lo visto tampoco era el único que había buscado refugio de la lluvia allí. En los rincones de la caja solitaria de la escalera de la vivienda se oyeron

unos crujidos. Mis ojos fueron acostumbrándose paulatinamente a la escasa luz que llegaba de la calle. Había basura acumulada a ambos lados de la escalera. Un movimiento imperceptible en la penumbra frente a mí, tal vez a un metro por encima de mi cabeza y a un brazo de distancia, me hizo retroceder. Eché mano de mi teléfono móvil y encendí la linterna. Dos ratas grandes, sentadas sobre sus patas traseras en el interior de una caja de distribución de la corriente de la que colgaban hacia fuera alambres y cables arrancados, olisqueaban con interés en mi dirección. Al dirigir el haz de luz al suelo, otras dos ratas extendieron sus morros hacia mí en actitud también de olisquear. Apagué la luz de inmediato, salté los tres escalones hacia la entrada y hui a la lluvia, que en esos momentos caía a raudales.

Diez minutos más tarde estaba completamente empapado en la escalera de una casa que se asemejaba mucho a la que acababa de dejar corriendo. Solo que aquí había luz y por fortuna no se veían ratas por ninguna parte. Las paredes mohosas brillaban de humedad. Los escalones desgastados crujieron al subir. La galería, un espacio de aproximadamente veinte metros cuadrados, estaba en la primera planta. Cuando entré, había allí tal vez unas diez personas, pero detrás de mí subieron la escalera algunas más. Un joven se me acercó y me tendió una toalla sonriendo, que acepté agradecido. A algunos de los presentes parecía haberlos sorprendido también la tormenta. Me senté en un taburete, me froté el pelo con la toalla para secármelo y me puse a mirar los cuadros de las paredes. Cuatro hombres jóvenes estaban sentados en un rincón y conversaban en voz baja en un idioma que no entendí ni tampoco supe ubicar. A Ko no se le veía por ninguna parte. Un balcón que daba a la calle Pansodan estaba abierto y desde él oí jirones de frases en inglés de dos mujeres y un hombre que estaban apoyados en la barandilla fumando. Una de ellas era Linda, me di cuenta en ese momento. Me miró unos instantes y luego desvió la mirada, lo cual me sentó mal. El joven que me había dado la toalla estaba de pronto ante mí y me ofrecía un vaso con una bebida.

—*Punch* —dijo con amabilidad—. *Enjoy. Still need the towel?* —Se la devolví—. *Where're you from?* —quiso saber.

—*Germany* —respondí—. *My name is Adrian.*

—*I'm Youn. Nice to meet you. Enjoy your drink.*

Permanecí en mi sitio durante un rato viendo cómo aquel espacio iba

llenándose poco a poco de visitantes. A eso de las nueve había tal vez unas veinte personas, después perdí rápidamente la visión de conjunto. En la parte trasera había una zona separada de talleres y, por lo visto, también pertenecía a la galería una azotea a la que se llegaba a través de una escalera en la que había mucho movimiento de gente. Si Ragna aparecía por allí, era muy fácil que no me percibiera de su presencia si me quedaba ahí abajo sentado esperándola, pero de repente me faltaron las ganas de tomar más iniciativas. ¿Qué narices me importaba a mí todo aquello? Mañana llamaría a Di Melo y cortaría con este asunto. No se me había perdido nada por allí, ni como turista, ni como mediador en un drama familiar. Y mucho menos como ex.

A mi lado se pusieron a hablar de pronto en alemán. Por el rabillo del ojo reconocí a un hombre mayor y a una mujer de mediana edad que estaba sentada de espaldas a mí. Su interlocutor detectó mi mirada y dijo:

—*Sorry, I hope we don't disturb you.*

—No, no —respondí en alemán—. Solo estoy sentado aquí para secarme.

La mujer se dio la vuelta sorprendida.

—Ajá, un paisano —dijo y se recostó un poco hacia un lado, de modo que ahora formábamos casi un pequeño círculo de tertulianos.

—Adrian —me presenté—. De Frankfurt.

—Elisabeth —dijo la mujer a su vez—. Y este es Heinz. ¿Hace poco que estás en la ciudad?

—Sí, muy poco. Llegué ayer.

—Heinz también lleva aquí solo unos pocos días —explicó Elisabeth, que pareció darse cuenta en ese mismo momento de que habría podido dejarle decir eso a él—. Yo llevo más tiempo —añadió al cabo de una breve pausa.

Heinz daba la impresión de ser considerablemente mayor que ella. Él era delgado, incluso flaco, tenía el pelo ralo y en el cuello se le veían algunos cañones de barba que se le habían escapado en el último afeitado. No llamaba la atención y vestía con sencillez. El modo con el que sostenía su vaso de ponche mientras dejaba vagar la mirada, ahora insegura, por la sala producía la impresión de que se sentía tan fuera de lugar y perdido como yo.

—¿Trabajas aquí? —pregunté.

—Sí —respondió ella—. Para Terre des Hommes. ¿Y tú?

—Solo estoy de paso. Soy el intérprete de un hombre de negocios que

todavía no ha llegado al país.

—Intérprete —dijo ahora Heinz con interés manifiesto—. ¿De qué idiomas?

La conversación que se iniciaba entonces la había tenido con tanta frecuencia que incluso podía estar ojo avizor al mismo tiempo de los movimientos de la gente. Pasaron tal vez diez minutos hasta agotar las típicas preguntas y respuestas sobre el tema y de enterarme, además, de que a Heinz lo habían enviado desde alguna institución religiosa de Hamburgo para que gestionara aquí asuntos relacionados con la paz y los conflictos. No llegué a formularle la pregunta de cómo se lo había planteado en detalle porque acababa de aparecer Ko. Me despedí con cortesía y me fui a donde estaba él.

—Tengo algunas novedades para ti —dijo Ko en voz baja—. Pero no aquí. Vamos arriba.

Ko subió la escalera. Lo seguí con cautela porque la iluminación no funcionaba y, tras unos pocos escalones, apenas se veía nada. Dos de los clientes que bajaban iban provistos de linternas. No pude evitar pensar en las ratas y en la tercera planta encendí la linterna de mi móvil. Afortunadamente no vi ninguna.

Llegamos a un terrado. Estaba rodeado de una balaustrada baja que faltaba por completo en algunos lugares porque habían desaparecido fragmentos del muro. Me mantuve a una distancia respetuosa de ella y miré a mi alrededor. El panorama de la Rangún nocturna era impresionante. La pagoda Sule alargaba su solitario remate dorado hacia el cielo nocturno de color negro azulado en el que destellaba un denso tapiz de estrellas. Pasó un buen rato hasta que comprendí qué era lo que hacía por completo diferente ese panorama: ¡no había prácticamente ninguna luz artificial! ¡Ningún anuncio publicitario! Era la visión de un mundo de hacía cincuenta años. No pasaría mucho tiempo para que esos puestos de comida escasamente iluminados con baterías de coche y bombillas de cuarenta vatios dieran paso a cadenas de restaurantes con aire acondicionado e iluminación clara como el día. Al lado del remate en punta de la pagoda Sule girarían la estrella de Mercedes, un emblema de Mitsubishi o el logotipo de algún gran banco; por encima de los tejados brillarían en rojo las luces de aviso en lo alto de las grúas y más arriba, en el cielo, parpadearían las luces de señalización de los aviones de las nuevas rutas

intercontinentales.

—He venido solo para avisarte —dijo Ko de repente y desde tan cerca, que me asusté un poco.

—¿Avisarme? ¿De qué?

—He estado preguntando un poco esta tarde por ahí. Por tu amiga. Sería mejor que no intentaras encontrarla. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—No. Sinceramente, no.

—Bueno, entonces te lo diré en lenguaje claro y llano: mi consejo es que vuelvas a tu hotel y mañana subas a un avión y te marches del país. De momento, nadie sabe aún que estás aquí. He venido bastante tarde porque quería asegurarme de que no me seguían y de que ninguna persona se enterara de que nos encontrábamos aquí. Bien. Te recomiendo que vuelvas a tu hotel y que no salgas de él esta noche. Mañana a primera hora te vas en taxi al aeropuerto y te marchas del país lo más rápidamente que puedas. Te enviaré a alguien en el que podrás confiar.

—Lo siento, pero no te entiendo.

—Es muy simple: mañana muy temprano saldrás del hotel por la entrada trasera, es decir, por la calle Treinta y dos —prosiguió Ko imperturbable—. A las nueve habrá un taxi esperando frente al hotel Clover. Está en diagonal con respecto a la puerta de atrás de tu hotel. Memoriza este número de taxi: E 1558. Figura en la puerta del conductor y en la del copiloto. No te subas a ningún otro. ¿Lo has entendido todo?

—No, no comprendo absolutamente nada. ¿Qué mierda significa eso?

—He estado preguntando por ahí un poco y las reacciones han sido muy claras. Como es natural, puedes hacer o no lo que quieras, pero deja que alguien que sabe muy bien de qué va este rollo te diga simplemente que no continúes en este asunto para nada. No estás aquí por casualidad, ¿verdad? Te ha enviado alguien, ¿no?

No respondí y Ko me miró con gesto serio.

—Quienquiera que te haya enviado —dijo a continuación—, tendrá muy buenos motivos para no venir él mismo. Como ya te he dicho, no sé nada más concreto ni tampoco quiero saberlo. De hecho, si no hubiera procedido con cautela, tal vez yo también tendría que marcharme del país, cosa que no tengo la menor intención de hacer. Así que olvídate de este asunto y vete lo más

rápidamente que puedas de aquí.

Ko quería marcharse, pero yo lo cogí del brazo.

—¿Con quién has hablado? —le pregunté—. ¿Con ella?

Ko hizo una mueca de extrañeza.

—Escúchame bien —dijo él—. Este es un país complicadísimo. Deberías confiar en mí y seguir mi consejo. Al parecer, tu amiga es una persona a quien no le gusta mucho que intenten contactar con ella. No puedo contarte más porque, como ya te he dicho, yo mismo no sé mucho más. Y tampoco deseo meterme en berenjenales. Bueno, haz lo que quieras, pero este es mi consejo: a las nueve de la mañana en la calle Treinta y dos. Ve al aeropuerto y olvídate de este asunto. Ha sido un placer conocerte.

Dicho esto, desapareció escaleras abajo. Yo me quedé completamente perplejo y esperé a que se desvaneciera el sonido de sus pasos. La azotea mojada por la lluvia reflejaba el cielo nocturno. El aire, refrescado de forma pasajera por la lluvia, volvía a ser bochornoso y agobiante. Di unos pasos de aquí para allá por el terrado en busca de una corriente de aire para poder respirar mejor. La sensación de ahogo, ¿venía por aquella extraña noticia? ¡Más bien era una advertencia! Toda esa historia había sido dudosa de principio a fin, empezando con el falso encargo de interpretación con el que Di Melo me había enviado a Bangkok y terminando por las viejas cartas de amor. Di Melo me movía como a un peón en un tablero de ajedrez y yo no tenía ni pajolera idea de qué iba esa partida.

Volví a encender la linterna del móvil y bajé despacio la escalera. No volví a pasar por la galería. Cuando llegué a la entrada principal del edificio, aceché el exterior con desconfianza. Había poco tráfico y un taxi llegó muy despacito, como arrastrándose. Iba a salir ya y a hacerle una seña cuando me lo pensé mejor. Retrocedí hacia la escalera de la casa; tal vez había una salida trasera. En efecto. El pasillo desembocaba en un patio interior, en cuyo suelo había algunos trozos caídos de la pared, procedentes al parecer de la balaustrada de la azotea. Aceché en todas direcciones para ver cómo podía llegar desde allí a una de las calles circundantes. Solo había un camino posible, cruzando una empalizada de madera hasta la propiedad vecina, que daba a una calle paralela. Pero ¿y si no había acceso desde allí a la calle? Me pregunté si no estaba exagerando acaso con mi cautela. ¿Quién podía estar

persiguiéndome?

Di algunos pasos hacia la empalizada y examiné los tablones. Estaban podridos, y me costó muy poco esfuerzo desprender dos y pasar a través de ellos para llegar al patio colindante. A los pocos pasos llegué a la parte trasera de un edificio de viviendas: allí había un callejón que daba a la calle. Di la vuelta a todo aquel bloque hasta que llegué de nuevo a la calle Pansodan, que por aquí se convertía en un paso elevado. Tuve que subir una angosta escalera de hormigón para llegar a la calzada. Una vez arriba, tenía bien a la vista la entrada a la galería y, además, podía observar los alrededores. Esperé algunos minutos allí. De tanto en tanto pasaba un vehículo. Algunos puestos de comida seguían abiertos, pero la mayor parte de la calle estaba desierta. En el balcón de la galería de arte había todavía varias personas fumando y conversando. Al cabo de un rato salió una parejita por la puerta principal de la casa y los dos se dirigieron al centro de la ciudad cogidos del brazo.

Me mantuve a la espera sin saber de qué. Las extrañas frases de Ko habían desencadenado en mí una ligera manía persecutoria. No obstante, muy pronto se confirmaría mi corazonada. Una persona solitaria abandonó la galería y se dirigió hacia donde yo estaba. Era un hombre joven. Desde aquella distancia no podía distinguir bien sus rasgos. No subió la rampa, sino que se puso a pasear a lo largo de la calle. Oí sus pasos cuando pasó por debajo de mí. Dobló la esquina y desapareció en la dirección por la que yo había venido. Luego todo volvió a quedar de nuevo en silencio. De pronto volví a escuchar unos pasos. Traté de averiguar de dónde había salido tan de repente aquella persona que ahora pasaba a pocos metros por debajo de mí. Pero, por más que lo intenté, no conseguí averiguarlo. ¿Había estado sentada esa persona en uno de los coches aparcados? Sin embargo, no había oído abrirse ni cerrarse ninguna puerta. Durante diez minutos no sucedió nada. Luego volvieron a sonar unos pasos por el lado en el que habían desaparecido los dos transeúntes.

Me pegué a las sombras del edificio que estaba a mis espaldas. Los pasos estaban ahora muy cerca, justo debajo de mí. Sin embargo, de repente dejaron de oírse. Contuve la respiración, me arrodillé despacio y traté de espiar lo que sucedía debajo a través de una rejilla. Entonces olí el humo de un cigarrillo y a continuación lo vi. Estaba apoyado en uno de los pilares de la rampa fumando. En ese momento salió otro cliente de la galería. De nuevo era un

hombre solo que se dirigía al centro de la ciudad. El hombre que estaba debajo de mí arrojó su cigarrillo al suelo y se puso en movimiento con sigilo. Yo no me moví del sitio, sino que seguí con la vista a aquel hombre hasta que estuvo lo bastante lejos. Luego me puse a caminar rápidamente con el cuerpo agachado en la dirección contraria, a lo largo del paso elevado.

Al cabo de unos centenares de metros me detuve y miré a mi alrededor. El puente a mis espaldas estaba completamente desierto. Nadie me había seguido. A mi izquierda se perfilaban los arcos del edificio de la estación; a mi derecha quedaban las vías del ferrocarril en un solar lleno de basura. Continué a paso rápido con la esperanza de encontrar una escalera que me condujera de nuevo a la parte inferior y así pudiese encaminarme rumbo a mi hotel, pero tuve que seguir algunos minutos más en dirección contraria al centro hasta que al final encontré una escalera. Sin embargo, ahora me hallaba en una zona completamente desierta. A un lado había un coche desguazado entre vías de tren abandonadas y montañas de basura. Soplaba una brisa suave que me escoció los ojos. Al cabo de algunos minutos de caminata vi la Torre Sakura detrás de las construcciones adyacentes al vestíbulo de la estación de tren y al lado vi cómo se destacaban las últimas plantas de mi hotel. Eran las once menos cuarto cuando por fin entré en él. Exhausto y completamente sudado, caminé a hurtadillas por el vestíbulo vacío. Solo había un cliente sentado en un sillón junto a la ventana que parecía haberse quedado dormido. El ascensor me llevó a mi planta. Me duché, guardé mis cosas en la maleta y caí reventado en la cama. Al carajo con Di Melo. Mañana mismo me largaría de allí.

45

Teresa

Pasó las horas posteriores al crepúsculo en su cabaña prestando atención a cualquier sonido que se produjera en la cercanía. No había dejado de reflexionar una y otra vez sobre lo que hacer. Al final tomó una decisión: tenía que atreverse a actuar. Suphatra no disponía de infinitas posibilidades para vigilarla. Tal vez había posicionado a su gente cerca de allí y probablemente sus hombres se mantenían en un segundo plano sin llamar la atención. El teléfono debía de estar provisto de un transmisor que informaba sobre su geoposición. Le costaba un autodomínio casi sobrehumano no utilizarlo para llamar a John y oír su voz solo unos pocos minutos. Pero no podía arriesgarse. Y menos con ese aparato.

Tenía algo de dinero y un pasaporte que parecía estar en regla. Por ningún lado había detectado rastro de alguna modificación. Tampoco le había llamado la atención nada en su ropa. Aquellas prendas de tejido fino no contenían nada sospechoso, ningún cable, microchip o cualquier otra cosa que ella se figurara en su sobreexcitada imaginación. Las suelas de sus sandalias de esparto podían doblarse sin problemas en todas direcciones, así que tampoco se ocultaba allí ningún transmisor secreto. Lo único sospechoso era el teléfono. Tal vez el agujero por el que poder escapar estaba ahí. ¿Tenía en cuenta Suphatra la posibilidad de que ella se llevara ese móvil o que incluso telefonara con él? ¿Era aquel hombre de verdad tan estúpido para considerarla a ella tan estúpida, a su vez?

Poco antes de la medianoche se quedó dormida. Pero pronto volvió a incorporarse asustada, acechando, temerosa, los sonidos del exterior. Sin embargo, allí no había nada. Oía el murmullo del mar y la brisa en las palmeras, de vez en cuando las voces de otros clientes que pasaban al lado de su *bungalow*. Oía los pasos cortos y los ruidos de los gecónidos que se deslizaban rápidamente a la caza de mosquitos. A continuación volvía a caer en un agitado duermevela. Poco antes de las cinco de la mañana se levantó, cogió su bolsa, introdujo en ella sus pocas pertenencias y se puso en camino. Era la única pasajera de la lanzadera que iba hasta el puerto a esa hora tan temprana. Al comienzo de aquel viaje de hora y media de duración a través de pistas de tierra, ella fue mirando continuamente en todas direcciones intentando localizar a algún perseguidor, pero luego cayó en la cuenta de que aquel era el único camino para salir de la isla, por lo que resultaba del todo superfluo seguirle los pasos ya aquí. Una vez se pusiera en marcha, bastaba una llamada para avisar a alguien en el puerto de Thong Sala o de Don Sak.

Cuando se bajó del vehículo en el malecón de Thong Sala, el *ferry* ya estaba listo para partir con el sol de la mañana. Teresa se abrió paso por la calle entre los puestos de comerciantes y subió al barco. Aparte de ella había tal vez otros veinte viajeros a bordo, casi todos parejas con las mismas pintas que los turistas de la playa de los surfistas en la que ella había vuelto en sí. Había mochilas tiradas por todas partes. La mayoría de los pasajeros se habían tumbado ocupando un banco entero y algunos ya dormían. Teresa se buscó un banco libre, pero permaneció sentada con la mirada fija en el mar. En tres horas llegaría al continente. Desde allí iba a telefonar por fin. ¿Qué hora sería en Bruselas? ¿Cómo daría con Ragna o con Gavin? El barco zarpó y poco a poco fue adquiriendo velocidad. La isla desapareció poco a poco en la neblina a sus espaldas. Examinó a sus compañeros de viaje, y se preguntó sobre todos y cada uno de ellos si podría tratarse de un potencial perseguidor.

En algún momento echó una cabezadita y la despertó la sirena del barco. Subió a la cubierta superior y dejó vagar la mirada nerviosa por el muelle del puerto de Don Sak al que se estaban acercando. El panorama era exactamente el mismo que ya conocía de otros puertos del Sudeste Asiático. Taxis y mototaxis se apiñaban frente a la valla para captar clientes. Conductores y personal de los hoteles mantenían sus letreros en alto y se disputaban con

agresividad los mejores puestos. Era imposible decir si allá abajo había alguien al tanto de ella, pero era imaginable a la vista de aquella multitud. Regresó a la bodega y con un rápido movimiento de la mano introdujo el Nokia de Suphatra en el bolsillito exterior de una de las mochilas tiradas por el suelo.

Al desembarcar poco después nadie le llamó la atención. Cabizbaja, se abrió paso por entre la multitud, se dirigió con determinación al primer taxi, entró y dijo solamente:

—*Train station. And please hurry.*

El viaje duró más de una hora, pero fue entonces cuando estuvo segura de que era imposible que alguien hubiera podido seguirla. Con aquel tráfico, los innumerables cruces, los giros y los impredecibles cambios de carril le habría llamado sin duda la atención si otro vehículo la hubiera estado siguiendo. El móvil estaba ahora de camino Dios sabe hacia dónde o tal vez iría a parar muy pronto a cualquier cubo de la basura. ¡Al parecer era libre de verdad! No cabía en sí de felicidad. Telefonaría al llegar a la estación. Por fin. Apenas podía contenerse en esa espera, los minutos le parecían horas. ¿Cuánto faltaba para llegar? Finalmente, el taxi se detuvo frente a un edificio bajo adornado con todo tipo de banderas y un retrato enorme del rey Bhumibol y de la reina Sirikit. Al lado de la entrada, unas enormes fotos mostraban escenas de la época en que la pareja real estaba en el poder. Teresa pagó el taxi, se bajó y buscó un cibercafé por los alrededores. No tuvo que buscarlo durante mucho rato. Un establecimiento de la cadena 7-Eleven disponía de algunos terminales de ordenadores e incluso ofrecía dos cabinas de teléfono. Reservó una, echó mano del auricular e hizo volar los dedos por las teclas. Volvió a sentir náuseas, pero esta vez lo atribuyó a los nervios. Pasó una eternidad hasta que sonó el tono de llamada. A la tercera señal oyó descolgar a alguien.

—*Hello?*

En aquella voz estaba condensado todo. La esperanza. El temor. La rabia. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Fue como si John, con esa única palabra, hubiera dinamitado un dique en su interior, la angustia mortal de veintitrés días sin interrupción.

—John—tartamudeó entre sollozos.

—¿Teresa?—exclamó la voz. Luego hubo un silencio de consternación—.

Amor —lo oyó tartamudear—. Teresa, mi vida, ¿dónde estás?

—Estoy... Estoy en Tailandia —dijo ella con esfuerzo—. En Surat Thani. En la estación.

Pasaron algunos minutos hasta que el tartamudeo mutuo se convirtió en una conversación medianamente estructurada. Poco a poco fueron calmándose y sus voces adquirieron firmeza. Teresa le contó lo que había sucedido y, al relatarlo, le pareció todo aún más inconcebible. Render tenía miles de preguntas que hacerle; luego fue el turno de él de relatar lo que había sucedido entretanto y lo que había vivido en Vigo. También le informó de que estaba en contacto con Ragna.

—¿Lo has hecho? —preguntó ella con inseguridad—. ¿No habrás entregado la lista a la policía?

—Ya no sé lo que es correcto y lo que no, Teresa. Pero las cosas no pueden seguir así. Me siento tan feliz de que estés bien. Voy ahora mismo hacia allá a buscarte.

Ella sonrió aliviada.

—Sí, por favor, ven. Te necesito, pero tienes que avisar a Ragna. Su vida corre peligro. Debo hablar con ella como sea. Y necesito dinero. ¿Puedes enviármelo?

Oyó cómo tecleaba algo. Las bendiciones de internet.

—Tienes un MoneyGram —le dijo él—, a diez minutos a pie desde la estación. ¿Puedes acceder a tu cuenta de correo electrónico? ¿Y llevas tu pasaporte?

—Sí.

—Te envío todas las informaciones. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tengo que hablar con Ragna. Después ya veremos. Por favor, contacta con ella y pregúntale cómo puedo comunicarme con ella.

Permaneció algunos minutos allí sentada después de colgar sin saber muy bien en qué debía pensar en primer lugar. Por su cabeza pasaban demasiadas cosas a la vez. Compró dos bananas y se las comió mientras dejaba que pasara la media hora acordada. Luego reservó un terminal y abrió su cuenta de correo electrónico. Su corazón dio un vuelco cuando vio en negrita el nombre del remitente del mensaje recién llegado. Este contenía varios archivos adjuntos. Lo abrió y leyó:

De: John.Renderl412@hotmail.com
A: Sunday, November 29, 2015 06.43 am
Enviado: Teresa.Carvalho@lusoweb.pt
Asunto: MoneyGram

My love:

En los archivos adjuntos tienes todas las informaciones y la documentación para MoneyGram (número de enrutamiento, código QR, dirección y descripción de la ruta). He reservado 2.000 dólares a tu nombre. El pago se ejecutará el 50 por ciento en la moneda del país y el otro 50 por ciento en dólares estadounidenses. Las tasas están pagadas. Solo tienes que mostrar tu pasaporte y el código QR de la confirmación (imprímelo). No puedo creer que estés bien. Tomo el primer avión a Bangkok. Envíame el número de tu móvil prepago tan pronto como te hagas con uno. Intentaré contactar con Ragna lo más rápidamente posible.

Te amo,

JOHN

Dos horas más tarde tenía todo lo que necesitaba. Regresó a la estación y reservó una litera de primera clase en un coche-cama rumbo a Bangkok. El único problema era su nuevo teléfono móvil. «*Your account will be activated within the next 24 hours. Thankyou*».

¿Dónde se hallaría Ragna en estos momentos? ¿Qué había sucedido entretanto? Teresa miraba cómo pasaba por la ventana el paisaje bajo la luz crepuscular. ¿Qué suerte tan grande había tenido! ¿Cómo podía explicárselo? Mañana a primera hora llegaría a Bangkok y entonces por fin entraría en funcionamiento el dichoso teléfono móvil. ¿Habrían desmontado ya el campamento y estarían a punto de dispersarse? ¿Se desplazarían por tierra? ¿Se moverían tal vez a lo largo de una remota ruta en lugares donde no podrían detectarlos? Mañana sabría más cosas. Ahora solo le quedaba pronunciar en silencio una oración de agradecimiento por haber sobrevivido a aquella

pesadilla.

46

Adrian

Poco después de las seis ya estaba despierto. Me arreglé, preparé mis cosas y mandé que me subieran el desayuno a la habitación. La conexión a internet era todavía peor que el día anterior y, tras varios intentos infructuosos de descargar mis correos, desistí. Daba lo mismo. En unas pocas horas estaría de nuevo en Bangkok y en unos pocos días de vuelta en Europa.

Cuantas más vueltas le daba a todo aquello, más disparatado me parecía ahora que hubiera accedido a venir aquí. Miré abajo. A mis pies se extendía la ciudad, envuelta en una atmósfera de color marrón claro y gris, una mezcla de neblina matinal y contaminación. Volvía a haber atascos en las calles. El olor dulzón del aire acondicionado me golpeó en el estómago y lo desconecté. No habían pasado ni diez minutos cuando el aire se sentía como una masa pegajosa.

A las nueve menos diez cogí mi maleta, me puse al hombro la mochila de trabajo y salí de la habitación. En recepción ya había una cola. Como la empresa de Di Melo había hecho la reserva por mí, podía ahorrarme también entonces los trámites de la salida. Pregunté a un camarero que pasaba por allí por la puerta trasera y me hizo un gesto para que lo siguiera. Después de acompañarlo hasta la puerta de la cocina, señaló con el dedo hacia un pasillo y desapareció con su bandeja en el interior de la cocina tras cruzar una puerta batiente.

Recorrí el pasillo y al poco tiempo me encontré en la calle Treinta y dos.

Enfrente, a unos cincuenta metros de distancia en diagonal, se leía en grandes letras de neón HOTEL CLOVER. Justo delante había un taxi, tal como Ko me lo había descrito. Comparé el número que me había dicho con el de la puerta del conductor, el cual pude ver con claridad después de dar algunos pasos calle abajo: E 1558. Los cristales del coche estaban cerrados y el motor, en marcha. El conductor estaba al volante, en actitud de espera y sin ningún signo reconocible de impaciencia.

Miré a mi alrededor, pero entre aquel gentío de transeúntes no habría reconocido siquiera una cara conocida, así que muchísimo menos a un perseguidor anónimo. Ko había elegido deliberadamente esa caótica calle lateral. Me abrí paso por entre el tráfico hasta la otra acera y me acerqué al taxi. Eran las nueve menos dos minutos. Titubeé todavía unos instantes, luego me dirigí al vehículo, abrí la puerta de atrás, coloqué mi equipaje en el asiento trasero, me subí y cerré la puerta. Se notaba un frescor agradable en el interior del coche. El conductor se volvió un instante hacia mí y dijo:

—*Mr. Adrian?*

—*Yes.*

—*To the airport?*

—*Yes.*

Puso la primera y encendió el intermitente. Lentamente el vehículo fue avanzando por la calle arenosa. Vendedores, transeúntes, repartidores con carretillas se hacían a un lado ante nosotros y nadábamos a través de una corriente humana como un bote por entre juncos. Llegamos a una calle principal asfaltada y, a partir de ahí, perdí ya toda orientación. Puestos ambulantes de comidas y tiendas flanqueaban una avenida. Cuanto más nos acercábamos a los distritos de la periferia, más intenso se volvía mi alivio por escapar de allí. No pude evitar acordarme de la frase sobre Mandalay en mi guía turística: «La verdadera Mandalay era una ciudad cuyo encanto no se revelaba a primera vista pero tampoco, por desgracia, ni a la segunda, ni a la tercera». Puede que a uno le entrara el gusto por ella al cabo de algunos días o semanas. Yo no iba a probarlo mucho tiempo más.

El coche dobló por una vía de acceso que al poco acabó convirtiéndose en una autopista de cuatro carriles que terminaba abruptamente en un cruce. Aquella zona ofrecía el aspecto de un paisaje después de un bombardeo.

Rampas sin terminar sobre pilares de hormigón fijados en zanjas arcillosas. Edificios de viviendas en parte demolidos, levantados como bloques elevados al cielo de la mañana. *Bulldozers* japoneses desplazaban tierra y gravilla de un lado a otro. El tráfico se filtraba por entre aquellas gigantescas máquinas de construcción a paso de caracol en dirección al aeropuerto. Pasamos al lado de un letrero en el que aparecía representado un avión en despegue, pero el conductor parecía conocer por lo visto un atajo mejor y no maniobró el coche por la dirección indicada.

Me puse a pensar en el tiempo que tardaría en conseguir un asiento en un avión hacia Bangkok. Me daba lo mismo el precio. A diario había cuatro o cinco vuelos. Con algo de suerte estaría volando en un par de horas. O si no, a primera hora de la tarde. Lo importante era marcharse de allí como fuera. Empezaba a hacerme ilusión volver a Bangkok; incluso echaba de menos los anuncios y el abigarrado bullicio de la gente.

El estilo arquitectónico fue cambiando gradualmente. Las viviendas eran cada vez más escasas y lujosas. Pasábamos al lado de un complejo similar a un parque y, de pronto, apareció en mi campo visual la gigantesca pagoda Shwedagon. Solo llegué a divisarla unos instantes porque volvimos a girar. El taxi empezó a atravesar distritos más pobres. Cabañas en ruinas se alineaban a los lados de la carretera. Debajo de un palafito se revolcaban unos cerdos. Niños semidesnudos jugaban entre las viviendas. De nuevo el tráfico quedó bloqueado porque había un búfalo en mitad de la calzada. En el horizonte vi un avión despegando hacia el cielo. Así pues, no debía de quedar mucho para llegar.

El conductor volvió a girar en una dirección inesperada y condujo a lo largo de un arrozal. Por lo visto nos estábamos acercando al aeropuerto por un lateral porque de nuevo vi ascender un avión desde una distancia menor. La carretera daba un giro a la derecha y entonces atravesamos un trozo de bosque. Tenía la sensación de que nos estábamos volviendo a alejar, pero probablemente era necesario aquel rodeo para llegar a la otra parte de la pista de despegue. Llegamos a un cruce despoblado y giramos a la izquierda: nos adentrábamos cada vez más adentro del bosque y volvíamos a tener el aeropuerto a nuestras espaldas. Avanzamos por aquella carretera solitaria durante algunos minutos. Ahora ya no había ninguna casa ni otros vestigios de

urbanización. El bosque era cada vez más denso.

—*Sorry* —dije yo—, *but is this the right way?*

—*Yes, sir* —respondió el hombre—. *We almost there.*

Él conocía el camino, claro. Observé el exterior. El bosque a ambos lados había dado paso entretanto a un muro impenetrable de arbustos y matorrales muy tupidos. Por allí no había ningún aeropuerto, seguro.

—*Where are we going?* —volví a preguntar.

Pero esta vez no obtuve respuesta. En lugar de contestar, el hombre frenó de repente y se quedó parado en mitad de la calzada. A poca distancia había un *jeep* detenido. Dos hombres armados, vestidos con ropa militar, estaban fumando en el arcén de la carretera. Antes de que pudiera reaccionar, de pronto se abrieron las puertas del asiento trasero. Quise salir, pero no tuve ninguna posibilidad porque dos hombres se subieron y me apretujaron entre ellos.

—¿Qué coño es esto? —exclamé en inglés—. ¿Qué quieren?

—*Shut up* —siseó el hombre situado a mi derecha.

47

Di Melo

Suphatra tendría apostada a su gente en el aeropuerto, donde le resultaría muy fácil controlar a los pasajeros que se dirigían a Rangún. De ahí que Di Melo se propusiera tomar primero un avión a Kuala Lumpur o a Singapur y desde allí transbordar hacia Rangún, sin importar cuál fuera la conexión más rápida. No obstante, los datos del GPS que transmitía el rastreador en la mochila de Adrian le abrían ahora una posibilidad por completo diferente de llegar inadvertida y rápidamente a su objetivo.

Hacia las once de la mañana, los dos observadores de Rangún le informaron de que habían perdido la pista de Adrian cuando este tomó un taxi a las nueve que al parecer lo llevaba al aeropuerto. A pesar de la densidad del tráfico acabaron perdiendo de vista su vehículo. Confiaban en volver a dar con él en el aeropuerto y localizarlo por el número del taxi, pero el coche no había llegado. Habían comprobado el registro del aparcamiento cubierto, pero al vehículo no lo habían registrado en el acceso a la terminal. Luego intentaron localizar el taxi y al conductor a través de las diferentes compañías, pero también sin éxito. No obstante, Adrian no había abandonado el país, eso podían decirlo con un elevado grado de certeza, porque no había subido en ninguno de los dos aviones con destino a Bangkok.

Di Melo ordenó a los dos hombres que cesaran de inmediato todas sus actividades. En el fondo estaba contento con esa noticia. Ni en sus sueños más descabellados se habría imaginado que llegara a producirse una situación así.

Puede que Adrian hubiera desaparecido del mapa visual directo, pero el rastreador, cuya posición llevaba consultando Di Melo cada quince minutos desde hacía algunas horas, le informaba de que se estaba alejando de Rangún. Los geodatos, que luego podía consultar sobre un mapa digital, mostraban un claro rastro hacia el este. Dondequiera que estuviese, se acercaba a la frontera tailandesa, de modo que Di Melo probablemente podría dar con él incluso por tierra. Solo tenía que perseverar hasta que el rastreador dejara de moverse y diese a conocer la posición exacta de Adrian.

Hizo una llamada al Marriott y pidió un coche. Luego contactó con su chófer y le ordenó que tomara un taxi hasta el Marriott, cogiese el coche alquilado y se abasteciera de dos bidones de gasolina de reserva. A continuación debía ir al aparcamiento subterráneo del Marriott y esperarlo con el motor en marcha. Le insistió encarecidamente en que no tomara en ningún caso el coche de servicio de la empresa; debía dejarlo estacionado en el aparcamiento subterráneo del edificio de la oficina.

A continuación, siguió observando cómo se desarrollaba la ruta. Cada cuarto de hora actualizaba los geodatos del transmisor y seguía con expectación los cambios de posicionamiento en el mapa digital de su tableta. No había oído hablar nunca de las localidades consignadas allí. Myaing Ka Lay. Hpa An. Kyondoe. Kawkareik. En algún momento ya no había ninguna localidad más. Ni tampoco carretera. Es decir, tenía que haber una porque el rastreador de Adrian seguía moviéndose constantemente. Sin embargo, en el mapa no podía reconocerse nada exceptuando el punto azul que se iba desplazando por un extenso territorio montañoso deshabitado. Di Melo aprovechó el tiempo entre dos actualizaciones de los datos para reunir informaciones sobre aquel territorio. Cuanto más leía, menos comprendía a su hija. ¿Era allí donde residía de verdad Ragna? Nada menos que en el lugar donde seguía la guerra civil más larga del planeta, donde el ejército birmano llevaba causando terribles estragos desde hacía cuarenta años, quemando aldeas y asesinando arbitrariamente a miles de personas para quebrar la resistencia del pueblo karen. Habían expulsado a decenas de miles de personas que vivían o bien en campos de refugiados en las provincias limítrofes tailandesas de Kanchanaburi y Mae Hong Son o en la ciudad fronteriza de Mae Sot, o se escondían en la jungla de los brutales ataques de

los militares. ¿Y lo estaban llevando nada menos que allí?

El punto azul se movía cada vez más despacio. En el mapa no se distinguía absolutamente nada más con excepción de un verde oscuro atravesado por surcos. Tres avisos sucesivos dieron la misma posición con desviaciones mínimas: 16° 30' 37,3". N, 98° 24' 6,4". E. Di Melo se recostó en su asiento y se quedó mirando fijamente la pantalla con cara de aflicción. ¿Había perdido Ragna la cabeza por completo? ¿Qué demonios hacía allí? Calculó aproximadamente las distancias y los tiempos de viaje. Mae Sot quedaba a seis horas en coche al norte de Bangkok. Desde allí podía llegar en *jeep* con relativa rapidez a Atet Kwingale, que quedaba a unos veinte kilómetros cruzando la frontera. A partir de allí serpenteaba una angosta carretera a través de las montañas que lo llevaban a los alrededores de la última posición registrada de Adrian. Probablemente tendría que recorrer el último tramo a pie por terrenos intransitables, en el peor de los casos. A pesar de todo, incluso aunque tuviera que emplear entre una o dos horas para ese camino a pie, podía alcanzar la posición actual de Adrian con mayor rapidez por vía terrestre que a través de Rangún. Por tierra le llevaría aproximadamente entre ocho y nueve horas; la opción dos, en avión hasta Rangún y con un coche de alquiler a lo largo del trayecto que había recorrido Adrian, significaba por lo menos el doble de tiempo. De esta manera no llegaría al lugar hasta mañana por la tarde.

Se decidió por el camino más rápido. El único problema sería encontrar en Mae Sot a alguien que le ayudara a cruzar la frontera y lo condujera por ese territorio inseguro. Sin embargo, podía solucionar esa cuestión *in situ*. Y, de todas formas, entre todas aquellas malas noticias había una buena: Ese lugar era realmente ilocalizable. Suphatra no detectaría allí jamás a Ragna. Solo tenía que asegurarse de que ese hombre no lo siguiera. Ahora bien, eso no debía de ser excesivamente difícil en el tráfico que había a última hora del día en Bangkok.

Todavía se pasó una hora más descargando de internet todo lo que podía averiguarse sobre aquella zona. En el coche tendría tiempo de ir consultando todas estas informaciones. Sin embargo, ya solo con la somera lectura que iba realizando al guardar el material su disgusto no hizo sino aumentar. ¿Cuántos infiernos existían en el planeta? ¿Cuántos escenarios bélicos de los que apenas

nadie había oído hablar alguna vez? Borró las fotos de inmediato. Su contemplación era insoportable. El horror en estado puro. Pero su decisión era firme: iría hasta allí a buscar a Ragna. Ese sería su último intento de hacerla entrar en razón.

48

Adrian

Uno de los hombres era alto, fuerte y tenía una barba negra cerrada. Sus ojos oscuros destellaban de una manera agresiva. Al otro, el que estaba a mi izquierda, solo le quedaban algunos cabellos de color rojizo. También era considerablemente más alto que yo y corpulento.

—¿Qué coño es esto? —volví a preguntar.

—*You just shut up and don't move* —ordenó el barbudo de malas maneras.

El otro me sujetó con fuerza el brazo y dijo:

—Solo queremos hablar contigo, pero si no tienes ningunas ganas, te podemos hostiar de lo lindo, ¿vale?

El taxista se bajó y se unió a los dos soldados, que le ofrecieron un cigarrillo. No me moví de mi sitio. Me corría el sudor por las sienes. El barbudo levantó de pronto su *smartphone* y me fotografió. A continuación se bajó y se alejó un poco mientras iba toqueteando su teléfono. El pelirrojo se limitó a decir:

—Estate tranquilo, hombre.

No dije nada. Era absurdo intentar fugarse. Me habrían alcanzado enseguida. El barbudo seguía manejando su teléfono móvil. Por lo visto no tenía conexión pues se alejó un poco más, siempre con la vista clavada en el aparato. Miré al pelirrojo con atención por el rabillo del ojo. Era un tipo antipático, casi con seguridad diez años mayor que yo, con un poco de

sobrepeso, pero superior a mí sin duda físicamente. Sus ojos de color azul claro eran vidriosos, como los de un pez. Tenía pecas y una boca que llamaba la atención por lo pequeña que era, una cara en la que en todo caso anidaba algo de frialdad y brutalidad. En comparación, podía decirse que el otro, el que estaba telefoneando ahora, era casi simpático con su barba y su melena rizada. Al menos exteriormente, pero ¿qué decía el aspecto por separado?

El barbudo regresó al coche y me tendió el teléfono.

—Para ti —se limitó a decir y me lo entregó.

Cogí el aparato y me lo llevé a la oreja.

Iba a decir «*Hello*», pero el miedo me oprimía la garganta. Carraspeé y finalmente dije:

—*Yes*.

La voz de ella me alcanzó como un rayo.

—¿Adrian?

—¿Ragna? —exclamé.

La oí respirar.

—¿Eres tú de verdad?

—¿Qué quieren estos tipos? —pregunté yo, medio aliviado, medio aterrado.

Ella no respondió de inmediato. De nuevo volví a oír únicamente su respiración.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Quién te ha enviado? ¿Qué quieres de mí?

—Puedo explicártelo. ¿Dónde estás?

Siguió una pausa más larga. Luego dijo ella:

—Devuélveles el teléfono.

El barbudo estaba pendiente ya de sus palabras y me lo arrancó de la mano. Volvió a alejarse unos pasos, por lo que no pude oír lo que hablaban. Luego la voz de él aumentó de volumen y oí algunos jirones de palabras muy claras.

—*No! No fucking way!*

El otro hombre seguía sentado a mi lado, agarrándome con firmeza mientras me miraba con hostilidad.

—Un movimiento en falso y te parto los morros, ¿entendido? —dijo con

una expresión en la cara que subrayaba de forma creíble la amenaza.

El barbudo se acercó al coche.

—Baja.

No reaccioné de inmediato, así que el hombre me cogió de la americana y me sacó del coche.

—Desnúdate del todo.

—¿Qué?

Un puñetazo nada suave en la zona del estómago me hizo soltar un gemido y me dejó medio grogui. Mientras me doblaba por el dolor, sentí cómo me arrancaban del cuerpo la chaqueta, la camisa, los zapatos y demás prendas de vestir. Cuando me quedé en calzoncillos, doblado sobre mí mismo, se apartaron y se afanaron a registrar mi equipaje. Vaciaron mi maleta y la examinaron en detalle. Registraron mi mochila, cachearon todos los bolsillos y compartimentos, colocaron mi monedero, mi pasaporte y mi billete de avión en la guantera, abrieron mi teléfono móvil, sacaron la tarjeta SIM, pisotearon el aparato con los tacones de sus botas y lo arrojaron al bosque. También lanzaron allí la maleta. Finalmente embutieron a la fuerza en la mochila una parte de mi ropa y los zapatos y la arrojaron al maletero. A continuación me dieron una manta y trataron de meterme en el *jeep* a empujones. Cuando divisé la mirada de los uniformados, me entró el pánico. Me liberé, quise echar a correr y comencé a gritar. Pero no llegué muy lejos. El pelirrojo dio un salto, me puso la zancadilla y caí de bruces sobre la pista polvorienta. Antes de que pudiera empezar a enderezarme, ya los tenía encima. Dos soberanos bofetones me cruzaron la cara. Percibí el sabor de la sangre en la boca. Luego mi estómago explotó y vomité. Ellos se apartaron con asco de mi lado mientras yo yacía entre la suciedad.

Escupí los restos de vómito y alguien arrojó agua por encima de mi cabeza y luego una botella de agua fue a parar al suelo junto a mí. Me enjuagué la boca, bebí unos sorbos e intenté levantarme, pero fui incapaz de hacerlo. Braceé en la polvorienta pista y de pronto algo comenzó a martillar terriblemente en mi cabeza. Me llevaron a rastras por la pista en dirección al *jeep* y me arrojaron como a un bulto sobre el asiento trasero. Los dos soldados se acercaron y tomaron asiento a mi izquierda y a mi derecha, mientras el pelirrojo y el barbudo se subían delante. El motor se puso en marcha. Yo

respiraba con dificultad, seguía teniendo arcadas, pero ya no podía moverme entre los dos soldados.

—Solo para que te quede bien claro —dijo el barbudo, volviéndose hacia mí—. Estás en un territorio en guerra. Nosotros somos la única posibilidad que tienes de salir con vida de aquí, así que no intentes salir corriendo, ni hagas otras mierdas por el estilo, ¿de acuerdo? Sobre todo si tienes aprecio por tus piernas. Por aquí hay enterradas montones de minas fabricadas en tu puto país. También podemos vendarte los ojos y atarte los pies si lo prefieres, pero tienes aspecto de ser mínimamente inteligente, y espero que podamos ahorrarnos eso. ¿Entendido, valiente?

Cerré los ojos varias veces para disipar el punzante dolor de cabeza, pero eso no me fue de gran ayuda.

—¿Adónde vamos? —pregunté entre resuellos.

—Ya lo verás. —Luego me tendió una botella de agua—. ¿Tienes sed?

Asentí con la cabeza. El hombre quitó el tapón de la botella y me la alcanzó hacia atrás. Bebí. Mis dos vigilantes miraban indiferentes por las ventanillas. Entretanto se habían colocado los fusiles entre las piernas y los cañones resplandecientes de sus armas se alzaban a mi lado.

El viaje duró horas. El barbudo, sentado en el asiento del copiloto, había ajustado el retrovisor de tal manera que me tenía siempre a la vista. Sin embargo, la mayor parte del tiempo miraba fijamente al frente a través del parabrisas y solo de tanto en tanto echaba un vistazo atrás. El pelirrojo iba al volante. Se había calado una gorra de béisbol y ahora llevaba unas gafas de sol, con lo que casi no podía reconocer ningún rasgo de su rostro.

Íbamos por una llanura, y la mayor parte del tiempo viajábamos en dirección al este. Luego la carretera comenzó a empinarse y ganamos altura. La calzada no estaba asfaltada y las ventanillas del vehículo volvieron a cubrirse rápidamente de polvo. La vegetación parecía insalubre, como si árboles y arbustos padecieran la carencia de agua. Se volvió más verde cuando llevábamos ascendidos algunos centenares de metros. Pero ¿de qué me servían todas esas impresiones? No había perspectiva ninguna de auxilio, ni siquiera podía llegar a ninguna conclusión sobre qué dirección tomar en el caso de que hubiera podido escapar de allí de alguna manera. Cuando pasábamos por algún letrero indicador, solo veía caracteres ilegibles para mí.

—¿Qué coño significa todo esto? —pregunté en algún momento—. ¿Por qué estoy aquí?

—Eso es lo que nos preguntamos nosotros también —respondió el barbudo desde el asiento del copiloto.

—Iba de camino al aeropuerto. Me volvía a casa. ¿Qué queréis de mí?

—¿Qué quieres de Ragna?

Volví a mirar por la ventanilla y pensé en Di Melo. Ese pérfido canalla había sabido exactamente en todo momento lo que iba a pasar en cuanto yo intentara contactar con Ragna. O por lo menos lo había presentido.

—¿Y bien? ¿Por qué preguntabas por ella? Soy todo oídos.

—¿Acaso está prohibido?

—Esa no es la respuesta a mi pregunta.

—Nos conocemos de otra época —dije yo.

—Vaya. Y de pronto se te ocurre tomar un avión a Rangún para seguirle los pasos y espiarla. Después de años de no decir ni mu. ¿Quién te envía?

El coche ralentizó la marcha, la cuesta era ahora muy pronunciada. El pelirrojo cambió a una marcha más corta y el motor rugió con un aullido. Aquel territorio estaba tan dejado de la mano de Dios como mi propio juicio, que me había conducido a aquella situación.

—¿Me lleváis adónde está ella?

—Sí, por desgracia. Y si algo sale mal, entonces serás el primero en arrepentirte. Te lo garantizo.

—¿Qué asuntos misteriosos y secretos os lleváis entre manos para emprenderla a golpes y secuestrar a quien pregunta por uno de vosotros?

El barbudo se dio la vuelta y me miró durante unos largos instantes.

—Sigue así y te taparé esa boca. No me saques de quicio y mantente bien calladito.

La carretera estaba empeorando cada vez más. El pelirrojo maniobraba el vehículo con prudencia para evitar los baches o en ocasiones circulaba por alguno haciendo que el coche retumbara. Las curvas eran cada vez más angostas y luego pasamos por una especie de altiplano para volver a descender a continuación por una pista forestal serpenteante que pronto estuvo rodeada por completo por el bosque y los matorrales. Me entraron de nuevo náuseas, pero ya había vomitado todo lo que tenía dentro gracias al cabrón que

iba enfrente de mí, en el asiento del copiloto. Nuestras miradas se encontraban de vez en cuando en el retrovisor, pero nos mantuvimos en silencio.

La única conclusión plausible a la que llegué durante ese viaje fue que Ragna se había unido a una secta paranoica. Seguramente Ko era también uno de sus miembros, pues él había sido quien había tramado ese secuestro. Solo me quedaba por contestar a la pregunta de por qué todo aquel montaje cuando todo el mundo tenía claro que mi propósito era marcharme del país.

El viaje se me antojó interminable. Salimos de la zona montañosa y la vegetación se volvió tropical. Un calor húmedo se introdujo en el vehículo y me entró el sueño. Me sorprendí de que no atravesáramos ninguna zona poblada. ¿No servían las carreteras para unir localidades entre sí? ¿O estábamos circunvalándolas de manera sistemática?

Giramos por otra pista forestal y descendimos ligeramente alrededor de un cuarto de hora en una marcha muy lenta. Con cada milla de recorrido me sentía cada vez más perdido. La vegetación era ahora tan tupida que los helechos y las ramas tapaban a menudo por completo la vista a través del parabrisas. Luego el camino se despejó de repente y llegamos a un claro.

Se veían palafitos con cerdos retozando por debajo, como ya había visto en otras partes. Dos cabañas con los tejados de chapa ondulada oxidada y varias tiendas de campaña quedaban agazapadas a mi izquierda, en la linde del bosque. Había unas cuantas motocicletas. Al principio no vi a ninguna persona hasta que pude distinguir a cierta distancia por detrás de los palafitos a algunas mujeres ocupadas en faenas del campo.

Los dos hombres armados se bajaron del coche. El pelirrojo hizo lo mismo, se estiró, dio algunos pasos alejándose del coche y orinó. Yo permanecí donde estaba y miré a mi alrededor. El claro en el bosque se hallaba en una depresión rodeada en todas direcciones por colinas boscosas. De los palafitos ascendían verticalmente hacia el cielo unas finas columnas grises de humo. Todo estaba en un silencio absoluto.

—Puedes bajarte cuando quieras —dijo el barbudo.

—¿Puedo vestirme primero?

—Por favor. Tus trapos están detrás.

Se encaminó con pesadez hacia las tiendas de campaña. Me bajé y saqué mi ropa del maletero. Después, bajo la mirada desconfiada del pelirrojo, di

unos pasos en dirección a aquel pequeño poblado. Al acercarme descubrí que el claro del bosque terminaba en un río. Cuando llegué a él, me agaché y me quedé a la espera. El río no era muy ancho, unos cinco metros tal vez, pero la corriente era fuerte. Me crujían las tripas. El sol se hallaba ya por detrás de las colinas. En una hora sería noche cerrada allí.

Me di la vuelta para ver lo que hacían en esos momentos mis secuestradores. Había tres personas rodeando el *jeep*. Hablaban entre ellas y miraban en mi dirección. Me levanté para dirigirme hacia donde estaban, pero una de las personas se separó del grupo y se vino hacia mí. Mi corazón comenzó a latir con violencia. La reconocí de inmediato por su paso antes de que pudiera distinguirla por la cara. Tenía el pelo corto, al igual que en la foto que había visto en Zurich. Llevaba puesto un pantalón militar con bolsillos laterales y una camiseta de color azul marino. Vi que calzaba unas botas pesadas, pero solo percibí esos detalles de pasada, puesto que tenía la vista clavada en aquella cara que iba ganando claridad con cada paso que daba y que atraía toda mi atención. Luego la tuve frente a mí, mirándome con una mezcla de incredulidad y de muda indignación, se llevó las manos a la cintura y dijo solamente:

—Por todos los santos demonios, ¿qué haces aquí?

Durante todo el viaje me había estado preguntando cómo sería este encuentro, pero no me había esperado para nada esa frase como saludo.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó ella—. ¿Mi padre?

Tenía las mejillas coloradas por la agitación. Vi cómo le latía la arteria carótida.

—Es una historia bastante larga —dije—. Pero en la versión resumida, sí, me ha enviado él. Está preocupado por ti y quiere hablar contigo.

Negó con la cabeza y oí claramente cómo respiraba.

—¿En qué narices estás metido tú con mi padre?

—En nada. Al menos hasta hace algunas semanas. Me contrató como intérprete y me hizo venir a Bangkok. Una vez allí, me reveló quién era y me pidió que contactara contigo.

La expresión de su cara seguía siendo invariablemente colérica, pero en su ira se dibujaba ahora un asomo de inseguridad que la hizo quedarse atascada.

—*Shit* —se limitó a decir—. ¿Está en Rangún?

—No. En Bangkok. Me pidió que lo llamara en caso de que contactase contigo. Pero eso ya no es posible porque tu amigo, el gorila de la barba, me ha hecho trizas el móvil. Lo digo por si tenías algún interés en saber lo que quería de ti.

Se me quedó mirando con sus maravillosos ojos verdes airados. A continuación se dio la vuelta y se alejó de allí.

49

Suphatra

Chotiyan Suphatra se bajó del coche y se dirigió a un edificio de una planta que se extendía a lo largo de todo el muelle. Caminaba despacio, pues todavía sentía en las piernas el movimiento del mar. Detestaba el balanceo en el agua. Ese constante ascender y descender le provocaba siempre unas ligeras náuseas y, una vez en tierra, le parecía estar caminando sobre pelotas que amenazaban con echarse a rodar. Esa sensación tardaba horas en desaparecer. «Qué ironía del destino —pensó—, ganarme el dinero nada menos que en el elemento que me resulta más odioso». Se colocó delante de una puerta de cristal, puso la palma de la mano frente a un escáner y esperó a que la puerta se deslizara lateralmente. Le salió al encuentro una ráfaga de aire refrigerado y sintió un ligero escalofrío. ¿En qué lugar se hallaría en esos momentos la portuguesa? La breve operación había transcurrido sin complicaciones. Después de la primera anestesia superficial, el médico contratado para ese servicio entró en el camarote del yate y la sedó por vía intravenosa. Luego colocaron a la mujer encima de una mesa, la pusieron de lado y Suphatra miró con gran atención cómo el médico le introducía un endoscopio, hundía en el esófago la cápsula alargada con el transmisor y la dejaba allí.

—¿Cómo queda fijada la cápsula? —quiso saber él.

—Con la presión baja —respondió el médico.

—¿Lo han inventado los estadounidenses?

—No, la patente es israelí. La cápsula contiene por lo general un chip que

mide el ácido gástrico ascendiente, pero se puede cambiar y medir cualquier cosa con él. O también puede utilizarse la cápsula como base para un pequeño transmisor.

—¿Cuánto tiempo permanece adherida al tejido? —preguntó Suphatra después.

—Dos o tres días, no más tiempo.

—¿Y no se nota nada?

—No, nada en absoluto.

Suphatra asintió con la cabeza. Quería tener resuelto aquel problema con la mayor celeridad posible, en las próximas cuarenta y ocho horas si todo iba bien. Tenía que encontrar a los saboteadores y eliminarlos del mapa antes de que realizaran más ataques. Las últimas noticias eran bastante intranquilizadoras. Esos pocos centenares de casos de intoxicación ya habían conducido a una notable caída de las ventas. ¿Qué sucedería si los lotes contaminados circulando por ahí fueran varios miles? No se hacía ninguna ilusión. Eso era justo lo que había planeado esa gente y, presumiblemente, estaban en disposición de hacerlo. Eran terroristas. Y contra los terroristas solo había un remedio.

La habitación en la que entraba ahora tenía el aspecto de una pequeña sala de la bolsa. Sus empleados estaban sentados frente a dos docenas de ordenadores y dirigían los negocios de Suphatra en todo el mundo. Sin embargo, hoy no le interesaban los precios de la harina de pescado, ni tampoco si valía la pena almacenar unas cuantas toneladas de gasóleo para uso marítimo a la vista de las bajas cotizaciones del petróleo. Ahora no podía preocuparse tampoco de los otros innumerables asuntos que eran básicos para la rentabilidad de su flota. Más bien tenía que concentrarse en el único punto débil que podía hacer peligrar su imperio de otro modo imbatible: la demanda. Todo lo demás lo tenía bajo control. El mar y las profundidades abisales eran en gran medida espacios con un vacío legal donde uno podía servirse a discreción y sin control. Había mano de obra barata a patadas y, en caso de necesidad, podía echarse mano de los refugiados y los inmigrantes ilegales de los territorios fronterizos y obligarlos a trabajar a la fuerza. El mundo codiciaba pescado y no preguntaba de dónde venía ni cómo se producía.

Sabía, por supuesto, que ese negocio iba a funcionar como máximo otros diez o veinte años más. Ya en la actualidad leía en sus monitores cómo iba encareciéndose de manera constante y paulatina la captura de una tonelada de pescado. Sin embargo, la economía hallaba siempre una vía. Cada vez habría menos pescado, pero a cambio subirían los precios. Simplemente, menos personas tendrían que pagar más. Eso había sido siempre así y no cambiaría jamás. A medio plazo crecería la acuicultura y se producirían peces de piscifactoría seleccionados, razón por la cual él ya estaba invirtiendo sus beneficios en ese terreno y montando criaderos en alta mar. Estaba claro que eso ya no era pescado, pero se trataba de la misma evolución que se producía en todas las especies animales que comía el ser humano. A la larga, cualquier demanda de esa magnitud solo podía satisfacerse a través de los criaderos. Ya no había sitio en este planeta para animales salvajes que requiriesen hábitats extensos. Toda industria funcionaba con esa lógica. Solo había algo que no podía suceder en ningún caso: la demanda no debía decaer. Y exactamente fue eso lo que vio en algunos de los monitores al pasar a su lado. Gráficas en las que las curvas tendían a aplanarse y que no tenían nada que ver con las fluctuaciones estacionales, sino con la inseguridad, los rumores y el miedo.

Entró en una habitación más pequeña, donde lo esperaba un hombre joven que le hizo una respetuosa reverencia.

—¿Cómo está la situación? —preguntó Suphatra sin rodeos.

—El teléfono se encuentra en estos momentos aquí —dijo el joven, señalando con el dedo en una pantalla donde se veía el fragmento de un mapa—: Padang Besar. Se mueve a lo largo de la línea de ferrocarril.

—¿Está viajando a Malasia?

—El teléfono móvil sí, pero el rastreador se encuentra en otra parte.

El hombre tecleó algo y el mapa comenzó a cambiar como por arte de magia. Se volvió más pequeño, como si se alejara de la Tierra flotando despacio por los aires. Ahora podía verse el golfo de Tailandia en toda su extensión. Laos y Camboya aparecieron en la imagen. A continuación, todo el continente giró un poco hacia el norte y la perspectiva volvió a encogerse. En el margen se desplegó una columna de números y, simultáneamente, apareció una pequeña X negra, intermitente dentro de un círculo blanco. Así que ella había sospechado del teléfono móvil y lo había tirado o dejado en alguna

parte. En cualquier caso no se hallaba de camino a Malasia, sino en las proximidades de Samut Songkhram. Podía estar contento. Ella se sentía segura y no sospechaba en absoluto lo que sucedía de verdad. La pequeña X parpadeaba confiada en el monitor.

—Viaja en el tren a Bangkok —afirmó el joven y señaló con el dedo a la columna de números.

Suphatra asintió satisfecho.

—Tengo que solucionar algunos asuntos importantes —dijo a continuación—. En cuanto llegue a Bangkok, observe con atención lo que hace. Si se acerca al aeropuerto, llame de inmediato a este número.

Le dio una tarjeta de visita. El hombre asintió servil y solícito, y se concentró de nuevo en la pantalla.

50

Render

Después de colgar, Render estuvo sentado unos minutos como paralizado, intentando reflexionar en esos momentos sobre la situación con la mayor lucidez posible. No lo consiguió. Se imaginó a sí mismo como un condenado a muerte que cree que le han conmutado la pena, pero que poco a poco va cayendo en la cuenta de que solo se ha pospuesto su ejecución.

No había dejado que se trasluciera nada de lo que pensaba, ni siquiera en una de las sílabas que había pronunciado. Al principio, tampoco él había sido capaz de pensar con claridad. ¡Escuchar la voz de ella, esa voz querida y tenida por muerta! Se le formó un nudo en la garganta y su corazón comenzó a latir a toda velocidad. Balbuceó como un niño, dijo una y otra vez lo mismo, y deletreó con torpeza su amor hasta que de repente se dio cuenta de que estaba hablando con Eurídice. ¿Acaso no lo presentía ella? ¿No lo sabía Teresa? Cuanto más clara se presentaba a sus ojos la situación actual después de sus explicaciones, mayor era el miedo que sentía por ella. Quedaba descartado que la hubieran dejado en libertad así, sin más. Teresa era una testigo clave. La habían anestesiado y secuestrado a bordo de un buque arrastrero europeo. La habían tenido prisionera y la habían maltratado durante más de tres semanas. Aunque resultara difícil demandar judicialmente a Suphatra en Tailandia, Buzual estaría en las últimas si ella declaraba contra él. Suphatra no había conseguido nada con el empleo de la violencia. Había entendido al final que, en realidad, ella no sabía más de lo que le había sacado mediante

torturas. Así que el gato dejaba que el ratón huyera esperando alcanzar su objetivo de esta manera. Quería echarle el guante a Ragna a través de ella. Cualquiera que fuese la trama que había urdido, Render estaba convencido de que había alguna y de que Teresa, con la ilusión de verse libre, seguía moviéndose incauta por esa red. En el momento en que encontrara a Ragna, Suphatra las eliminaría a las dos del mapa. Y si no llegaba a producirse esa situación, el señuelo debía morir por fuerza porque sabía demasiado.

¿No presentía eso Teresa? Estaba tan feliz de haber escapado a su cautiverio. Y él no quiso desconcertarla ni que se sintiera insegura, pero no iba a librarse tan fácilmente de ese criminal. Él la dejaría con vida mientras ella interpretara el papel de inocente señuelo y Suphatra siguiera albergando esperanzas de que su plan iba a salir bien. En caso contrario, su destino estaría sellado. ¿Acaso ya lo sabía ella? ¿No le había dicho nada tal vez para que él no se preocupara?

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía ayudarla? Después de enviar el dinero, estuvo sentado un buen rato intentando reflexionar, pero él solo no iba a llegar muy lejos. No disponía de los medios necesarios para intervenir en un intervalo brevísimo de tiempo en Tailandia y a un nivel en el que solo era una mera posibilidad que la pobre Teresa tal vez salvara su vida.

Había gente que sí tenía ese poder. Conocía a alguien, pero dirigirse a esa persona significaba naturalmente su propia ruina. Tendría que revelarlo todo. Su silencio y la tolerancia tácita de un acto terrorista de sabotaje quedarían expuestos a la luz del día. Y ni siquiera podía estar seguro de que su grito de auxilio fuera a tener el efecto deseado. Su carrera profesional quedaría finiquitada, eso estaba fuera de toda duda. Ni siquiera podía demostrar que no sabía nada acerca de las actividades de Teresa. Ahora bien, ¿podía permitirse la Comisión Europea observar de brazos cruzados cómo una observadora pesquera secuestrada por la mafia pesquera internacional era asesinada a sangre fría? ¿Podía arriesgarse a que esta historia se hiciera pública con todo detalle? Echó un vistazo al sobre que hacía unas horas había estado a punto de dejar en la sala de prensa. Pensó en los embajadores que discutían acaloradamente y en la solicitud de crear un tribunal penal para asuntos de ecocidio en La Haya. ¿Era tal vez ese el camino? ¿Podría convertir sus propios problemas en problemas políticos?

Se guardó el sobre, salió de su vivienda y bajó en ascensor al aparcamiento subterráneo. Era tan temprano que apenas había tráfico en la avenue Louise. Recorrió en apenas siete minutos el trayecto hasta la place de Montgomery que le habría llevado media hora en autobús en horario laboral. Hizo un semigiros a la derecha desde la rotonda y dirigió su coche hacia la amplia avenue de Broqueville. Parecía que los trabajadores de los primeros turnos ya habían salido porque encontró sin problemas un aparcamiento frente al edificio con el número 57. Eran las siete y treinta y cuatro minutos cuando pulsó el timbre de una vivienda de la última planta del edificio. Estaba seguro de que ella ya estaba despierta a esa hora. Y así era, en efecto. Una voz enérgica, desconfiada y para nada dormida respondió por el contestador automático.

—*Oui? C'est qui?*

—Soy yo, Vivian. John. Abre, por favor. Es urgente.

51

Adrian

Apenas era capaz de reconocer lo que estaba comiendo, pero me era bastante indiferente. Arrancaba pedazos de las tortas de pan ácimo que me habían traído, las mojaba en alguna de las fuentes que se hallaban ante mí en el suelo, en la penumbra, los olía durante un momento y me los introducía en la boca al buen tuntún. Tuve suerte hasta la tercera fuente. Presumiblemente estaba comiendo una especie de dal indio de alubias o de lentejas, pero de pronto noté algo en la boca que me quemaba de manera tan infernal que se me saltaron las lágrimas y comencé a sudar a chorros. Eché mano de la garrafa de agua, cosa que no hizo sino intensificar el desmesurado ardor que sentía en la boca. Lo siguiente que hice fue atiborrarme con varios pedazos de pan ácimo esperando así mitigar ese ardor, pero no había nada que lo suavizara. Dejé la comida a un lado y me tumbé.

Una mísera vela estaba prendida en una lata abollada e iluminaba su interior de manera absurda. Un tenue destello alcanzaba el techo de paja de la vivienda en la que me habían hecho esperar y lo que alcanzaba a ver con esa llama en mi entorno inmediato no era apenas digno de mención. Después de que Ragna me dejara plantado, había oscurecido muy rápidamente. El barbudo me había traído a esta choza y había desaparecido de inmediato haciéndome saber que Ragna se ocuparía de mí más tarde. Al pelirrojo no había vuelto a verlo. Ambos ya tenían un nombre: el barbudo se llamaba Steve y era canadiense; el pelirrojo era australiano y se llamaba Brock. Lo más seguro era

que ahora mismo estuvieran reunidos para deliberar.

Medité sobre mis posibilidades. Huir no tenía sentido, no llegaría muy lejos a pie. Incluso si pudiera robar el *jeep*, probablemente no sabría orientarme para llegar a Rangún. Aparte de esto, en el fondo no era yo quien tenía un problema, sino ella. Daba lo mismo qué había llevado a Ragna o a los demás a llevarme hasta allí; lo importante ahora era pensar qué iban a hacer conmigo. Pese a aquellas extrañas circunstancias y al maltrato recibido, yo no me sentía realmente en peligro. Toda aquella situación se me antojaba absurda, nada más que eso.

Oí que se acercaban unos pasos en el exterior y alguien apartó la tela que colgaba en la entrada. El haz de luz de una linterna me deslumbró por unos instantes antes de ir a parar a la manta y a atraer hacia allí de manera provisional a los mosquitos.

—Ven —ordenó una voz masculina con un inconfundible acento australiano.

Así pues, era Brock quien venía a buscarme. Cuando salí de la choza, él ya me llevaba unos metros de delantera por el claro. El haz de luz de su linterna iba dirigido al suelo, a un lado.

Lo seguí por aquella oscuridad húmeda y bochornosa. No había luna y en el cielo se divisaban aún más estrellas arracimadas que en Rangún. Del bosque llegaban con periodicidad gemidos o aullidos de algunos animales. En el aire pendía el olor de hogueras de leña. De las cabañas salían sonidos amortiguados, pero no se divisaba a nadie. Calculé que no llegaría ni a cien personas las que habitaban aquellas moradas, pero tal vez hubiera más chozas en los alrededores. Pasamos al lado de los dos últimos palafitos y avanzamos hacia las tiendas de campaña de la linde del bosque, en las que había prendida alguna luz. Brock se detuvo frente a la primera y me indicó que entrara. Tuve que agacharme un poco para acceder. La entrada estaba envuelta en mosquiteras que formaban una especie de compuerta. Envolví las mosquiteras con cuidado detrás de mí y entré en el interior de la tienda.

Ragna estaba sentada en un taburete y me observaba sin expresión en el rostro. Miré a mi alrededor, pero era obvio que estaba sola.

—Siéntate —dijo ella con sequedad y me señaló uno de los tres taburetes libres que rodeaban una mesa plegable baja.

Tomé asiento. Alguien debía de haber estado allí sentado hasta hacía unos pocos instantes. Había dos latas de cerveza con restos de ceniza en el contorno.

—¿Te han dado de comer? —preguntó ella.

—Sí, gracias.

Me examinó de arriba abajo con desconfianza.

—Pero bien picante —continué, ocupado en quitarle tensión a aquella situación tan rara—. ¿Podría tomarme yo también una de esas, por favor?

Señalé con el dedo las dos latas de encima de la mesa. Ragna metió la mano en una bolsa-nevera que tenía al lado. La lata estaba fría pese a todo. Me la puse algunos segundos en la nuca antes de abrirla y tomar un largo sorbo.

—Has cambiado bastante —dijo ella entonces.

—Bueno, son diecisiete años, ha pasado un tiempo. Espero que no te haya decepcionado en exceso.

—No, para nada. Tienes buen aspecto, solo que distinto.

—Tú también. Te sienta bien el pelo corto.

—Gracias.

Dejé vagar la mirada por la tienda de campaña.

—Bonita morada.

—¿Por qué has venido, Adrian? —preguntó ella, ignorando mi estúpido comentario—. ¿Cómo se puso mi padre en contacto contigo?

—Contactó con mi agencia y me ofreció un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—De intérprete. Me pidió que fuera a Zurich para una reunión informativa y fue allí cuando me di cuenta de quién era. Había una foto tuya encima del escritorio.

—Pero él no te conoce de nada. ¿Habías trabajado antes para él?

—No, pero no resulta tan difícil dar conmigo como contigo. Mi apellido. Nuestro instituto en Frankfurt. En internet me localizas en unos pocos segundos, con foto y todo.

Ella permaneció en silencio unos instantes. La expresión de su cara no era ya tan ausente.

—Y entonces ¿qué? —prosiguió—. ¿Te interrogó sobre mí?

—Para nada. Ni siquiera te mencionó. Hasta hace dos días yo no tenía ni

la más remota idea sobre de qué iba mi trabajo. Pensaba que había dado conmigo por casualidad.

—¿Y tú no le dijiste quién eras ni que nos conocíamos?

—No.

—¿Por qué?

Me miró. Sus rasgos eran ahora más relajados y, a la luz de las velas, estaba sencillamente guapísima. No sabía cómo empezar. Ella se llevó los dedos a su corta cabellera esperando una respuesta.

—Si te hablo con sinceridad, cuando vi tu foto quise marcharme de inmediato de allí, pero justo entonces entró él. No hablamos mucho, diez minutos tal vez. Después pensé: «¿Qué demonios!». No era más que un encargo, un trabajo. ¿Cómo iba a saber cuáles eran sus intenciones?

—¿Y no te pareció extraño que te contratara nada menos que a ti, que mi foto estuviera allí?

—Sí, claro. Un poco, la verdad, pero ¿cómo habría podido imaginarme que vivías en una especie de campamento guerrillero y que tu padre quería contratarme en realidad como reclamo? Tengo mucha imaginación, pero para algo similar no tengo realmente antenas.

—¿Qué sucedió entonces?

—Nada. Después de la entrevista viajé a Bruselas por trabajo. Más tarde me llamó su secretaria y me preguntó si podía volar antes porque las citas se habían adelantado. Así que tomé el avión a Bangkok, donde me lo encontré.

—¿Cuándo fue eso?

—Anteayer. El domingo.

—¿Y después?

—Me hizo acudir a su hotel y de pronto me reveló que sabía muy bien quién era yo y que se había dirigido a mí con toda intención porque necesitaba mi ayuda. Tenía incluso cartas mías.

—¿Qué cartas?

—Bueno, las que te escribí por entonces. Sin embargo, todas menos una estaban cerradas. No las abriste. Gracias de todos modos. Eran bastante malas.

Me miró con cara de absoluta incomprensión.

—Probablemente fue a través de las cartas como se le ocurrió la idea de

contratarme —proseguí—. Pero da lo mismo. Tras algún que otro tira y afloja me declaré dispuesto a hacerle el favor de viajar a Rangún y de informarme acerca de tu paradero. Eso fue todo.

Afuera se oyó ruido de pisadas, pero no se detuvieron ante nuestra tienda, sino que pasaron de largo. Cuando dejaron de oírse, ninguno de los dos todavía no había vuelto a pronunciar palabra. Ragna rompió al final el silencio:

—Así pues, mi padre te enredó. Te trajo acá con engaños. —Sí.

—Lo cual no parece molestarte, ¿verdad?

—Sí que me molesta. Al principio quería poner punto final a este asunto de forma inmediata, pero...

—Pero ¿qué?

—Bueno, sí que sentía un poco de curiosidad por saber qué era de ti. Y, además, tu padre me dio lástima.

—¿Te dio lástima él? —Su cara se volvió gélida.

—Te está buscando —le expliqué—. Quiere hablar contigo porque cree que estás en peligro. Quiero decir... ¿Qué es esto de aquí en realidad? ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No te desvíes del tema! ¿Qué era lo que quería de ti en concreto?

—Ya te lo he dicho. Quería que tomara el avión a Rangún e intentara establecer contacto contigo. Me dio algunas direcciones donde preguntar por ti. Yo mismo tenía un contacto a través de una persona con quien me encontré en Bruselas.

—¿Quién es?

—Un sueco llamado Søren. Trabaja para Lobbywatch o algo por el estilo. Fue él quien me puso en contacto con ese periodista. Ko. A ese ya lo conoces. Fue él quien te informó, ¿verdad?

—El mundo aquí es un pañuelito —respondió ella—. Una no sabe jamás en quién puede confiar. ¿Puedo fiarme de ti, Adrian?

—¿De mí? Claro, por supuesto.

Ragna se encendió un cigarrillo.

—¿Cuál era el plan si acababas encontrándome?

—Debía intentar persuadirte de que hablaras con él.

—Ajá. ¿Y después?

—Luego iba a venir él mismo.

Volvió a dar una calada a su cigarrillo y espiró el humo hacia el techo de la tienda de campaña. De pronto percibí que había alguien detrás de mí y me di la vuelta. Sin que me diera cuenta, Steve había aparecido a mis espaldas. Ragna negó rápidamente con la cabeza. El hombre me miró con desprecio y desapareció de la misma manera que había entrado, sin hacer ruido.

—¿Qué has hecho durante todos estos años? —preguntó ella.

—¿Yo? Vivir y trabajar, ¿qué voy a haber hecho si no?

—¿De intérprete?

—Sí.

—¿En Frankfurt?

—Ese trabajo te lleva a todas partes. Alemania. Europa. Por todo el mundo en realidad.

—Suenas interesante.

—No está mal. ¿Y tú? ¿Cómo viniste a parar acá?

Volvió a espirar el humo.

—Es una historia bastante larga, pero está en su parte final. En unos pocos días nos habremos marchado de aquí. —Volvió a dar otra calada a su cigarrillo y, aunque no se había fumado ni siquiera la mitad, lo introdujo a continuación en una de las dos latas de cerveza, donde se apagó con un sonido siseante—. Era bastante arriesgado traerte hasta aquí. Steve estaba en contra. En realidad todos. No me estarás engañando, ¿verdad, Adrian?

—No —reiteré—. Fue tal y como te lo he descrito. Pero tu padre tiene razón, ¿verdad? Estás en peligro.

Una mueca le desfiguró la boca.

—¿No lo estamos todos?

—¿Quién es toda esa gente? ¿Esos soldados?

—¿Soldados? ¿Qué soldados?

—Los hombres con los fusiles de asalto que me han escoltado tan amablemente.

—Son guerreros karen. Nos encontramos en su territorio. En Birmania existe desde hace décadas una guerra civil entre el poder central y diferentes grupos nacionales, como por ejemplo los karen. Demasiado complicado para

una breve explicación.

»Mira esto de aquí con atención —dijo mientras extendía la mano.

Sostenía un objeto pequeño en mi dirección y lo cogí. Era una ampolla de cristal. Las puntas de nuestros dedos se rozaron durante un instante porque la ampolla no era mucho más grande que un cartucho de tinta.

—¿Qué es? —pregunté.

—Una neurotoxina. Proviene de un alga y se acumula en los peces que la comen. Hemos sintetizado la toxina y la hemos atenuado porque en su forma natural a veces es mortal para el ser humano.

—¿Tiene nombre?

—Sí, ciguatera. Comenzamos a introducir la toxina en suministros de pescado destinados a Europa y lo hicimos como prueba. En los próximos días y semanas la infiltraremos a gran escala en toda la cadena de suministro.

—Vale —dije yo, titubeando.

¡Y en ese momento comprendí los titulares en la prensa sobre las intoxicaciones por consumo de pescado! ¡El correo electrónico de Derek! ¡El comentario de Di Melo acerca de que Ragna planeaba algo con barcos arrastreros!

¡Detrás de aquello estaba ELLA!

—Pero... ¿para qué? —fue todo lo que se me ocurrió preguntar bajo el primer efecto de la sorpresa.

—Para que haya un número considerablemente alto de personas a las que les siente tan mal que les desaparezca para siempre las ganas de comer pescado. Una intoxicación por ciguatera conduce al ser humano a una intolerancia permanente a los productos derivados de la pesca. No tendremos que abordar ningún barco arrastrero para detener la sobrepesca. Simplemente retiraremos la base existencial de una industria que mueve miles de millones y que tiene un comportamiento medioambiental delictivo. A través de una especie de vacuna oral, una desnaturalización biotóxica.

—En todo caso suena más inteligente que prender fuego a gasolineras.

Ahora ella no pudo evitar sonreír.

—Sí, es verdad que ya hace mucho de eso. Ahora hay otra gente metida en el ajo, gente muy diferente.

—¿Gente como Steve y Brock?

—Lo siento si te han tratado con algo de dureza, pero tenemos que ser muy prudentes. A nosotros nos tratan mucho peor, por cierto, cuando nos pillan.

Enmudeció y, durante unos instantes, la vi ausente y afligida. Yo seguía ocupado en digerir aquella novedad. ¿Se había vuelto completamente loca esa gente? ¿Era posible algo así de verdad? Ragna me miró. ¿Había adivinado mis pensamientos? ¿Se arrepentía de haberme traído hasta allí porque percibía que esa revelación me escandalizaba?

—Todo el mundo sabe que la cosa no puede seguir así —dijo—. Pero nadie saca conclusiones serias. Las personas no quieren y los políticos no pueden, aunque quieran. Se les vota o se les compra. Y cuando eso no funciona, se les asesina o se les depone. Así están las cosas. Por lo tanto, tenemos que entrar en acción nosotros, los ciudadanos. Al fin y al cabo, el problema es biológico y solo puede solucionarse biológicamente. No se puede debatir ni llegar a acuerdos con quienes se comportan como parásitos descerebrados. No se puede ayudar de ninguna otra manera a quien obedece a una fatalidad biológica, a un programa prescrito. El crecimiento desmedido y sin control solo puede encauzarse a través de medios biológicos. Con algo como eso que sostienes ahora.

Volví a dejar la ampolla con cuidado frente a mí encima de la mesa.

—Estáis envenenando a personas.

—No. El pescado. Estamos volviendo incomible para el *Homo sapiens* uno de los recursos vitales para este planeta, pero lo que estamos haciendo en el fondo es retrasar la aguja del reloj un poco para que el sistema se recupere y no se colapse. A medio plazo, esa alga se expandirá por todo el mundo debido al calentamiento de los mares. Es tan solo una cuestión de tiempo.

Intenté imaginarme los daños colosales que prometían producir las acciones de sabotaje de Ragna.

—Poco a poco voy entendiendo la preocupación de tu padre —dije.

—Sí. Seguramente estará preocupado, pero no por mí, sino por las empresas para las que trabaja. Es probable que no te haya contado nada al respecto de Ocean Harvest Group, NautilInc y los diferentes consorcios mineros en Singapur, Polonia, China y Canadá, ¿verdad? ¿O acaso te lo mencionó en tu «entrevista de trabajo»?

—No —admití.

Sobre todo no mencioné para nada que hacía pocos días yo mismo había comprado acciones de la compañía Ocean Harvest AG de Di Melo. Ciertamente había sido idea de Derek, pero era mi dinero. No había pensado ni siquiera un segundo en qué estaba invirtiendo el dinero. El beneficio antes de intereses e impuestos pintaba muy bien.

—¿Qué empresas son esas? —pregunté yo con hipocresía.

—Minería submarina. Es la próxima fiebre del oro. En los próximos diez o veinte años convertirán los fondos marinos en un paisaje lunar para explotar nódulos de manganeso, cobalto y tierras raras. Las consecuencias biológicas son del todo inciertas, pero muy probablemente serán devastadoras. En comparación con esto, la deforestación de la selva virgen amazónica será una bagatela.

—¿Ah, sí?

Era igual que en aquel entonces. Ella hablaba y yo la escuchaba con atención.

—Hace treinta años roturaron una pequeña franja submarina en la zona de Clarion-Clipperton. En la actualidad no ha vuelto a crecer nada allí, todo está muerto y requetemuerto, lo cual no es de extrañar. El suelo de los fondos marinos profundos se creó a lo largo de millones de años. Allá abajo todo se desarrolla a una velocidad extremadamente lenta. En esos fondos marinos se originan innumerables procesos vitales que en su mayor parte no estamos ni empezando a comprender siquiera. No sabemos casi nada del papel que desempeñan las profundidades marinas para nosotros, algo que no nos impide destruirla porque nos da la gana. Es lo mismo en todas partes, Adrian. Producimos daños y asumimos unos riesgos resultantes que nadie conoce o puede evaluar de verdad y cuyo horizonte temporal excede nuestro breve tiempo de vida varias veces, incluso miles de veces. No sabemos lo que sucede cuando las máquinas rastrillan kilómetros cuadrados de fondos marinos. Pero eso es lo que estamos haciendo. ¿Qué digo «nosotros»? ¿Sabes quién decide sobre la utilización del fondo marino de este planeta?

Como solía suceder, yo no tenía la respuesta a la pregunta.

—Una pequeña agencia de la ONU con base en Kingston, Jamaica. El fondo marino es patrimonio de la humanidad. No pertenece a nadie. Es decir, es de todos, igual que el aire. Ahora bien, si un puñado de personas de una

agencia puede decidir sobre los fondos marinos y estas mismas, además, son la autoridad que concede las licencias de minería, entonces podrás imaginarte fácilmente cómo se va a desarrollar esto y qué exigua parte de la humanidad, rica y provista de alta tecnología, va a servirse a sus anchas de esos fondos marinos. A expensas de todos, que se sepa bien. Siempre son unos pocos quienes deciden sobre el destino no solo de nosotros, sino ante todo de las generaciones futuras. Como parásitos que no pueden ver más allá de sus palpos maxilares, siguen hacia delante, y si en alguna parte falta la comida, pues se monta uno en el siguiente negocio y punto. Ahí tienes a mi padre, con toda su lógica infame. Durante años ha estado ganando dinero con su trabajo de cabildeo para la industria pesquera. Ahora está involucrado en la minería en fondos marinos.

—Está preocupado por ti, Ragna. De verdad.

—Mi padre es un delincuente, Adrian. No solo es una parte de esta disparatada máquina de exterminio. Él la dirige, sin escrúpulos ni conciencia. Sé exactamente cómo piensa. No hay posibilidad de enmienda para gente como él. Y ya no creo para nada que la masa de los seres humanos cambie su comportamiento de consumo de forma voluntaria, al comprender el problema. Por eso necesitamos otros métodos.

—¿Venenos?

—Llámalo como quieras. Desde la perspectiva de las bacterias, la penicilina es un veneno; desde la nuestra, una medicina. Trabajamos en diferentes grupos, pero todos estamos desarrollando lo mismo: muros biológicos de protección contra un parásito llamado *Homo sapiens*. Vamos a poner la ciguatera en circulación de forma masiva en los países industrializados y de esa manera destruiremos el mercado de productos pesqueros durante décadas.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué solo en los países industrializados?

—Porque la gente de los países pobres depende del pescado como fuente de proteínas. Cuando los habitantes de los países industrializados ya no puedan comer pescado, entonces los enormes barcos arrastreros españoles, franceses, tailandeses o chinos dejarán de ir a las costas africanas a vaciar sus caladeros con gigantescas redes de pesca. Eso puede conducir a que estos se recuperen. La pequeña pesca costera artesanal no ocasiona daños

irreversibles. ¿Sabes cuántos refugiados están llegando a Europa porque nuestras flotas pesqueras han esquilnado regiones costeras enteras de África y sus gentes ya no pescan apenas y no tienen nada que comer?

—No, pero creo que tú me lo vas a decir.

Me miró con desprecio.

—No te interesa para nada. No le interesa a nadie. Y es que si lo hiciera de verdad, entonces sucederían cosas. Tú, por ejemplo, harías algo, ¿o no?

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer yo?

Ella volvió a coger la ampolla.

—Ahí lo tienes. Actúa. ¿Qué estás haciendo con tu vida, Adrian? ¿Qué haces? Dime.

Me limité a negar con la cabeza y permanecí en silencio. Sin embargo, no era un silencio porque me faltaran las palabras. Era al revés, mi cabeza estaba demasiado llena de términos y conceptos de innumerables reuniones y conferencias para no poder o querer decir algo al respecto: «sostenibilidad», «Objetivos del Milenio», «reunión de los Estados contratantes», «protocolos climáticos». ¿Por dónde empezar? ¿Y por dónde terminar? Solo la miré. Puede que tuviera razón en lo fundamental. Había decidido embestir contra una ola sobre la que yo me dejaba llevar con resignación. Pero yo hacía ya mucho tiempo que me había rendido al entramado infinito de las cosas. Había asistido a demasiadas reuniones internacionales y había oído con excesiva frecuencia cómo hasta los mejores propósitos se quedaban en agua de borrajas o incluso acababan convirtiéndose en lo contrario por la presión de intereses en conflicto.

—Piensas que estoy loca, ¿verdad? —me echó en cara.

—No —repliqué—. Esto era una fuente de malentendidos entre nosotros por entonces. Admiro tu coraje y tu resolución, pero a pesar de todo entiendo a tu padre. No desea que te suceda nada malo. No quiero imaginarme para nada lo que os harán si os pillan. Os condenarán como bioterroristas y os endilgarán cuatro cadenas perpetuas y ciento cincuenta años y un día.

—Seguro —dijo ella—. Y la mafia pesquera será aún menos remilgada. De ahí nuestra desconfianza, como ojalá hayas comprendido ahora. —Volvió a quedarse en silencio. Yo la miré, pero ella esquivó mi mirada y se levantó de improviso—. Mañana por la mañana Steve te llevará de vuelta a Rangún y

entonces podrás regresar a tu buena vida.

Dicho esto, pasó a mi lado en dirección al exterior. Yo permanecí sentado al rebufo de su egolatría. Se trataba de una escena repetida. Ya habíamos mantenido una vez esta conversación hacía diecisiete años. No teníamos por qué volver a hablar otra vez durante horas y horas para desenredar el intrincado ovillo de intereses económicos, políticos y criminales en el mundo que teníamos ante nuestros ojos, siempre con el reproche subliminal por parte de ella de que yo nunca actuaría para cambiar nada. Esta vez no teníamos ni una botella de vino, ni canciones de Leonard Cohen, ni por supuesto la naturalidad de unos adolescentes de diecisiete años para sustraernos a las desgracias del planeta y conducirnos al reino de los sentidos. Ella hacía lo que había que hacer, y yo no hacía... nada. Para Ragna, yo pertenecía al mismo bando de su padre. No como perpetrador activo, sino como cómplice.

Al cabo de un rato me levanté y salí también afuera. No se veía a nadie en aquella oscuridad, pero encontré el camino de vuelta sin problemas. En las otras chozas no había movimiento ninguno. Me crucé con dos soldados de guardia armados; fumaban y no me prestaron la menor atención. Hacía calor y, debido al humo del repelente de mosquitos, el ambiente de mi choza era irrespirable. Mañana, ella me obligaría a regresar. No me arrepentía de haber ido. Llamaría a Di Melo desde Rangún y le diría que podía ahorrarse el viaje. Si conmigo ya hablaba como con un enemigo, ¿cómo recibiría entonces a su padre?

Me acosté y me quedé mirando fijamente la oscuridad. No podía dormir. A veces daba una cabezadita, pero me sobresaltaba con regularidad y entonces no sabía durante algunos segundos dónde me hallaba. La última vez que miré el reloj eran las dos de la madrugada. ¿La vería mañana otra vez antes de partir? ¿Para qué? De hecho no teníamos nada que decirnos. Ragna se había involucrado del todo en una guerra desesperada e imposible de ganar. Sin embargo, ella caminaba hacia su ruina con los ojos abiertos, no como yo o como muchos otros, que íbamos por la vida con los ojos medio cerrados.

Me tumbé en la colchoneta. Hacía tanto calor y era tan agobiante, que en algún momento me quité la ropa y me quedé por completo desnudo. Las gotas de sudor rodaban por mi cuerpo abajo. Una y otra vez aparecía un mosquito que había sobrevivido al humo venenoso del repelente y que zumbaba

alrededor de mi cabeza. Pensé en la azotea de Frankfurt. En nuestro primer beso. En nuestra primera noche de amor. Si se me concediera el deseo de rescatar un mundo, entonces elegiría ese de aquel entonces, ese tiempo breve, feliz, con ella. Todo lo demás era demasiado grande para mí, demasiado confuso.

Caí en un sueño sin imágenes del que desperté pocas horas después, de manera repentina. Pero no fue ni por una patada de Steve para que me levantara, ni por una orden de Ragna para que me preparase para el viaje de regreso.

En lugar de eso, poco antes del alba, una detonación desgarró, de golpe, el silencio.

52

Render

Vivian estaba de pie junto a la ventana de su sala de estar, mordiéndose la uña del pulgar de la mano derecha e intentando mantener el control. Render también estaba de pie, pero cerca de la puerta de entrada y como en actitud de marcharse. Pero no se iba. Todavía no. La respiración de Vivian era honda y pesada. Él se lo había contado todo, todas las historias hasta donde él podía verlas desde su perspectiva. Ella lo había escuchado sin interrumpirlo, pero él no podía leer ahora en la expresión de su cara lo que ella estaba pensando. Conocía demasiado bien esa mirada aniquiladora que ponía cuando alguien tocaba aquellas cosas y aquellos principios que eran sagrados para ella. ¿Y qué desliz no había tenido él durante los últimos días? Prevaricación. Encubrimiento. Desatención de la prevención de peligros. Consentimiento de actos terroristas de sabotaje. ¿Y ahora pretendía que ella lo ayudara a salvar a su desdichada compañera, a una observadora pesquera que había colaborado con los bioterroristas?

Render estaba a la espera. Ella se daría la vuelta enseguida y todo dependía de lo que le dijera. Él tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo; con una mano tocaba el sobrecito con la lista de los contenedores contaminados y con la otra, la llave del coche. ¿Qué opciones tenía en el caso de que ella no accediera a su petición? ¿Podía mandarlo detener?

—¿Por qué no me informaste antes? —preguntó ella en tono cortante volviéndose hacia él—. ¿Cómo se te ocurre viajar por tu cuenta a Vigo a

investigar? ¿Quién te ha dado permiso para eso? ¿Desde cuándo tienes conocimiento de las actividades de Teresa?

—No tenía ni idea de sus planes.

—¿Ah, sí? Pero a ese... ¿cómo se llamaba? ¿Gavin? ¿Cuándo te encontraste con él?

—El lunes pasado.

—¿Y cuándo hablaste con esa Ragna Di Melo?

Render se quedó cortado por el modo en que pronunció ese nombre. Él se lo había mencionado, cierto, pero algo en su manera de decirlo lo sorprendió. ¿Y qué eran todas aquellas preguntas? Ahora no disponía de tiempo para responderlas a todas.

—Vivian, en unas pocas horas descargarán en Hamburgo algunos contenedores con pescado envenenado. Si las autoridades aduaneras no reciben esta lista, estallará una epidemia alimentaria en Europa, al lado de la cual la crisis de la EEB parecerá un pequeño catarro. Miles de personas correrán el riesgo de contraer un trastorno nervioso de por vida. No quiero eso. Te la daré, pero te suplico que me ayudes a sacar a Teresa de Tailandia antes de que le suceda algo. Por favor.

—Pero ¿cómo puedes...?

La voz de Vivian se quebró por la ira. Tenía el rostro enrojecido. Él no la había visto así jamás.

—Tiene que haber alguna manera. Debes saber por fuerza cómo funcionan esas cosas. Tienes acceso a gente que puede mover los hilos. Tienes que ayudarme, Vivian.

—¡SÍ! —gritó ella—. SÍ, no estoy sorda. Pero no lo entiendes. ¡No entiendes absolutamente nada!

Se dio la vuelta con brusquedad, se dirigió a la ventana y permaneció allí algunos segundos. ¿Qué había querido decir con eso de que no entendía nada? Pero entonces volvió a darse la vuelta y continuó hablando:

—Eres tan ingenuo, John. ¿Cómo pudiste engañarme de esa manera?

La miró y la ira ascendió de repente en su interior. «¡Ingenuo!».

—¿Qué hemos conseguido durante los últimos treinta años, Vivian? —preguntó mientras intentaba controlarse—. ¿Qué? Dímelo. ¿Qué ha mejorado gracias a nuestro trabajo con todas las directivas, los reglamentos, las

recomendaciones y las prohibiciones? ¡Nada! El mar la está palmando. Y lo sabes. Todos lo sabemos.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿Me lo dices o me lo cuentas, John?

—Dime: ¿QUÉ es lo que no entiendo? —profirió él—. ¿Hasta dónde llega mi ingenuidad? ¿Puedes explicármelo, por favor, bajándote del pedestal?

Vivian dio muestras de querer decir algo, pero entonces negó con la cabeza con un gesto de desgana, se llevó la mano derecha a la frente, resopló con rabia y se dejó caer en uno de sus sillones.

—¿Con quién has hablado además de conmigo? —preguntó entonces—. ¿Quién está al corriente de estos sucesos?

—Nadie —replicó él escuetamente.

—¿Paulsen?

—No.

—¿Herrero Sánchez?

—NO. No he hablado con él desde hace días.

—¿Hay otros observadores pesqueros de quienes sepas que andan también involucrados en el asunto?

—Vivian —replicó él en tono impaciente—, ni siquiera la mujer con la que quería compartir mi vida me tenía al corriente de sus actividades. Estaba completamente al margen.

—¿Y Ragna Di Melo? ¿De qué la conoces?

¿Otra vez ese nombre? Rendar la miró con extrañeza.

Ahora estaba seguro del todo. Vivian podía recriminarle con la dureza que quisiera, sí, pero era incapaz de fingir ante él.

—Tú... ¿tú la conoces? —dijo él, tartamudeando de asombro.

—Responde a mi pregunta, John. ¿Te has encontrado con ella alguna vez? ¿Contactó contigo en algún momento?

—Sí, hace algunos años. Pero yo...

—¿Cuándo y dónde? —lo interrumpió ella con impaciencia.

—En Nairobi. Durante el congreso de la Interpol.

—¿Qué quería?

—Provocarme. Me mostró fotografías de los juicios de Nuremberg y, en el fondo, vino a reprocharme que yo era cómplice del biocidio de los mares del planeta.

—¿Cómo se puso en contacto contigo?

—A través de Teresa. Son buenas amigas.

—Tampoco me contaste eso nunca. Un grupo terrorista trata de captarte y tú vas y me lo ocultas.

—A mí no me ha captado nadie —repitió él en tono despectivo—. Qué absurdo. No había tenido contacto con esa gente antes ni lo tuve después. No sabía absolutamente nada de ellos. ¿No lo entiendes? Teresa nunca me dijo ni una palabra sobre todo este asunto. ¡Jamás!

Vivian lo miró en silencio. Los pensamientos de Render se dispararon en centenares de direcciones. Ella volvió a ponerse en pie despacio.

—¿Qué me estás ocultando tú en realidad? —preguntó él como iluminado por una idea repentina—. ¿De qué conoces a esa mujer? ¿Qué está pasando aquí?

Vivian negó lentamente con la cabeza, como si se las estuviera viendo con un testarudo que no quiere entrar en razón.

—¿Qué te has imaginado que se puede hacer? —preguntó ella tras una breve pausa—. Debes haber tenido alguna idea sobre cómo ayudarte, ¿no? ¿Qué debo hacer ahora según tú?

—¿A quién querías que me dirigiera? —replicó Render con desesperación—. ¿A la policía? ¿Quién podía ayudarme si no tú?

Vivian se rio con suavidad.

—Dios mío, esto es una locura —dijo para sí misma, como si estuviera de pronto completamente sola en la sala de estar.

—¿Qué es una locura?

Pero ella no respondió. En lugar de eso se dirigió al escritorio y echó mano del teléfono.

—¿Qué hora es en Tailandia?

—Cinco horas más que aquí —respondió Render—. Primera hora de la tarde.

Vivian marcó un número. La conversación duró tan solo unos pocos minutos. Ella habló todo el rato en voz muy baja y Render no tuvo posibilidad de averiguar quién era su interlocutor.

Después de colgar se levantó, se dirigió a él y extendió una mano.

—La lista. —Él titubeó. Luego se llevó la mano al bolsillo, sacó junto con

la lista la tarjeta de identidad del trabajo y le dio ambas cosas. Ella desdobló la lista y pasó la vista por encima. A continuación, le devolvió la tarjeta—. Aún vas a necesitarla. Acompáñame.

Dicho esto, pasó a su lado y se dirigió hacia la puerta.

53

Adrian

Afuera se oían gritos. Órdenes y exclamaciones iban y venían por todos lados. En alguna parte, un grito breve y penetrante se alzó de repente por encima de todos los demás. Era bronco y estridente, un aullido breve, enfurecido. A continuación, se interrumpió súbitamente. Luego se escuchó el ruido de unas botas corriendo. Los lugareños se decían a gritos algo que no pude entender, entremezclado con exclamaciones en inglés.

Permanecí agazapado contra el suelo con la certeza de que iban a producirse de inmediato disparos y de que las balas atravesarían la pared de mi choza. Cuando eso no sucedió, rodé hacia un lado e intenté mirar afuera a través de las grietas. Sin embargo, no pude ver mucho: estaba demasiado oscuro. Unas sombras pasaron corriendo. ¿Se trataba de un robo? En el exterior, todo el mundo corría espantado, pero no se oían disparos. Tenía que haber sucedido por fuerza algo diferente.

Reuní mi ropa, me vestí todo lo rápido que pude y volví a arrastrarme hacia la pared de la choza para mirar al exterior a través de las grietas. Los faros de algunos vehículos se encendieron. Dos *jeeps* avanzaron despacio hacia la linde del bosque y permanecieron allí con el motor en marcha. Gracias a los haces de luz se veía a algunas personas que se adentraban en el bosque. Creí distinguir a Ragna y a Steve entre ellas. Poco después apareció también Brock.

No podía esperar más. Salí de mi choza y me dirigí con cautela al lugar de

la linde del bosque donde estaban detenidos los dos *jeeps*. Era una situación fantasmal. Un soldado gesticulaba con intensidad a la luz de los faros y explicaba algo mientras sus oyentes hablaban todos a la vez. Cuando estuve más cerca, vi que en el bosque había milicianos karen y aldeanos alrededor de algo que se movía en el suelo. Ragna estaba arrodillada a un lado y Steve estaba de pie tras ella. Dos uniformados que también estaban de rodillas manejaban algo que no pude reconocer. Volvieron a oírse gritos. Un gemido, áspero y hondo, y luego otra vez estridente. Pasé junto a los *jeeps*, adelanté a algunos curiosos y me dirigí al lugar del bosque donde poco a poco se me reveló a la luz de los faros todo aquel espantoso espectáculo.

A través de los cuerpos apiñados solo vi al principio fragmentos de lo que estaba sucediendo en el suelo. Allí había un cuerpo tumbado que se contraía con violencia. De pronto vi entonces algo que parecía una pierna despedazada por los perros y, al acercarme más, distinguí que se trataba de una pierna desgarrada de la rodilla al pie. La pantorrilla estaba completamente arrancada y colgaba a un lado como un saco sangriento hecho jirones. El pie no se veía por ninguna parte. No pude distinguir más detalles porque la fila de los curiosos se había vuelto a cerrar. Di algunos pasos hacia atrás y me quedé respirando con dificultad. De pronto, Steve se dio la vuelta y me descubrió. Como si algo le hubiera pinchado en aquel momento, se me echó encima a gritos.

—¿Dónde está el transmisor?, di, cabronazo. ¿Dónde está, hijo de la gran puta? ¿Cuántos más van a venir, eh? Habla antes de que te retuerza el cuello.

Yo habría sido incapaz de contestar nada, aunque hubiera querido, pues aquel forzado me golpeó dos veces el tórax con tanta fuerza que me tambaleé hacia atrás. Los golpes me dejaron sin respiración.

—¿Dónde lo tienes? —volvió a gritar—. ¿Para quién coño trabajas?

De pronto se interrumpió. Regresó apresuradamente al lugar en el que Ragna se ocupaba del herido, levantó algo del suelo y volvió adónde yo estaba.

Levanté las manos para defenderme de los golpes.

—¿Ves esto? —gritó, poniéndome ante las narices un fragmento de plástico manchado de sangre.

Solo después de que la limpiara varias veces con la manga distinguí que se

trataba de una tableta. Dos puntos de color verde muy claro parpadeaban en ella.

—¡Te digo que si ves esto, tonto del culo! ¡Vamos! ¡Camina! —Me propinó un patadón brutal y me llevó a empujones por el prado, orientándose con la tableta. Llegamos a mi choza y volvió a enseñarme el aparato—. ¿Lo ves ahora? —gritó en tono triunfal.

Sí, ahora yo también lo veía. Los dos puntos se solapaban ahora.

—¿Dónde está tu mochila de mierda? ¿Dónde?

Me empujó al interior de mi choza y me siguió. La mochila estaba en el suelo, al lado del lugar donde había dormido. Se la arrojé rápidamente, como si aquello pudiera detener la ira de aquel hombre. Tiró a un lado la tableta y comenzó a palpar a fondo la mochila, centímetro a centímetro.

—*Fucking shit!* —profirió después. Sacó una navaja, cortó una de las correas y la rajó. Vi con estupefacción cómo sacaba una cápsula de metal plana, del tamaño de una moneda—. ¿Y esto qué es?

—No... no tengo ni idea —dije, tartamudeando—. De verdad. —Me alejé de Steve, cuyos ojos destellaban un furor asesino—. No tengo ni idea —volví a vociferar.

Ahora sí que de verdad tenía miedo de él; pensé que me iba a matar de un momento a otro. Aprovechando ese instante de sorpresa, me volví hacia la salida, pero Steve fue más rápido. Noté cómo su mano me agarraba con fuerza el brazo y proferí un grito de dolor. Esta vez su puño me dio de lleno en la sien y caí al suelo. Una explosión retumbante en la cabeza hizo que casi perdiera el sentido.

—¡STEVE! —oí de pronto la voz de Ragna a lo lejos—. ¡STEVE!

El canadiense se apartó de mi lado, recogió el transmisor y la tableta y salió apresuradamente. Yo permanecí en el suelo jadeando, con la cabeza retumbándome de dolor. Intenté levantarme, pero todo me daba vueltas. Me tumbé de lado.

—Ese puto soplón nos está poniendo a todos en peligro —lo oí vociferar.

Me incorporé con grandes esfuerzos y salí de la choza dando tumbos. Ragna y Steve estaban tan solo a algunos metros de distancia. Ella sostenía la tableta en una mano y su luz mortecina le iluminaba la cara. En la otra mano sostenía el transmisor.

—No sabía nada, Ragna —proferí y me dirigí hacia ella tambaleándome—. Te lo juro por todo lo que es sagrado y valioso para mí. Me pidieron que te buscara. Eso fue todo. Tu padre iba a venir después.

—Sí, claro —replicó Steve, resoplando de manera burlona—. ¿Y cómo es que ahora está ahí tirado?

Ragna bajó poco a poco la tableta.

—Steve —dijo con voz temblorosa y se pasó la mano por la cara—. ¡Se está desangrando! ¿Qué quieres que haga ahora? —Le brillaban los ojos, que tenía abiertos del todo por el horror de la situación—. No puedo dejar que se desangre así.

Durante unos segundos ninguno de nosotros pronunció palabra. La siniestra mirada de Steve volvió a posarse en mí.

—Él no tiene la culpa —dijo Ragna—. Mi padre lo ha utilizado. Es su manera de hacer las cosas, su estilo, su método.

Steve escupió y se golpeó varias veces con el puño en la frente hecho una furia.

—¿Y ahora, Ragna? —profirió como una maldición—. ¿Ahora qué?

Me alejé de los dos y fui en dirección al *jeep*. El herido seguía tumbado en el mismo lugar del bosque, rodeado de aún más personas que antes. Me abrí paso entre la gente hasta que estuve frente al cuerpo tumbado en la tierra.

Era realmente Di Melo. Apenas podía distinguírsele la cara manchada de tierra, sudor y sangre. Me miró con los ojos abiertos como platos. La conmoción por su gravísima herida parecía tomar posesión de él con cada segundo que pasaba. La metralla de la mina debía de haberle rozado una mejilla y le había desgarrado o tal vez incluso arrancado una parte. Le habían desnudado el torso, pero en comparación este parecía relativamente intacto. De algunas de las heridas menores había salido sangre que ya estaba coagulada. Su cadera izquierda presentaba una herida profunda y abierta. Ahora bien, ¿qué era todo aquello en comparación con su pierna izquierda? Era difícil de soportar la visión de aquel muñón, con los restos de hueso y de tejidos que sobresalían y colgaban de él. Un torniquete aplicado por debajo de la rodilla impedía que saliera más sangre, pero seguramente ya debía haber perdido mucha cantidad. Un trozo blanquecino de hueso sobresalía de aquel amasijo de tejidos calcinados, tendones arrancados y vasos sanguíneos

desgarrados. Volví a mirar la cara cenicienta, y ahora marcada por el horror mudo, del hombre con quien había almorzado hacía dos días en el jardín del Oriental. Y de repente intentó hablar.

—Adrian —tartamudeó de manera casi incomprensible—, Adrian...

Entonces el dolor le desfiguró la cara, y todo su cuerpo comenzó a convulsionarse. Alguien apareció con vendas y comenzó a ocuparse del muñón. Tras dos inyecciones, Di Melo fue calmándose poco a poco. Ahora, solo movía la cabeza despacio de un lado a otro como si delirara ligeramente sin dejar de gemir. Cuando la herida del muñón y de la cadera estuvieron vendadas, intentaron alzarle la cabeza un poco para vendársela también. De repente surgió un sonido gutural de la garganta de Di Melo y me estremecí. ¡Dios santo! No podía soportar ver aquello, pero al mismo tiempo tampoco podía dejar de mirar.

De pronto Ragna volvía a estar allí, pero estaba como fosilizada mirando cómo vendaban la cabeza de Di Melo. Era espeluznante. La mirada de él estuvo todo el tiempo fija en ella. Al final Ragna se arrodilló a su lado y le habló.

—Por favor, muévete lo menos posible. Te hemos suministrado analgésicos, pero tienes que estar completamente quieto.

Pareció entender lo que su hija le decía, pues dejó de emitir el gemido gutural que había mantenido todo aquel tiempo. Ahora bien, ¿quién podía afirmar que así era?

Y de golpe ya no sucedió nada más. Todo el mundo seguía allí de pie a su alrededor, al parecer sin saber qué hacer a continuación. Yo los fui mirando uno a uno, pero nadie daba señales de empezar a preparar a Di Melo para transportarlo a un hospital. Y es que ese era el paso siguiente, el más urgente. Había que montarlo en uno de los *jeeps* y llevarlo a la clínica más próxima. Mis ojos recayeron en Steve, que no estaba muy lejos y seguía mirándome con una mueca huraña y aviesa. Estaba conversando en voz baja con Brock, que fumaba y no dejaba translucir lo que pensaba sobre aquel incidente. Ragna estaba inmóvil al lado de su padre. Tenía cogida la mano de este y le hablaba en voz baja. Contemplé la escena durante un rato hasta que fui consciente de lo que estaba sucediendo allí: no veían ninguna posibilidad de salvarlo. ¡Iban a dejarlo morir allí!

—Ragna —dije, inclinándome hacia ella—. Tenemos que hacer algo. Hay que ir lo más rápidamente posible a una clínica.

Ella negó con la cabeza con un gesto de resignación.

—Es imposible —replicó ella con la voz tomada—. No podemos cruzar la frontera.

—¡Ragna! —exclamé en tono de súplica—. No puedes dejarlo morir aquí tirado en el bosque.

Ella me miró sin pronunciar palabra. Di Melo continuaba gimiendo.

—¿De qué dirección ha venido? —preguté—. Tiene que haber llegado desde alguna parte, ¿no? ¿Hay alguna carretera por allí?

—Sí —respondió ella como en trance—, siguiendo esa pendiente arriba por el bosque. Pero toda esa zona está minada. Es un milagro que haya llegado tan lejos.

Miré al herido, me incliné sobre él y registré sus bolsillos con todo el cuidado que pude. Sin embargo, no encontré nada en ellos, ninguna llave de un vehículo, ni tampoco documentación.

—¿Dónde está la clínica más próxima? ¿Hay por aquí alguna ciudad, un hospital?

—Mae Sot —replicó ella—. Pero no podemos cruzar la frontera. Es imposible.

—Yo puedo hacerlo perfectamente. Tiene que haber dejado su vehículo por allí, en alguna parte, antes de bajar a pie por el bosque. ¡Ragna! ¡Has de ayudarlo!

Ella se mordió los labios por los nervios.

—No podemos ir por el bosque —tartamudeó ella—. Es demasiado peligroso. ¿Por qué demonios ha tenido que venir? ¿Por qué no comprende simplemente que yo ya he decidido por mí? ¿Por qué me hace esto?

—Ragna —le dije en tono de súplica—. Esas preguntas no tocan ahora. Tienes que actuar. Y de inmediato. Hay que llevarlo al hospital, y rápido. Lo meteremos en uno de los *jeeps*. ¿Se puede llegar con él desde aquí a la carretera que dices que hay allá arriba, por la que él ha venido?

Ella asintió en silencio.

—Bien, tal vez alguien esté allí esperándolo y pueda llevarlo. O puede que esté su vehículo. Si es así yo cruzaré la frontera con él. No tengo nada que

temer. Devolvedme mis cosas, mi dinero y mi pasaporte, y yo lo llevaré al hospital. Ragna, maldita sea, ¿a qué estás esperando?

Ella me había estado mirando fijamente todo el tiempo y fui consciente de que no había considerado en absoluto esta posibilidad. Me levanté y los presentes me miraron.

—Id a por una escalera —ordené en inglés—. Traed mantas. Vamos.

Steve se me acercó.

—¿Puedes decirme qué significa esto?

—Tenemos que llevarlo allá arriba —dije y le repetí mi plan.

La cara de Steve no se inmutó lo más mínimo.

Brock se acercó.

—¿Qué ha dicho?

—Quiere llevarlo a Tailandia, a un hospital —resumió Steve mis propósitos.

—¿Tienes dos mil dólares para los guardias de la frontera? —preguntó Brock.

—Tengo algo en efectivo y tarjetas de crédito —respondí rápidamente.

—Tarjetas de crédito —repitió Steve en tono despectivo.

Pude adivinar con facilidad cuál era el verdadero problema que tenía. Desconfiaba de mí, estaba claro. Y ni siquiera podía culparlo.

—No tenéis que temer nada por mi parte —dije.

—¿Ah, sí? —replicó Steve, siseando expresamente—. ¿Y cómo vas a explicar en la frontera la pierna arrancada?

—Un accidente.

—Ah, vale. ¿Dónde?

—No puedo acordarme con exactitud del lugar. Íbamos circulando y giramos a la derecha porque tenía que hacer sus necesidades. Se metió algunos metros en el bosque y ¡pum! Le he vendado lo buenamente que he podido y he conducido lo más rápido posible. Ya no sé el lugar concreto dónde sucedió.

—¡Qué idiota! —dijo Steve.

Ragna se había levantado.

—Cállate, Steve. Vamos, es la mejor opción que tenemos. En el caso de que haya alguien allá arriba esperándolo, de todas formas se sorprenderá si mi padre no regresa. Tenemos que intentarlo.

—Si haces eso, entonces ya podemos ir recogiendo para largarnos —replicó Steve airado—. Yo no voy a arriesgar mi vida por ese disparate.

Ragna estuvo todavía indecisa durante unos breves instantes. No podía creerme que fuese capaz de titubear en serio y que sopesara dejar a su padre en la estacada. Pero afortunadamente se lo pensó mejor.

—Vamos a ir allá arriba para ver si Adrian tiene razón con sus suposiciones. Vamos.

De inmediato hubo movimiento en el grupo de los presentes. Trajeron mantas y una escalera para construir una camilla con la que poder sacar a Di Melo del bosque. Observé aquella pequeña procesión en silencio. Al deslizar la improvisada camilla sobre la superficie de carga del *jeep*, Ragna saltó al interior y la fijó a las paredes laterales con cuerdas.

Yo corrí a mi choza, reuní mis pocas pertenencias, las metí en la mochila y me la eché al hombro por la correa que quedaba ilesa. Cuando regresé al *jeep*, Brock me estaba esperando y me devolvió el pasaporte, el dinero, las tarjetas de crédito y los billetes de avión que me habían quitado el día anterior.

—¿Habéis minado vosotros el territorio? —le pregunté.

—¿Nosotros? Vaya guasón estás hecho. ¿Estás en tus cabales? —Señaló al poblado—. ¿Crees que van a minar su propia aldea? Es el ejército birmano el que lleva décadas enterrando esos chismes endemoniados por extensas partes de su territorio. Ni siquiera ellos mismos saben dónde están colocadas. El frente va cambiando de posición. También han resultado afectados muchos turistas extranjeros. Sin embargo, el hecho de que hombres de negocios alemanes pisen las propias minas que exportan resulta casi irónico.

—Di Melo es suizo —corregí yo de manera espontánea y superflua.

—¡Ah, qué bien! —replicó en tono sarcástico—. Claro, esos no construyen minas, no, es verdad. —Escupió y añadió a continuación—: Escúchame bien. Si consigues llegar más allá de la frontera verde, entonces no te salgas de la senda por la que circulan los karen para que no seas tú el siguiente en pisar una de vuestras minas de la comarca del Rin.

—¿De la comarca del Rin?

—Sí, de la fábrica de armas de Fritz Werner. ¿No has oído hablar nunca de ella? El sanguinario de Ne Win mandó construir incluso una pagoda en Geisenheim, en señal de agradecimiento por las décadas de suministros

alemanes. Alemania siguió vendiéndoles armas incluso durante el embargo posterior a la masacre de 1988, ahora desde instalaciones de producción *in situ*. Ahora son los propios birmanos quienes construyen esos chismes. Lo llaman «transferencia de tecnología». Así que ve con cuidado por donde pisas. Probablemente hay pocos rincones en el planeta que estén tan minados como este territorio.

Me guardé todo, corrí al *jeep* y me coloqué junto a Di Melo en la superficie de carga. Ragna no se había movido del sitio.

—¿Cómo está? —pregunté.

Ella se encogió de hombros y no dijo nada.

—¿A qué distancia está la clínica?

—Entre tres y cuatro horas, si se pasa la frontera verde a través de la jungla —respondió—. Por la carretera regular se puede ir más rápido, pero entonces depende del tiempo que haya que esperar en la frontera. Y necesitamos dinero para los sobornos.

—Ya conseguiré el dinero de alguna manera —dije—. ¿No hay nada más cerca? ¿Conseguirá resistir tanto rato?

—En ese estado se puede sobrevivir durante varios días si la metralla no ha dañado ningún órgano vital. —Le tomó el pulso—. ¿Por qué lo habrá hecho? —volvió a susurrar—. ¿Por qué? —Se quedó mirándolo fijamente.

Durante unos breves instantes lo único que se oyó fue la ruidosa respiración por su garganta. Por la ventanilla de la cabina del conductor vi que, de manera sorprendente, era Brock quien se había sentado al volante. A su lado se subieron dos guerrilleros karen con fusiles, pero sin uniformes.

El motor se puso en marcha y entonces apareció una mujer y dejó un saco de fruta y una garrafa de agua de cinco litros en la superficie de carga. Siguieron algunos botiquines de primeros auxilios. Alzaron la puerta trasera y encajaron los pestillos. Busqué con la vista a Steve, pero no se le veía por ninguna parte. Corrieron una lona y la amarraron, así que nos quedamos en penumbra. El *jeep* circulaba despacio por el prado y no aceleró hasta que alcanzó la angosta pista de arena que llevaba desde el poblado al interior del bosque.

Di Melo comenzó a proferir unos suaves gemidos. Ragna humedeció un pañuelo y le empapó la frente ilesa. Repitió esa acción varias veces con una

mueca gélida y de pronto el cuerpo de Di Melo comenzó a temblar. Menos mal que estaba sujeto con fuerza a la escalera porque daba la impresión de querer liberarse. Ragna le habló en un tono tranquilizador y le puso un cojín bajo la nuca para evitar que se golpeará con fuerza.

—Has pisado una mina, papá —dijo ella en tono objetivo y delicado—. Te estamos llevando a una clínica en Tailandia. Has de estar quieto, solo así tenemos posibilidades de que todo salga bien. ¿Me has entendido?

Di Melo miró a su hija. Cesaron los temblores, pero poco después comenzaron de nuevo. Salió un sonido de su garganta, parecido a unas gárgaras, completamente incomprensible.

—Todo va a salir bien, papá, pero deberías hablar lo menos posible. Te va a subir la fiebre, pero eso no es malo. Tal vez tengamos que cruzar un río, pero eso tampoco es ningún problema. Conocemos el camino.

«¿Papá?». Esa palabra sonó muy extraña al salir de su boca. Contemplé compungido la escena entre padre e hija. Di Melo parecía querer decir algo. ¿Tenía la boca herida tal vez? La metralla que le había herido la mejilla, ¿había penetrado en la cavidad bucal? Seguramente Di Melo no era consciente de dónde se hallaba ni de lo que había sucedido. Debía de encontrarse conmocionado. Volvió a recostar la cabeza, que había levantado un poco. También volvió a oírse su respiración ruidosa y metálica.

Ragna se enjugó las lágrimas de los ojos. El *jeep* avanzaba traqueteando.

—¿Es cierto eso que has dicho? —pregunté al cabo de un rato.

—¿El qué?

—Que tenemos que cruzar un río.

—En ningún caso puedo traspasar la frontera oficial. Y los guerrilleros karen, menos aún. Si no hay nadie allá arriba que pueda encargarse de él, entonces la frontera verde es nuestra ~ única posibilidad. —Permaneció unos instantes en silencio para añadir a continuación—: Pero es algo que ya hemos hecho otras veces. No es el primero al que le sucede esto.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Tres años. Visto y no visto.

Me hizo una señal para que le pasara la botella de agua, y bebió un trago largo con ganas.

—¿Y antes?

—¿Quieres saber cómo llegué a parar aquí? ¿Es eso?

—Sí. Pensaba que querías estudiar Biología Marina.

—Y eso hice. En Sidney. Durante seis años.

—¿Y después?

—Después de la carrera estuve en un barco patrullero de la Guardia Costera australiana en la Antártida. Allí hay una zona protegida para el bacalao, una especie que está siendo víctima de la sobrepesca más despiadada, pero que es un foco de atención muy interesante para los piratas. Pueden ganarse millones con él y allá abajo casi no hay controles. Excepcionalmente, en aquel momento las cosas eran diferentes. Pillamos a un arrastrero español que navegaba con pabellón uruguayo con las manos en la masa. La farsa de siempre. Un número de matrícula falso, por decirlo así.

Se interrumpió y se inclinó de nuevo sobre su padre. Di Melo no se movía, pero respiraba de manera regular. Ragna se recostó contra el lateral del vehículo y cruzó las piernas para tener más apoyo.

—Estuvimos persiguiendo aquel barco durante veintitrés días —prosiguió—. Incluso intentaron zafarse adentrándose en las banquisas, lo cual era peligrosísimo, también para los perseguidores. Cuando se dieron cuenta de que no podían deshacerse de nosotros, pusieron rumbo a Uruguay.

—¿A Uruguay? ¿Desde la Antártida?

—Bah, eso no es nada. Esos barcos cruzan todos los mares y océanos del planeta. Miles de ellos. Día y noche. ¿Sabes cómo funciona la pesca en la actualidad?

—No con detalle.

El *jeep* avanzaba traqueteando por entre baches, y Ragna apoyó los pies en la improvisada plataforma sobre la que yacía Di Melo. Yo me agarré a uno de los puntales.

—Imagínate simplemente que no tuviera lugar en el fondo del mar, sino en tierra, en la selva virgen: un montón de cazadores chiflados subidos en máquinas de exterminio gigantescas, de quince o veinte metros de altura, impulsadas por motores diésel de varios miles de caballos de vapor, extienden una gigantesca red de acero entre ellos y cazan todo lo que se interpone en su camino. Avanzan a lo largo y ancho de la selva virgen tropical y capturan todo lo que tienen delante de los radiadores de sus máquinas: monos, antílopes,

rinocerontes, leones, elefantes, jabalíes, perros salvajes, iguanas, sapos, serpientes, arañas, escarabajos... todo lo que se arrastra y vuela. En su caza no distinguen tamaño, edad ni tipo de animales que caen en su red, ni tampoco tienen en cuenta a las madres preñadas ni a las crías. Solo los especímenes más pequeños salen de la malla siempre y cuando no los atrape y aplaste la masa de los demás animales capturados. Imagina una red asesina como esa dirigiéndose hacia ti.

—Es difícil de imaginar.

—Sí, pero así es como funciona. ¡Esas redes son gigantescas! Caben sin problemas varios aviones jumbo puestos unos al lado de otros. Un rodillo de acero sujeta la red y resuena con la furia de millares de martillos neumáticos desahorados sobre el delicado suelo del bosque, que desgarran y, además, sacude sin piedad a todos los seres vivos por arriba y por delante hasta que tras un breve intento de fuga terminan exhaustos en la red. Todo resulta aniquilado. La flora y la fauna por igual. Los árboles, los arbustos, las plantas con flores, los nidos de los pájaros, las colonias de insectos... ese rodillo lo aplasta todo y solo deja tras él un desierto arado, lleno de vegetación desgarrada y arrancada de cuajo y termiteros reventados. Por último, nuestros cazadores se detienen y examinan el enjambre latente de animales vivos, moribundos, muertos y aplastados. Es la visión misma del infierno. Muchos animales expulsan las tripas por la boca debido a la presión, o se les saltan los ojos de las cuencas. Por todas partes sobresalen huesos reventados de extremidades retorcidas de manera horrible. Estúpidamente, la mayor parte de lo que los cazadores han capturado no está a la venta porque no sabe bien o porque no existe mercado para esas especies. Muchos animales son demasiado pequeños o están demasiado dañados. Así que casi el ochenta por ciento de las capturas se devuelven a la selva virgen roturada, donde se descomponen ofreciendo excelentes oportunidades de reproducción a una población de carroñeros y otras especies oportunistas que ahora se apoderarán del territorio despoblado. Supongamos que un equipo de periodistas filmara esa locura. ¿Cuánto tiempo crees que tardarían en estallar agitadas protestas en todo el mundo?

—Probablemente no mucho tiempo.

—No. La ONU convocaría reuniones, los países de la CITES irían a las

barricadas, los conservacionistas de animales y de la naturaleza se encadenarían a esas redes para impedir algo semejante en el futuro. Pero no; eso no es lo que está sucediendo porque no podemos verlo. Porque ocurre de una manera silenciosa e invisible muy por debajo de la superficie de los mares. Y porque no sentimos ningún tipo de compasión por los peces. La protección de los animales, que ya es insuficiente en tierra, no existe en absoluto para ellos. Incluso se financian estudios para demostrar que no sienten ningún dolor. Es grotesco. Sin embargo, en el fondo del mar y en los barcos arrastreros no hay fotoperiodistas. Y por ello prácticamente nadie se entera del horror silencioso que tiene lugar allí.

—Bueno —pregunté al cabo de una breve pausa—, ¿al menos llegasteis a atrapar al final a aquellos piratas?

—Sí, lo hicimos —contestó con un tono de desprecio—. En aquella ocasión, de manera excepcional, ganamos en el mar. Pero son demasiados. ¿Quién va a controlar a esos innumerables barcos? Las leyes son en su mayor parte ineficaces. Desde hace años se sabe que incluso las denominadas cuotas de captura legales son demasiado elevadas y que a menudo no se respetan. ¿Quién va a detener a los pescadores ilegales? Y si alguna vez se consigue llevar a juicio a los piratas, se fracasa entonces ante los tribunales.

Dirigió una mirada sombría a su padre.

—Ese era, entre otros, su cometido —dijo, cambiando la voz—. Cuando apresamos aquel barco después de una larga persecución de muchos días y entregamos a su tripulación a la policía, él consiguió liberarlos de nuevo. ¡Por falta de pruebas! ¡El recochineo puro!

—Pero sigo sin entender la relación. ¿Cómo llegaste a parar precisamente aquí, a este no-lugar?

Volvió a beber otro sorbo, luego se echó agua en la palma de la mano y se mojó la cara y el pelo.

—Entonces entré en Sea Shepherd —dijo—. Quería trabajar para una organización que pudiera enfrentarse con eficacia a esos criminales. No con octavillas, sino con barcos y con una tripulación que no se arredra a la hora de abordar un arrastrero cuando es necesario. Sin embargo, es una batalla contra molinos de viento. Hubo algunos éxitos mediáticos, pero la situación general empeoró cada vez más. Mi siguiente paso fue entrar en una organización que

no tiene nombre porque trabaja de manera clandestina, una especie de milicia medioambiental. Ahora opera en más de treinta países y solo trabaja con voluntarios, sobre todo científicas. Se hacen pasar por turistas y documentan descargas de pescado ilegal en puertos y mercados, o se enrolan como observadoras pesqueras a bordo de barcos arrastreros, lo cual es peligroso, incluso mortal. Fotografían las capturas ilegales, elaboran documentación y envían todas las pruebas a las autoridades. En ocasiones emprenden incluso alguna acción, pero esto no lo hace la mayoría de ellas. ¿Acaso es tarea de los ciudadanos realizar las investigaciones que debería llevar a cabo la policía? En algún momento también fui consciente de que eso tampoco tendría mucho efecto. Y entonces experimenté una vivencia decisiva.

El *jeep* se detuvo de repente y tras una breve pausa giró a la derecha. Se redujo el traqueteo. Por lo visto habíamos salido de la selva.

—Volví a Sea Shepherd —prosiguió Ragna sus explicaciones—. De camino a la zona de la acción nos topamos de pronto en medio del mar con un arrastrero tailandés que no podía navegar. La situación que nos encontramos a bordo era inimaginable. Los trabajadores de cubierta parecían prisioneros en un campo de concentración. Filmamos aquello a pesar de que el capitán llegó incluso a realizar disparos de advertencia para mantenernos a distancia. Por lo visto el motor tenía un fallo y estaban esperando la ayuda de otro barco de su flota, al que ya habían alertado por radio y que no se encontraba muy lejos de allí. Cuando algunos de los trabajadores de cubierta vieron que permanecíamos cerca, saltaron al agua y nadaron hacia nosotros. Arriesgaron su vida por la oportunidad de que los acogiéramos. En el arrastrero tuvieron lugar algunas escenas increíbles. A los que se quedaron atrás los acorralaron con palos y porras y les dieron una paliza tal que no intentaron ni saltar por la borda, en parte porque ya no tenían fuerzas para hacerlo. Dos de los fugados se ahogaron ante nuestros ojos. Pudimos salvar a ocho y permanecimos lo más cerca posible del arrastrero, pero entonces llegó otro barco y nos amenazó con embestirnos si no nos íbamos de allí. Nos retiramos y nos pusimos a observar de lejos lo que sucedía. Pero al final tuvimos que marcharnos de la zona cuando aparecieron otros dos arrastreros tailandeses más.

Di Melo gimió levemente.

—¿Está consciente? —pregunté.

Ragna negó con la cabeza.

—Creo que no. Le inyectamos una dosis fuerte que ahora le está haciendo efecto. No debe volver en sí porque no podrá aguantar el dolor.

Volvió a retomar el hilo de su historia.

—No puedes imaginarte lo que habían sufrido esas personas en el buque tailandés. Algunos llevaban años prisioneros en él. Solo a través de ese encuentro pude darme cuenta de las dimensiones que había adoptado entretanto toda esa locura. Después de aquello me sentía incapaz de seguir como hasta entonces, jugando a ser una agente simbólica de la policía medioambiental por tierra o por mar. Pero antes que nada teníamos que llevar a aquellas personas a salvo hasta su hogar. Incluso eso resultaba peligroso porque los explotadores de esos barcos de esclavos no deseaban testigos, claro está. Así fue como aparecí por primera vez en estas tierras y comencé a investigarlo todo y a documentarlo. He oído la misma historia cientos de veces. Los armadores tailandeses envían reclutadores a los campos de refugiados de la frontera y prometen a esas personas trabajos en fábricas de Bangkok. Se trata de una oferta tentadora para los inmigrantes ilegales y los refugiados que están condenados a la inactividad y a la pobreza. Así que firman los contratos y se van con ellos. Una vez en Bangkok, de repente se ven cargados de deudas. Por el viaje. Por la manutención y el alojamiento. Entonces se les dice que tienen que trabajar en la pesca. Los amenazan, los golpean, a veces incluso los asesinan. En algún momento se encuentran en alta mar, en barcos que pescan de día y de noche donde se ven forzados a trabajar hasta veinte horas al día. Durante años. El pescado que capturan se descarga en otros barcos en alta mar y estos lo llevan a puerto. Sin embargo, los pescadores permanecen a bordo. No tienen ninguna oportunidad de volver a tierra. Algunos se suicidan. Otros saltan por la borda, lo cual tiene el mismo resultado. A algunos los liberan por casualidad, como en nuestro caso. Lo publicamos todo. Todo el mundo lo sabe. Pero ¿qué ha sucedido? Amonestaciones. Advertencias. Amenazas de boicot poco decididas y que nadie quiere poner en práctica porque hay mucho dinero en juego. Para todos. No solo en la industria de explotación en el Sudeste Asiático, Corea, China y otros lugares, sino también en toda la cadena de distribución.

Se había ido enfureciendo al hablar. Bajé la vista. Percibí que ahora me

estaba mirando, pero no sabía qué podría replicar yo.

—Sigues pensando que soy una loca, ¿verdad? —preguntó—. Igual que por entonces. Pero yo no puedo vivir como tú e ignorarlo todo. No lo soporto. Una parte de la humanidad está en guerra contra este planeta. Y este planeta... somos nosotros. Físicamente somos una parte de él. Es nuestro propio cuerpo el que está siendo maltratado, profanado y exterminado. Pero tú eres igual que todos. Privilegiado y pasivo. Y precisamente por eso alguien tiene que adelantar la hora del reloj para que entendáis lo que se nos viene encima si no despertáis por fin de ese letargo.

Ragna se interrumpió de repente. Pensé que se debía a que Di Melo había vuelto a moverse, pero era algo diferente. Tenía la mirada clavada en la pantalla de su teléfono móvil, que proyectaba un destello azulado en su cara.

—No —balbuceó ella—. ¡No, no es posible!

Esperé a que dijera algo más, pero Ragna había comenzado ya a pulsar el teclado del móvil.

—No puede ser verdad —volvió a balbucear.

Las comisuras de la boca se le movían de forma espasmódica y entonces vi que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Ragna? —dije en voz baja, pero ella solo negó con la cabeza, tendió la mano hacia mí pidiéndome calma y se llevó el teléfono al oído.

Oí el tono de llamada. Dos. Tres veces. Entonces se cortó y un sonido metálico señaló que alguien había descolgado.

—¿Teresa? —dijo Ragna con un susurro.

No llegó a decir más. Yo no entendía nada. ¿Quién era Teresa? Y entonces vi que Ragna estaba llorando de repente como una criatura y que ya no estaba en condiciones de pronunciar una sola palabra más.

54

Suphatra

Suphatra inició la persecución cuando el transmisor señaló que Teresa viajaba hacia el norte por la autovía de Sirat y había pasado ya Pak Kret. La seguían en dos coches. Ella les llevaba casi media hora de ventaja, lo cual era ideal. El centro de control le envió los datos de la posición de ella al dispositivo de navegación, de modo que no tenían ningún problema para seguir su rastro. Se sorprendió de que se hubiera ido de Bangkok hacia el norte sin haber emprendido el menor intento de abandonar el país. Ni siquiera se había acercado al aeropuerto. Era obvio que se creía por completo a salvo, algo que encajaba a la perfección con los planes de Suphatra.

Había llegado a primera hora de la mañana a la estación de Hua Lamphong y se había buscado un hotel en las cercanías, del que apenas había salido durante todo el día. Cuando se hizo de noche salió del hotel, cenó en un restaurante japonés y después regresó a su habitación. A la mañana siguiente, a eso de las ocho, se dirigió a la empresa de alquiler de coches Hertz que había en la calle Sathon Tai, alquiló un coche y salió de la ciudad por la autovía de Sirat en dirección norte.

Así pues, al menos esa parte de su plan había funcionado. Solo había perdido el rastro de Di Melo. Nadie podía decirle dónde se hallaba en esos precisos instantes. Su coche estaba abandonado en el aparcamiento subterráneo del edificio de las oficinas. La luz de su despacho se había apagado a las 17.34, pero su coche no había salido del garaje. Cuando su

gente fue finalmente a investigar allí, el vehículo estaba en su plaza, pero a Di Melo parecía que se lo había tragado la tierra. No había regresado al Oriental. Había subestimado a aquel hombre.

Aún resonaba en sus oídos la advertencia de Di Melo. No lo dejó traslucir, por supuesto, pero le inquietó el escenario que le había descrito. Si le pasaba cualquier cosa a su hija, Di Melo había amenazado con pedirle cuentas en persona. ¿Sería capaz de tal cosa? ¿Tenía la capacidad suficiente para trasladar el conflicto a un nivel político? ¿Poseía tan buenos contactos para poder influir en las negociaciones entre Tailandia y la Unión Europea? Le parecía poco creíble, pero no le quedaba más remedio que comprobarlo y, así, se pasó el resto del día ocupado en buscar información sobre Di Melo, algo que resultó ser muy complicado. La empresa de Di Melo estaba estructurada de una manera similar a la suya. Daba exactamente lo mismo desde qué ventana se asomara uno para obtener una visión de conjunto porque por dentro todo eran espejos, un laberinto de participaciones anidadas de las que apenas nadie podía hacerse una idea aproximada. Lo inquietante era que esa tal SVG poseía varias filiales que mantenían desde hacía muchos años contratos de consultoría a largo plazo con la Unión Europea. La lista de estudios y dictámenes de peritos producidos de esta manera era impresionante. No quiso imaginarse la cantidad de encuentros y conversaciones con personal de alto rango que se habían producido a través de esas actividades. Di Melo y su gente parecían estar en todas las mesas de negociaciones. Sin embargo, ¿llegaba realmente su influencia hasta los Consejos de Ministros o incluso más arriba? ¿O aquel hombre solo se estaba marcando un farol?

Suphatra seguía sin tener respuesta a estas preguntas, ni podía evaluar la situación, razón por la cual seguía con una mueca cada vez más sombría la ruta en el GPS. Acababan de cruzar el límite provincial en dirección a Ayutthaya. La luz del día lo deslumbró y se puso las gafas de sol. ¿Qué iba a hacer con esos saboteadores una vez que los hubiera localizado? Al principio quería cortar todo aquello por lo sano, sacarles toda la información que tuviesen, destruir sus bases y aniquilarlo todo. La intimidación seguía siendo el mejor remedio. Al fin y al cabo, esa era la manera de actuar contra todos aquellos que pretendían dañar el prestigio o los intereses económicos de su país. Nadie se lo reprocharía después. Hacía poco que habían condenado a un periodista

británico a cuatro años de cárcel porque había informado sobre presuntas violaciones de la legislación laboral, así que podía confiar en los tribunales. Ahora bien, ¿qué ocurriría si Di Melo era capaz de materializar su amenaza y tenía una influencia real sobre las negociaciones en curso con la UE? ¡La UE! Con su arrogancia neocolonial, los europeos habían advertido y amenazado a comienzos de año a Tailandia con imponer una prohibición a la importación de productos procedentes de la pesca si no tomaba medidas efectivas contra la pesca ilegal y no mejoraba las condiciones laborales de los pescadores. Esa amenaza desencadenó un pequeño terremoto. Como reacción, el gobierno endureció los controles y se produjo una serie de redadas... acordadas de antemano, claro está. Todo el mundo tuvo que hacer algún sacrificio, se confiscaron algunos barcos, se impusieron multas, se elogiaron las mejoras, y a la prensa se le permitió informar; en fin, lo habitual, ni mucho ni poco, justo lo necesario para preservar las formas y suscitar la impresión de que se tenía buena voluntad para cambiar. Sin embargo, cualquiera que supiese contar tenía bien claro que nada iba a cambiar, a no ser que se quisiera llevar a la quiebra a esa industria.

¿Acaso los falaces europeos iban a pagar ocho o diez veces más por el pescado en el futuro? Ellos también entendían de números y sabían perfectamente lo que sucedería si de repente se disparaban los costes salariales y los métodos de capturase hacían más selectivos. Habría que multiplicar por cuatro o por cinco el tiempo que se necesitaría para descargar en el puerto la misma cantidad de pescado. ¡Esos condenados hipócritas!

Ellos mismos habían explotado durante siglos a personas y recursos para construir sus eficientísimas industrias. Y ahora, precisamente los mayores explotadores y contaminadores del medio ambiente en la historia de la humanidad pretendían imponerles a ellos las normas medioambientales y los derechos humanos, pero sin pagar nada a cambio. Como si a los países industrializados del pasado les hubiera importado algo más que defender su dominio colonial sobre los recursos de todo el mundo y su obsceno estilo de vida frente a aquellos países que también querían su parte del pastel.

Respiró hondo y ahuyentó esos pensamientos. Necesitaba tener la cabeza bien despejada, pues en ningún caso debía acabar siendo el único responsable de una prohibición de las importaciones o incluso de las restricciones que se

impondrían si llegaba a producirse este veto. En efecto, eso sí podría resultarle peligroso. Pero ¿podía atreverse a dar la voz de alarma e informar a las autoridades sobre lo sucedido? ¿Debía buscar apoyo de arriba para dejar al descubierto a ese nido de saboteadores?

Le había dado muchas vueltas a ese asunto. Tendría que aguantar preguntas muy desagradables, pues no todos los miembros del gobierno estaban de acuerdo con sus métodos. Había un montón de gente que se había contagiado de la retórica falaz de Occidente y había caído en la trampa de sus sandeces sobre el medio ambiente y los derechos humanos; este grupo creía que había que sacrificarse ahora porque de lo contrario la situación iba a descontrolarse por completo. ¡Qué servilismo más rastrero! Por desgracia eran bastantes los que pensaban así, sobre todo en los círculos académicos e intelectuales. Y no podía saberse a manos de quién iría a parar uno. No, eso era demasiado arriesgado. No tenía la menor intención de dar a nadie una idea acerca de su negocio, ni tampoco de exponer que declaraba solo parte de sus capturas para introducirlas luego de contrabando en el mercado europeo gracias a tipos como Buzual. Y era exactamente eso lo que se vería obligado a hacer si denunciaba a esos saboteadores en lugar de eliminarlos y ya está.

Sus pensamientos se concentraron de nuevo en Di Melo. Tal vez sí que sería lo mejor si ese hombre consiguiera maniobrar con sigilo para retirar a su hija de la línea de fuego. Ahora bien, ¿cómo iba a llevarlo a cabo? A los terroristas no se les puede ayudar con argumentos. No se puede negociar con esa gente. Ese era el problema con esos activistas radicales. No poseían ninguna voluntad de llegar a un acuerdo. Igual que esa portuguesa, que ojalá lo llevara pronto hasta su objetivo. Seguía sin tener muy claro cómo iba a proceder. Pero ya se vería una vez que los tuviera en su poder. Seguramente tardaría algunos días en hacerles hablar y sería entonces cuando se decidiría del todo. Además, cabía la posibilidad de que Di Melo cayera al final también en la red. Dos pájaros de un tiro y entonces todo estaría bajo control y tendría las manos libres.

—Se ha detenido —dijo el conductor y miró a Suphatra con una mueca de interrogación.

—Prosigamos —replicó—. Uno o dos kilómetros de distancia también son suficientes.

55

Adrian

—¡Eh! —susurré mientras le cogía una mano.

El estallido de llanto de Ragna había dado paso a un suave sollozo que ella trató de reprimir. La conversación telefónica había durado algunos minutos y todavía no se había recuperado del todo. Me apretó la mano un instante, la retiró a continuación y se puso a registrarse los bolsillos del pantalón.

—¿Tienes un pañuelo? —preguntó ella, levantando la nariz.

Revolví en el botiquín, encontré un paquetito de gasas, lo abrí y le tendí dos. Se limpió la nariz y luego la cara con la manga.

—Gracias —dijo—. Lo siento mucho, pero esto es ya demasiado para mí. Primero apareces por aquí. Luego este horror con mi padre. Y ahora esto. —Tenía los ojos todavía húmedos, pero ahora refulgían de felicidad—. Al menos una buena noticia.

Me mantuve a la espera, pero durante un rato no volvió a decir nada más. Miró cómo estaba su padre, se inclinó sobre él y comprobó que seguía respirando. Yo aparté la mirada. No se me había pasado por alto la importancia del orden de la enumeración. Primero, yo. Luego, Di Melo. Y ahora, por fin, algo positivo. El ruido del motor se volvió más estridente porque Brock había reducido dos marchas seguidas. A través de la ventanilla de la cabina del piloto vi un pequeño fragmento de la pendiente que teníamos por delante. Bebí un sorbo de agua. El calor bajo la lona se estaba volviendo

cada vez menos soportable. Ragna había adoptado otra vez la posición de antes y estaba escribiendo algo en su teléfono. Al parecer estaba enviando mensajes de texto. Sentí la tentación de preguntarle quién la había llamado y le había provocado tal agitación emocional, pero lo dejé estar. Tampoco parecía que tuviera necesidad alguna de comunicarse.

Esperé y me entregué a mis propios pensamientos y suposiciones. Con algo de suerte llegaríamos a tiempo a esa clínica en Tailandia donde tal vez pudieran salvarle la vida a Di Melo. Ragna no tenía ninguna culpa en lo que había sucedido, pero ¿cómo se sentiría si su padre perecía a causa de las heridas o tenía que pasarse el resto de su vida en un asilo en Suiza? Ella podía odiar lo que él representaba, de acuerdo, pero ¿acaso se merecía un castigo semejante por haber querido prevenirla del peligro que corría?

Una curva muy cerrada nos lanzó contra el lateral del *jeep*. Siguió otra más que ahora nos arrojó contra la improvisada camilla de Di Melo. De pronto el vehículo se detuvo, y Brock y los dos hombres armados se bajaron de él. Yo miré al exterior a través de la ventanilla de la cabina.

—¿Ves algo? —preguntó Ragna.

—Hay un todoterreno en el arcén de la carretera.

Ella se deslizó por debajo de la lona y salió al exterior. Yo me quedé observando lo que sucedía. Brock y los dos guerrilleros habían rodeado el otro vehículo. El logotipo de Nissan refulgía al sol en la puerta trasera. Al parecer había alguien al volante, pues Brock estaba ahora al lado del conductor y hablaba al interior del coche mientras sus acompañantes mantenían una distancia de seguridad con los rifles en posición de tiro. Ragna se colocó al lado de Brock e intervino en la conversación. Tras un breve intercambio de palabras, ella hizo una señal a los guerrilleros karen para que bajaran las armas. Brock y Ragna se apartaron de la puerta del conductor, que se abrió y dejó salir a un hombre flaco. Los karen se dirigieron a él y le hablaron. El hombre asentía con la cabeza todo el tiempo.

También yo me bajé del *jeep*, pero no me uní a los otros, sino que me quedé mirando el entorno. Así que se había puesto a caminar desde allí. ¿Quién habría podido suponer que el terreno estaba minado? A pesar de todo, sentí cierto respeto por Di Melo. Había llegado hasta aquí por su cuenta y riesgo y se había atrevido a cruzar de madrugada entre aquella maleza para

encontrar a su hija. Eso le honraba, a pesar de haberme colocado un rastreador oculto en la mochila y de haberme engañado de la cabeza a los pies. En todo caso comprendía muy bien su preocupación por ella.

Ragna regresó.

—Vamos a trasladarlo al otro vehículo —dijo—. El conductor dice que, por supuesto, puede llevarlo. Y también a ti.

Esa era en realidad una buena noticia, pero a pesar de todo no me alegré.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

Su teléfono móvil pitó dos veces y ella miró la pantalla. Luego volvió a guardárselo en el bolsillo sin responder al mensaje.

—Yo voy a regresar. Tenemos que marcharnos de aquí rápidamente. No podemos quedarnos. Quién sabe que tramaba él en realidad.

Brock y el conductor del Nissan se acercaron hasta nosotros. Brock descorrió el pestillo de la compuerta trasera y el conductor contempló consternado la camilla con el herido. A la luz del día, que ahora entraba en el interior del vehículo, su aspecto me pareció mucho peor y por ese motivo el último comentario de Ragna me pareció aún más intolerable.

—¿No puede ser que simplemente estuviera preocupado por ti? —le pregunté—. ¡Ha arriesgado su vida por ti!

Ella me dirigió una mirada compasiva.

—Pone en juego millones de vidas por pura codicia, Adrian. No entiendes nada, nunca entenderás nada. Pero ¿en qué mundo vives? ¿En una celda acolchada de un sanatorio?

Aquello era grotesco. En ese preciso momento estaban levantando de la superficie de carga a su padre medio muerto, su cuerpo destrozado estaba pasando justo ante nuestros ojos y, mientras, ella lanzaba frases por el estilo.

—¿Qué clase de persona eres?

—Eso mismo podría preguntarte yo a ti o incluso a él —replicó.

Cogió a Brock del brazo y la camilla de Di Melo se quedó mitad en el *jeep*, mitad en el aire. Di Melo estaba despierto. Tenía los ojos abiertos y casi parecía que hubiera oído lo que habíamos hablado. Ragna se acercó más a él.

—Te deseo suerte, papá. No sé por qué has venido, pero si realmente estás preocupado por mí, hay vías más sencillas para ayudarme. Tú también lo sabes. Deja tus negocios criminales. Toda tu actividad conduce a la

destrucción y al exterminio: ¿de qué te servirá entonces sacar a tu princesita de la línea de fuego? Abandónalos y ya está. No tienes que hacer nada más. Y detén a los demás.

Me imaginé que Di Melo la estaba oyendo, pues su mirada estaba posada en ella. Respiraba con dificultad y a intervalos irregulares, y tenía sudor en la frente. Probablemente estaba ya febril. La expresión en la cara de Ragna no me resultaba menos indescifrable. Después de aquello se lo llevaron hasta el Nissan. Brock y el conductor trataron de asentar la camilla en el interior y pronto se hizo evidente que tendrían que desmontar el asiento del copiloto primero. Así pues, todavía quedaba un rato hasta que el coche pudiera ponerse en marcha.

Ragna se había sentado al borde de la selva y estaba fumando. Probablemente percibió que yo la estaba mirando, pues se dio la vuelta y me tendió la cajetilla de cigarrillos.

—Ven —dijo—, fumemos otra pipa de la paz.

Me senté a su lado, cogí el cigarrillo y ella me dio fuego.

—Lo de antes ha sido un pequeño milagro —continuó—. Una amiga mía ha resucitado de entre los muertos. La secuestraron hace tres semanas en un barco arrastrero y todos pensábamos que estaba muerta, pero está viva. No puedes imaginarte lo que eso significa para mí.

—¿Y dónde está ahora?

—En Tailandia. Viene de camino hacia aquí. Apenas puedo esperar volver a verla.

—¿Ella va a ir al poblado?

—No, voy a encontrarme con ella en la frontera. A un trecho de aquí en dirección al sur hay un lugar que nadie conoce. La recogeré allí y luego nos dirigiremos al campamento y desapareceremos.

—¿Y nosotros? —preguté tras una pausa—, ¿volveremos a vernos alguna vez?

Me miró de lado.

—Probablemente solo en otra vida, ¿no crees?

Y entonces hizo algo que no me habría esperado de ella. Apoyó su cabeza en mi hombro.

—No nos separemos como enemigos, ¿vale?

Estábamos sentados, mirando en silencio hacia el interior de la impenetrable selva.

—¿Sigues escribiendo poemas? —preguntó ella al cabo de un rato.

—No, ni siquiera los leo.

—«También el odio hacia la bajeza desfigura los rasgos de la cara —dijo ella—. También la ira por la injusticia vuelve ronca la voz». Se acordaba.

—«¡Cierto, vivo en tiempos oscuros! —retomé el hilo al no continuar ella—. La palabra “inocente” es insensata. Una frente lisa es señal de insensibilidad. El que ríe no ha recibido todavía la terrible noticia». Me callé, pero ella no continuó el juego.

—Ese poema no me lo leíste entonces —dijo ella, dando una calada a su cigarrillo y espirando el humo hacia el aire.

—No dejé de pensar en ti —dije al cabo de unos instantes—. En aquel breve tiempo que estuvimos juntos. Estudié, empecé a trabajar, tuve amigas, viajé. Pero nunca fue como contigo. —Ella sonrió—. Te lo llevaste todo entonces —proseguí—. O así fue como lo sentí, en todo caso. Y eso que desde el principio quizá todo fue un malentendido. Pero ¿cómo es que llegamos a intimar?

—Tal vez por eso —replicó ella—. ¿Los famosos opuestos que se atraen?

Se oyó el sonido de la puerta de un coche al cerrarse. Uno de los guerrilleros levantó con esfuerzo la compuerta trasera del *jeep* para el viaje de regreso al campamento y echó el pestillo.

—¿No tienes miedo? —le pregunté.

—¿Miedo? Claro que tengo miedo, Adrian. Bastante incluso.

Aplastó su cigarrillo.

—¿Sabes cómo me siento la mayor parte del tiempo? —continuó ella—. Como un pasajero en un avión secuestrado que se dirige a toda velocidad hacia una pared de roca. Sin embargo, los secuestradores no son los terroristas, sino que es la tripulación misma que está celebrando una fiesta con los pasajeros de primera clase y de business. Todos andan borrachos como cubas y la cabina de pilotaje está vacía, pues los pilotos están también de celebración. Sé que no quieres oír todo esto y que tampoco quieres hacer nada, pero es que yo no puedo pensar en otra cosa, ¿entiendes? Incluso aquí, en el otro extremo del mundo, puedo consultar con este teléfono las cifras más

recientes sobre la infestación y el exterminio de este planeta. Con solo unos pocos clics. Mira.

Se sacó el teléfono del bolsillo, tecleó y me lo pasó. Podían verse algunas tablas, apenas indescifrables en aquella pantallita.

—Las cantidades exactas de tetraclorobenceno que según el Consejo Internacional para la Exploración del Mar se han medido en los últimos meses en promedio en la zona IIIa del CIEM, situada en el sur de Suecia. Puedo contemplar el mismo espectáculo macabro con el hexaclorobifenilo, el diclorofenol y algunos centenares más de venenos de la civilización que se canalizan hacia las aguas cada hora. ¿Que si me da miedo eso? Hace décadas que los científicos miden en todo el mundo en qué cantidad y en qué concentración en crecimiento constante se están acumulando todas esas pérfidas sustancias tóxicas. Los datos están completos. En algunos cientos de años, los visitantes extraterrestres con conocimientos básicos de informática podrán reconstruir con exactitud qué toxinas industriales destruyeron poco a poco a la humanidad. Solo hay una pregunta a la que no se podrá contestar con semejante cantidad de datos: ¿por qué una especie tan inteligente, capaz de realizar millones de mediciones y de análisis químicos de elevada complejidad para detectar sustancias tóxicas en el agua e incluso capaz de rastrear esas sustancias hasta su origen, no pudo dejar de producirlas o al menos evitar que se introdujeran en las aguas en esas cantidades ingentes? Es el mismo misterio que dejaron los extintos habitantes de la deforestada isla de Pascua. ¿Cómo no pudieron darse cuenta de que no sobrevivirían sin árboles?

—Se detuvo y volvió a mirarme de esa manera suya tan particular—. Yo no te reprocho nada a título personal, Adrian. No eres diferente a millones de personas que tampoco hacen nada y que simplemente viven su vida, tal como dicen. Pero dime: ¿por qué viniste hasta aquí? ¿Qué expectativas tenías?

—¿Por qué me hiciste venir tú?

Me miró sin decir nada.

—Probablemente, Ko te llamó por teléfono, ¿verdad? —dije—. Te dijo que yo estaba en Rangún. ¿Por qué hiciste que me buscaran? Ese pequeño secuestro era laborioso y arriesgado. ¿Por qué?

—Lo estuvimos discutiendo —replicó ella— y decidimos ignorarte sin más. Sin embargo, la situación era de lo más extraña.

—Y tú pasaste de la opinión de los demás.

—Sí. Por eso Steve estaba tan enfadado.

—Eso explica lo de Steve.

—Yo sentía sobre todo desconfianza, Adrian. —Me miró. Algo suave, reconciliador, se fue introduciendo poco a poco en sus rasgos. A continuación dijo—: Y puede que también tuviera un poquitito de nostalgia, quién sabe.

—Tal vez seas más romántica que yo.

—¿Ah, sí?

—Sí. No te interesa una felicidad pequeña dentro de una gran desdicha. Tiene que existir al instante un paraíso para todos. ¿Qué hombre puede ofrecer eso ya?

Ella no respondió.

—Te relacionas con el mundo en su totalidad, el mundo al que deseas salvar. Pero huiste de nosotros con bastante rapidez.

Brock se acercó, pero se quedó a cierta distancia mirándonos con cara de sorpresa.

—Ya estamos listos —dijo después de titubear unos instantes.

Ragna no reaccionó. Brock esperó un poco y luego se dio la vuelta en dirección al coche. Yo tenía la esperanza de que Ragna me mirara otra vez a los ojos. Sin embargo, ella se quedó contemplando fijamente y en silencio la selva. Me levanté, pero ella permaneció sentada.

—Adiós, Ragna —dije.

—Adiós, Adrian. Mucha suerte. Y gracias por ocuparte de él.

Al pronunciar la última frase también se levantó y ahora estaba frente a mí. Me abrazó. Sentí su cuerpo en contacto con el mío y nuestras mejillas se tocaron un instante. Luego se dirigió hacia el *jeep*.

56

Render

Vivian giró desde el garaje hacia el *boulevard* de Broqueville y se dirigió a gran velocidad hacia la rotonda. Las calles que antes estaban desiertas se habían llenado mientras tanto, y pronto tuvo que pisar a fondo el freno. Maldijo en voz baja. Render permaneció en silencio, estaba demasiado confuso. Ella no le había explicado nada más, tan solo le había ordenado que la acompañase. En el ascensor había hecho otra llamada; él no pudo identificar a su interlocutor, ni tampoco preguntó. «Voy con él ahora», dijo ella al final de la llamada. La mirada interrogativa de Render cayó en el vacío.

Había contado con que tomarían el túnel Cinquantenaire en dirección al barrio de Europa, pero en lugar de eso circularon justo en la dirección contraria. Al desconcierto y a la preocupación de Render por Teresa se les sumaba ahora una amarga melancolía que siempre le sobrevenía cuando circulaba por ese tramo de la avenue de Tervuren. Eso se debía a la contemplación del parque Woluwe, razón por la cual evitaba de manera obstinada ese trayecto desde hacía años. Había visto crecer en él a sus hijos, los domingos jugaba con ellos al fútbol o al bádminton, y posteriormente también allí habían tenido su punto de partida las excursiones de exploradores. Era común viaje al pasado. En ese estanque largo, con forma de arco, se habían hundido dos o tres de los barcos de vela que su hijo había construido en casa. Había vivido muchos años en las calles adyacentes del barrio residencial de lujo, flanqueadas por viejos árboles; allí había llevado a su

primer matrimonio contra la pared y había celebrado innumerables tardes de barbacoa, cumpleaños, recepciones e invitaciones a cenas. A él mismo le resultaba inexplicable por qué no había podido acomodarse a ese estilo de vida, exitoso en todos los sentidos.

Sus pensamientos regresaron rápidamente a Teresa. La idea de poder perderla de nuevo le robaba el juicio. Sin embargo, cuanto más tiempo pensaba en todos los detalles, más se daba cuenta de que la vida de ella pendía de un hilo de seda. Su destino quedaría sellado si no conducía a sus secuestradores hasta Ragna. Pero ¿y en el caso contrario? No la habían liberado para que se fuera del país o para que pudiera buscar ayuda. Echó un vistazo al reloj. Eran las ocho de la mañana. Primera hora de la tarde en Tailandia. ¿De cuánto tiempo disponían aún?

Vivian dobló a la derecha y cogió una calle angosta de un barrio que Render conocía bien.

—¿Vamos a casa de quién?

—Lo verás enseguida.

¿Qué estaba tramando Vivian? Bien mirado, tendría que haberle confiscado su documentación laboral y presentado una denuncia contra él. Un procedimiento disciplinario era lo mínimo que le esperaba, probablemente su degradación o su despido. Tal vez incluso un juicio penal en Alemania y en algunos otros países, dependiendo de cómo continuaran las cosas.

—Dime, Vivian: ¿sigues creyendo de verdad en esta Europa?

—Sí, John. Claro que sí.

—Llegué a estar a las órdenes de Jacques Delors —dijo Render—. Tú no viviste esa etapa. Por entonces todavía había grandes expectativas. El mercado interior. La moneda única. La unión política. A nosotros todo aquello nos sonaba a ciencia ficción por entonces. Nunca olvidaré sus discursos en la primera fase de Maastricht. Nadie podía imaginárselo en realidad en aquella época, pero Delors al final lo consiguió. En apenas diez años. Y ahora que la utopía se ha hecho realidad, ya nadie la quiere. Todos quieren volver a cocinarse su propia sopita. ¿Entiendes tú eso?

—Por supuesto. Y precisamente por ello sigo adelante. ¿O conoces una sola área en la que las cosas estuvieran mejor antes que ahora o en la que pueda seguirse adelante en solitario? Yo, no.

—No. Sin embargo, se está formando una resistencia en todas partes a pesar de todo.

—Por supuesto. A la toma de la Bastilla la siguieron Bonaparte y Metternich. La Restauración culminó en una asamblea nacional que solo podía imaginarse una democracia con un rey, quien, como todo el mundo sabe, escupía sobre la corona que el pueblo le había ofrecido. ¿Cuánto tiempo tuvo que pasar desde aquella división de Alemania en multitud de pequeños Estados hasta la reunificación de la República Federal? Siempre se producirán reveses, pero llegará la República Europea. No me cabe la menor duda.

—Admiro tu optimismo.

Vivian seguía avanzando a buen paso. Render ya no conocía tan bien esa zona. Se encontraban ya en Tervuren.

—No hay un solo motivo razonable en contra de la Unión. Hay prejuicios, resentimientos, envidias y tergiversación de los hechos. Sin embargo, la caravana seguirá adelante. Fíjate en las cosas por las que se irrita la gente. ¡Por los números IBAN y por el sistema SEPA! Ver para creer. Ahora bien, nadie escribe nada acerca de que hemos conseguido devolver a los ciudadanos los importes multimillonarios que los bancos se embolsaron durante décadas por las comisiones de cambio de moneda o por las transferencias. Ni de todos esos monopolios explotadores que hemos destrozado sin derramamiento de sangre. ¿A quién le interesa eso? La mayoría de la gente no conoce siquiera la diferencia entre tipos como tú o como yo y el Consejo de Ministros. Para ellos todo es simplemente Bruselas y, por consiguiente, motivo de sospecha.

Giró hacia la entrada de vehículos cubierta de gravilla de una vivienda y el resto de sus palabras quedó ahogado por el rechinar de los neumáticos sobre los gujarros. Se bajaron. Render miró a su alrededor. ¿Una casa particular? Antes de que pudiera decir algo, una mujer de mediana edad abrió la puerta. Render la examinó de arriba abajo, con cierto nerviosismo, pero enseguida se convenció de que nunca antes había visto a esa mujer. No era muy alta y llevaba puesto un traje chaqueta de color rojo oscuro. Tenía el pelo encanecido en su mayor parte, pero su cara producía una impresión juvenil y sus ojos eran atentos y curiosos. Vivian la saludó con un beso en la mejilla y a continuación realizó las presentaciones en inglés.

—John, esta es Margaret. Margaret, John Render. Uno de mis jefes de sección.

—Hagan el favor de entrar.

Le estrechó la mano un instante, luego se colocó a un lado y los dejó entrar en la casa. Tomaron asiento en un sofá de la sala de estar, desde la cual se divisaba un gran jardín.

—No dispongo de mucho tiempo, John. ¿Me permite que le llame John? —dijo aquella desconocida—. Vivian me ha explicado a grandes rasgos de qué se trata. ¿Podría volver a explicarme con brevedad y con sus propias palabras lo que sucedió? ¿Cómo se vio involucrado en este asunto?

—¿Quién es usted? —preguntó Render.

—Por desgracia no puedo decírselo. Me mostré dispuesta a recibirlo porque Vivian me aseguró que nunca hablaría sobre esta reunión. Espero que respete este acuerdo.

Render miró sorprendido a Vivian. Ella no había dicho ninguna palabra sobre esto, pero, bueno, él tampoco estaba en posición de imponer condiciones.

—Entre otras cosas soy responsable de la formación de los observadores pesqueros —comenzó a decir él e informó lo más rápidamente que pudo sobre los sucesos de las últimas semanas.

La mujer lo escuchó con atención sin interrumpirlo y se limitó a intercambiar alguna que otra mirada con Vivian.

—Vivian me ha dicho que Ragna se había dirigido a usted hace dos años en Nairobi. ¿Es así? —preguntó Margaret cuando él acabó su explicación.

—Sí —respondió—. ¿La conoce? ¿Y a su grupo? ¿Y tú, Vivian?

—Sí, John —intervino Vivian—. La conocemos. No eres el único al que ha tratado de ganar para la causa. Pero por lo visto contigo no tuvo suerte.

Render se quedó atónito y miró a las dos mujeres buscando qué decir.

—¿Quién es usted? —volvió a repetir él la pregunta de antes—. ¿A qué estamos jugando aquí?

—Comprendo su desconfianza —dijo Margaret—. Pero tiene que entenderme también a mí. Yo me expongo a mucho más que usted. ¿Le basta si le digo que soy una funcionaria política de alto rango que trabaja en un Ministerio de Medio Ambiente?

Render no supo qué contestar. ¿Una funcionaria del gobierno? ¿Hacia dónde apuntaba aquella extraña reunión?

—¿Qué significa todo esto? —insistió él—. ¿En función de qué está usted aquí?

—Por el momento intento ayudarlo a usted y tal vez salvar la vida de su amiga, si es que puedo. Nunca más volveremos a vernos, John. Este encuentro no ha tenido lugar jamás, ¿me entiende? Esta no es mi casa; no vivo ni trabajo en Bruselas. Tiene que asegurarme su absoluta discreción. ¿Puedo contar con ella?

—¿Puede hacer algo por Teresa? —preguntó Render en tono de súplica—. El tiempo apremia.

—Ya he hecho algo —respondió—. Tal como veo la situación, solo existe una única posibilidad de actuación rápida y eficiente: presionar al gobierno tailandés.

—¡El gobierno tailandés! —exclamó Render con indignación—. Pero si ampara a tipos como Suphatra.

—Eso parece. Sí, pero las exportaciones legales de Tailandia continúan conformando la mayor parte de sus ingresos. Si amenazamos de forma creíble a los mediadores tailandeses con una prohibición de las importaciones de Tailandia si en su país muere una activista medioambiental europea, entonces quizá entre en acción. No puedo prometerle que tengamos éxito, pero lo he intentado.

—¿Ha amenazado al gobierno tailandés con una prohibición de las importaciones procedentes de Tailandia? —preguntó Render incrédulo.

—Existe el nivel oficial —aclaró Margaret—, la delegación de la Unión Europea en Bangkok, que negocia en nombre de los Estados miembros. Me es imposible utilizar ese nivel, por supuesto. La delegación está vinculada a un mandato del Consejo de Ministros y no hará nunca caso de algo así. Pero, bueno, ¿qué le voy a contar a usted sobre lo difícil que es llegar a una posición común en la Unión Europea? Los unos quieren importar lo más barato posible. Los otros quieren pescar ellos mismos lo máximo posible y desembarcar la pesca en la Unión Europea a precios decentes. Los de allá quieren proteger el medio ambiente y reducir de forma drástica el consumo de recursos. Hay muchas grietas en el frente europeo y muchos actores de segunda y de tercera

fila operan en esos enclaves.

Render negó con la mano. Conocía todo aquello hasta la saciedad. Las diferencias de intereses dentro de la UE eran extremas, lo cual conducía siempre a situaciones absurdas. Alemania se gustaba en su papel de campeona en la protección de los animales y estaba comprometida con la abolición del mantenimiento de las aves en jaulas... pero al mismo tiempo exportaba sus viejas jaulas a países que se aprovechaban de un período de transición más largo.

—¿Qué puede hacer usted entonces?

—Las negociaciones siempre están inmersas en un ruido de fondo, una cacofonía de suposiciones, rumores y medias verdades. Conozco a alguien allí que domina muy bien el juego con ese ruido de fondo, una persona que está en condiciones de filtrar informaciones y difundir rumores de los que nadie puede decir al final con exactitud de dónde provienen, si hay que tomárselos en serio o son tan solo un farol, si se trata de hechos o son solo meras habladurías. Sí tenemos un poco de suerte, prestarán oídos, echarán un vistazo y prestarán atención a Tailandia.

—¿Con qué rapidez?

Margaret dejó su teléfono en la mesita baja del tresillo.

—Llamé a mi contacto después de que Vivian me hablara de su caso. Ahora solo podemos esperar si llega la información y si tiene algún efecto.

Render ya era incapaz de pensar con claridad. ¿Todo dependía ahora de ese teléfono? ¿De si sonaba o no? ¿Y cómo había que imaginárselo? ¿Qué iba a suceder allí? ¿De qué medios disponían las autoridades tailandesas para rastrear la pista de Teresa? ¡Nadie sabía dónde estaba! Justo esa misma pregunta parecía estar formulándosela también Margaret en ese mismo momento.

—Teresa tiene ahora un teléfono móvil, ¿verdad? —preguntó ella.

Render asintió con la cabeza.

—Deme el número, por favor. Tengo que reenviarlo de inmediato.

Render contempló cómo Margaret tecleaba el número en su teléfono móvil y lo enviaba a continuación.

—¿Por qué lo hace? —preguntó él entonces—. ¿Por qué me está ayudando? —Se volvió hacia Vivian—. No entiendo nada. Estamos

incurriendo en un delito.

—Es muy simple, John —respondió Vivian—. No eres el único a quien se ha dirigido Ragna. Y tampoco eres el único que está hasta las narices de una situación que cada vez parece más desesperada.

Él paseó la mirada de una mujer a otra con un rostro de sorpresa absoluta.

—¿Tú... usted... pactando con saboteadores?

—¡No! —exclamó Margaret entonces—. No pactamos con nadie, pero tampoco podemos decidirnos a denunciar a esas personas que hacen lo que nos gustaría hacer a todos, pero que no podemos o no debemos llevar a cabo. Vivian me dijo que usted tenía una lista de contenedores con lotes contaminados con ciguatera, ¿verdad?

Render seguía sin entender la situación. ¿Estaba soñando o todo esto sucedía en la realidad? ¿Una directora general y una funcionaria gubernamental tolerando un acto de sabotaje de ese calibre?

—Yo tengo la lista —oyó que decía Vivian y contempló en silencio cómo Margaret la cogía y la estudiaba con atención.

—Nos encontramos en medio de tal cantidad de frentes —dijo ella entonces— que apenas resulta posible tomar una decisión satisfactoria. ¿A quién se supone que servimos en realidad, John?

Él no dijo nada, solo se quedó mirando fijamente y cada vez más nervioso al pequeño teléfono de encima de la mesilla que, sin embargo, permanecía mudo.

—¿A quién representamos? ¿A nuestra circunscripción electoral? ¿A nuestro municipio? ¿Al país? ¿A la nación? ¿En qué grupos de interés debo comprometerme? Todos sabemos que las cosas no pueden continuar así. Estamos cavando nuestra propia tumba, pero no me dejan decirlo. Y a los políticos electos para quienes me ordenan trabajar tampoco se les permite decirlo, porque están ante las mismas contradicciones irresolubles, solo que en una posición más adelantada de la fila, expuestos directamente a la presión y las tensiones extremas. En el pasado existía una confrontación entre una minoría privilegiada y una mayoría explotada. Nada ha cambiado en ese sentido, solo que ahora la minoría privilegiada está formada por millones y la de los desgraciados por miles de millones. Y, de manera comprensible, estos últimos no tienen otro objetivo que reducir la ventaja que los separa de los

millones de privilegiados. Sin embargo, eso es imposible. Este planeta no puede aguantar a diez mil millones de seres humanos que vivan como antiguamente solo lo hacían un puñado de reyes, príncipes y obispos. Ahora bien, ¿cómo debe negociarse un equilibrio sostenible entre los viejos y los nuevos herederos al trono? Nadie quiere renunciar. Todos estamos en un amplísimo cautiverio, somos rehenes de empresas y de consumidores que solo pueden y quieren hacer una cosa: crecer y seguir consumiendo cada vez más. Esa gente nos vota o nos usa. Y si no les procuramos lo que desean, entonces nos cambian. ¿Cómo hacer frente a la presión de los consumidores con medios democráticos? ¿Y a la presión de los consorcios que se ven acuciados por ese ejército de consumidores cada vez más codiciosos para lograr su crecimiento de maneras cada vez menos escrupulosas? Las elecciones se han vuelto completamente indiferentes. La votación tiene lugar en segundos. En las cajas de los supermercados. En los mostradores de los aeropuertos. En los surtidores de las gasolineras. Somos prisioneros y al mismo tiempo también los peores cómplices de esa espiral fatal.

—Trabajo desde hace casi treinta años en este sector —dijo Render—. No me está contando nada nuevo. Conozco las cifras.

—Cierto —intervino Vivian—. Pero lo que no sabes es el ambiente que reina entre nosotros, algunas plantas por encima de la tuya. De todas formas, tú puedes alegar que has reunido y has presentado las informaciones, pero nosotros estamos condenados por nuestra profesión a lanzar soflamas continuamente, a relativizarlo todo y a relacionarlo con cualquier circunstancia y necesidad política del momento. Por lo menos a ti se te permite insultar e indignarte, John. A nosotros nos toca siempre lavar, aguar, minimizar, porque la verdad es que no podemos cambiar nada de nada. No tenemos ningún plan B porque no tenemos ningún planeta B. Para poder cambiar algo de verdad habría que poder quitarle la elección al pueblo, refrenar de alguna manera a esos millones y millones de consumidores. Puede que una pequeña minoría esté preocupada por evitar los excesos más graves, pero a fin de cuentas todos son iguales. Ningún gobierno elegido de manera democrática está en disposición real de imponer auténticas reformas o límites al crecimiento contra esa masa ingente de consumidores. Nos estamos ahogando en plástico. Cada año caen víctimas de nuestra dominación entre

diez mil y cincuenta mil especies. Tú conoces mejor que yo la catastrófica situación en los mares debido a la sobrepesca. Estamos exterminando a los polinizadores con toneladas de insecticidas. Nos encontramos en guerra contra este planeta. A todos los niveles. Somos los generales y los mariscales de una clase media en plena explosión demográfica que pronto llegará a los tres mil millones de personas. Cada una de ellas con el consumo mundial y la disponibilidad de recursos de un faraón. Acompañados de la esperanza de vida de un Matusalén.

Render se acordó de la joven en prácticas que había contratado en su día: Vivian tenía veintipocos años, y era brillante y ambiciosa. Al menos había tomado una vez una buena decisión personal a lo largo de su anodina carrera laboral.

—Muchos en nuestra posición ya no soportan todo eso —volvió a hacer uso de la palabra Margaret—. Ahora bien, ¿debemos dimitir? ¿Desalojar nuestro lugar de trabajo? ¿Y quién viene detrás? ¿Genios de la política que consigan sacar el carro de la ciénaga? ¿No aparecerían más bien oportunistas sin escrúpulos para hacerse sin problemas con el timón y celebrar la fiesta con aún más pompa dentro del buque en pleno naufragio? Cuando Ragna se dirigió a nosotras, reaccionamos igual que usted. Cómo vamos a participar en algo semejante, no, claro que no. Pero, poco a poco, ¿no han llegado ya demasiado lejos las cosas como para vernos en la obligación de tener que imponer al Homo sapiens unos límites biológicos en su incomprensible furia destructiva?

Los ojos de Margaret estaban fijos en Render, y este sintió un ligero escalofrío a la vista de la ira y la indignación mudas que ardían en ellos. Entonces vio a Margaret extender la mano otra vez hacia la lista. La dobló y la rompió varias veces. Puso los pedacitos en un pequeño cenicero que estaba encima de la mesita.

Durante un rato nadie dijo nada. Render miraba con desesperación el pequeño teléfono que no quería sonar. Vivian se acercó a la ventana y observaba el exterior, el jardín, mientras Margaret prendía fuego a los trocitos de papel.

Luxemburgo

La reunión de los ministros de Agricultura de la Unión Europea en Luxemburgo fue interrumpida el 27 de noviembre, poco antes de la una del mediodía. Mientras que la mayoría de los asistentes se decidió por un almuerzo bufet, los ministros se reunieron en *petit* comité para una comida de trabajo en una sala de reuniones separada donde llevar a cabo un debate orientativo sobre algunos temas espinosos, entre ellos una posible prohibición del glifosato. Además de los ministros, participaron en la sesión doce intérpretes, a quienes les sirvieron el almuerzo en las cabinas de interpretación, tal como era habitual en esos casos. Cuando la reunión del consejo iba a continuar, a eso de las tres, toda una serie de delegados, así como de intérpretes, no había regresado todavía del receso de mediodía.

Algunos delegados se habían sentido tan mal poco después de la visita al bufet que a duras penas habían podido alcanzar la antecámara de los aseos, donde vomitaron en los lavamanos. Otros se derrumbaron entre arcadas por los pasillos o se desmayaron, expeliendo de manera incontrolada unas secreciones malolientes muy fluidas junto a los grupos de asientos del vestíbulo. Poco después, un portavoz del presidente igualmente indispuerto anunció la clausura inmediata de la reunión del consejo y se comunicó a la audiencia que al parecer estaban siendo víctimas de una intoxicación alimentaria, que ya habían acudido médicos y sanitarios al lugar, y que la policía, los cuerpos de seguridad del Estado y los representantes del

Departamento de Salud habían emprendido las investigaciones pertinentes. Además se aconsejó que a la menor señal de indisposición se acudiera de inmediato a los servicios médicos.

Estas últimas palabras las profirió aquel hombre con gran esfuerzo antes de tratar de abandonar de manera urgente la sala de reuniones, algo que no logró llevar a cabo porque la propia salida de la sala estaba taponada por los asistentes a la reunión que intentaban dejarla con desesperación. Lo que aconteció durante las horas siguientes no pudieron describirlo de una forma mínimamente realista ni siquiera aquellos que no fueron víctimas de la intoxicación. Por todas partes se veía a delegados afectados de cólera nostras, escalofríos, taquicardias, insuficiencias musculares y toda una serie de síntomas más. La visión de ministros, secretarios de Estado, funcionarios de la comisión, ujieres, intérpretes, secretarias y agentes de seguridad vomitando por salas y pasillos o tirados por los suelos y sacudidos por calambres estomacales y diarrea explosiva iba más allá de cualquier descripción posible. La caravana de ambulancias frente al edificio de las sesiones se iba haciendo cada vez más larga y se pasó enseguida, en las plantas inferiores que todavía no estaban completamente manchadas y dominadas por un hedor bestial, a habilitar una mínima asistencia sanitaria en forma de camas de campaña con soportes para los goteros. Desde un punto de vista hospitalario, Luxemburgo no estaba preparada para atender a un número tan elevado de víctimas de una intoxicación alimentaria grave.

Antes incluso de que los sucesos de Luxemburgo llegaran a su clímax durante las primeras horas de la noche sin que hubiera nuevas víctimas de intoxicación y con algunos de los afectados en pie y valiéndose de sí mismos, la policía sometió a todo el personal de cocina y de servicio a un interrogatorio exhaustivo.

La redada en la cocina de la empresa responsable del suministro no produjo ningún resultado tangible. Esa empresa no había recibido ninguna advertencia anterior por violaciones de las normas de higiene alimentaria. El interrogatorio del personal, formado en gran parte por auxiliares extranjeros, no proporcionó ninguna pista sobre cómo había podido producirse esa intoxicación masiva. Se confiscaron pruebas y restos de las comidas servidas, se incautaron hojas de pedidos y de suministro, restos de envases y etiquetas.

Se registró todo con meticulosidad y, finalmente, se investigó sobre quiénes eran los proveedores.

La primera pista condujo a Hamburgo. Allí llegó una petición urgente de las autoridades investigadoras para que se detuviera de inmediato la expedición de los contenedores de una serie de suministros de pescado y que se procediera a realizar en ellos los controles más exhaustivos. Mediante una intensificación del control de la documentación presentada, los expertos aduaneros detectaron varias toneladas de pescado de mesa supuestamente mal declaradas y provenientes del Lejano Oriente. Se procedió a gran velocidad a abrir los contenedores y se enviaron las muestras a unos laboratorios especiales para analizarlas, con el fin de poder determinar la composición y el origen de la mercancía y conocer cualquier carga eventual de toxinas marinas.

Los primeros resultados toxicológicos confirmaron la sospecha inicial, expresada por los investigadores de Luxemburgo. Los filetes de pescado contenían una conocida y temida toxina de unas algas. Estaba presente en una concentración tan elevada en los bloques de filetes de pescado congelado, que estos se clasificaron como absolutamente incomedibles. Mientras se ampliaban las investigaciones y las pesquisas a otros puertos europeos, el Departamento de Ingeniería Genética del Instituto de Higiene y Medio Ambiente de Hamburgo informaba de que las muestras de tejido examinadas procedían sobre todo de las especies de peces *Oncorhynchus*, *Theragra chalcogramma* y *Dissostichus eleginoides*. Con el fin de realizar investigaciones forenses más detalladas sobre el pescado analizado se enviaron también muestras a un laboratorio especializado de Bremen.

Entretanto, esa misma noche ocurrió un incidente similar en la recepción de gala de la Feria de la Moda de París. El acto llevaba tan solo una hora en marcha cuando una modelo finlandesa sufrió un desvanecimiento y hubo que ayudarla a salir de la sala. Al poco rato tuvieron que abandonar el acto otras tres personas, pero al intentar subirse a un taxi estacionado frente al edificio, se vinieron abajo y vomitaron en la acera. Poco después, a todos los asistentes, que se habían tomado tan a gusto su champán y sus tapitas de salmón y de camarones, les sorprendía el mismo destino que a los políticos europeos reunidos en Luxemburgo. Alrededor de la medianoche reinaba también en París un estado transitorio de emergencia hospitalaria, ya que

doscientas sesenta y cuatro personas habían tenido que ser atendidas por intoxicación por consumo de pescado, con algunos casos graves.

Poco a poco se hizo cada vez más evidente que no solo estaban afectadas Luxemburgo y París, sino todo el continente europeo. Comedores de empresa, restaurantes o particulares que tan solo se habían preparado un filete de pescado en su casa; un grupo de turistas españoles en Brujas que habían pedido —probablemente por última vez en sus vidas— unos mejillones con patatas fritas y cerveza trapense. En Milán, un banquete de boda acabó de manera precipitada en fiasco debido a un carpacho de pez espada que se había servido de entrante.

Nunca quedó consignada por completo la cifra total de los casos. El Sistema Europeo de Alerta Rápida para Alimentos y Piensos registró en las últimas horas de la mañana del 28 de noviembre una cantidad tan elevada de avisos que el servidor se quedó colgado y no estuvo accesible durante horas. Se convocó a los ministros de Sanidad de la UE a una reunión de emergencia en Bruselas para controlar lo más rápido posible aquella situación extraordinaria.

Sin embargo, antes de que comenzara el gabinete de crisis, hacia las dos de la tarde, los acontecimientos se precipitaron. A través de algunas ediciones especiales online de varias agencias de noticias se informó de que al parecer no se trataba de una intoxicación alimentaria normal y corriente, sino en realidad de un ataque terrorista. Habían llegado a una serie de redacciones unas cartas donde se reivindicaban los hechos; en ellas un grupo anónimo, del que no daba ningún otro detalle acerca de su existencia advertía a la población europea de que no consumiera pescado en los próximos días, semanas, meses y años, pues se había comenzado a contaminar la cadena completa de suministro de productos procedentes de la pesca con una toxina de algas muy eficaz. El objetivo de esa medida era establecer, a través de una extensa desnaturalización biotóxica, una barrera insuperable para el ser humano de intolerancia a los productos procedentes de la pesca. Los mares se hallaban frente al colapso biológico al estar sometidos a una sobrepesca extrema y a una pesca ilegal que nadie se mostraba dispuesto a combatir de una manera eficaz. A ello se le unían los peligros adicionales debidos al cambio climático, a la contaminación masiva de los mares por el petróleo y los

plásticos, así como a la destrucción de los procesos biológicos elementales en los fondos marinos, provocados por una minería submarina descontrolada. Por todo ello, la existencia del ecosistema del mar, de una importancia vital, estaba gravemente amenazada en todos los frentes. Como los gobiernos de las grandes naciones pesqueras y consumidoras llevaban muchos años ignorando las advertencias de los científicos, estos se habían asociado en todo el mundo formando grupos de acción en los diferentes frentes amenazados con el fin de imponer a la humanidad, para su propia protección, unos límites biológicos insuperables. La acción de ayer era la primera de toda una serie de medidas biotóxicas, para las cuales se ofrecerían, asimismo, advertencias e indicaciones en el momento oportuno. Se solicitaba a los medios de comunicación que informaran a la opinión pública de que, en interés de la propia salud, había que abstenerse de consumir todo tipo de productos procedentes de la pesca hasta nuevo aviso. Se pedía a los consumidores que tomaran nota de que, con efecto inmediato, toda comida a base de pescado podía conducir a una peligrosa intoxicación y, en consecuencia, a una intolerancia grave al pescado durante toda la vida. No existía ningún antídoto contra esta última, la cual, por desgracia, podía llegar a ser incluso mortal en casos aislados. El riesgo de poder contraer una neuropatía para toda la vida podía evitarse con facilidad mediante la renuncia inmediata a los productos procedentes de la pesca.

El escrito concluía con la declaración de que la actual amenaza de extinción de todas las especies de peces silvestres y el crecimiento exponencial de granjas y de criaderos, con las consecuencias catastróficas para todo el ecosistema de la Tierra que ya se conocían por la ganadería, no permitían ninguna otra posibilidad que la renuncia completa a los productos procedentes de la pesca en al menos dos o tres generaciones. Quedaba excluida de las acciones la pequeña pesca artesanal para posibilitar que los más pobres entre los pobres siguieran pudiendo acceder a un recurso vital para ellos. Teniendo en cuenta el hecho de que para mantener el estilo de vida de los seres humanos que viven en la actualidad se consume de una y media a dos veces y media más de lo que la Tierra puede generar, resulta superfluo todo debate sobre esa renuncia, absolutamente necesaria. Ninguna persona ni ninguna generación tiene derecho a consumir por completo los recursos de las

generaciones venideras al llegar hasta el límite de los ciclos naturales de renovación del planeta, o incluso más allá. Aquellos que, no obstante, insistan en seguir consumiendo productos procedentes de la pesca lo harán poniendo en riesgo la salud de su cuerpo y la vida.

Al final del comunicado se indicaba que existía el proyecto de una acción similar contra el polietileno. La población debía tener presente que iban a producirse oleadas de intoxicaciones en bebidas embotelladas en plástico y se solicitaba a la prensa que transmitiera esa información a la opinión pública.

Al principio aquella noticia no se tomó demasiado en serio. Aun así, se expandió a toda velocidad por las redes sociales. En los foros medioambientales se entabló un acalorado debate sobre si podían tolerarse o no tales actos de sabotaje, en caso de que fueran factibles. La vehemencia de la discusión alcanzó enseguida una intensidad insospechada. Greenpeace se sintió obligada a emitir una declaración pública, avisando de que no tenía nada que ver con esa acción. Sea Shepherd negó cualquier implicación en este asunto, pero no se posicionó sobre los incidentes. Uno tras otro fueron apareciendo en la red comunicados de prensa de más organizaciones y asociaciones medioambientales. Las revistas de información general publicaron rápidamente *dossiers* compilados sobre el tema de la intoxicación debida al consumo de pescado en general, y en particular de las intoxicaciones por ciguatera. Los cuadros informativos especiales que se colgaron en los portales de los Ministerios de Sanidad debían contribuir a tranquilizar a la población, algo que sin embargo no se consiguió. La afluencia a los hospitales iba en aumento constante porque la población se mostraba intranquila y temía que detrás de todo síntoma estomacal o intestinal hubiera sido víctima de una misteriosa intoxicación por algas. Al mediodía de aquella misma jornada resultó evidente que la incertidumbre pública había alcanzado unas dimensiones notables.

A la una de la tarde, *France Press* comunicó que en la lonja de La Rochelle se había detectado a un joven intentando inyectar un líquido con una jeringuilla oculta en el pescado expuesto para la venta. Antes de la llegada de la policía, el joven, un estudiante de Biología de veinticuatro años, había sido apaleado por una turba de pescaderos indignados. La paliza resultó tan brutal que falleció de camino al hospital por la gravedad de las heridas. La lonja fue

cerrada de inmediato y el pescado, confiscado, ya que no podía descartarse que el joven hubiera manipulado alguna mercancía más antes de ser descubierto. También se dio por supuesto que no había actuado en solitario.

Este incidente en La Rochelle se difundió, asimismo, como un reguero de pólvora por internet y puso en marcha una avalancha de avisos. Por toda Europa empezaron a circular alertas de terroristas del pescado. Comerciantes, pescaderos, compradores de las cadenas de supermercados, propietarios de restaurantes, miles y miles de participantes en el mercado echaban mano del teléfono por la incertidumbre o buscaban informaciones más detalladas en internet. Debido a la presión adicional de los medios de comunicación, las autoridades se vieron obligadas finalmente a dar a conocer más y más detalles sobre el incremento observado desde hacía semanas de casos de ciguatera. Tan pronto como el banco de datos del Sistema Europeo de Alerta Rápida volvía a estar operativo en línea, se quedaba colgado de inmediato por el acceso masivo de periodistas, ciudadanos intranquilos e innumerables participantes en las actividades del sector pesquero.

En unas pocas horas, la situación siguió recrudeciéndose. En el caos reinante de noticias apenas podía distinguirse entre hechos y rumores. En Vilnius se repitió el incidente de La Rochelle, pero se pudo detener al saboteador, un profesor de Biología de treinta y cuatro años, antes de que una chusma airada tuviera ocasión de lincharlo. En Suecia, las cámaras de videovigilancia de un supermercado captaron cómo dos estudiantes sacaban de los congeladores algunos paquetes de filetes de pescado para volver a dejarlos en su sitio poco después. Tal como se comprobaría en posteriores investigaciones, habían rociado los filetes en un rincón oculto del supermercado con un líquido, el cual fue confiscado posteriormente por la policía en una de las mochilas de las dos jóvenes. Cuando poco después se supo la cantidad de toxina ciguatera que contenía el pescado de Luxemburgo, los ministros de Sanidad reunidos en Bruselas decidieron, a las seis y media de la tarde, activar una alerta alimentaria en toda Europa para productos procedentes de la pesca.

Solo media hora después, los ministros del Interior de la UE, reunidos a esa misma hora por videoconferencia, decretaron el nivel 2 de alerta terrorista. La opinión pública no conocería la causa de la decisión hasta la

mañana siguiente: a través de uno de los saboteadores detenidos y con ayuda de los datos de un teléfono móvil, un químico de la República Checa se había colocado en el punto de mira de los investigadores. En el registro inmediato de su domicilio en Kladno se halló un reactor de algas en el sótano. Seis tanques de mil litros, iluminados desde el interior con lámparas fluorescentes, estaban interconectados con un sistema de bombeo, lo que posibilitaba la cría de ciguateras a gran escala. En el tanque del último nivel se midió una densidad de dos millones de células de algas por mililitro. Se impuso un bloqueo informativo para que no se conocieran otros detalles, en concreto los relativos al procedimiento de síntesis química a partir del lodo de algas, debido al peligro de que surgieran imitadores.

Antes de que, hacia las ocho de la tarde, se interrumpiera la reunión de ministros en Bruselas, llegaron avisos de Japón, Chile, California, Sudáfrica, Rusia, Corea, Brasil y de otros muchos países europeos de que se habían producido intoxicaciones masivas similares de inicio repentino. Lo que resultaba especialmente intranquilizador del asunto no era solo el hecho de que estaba en marcha un acto de sabotaje contra los productos pesqueros coordinado en apariencia a nivel internacional, sino la circunstancia de que en algunos casos no habían podido encontrarse indicios de sabotaje. A través de las redadas que se habían producido entretanto en todo el mundo y de la confiscación y el análisis sin precedentes de grandes cantidades de mercancía, había salido a la luz del día la elevada proporción de especies contaminadas por ciguatera que no podían o no debían pescarse. En realidad, estas especies protegidas sí se capturaban, al parecer de manera ilegal, y luego se falsificaba su introducción en los circuitos comerciales legales mediante su mezcla con otras especies cuya pesca sí era legal.

Mientras tanto, los casos de intoxicación seguían en aumento. Un grupo de expertos, creado con carácter de urgencia para la protección de los canales de producción y de comercialización, llegaron a la conclusión de que, a la vista del todavía desconocido pero en apariencia muy elevado número de saboteadores, apenas existía una posibilidad económicamente viable de proteger a la población. Por regla general, los detenidos confesaban. La mayoría de ellos procedía de los medios universitario y científico, habían trabajado varios años en diferentes iniciativas y grupos ecologistas y habían

llegado al convencimiento de que, ante el fracaso generalizado de la acción del Estado, los ciudadanos debían tomar las riendas de la protección del medio ambiente.

Sin embargo, a las autoridades les preocupaba más la cifra de los posibles partidarios de una acción semejante que los activistas detenidos. Las acaloradas discusiones en los foros de internet y los no menos controvertidos debates en los medios de comunicación mostraban que una parte nada pequeña de la población comenzaba a profesar una absoluta simpatía por los saboteadores y por la preocupación de los mismos a la vista de las alarmantes informaciones sobre la situación real en los mares. Un llamamiento encabezado por: «Nos distanciamos de los medios empleados, pero exigimos una prohibición total durante al menos diez años para la pesca industrial de altura y de bajura», fue firmado en internet por más de seiscientos científicos de todo el mundo.

Dado que entretanto se habían encontrado ya otros siete reactores ilegales de algas, había que suponer que existía una gran cantidad de instalaciones de este tipo y que probablemente desde hacía meses o incluso años se llevaba produciendo la ciguatera que ahora estaba lista para su distribución. Los expertos llegaron a la conclusión de que en esas circunstancias no se trataba para nada de un problema técnico de control alimentario, sino de una cuestión social que no podía resolverse solo con medidas policiales y de vigilancia. En tales circunstancias apenas podía garantizarse la protección de la población.

Mucho más grave, sin embargo, era otro asunto muy diferente. Resultaba por completo indiferente lo que se escribía o se desmentía en la prensa escrita, la radio o los portales de internet de autoridades, asociaciones, organizaciones no gubernamentales y redes sociales, porque la confianza de los consumidores iba cayendo cada vez más en picado con cada caso nuevo anunciado de intoxicación masiva o particular. Los intentos por recuperar la confianza de los consumidores mediante degustaciones simbólicas gratuitas de pescado fresco frente a las cámaras resultaron ineficaces. Al cabo de una semana, los canales de procesamiento y de distribución se encontraban al borde del colapso por la falta de ventas y de rendimiento. Las pescaderías de los supermercados permanecían cerradas. El pescado congelado no encontraba clientes y se decidió destruirlo por falta de capacidad de almacenamiento. La

industria del *sushi*, que había tenido un crecimiento muy rápido en los últimos años, supo reaccionar a tiempo y reconvertirse en vegetariana. Sin embargo, los restaurantes especializados en pescado registraron catastróficas pérdidas de ventas. Pronto se recibieron informaciones alarmantes de asociaciones de productores y de organizaciones interprofesionales, según las cuales se cernía sobre el sector un perjuicio económico de miles de millones de euros. También se informó de un primer caso mortal, probablemente relacionado con una intoxicación por ciguatera.

Las especulaciones en torno a quiénes eran los iniciadores de los actos de sabotaje fueron ocupando en lo sucesivo un espacio cada vez mayor en las noticias. Incluso después de algunas semanas de los hechos apenas se sabía nada concreto sobre los autores intelectuales y efectivos de los sabotajes. Se informó de que las fiscalías de Dinamarca, Francia y España habían incoado diligencias contra una serie de observadores pesqueros presuntamente implicados en estas acciones. En internet empezaron a circular rumores sobre que los actos de sabotaje tenían por objeto denunciar algunos asesinatos no resueltos de observadores pesqueros. Sin embargo, todavía no había ninguna imagen clara acerca de la estructura de mando y organización por parte de los bioterroristas, lo cual llevó al FBI estadounidense a sospechar que podía tratarse de una nueva formación o de una escisión del temido Frente de Liberación de la Tierra, lo que representaba un problema enorme, ya que ese movimiento estaba organizado en células operativas pequeñísimas, independientes las unas de las otras con el fin de dificultar al máximo su persecución. Según el FBI había que hacerse a la horrible idea de que algunos investigadores muy cualificados, radicalizados políticamente en las universidades de todo el mundo, apoyaban esos perversos ataques mediante sus conocimientos científicos.

Los reportajes de algunos periodistas de investigación sobre la industria pesquera alimentaron la controversia. Sus revelaciones sobre asesinatos por encargo, secuestros, corrupción y estructuras mafiosas en la pesca industrial condujeron a que varios ministros se sintieran obligados a contradecir en público de manera enérgica esa cobertura informativa difamatoria. Un investigador que se había infiltrado encubierto en la industria pesquera declaró más tarde en una entrevista anónima que la pesca ilegal se había

convertido en uno de los negocios más lucrativos para el crimen organizado. En cuanto a cifras de negocios y los delitos relacionados con el medio ambiente y contra la humanidad, este sector podía compararse con el tráfico de drogas, la pornografía infantil, la prostitución forzada y la trata de personas. Y al igual que, en todas las manifestaciones del crimen organizado, una parte del problema se hallaba siempre en el fracaso de la acción del Estado o la complicidad tácita o activa por parte de las autoridades gubernamentales.

Las intensas medidas de control tuvieron sus resultados. El número de intoxicaciones por ciguatera fue descendiendo de manera continuada hasta mediados de diciembre, sobre todo debido a que el comercio de pescado se había paralizado temporalmente casi por completo. Un primer informe de la Autoridad Europea de Seguridad Alimentaria, con sede en Parma, que ya se estaba ocupando del caso, concluía con la alarmante constatación de que la toxina de estas algas seguía estando presente en muchísimas muestras de pescado y de que no podía hablarse para nada de un cese de la alerta.

Poco después, una importante revista de actualidad informó de que en la reunión de embajadores de la UE se había producido un enorme escándalo, relacionado con la cuestión del tratamiento ulterior de la crisis. Algunos países miembros habían solicitado que se aprovechara la crisis actual para poner a prueba más en serio la política pesquera. Se condenó por unanimidad y se declararon como criminales los métodos empleados por los sabotadores, y se decidió, con solo dos abstenciones, la emisión de un fondo especial de apoyo económico temporal al sector pesquero. Sin embargo, la solicitud de varios Estados de no designar únicamente como «criminal» la actuación de los sabotadores, sino de elevarla a «terrorista», no solo no encontró una mayoría suficiente, sino que condujo a un encendido debate, algo poco habitual, sobre la cuestión de si no se hacía un flaco servicio a la paz social metiendo en el mismo saco a terroristas y a estudiantes y científicos que exponían un deseo justificado, solo porque se valían de medios desproporcionados. «Según lo que se sabe en la actualidad, esta acción de sabotaje —así se expresaba una embajadora— tiene muchos partidarios en mi país. Cada día estos van aumentando progresivamente, ya que gracias a la crisis se están haciendo públicas nuevas y alarmantes informaciones sobre el estado de los mares. Muchos investigadores de renombre se están pronunciando a favor de una

inmediata moratoria de la industria pesquera de por lo menos diez años de duración porque así lo exige la situación actual». La reunión había acabado de manera tumultuosa y al día siguiente comenzaron a circular por la red las primeras amenazas de muerte. Se vilipendió a los sabotadores como ecoterroristas y las asociaciones de pescadores los declararon fuera de la ley. En una operación sorpresa, algunos pescadores neerlandeses y franceses descargaron un camión de pescado fresco sin vender frente al edificio de la Comisión en Bruselas. Se contrató a agentes de seguridad para proteger los mercados de pescado y las pescaderías, pero también para impedir que se linchara a otros sabotadores o incluso a personas solo sospechosas de serlo. No obstante, no pudieron evitarse otros incidentes, y a pesar de las medidas de seguridad se produjo otro caso mortal, lo cual no hizo sino arrojar más gasolina al fuego de la controversia.

En algunos países se alzó la voz en favor de la introducción de la pena de muerte para los ecoterroristas. Ciertamente, la oleada de intoxicaciones continuó reduciéndose al cabo de algunas semanas, pero el consumo de pescado en Europa siguió cayendo y alcanzó en muy poco tiempo el nivel de los años sesenta. Los resultados de las encuestas revelaron que el responsable de esa caída en picado no era solo el miedo a una intoxicación por consumo de pescado. Los informes que aparecían cada semana sobre los métodos destructivos de pesca y el estado real de los mares había impresionado de manera considerable a amplios sectores de la población e incluso los había movilizado para impedir el consumo de pescado en su entorno directo. El pescado desapareció de los menús no solo en muchos restaurantes, sino también en los comedores de las escuelas. La imagen del pescado como alimento sano, natural y sostenible quedó tan perjudicada, que incluso la caída de los precios debida a la crisis en la demanda no fue capaz de que las ventas se incrementaran de nuevo. Cuando en febrero finalizó el desarrollo de unas tiras reactivas a la ciguatera para utilizarlas en los productos procedentes de la pesca y se prescribió mediante un decreto de emergencia en toda Europa para que figurara en el embalaje del pescado, el consumo se había hundido ya hasta el treinta por ciento de las cifras habituales anteriores.

58

Adrian

Llegamos al hospital de Mae Sot unas tres horas más tarde. Las negociaciones en la frontera ocuparon la mayor parte de nuestro tiempo. Lo que habló el conductor con los funcionarios de aduanas ni lo entendí en aquellos momentos ni llegué a saberlo nunca. También me era por completo indiferente. Lo que yo deseaba era poner a Di Melo bajo cuidados médicos lo más rápidamente posible y despedirme de esta agobiante aventura. Di Melo estuvo todo el tiempo despierto, sí, pero a causa de la fiebre y del efecto de los medicamentos había caído en una especie de delirio. Debía de sentir un dolor intenso porque gemía sin parar. El calor era horroroso. Yo le suministraba agua de manera constante y anhelaba que llegara el final de ese maldito viaje. En algún momento, el conductor regresó por fin con nuestros pasaportes y pudimos pasar. Avanzamos por el puente y pasamos al lado de una hilera de vehículos que se desplazaba en la dirección de la que veníamos mientras expelían un pestilente hollín de gasóleo. Poco después llegábamos al hospital. El conductor fue directamente hasta la entrada de urgencias, saltó del coche y corrió al interior del edificio. Yo también me bajé, abrí la puerta trasera y di de beber una última vez a Di Melo.

Después no volví a verlo durante ese día. Resolví las formalidades y en la declaración del acta me inventé cómo se había producido el accidente. Probablemente aquella historieta no habría resistido un examen más exhaustivo, pero nadie mostró el menor interés por comprobar su veracidad.

Me enteré de que cada año ocurrían decenas de casos similares. Se calculaba que en total había unos dos millones de minas enterradas en los territorios fronterizos. Los militares y los rebeldes protegían sus posiciones valiéndose de los mismos medios. Deambular por esa zona no era buena idea.

Tras algunos dimes y diretes contacté por teléfono con la secretaria de Di Melo en Zurich y la puse al corriente de la situación. Ella debía indagar primero qué había que hacer. Media hora después me llamó y me pidió un número de fax del hospital, al que poco después llegaron toda una serie de documentos que aseguraban que Di Melo recibiera una atención de primera clase. Un médico me informó de que iban a operarlo esa misma noche. Se encontraba estable y yo podría visitarlo, si lo deseaba, a la mañana siguiente.

Me busqué una habitación de hotel cerca del hospital e informé a la secretaria de Di Melo dónde podía localizarme el empleado de Bangkok que se había puesto en camino. A continuación me duché profusamente, me tumbé en la cama y dormí hasta bien entrada la tarde.

Viéndolo en retrospectiva, creo que debió de suceder en aquellos precisos momentos. Por supuesto, es pura especulación. Nadie puede decir hasta la fecha lo que acaeció en las veinticuatro horas posteriores a nuestra separación, pero todo parece indicar que Suphatra siguió a Teresa hasta el lugar que Ragna le había consignado como punto de encuentro.

Me niego a imaginar qué sucedió. Sencillamente no puedo. Yo estaba durmiendo en el hotel. A Di Melo debían de estar preparándolo para su operación. Y en la muy lejana Bruselas había un hombre, de cuya existencia yo no tenía ni la menor idea por aquel entonces y a quien solo conocería algunos meses después, sentado a una mesa y mirando con creciente desesperación un teléfono que simplemente no quería sonar.

Se puso el sol, cené y a eso de las ocho y media apareció un empleado de Di Melo en el hotel, que se presentó como doctor Luger y me dio las gracias de manera profusa en nombre de la SVG por mi papel decisivo en la salvación del doctor Di Melo, trágicamente accidentado. Dijo que él se encargaría de todo lo demás, que organizaría una rápida repatriación y, por supuesto, que también se ocuparía de que yo llegara sano y salvo primero a Bangkok y luego a Europa. Le expliqué que podía arreglármelas solo y que él no tenía por qué preocuparse en absoluto por mí, pues seguramente tenía ya suficientes asuntos

por resolver.

Reservó una habitación en el mismo hotel, pero a la mañana siguiente ya no estaba cuando bajé a desayunar, aunque había dejado un recado diciéndome que esperaba que nos viéramos en el hospital. Me informé de las conexiones en autobús hacia Bangkok, reservé una plaza para las doce y media, realicé los trámites de salida y me dirigí al hospital. El doctor Luger estaba sentado en el vestíbulo y se levantó de inmediato en cuanto me vio.

—Todo ha ido bien —dijo—, gracias a Dios. El doctor Di Melo desea hablar con usted a toda costa. ¿Me permite llevarlo hasta el lugar donde se encuentra?

Subimos en ascensor al tercer piso. Cuando entramos en su habitación, Di Melo estaba hablando por teléfono. Todo aquello era muy irreal. Allí estaba él, tumbado, al parecer sorprendentemente bien recuperado. El muñón operado descansaba con unas vendas limpias junto a la pierna sana. Junto a él colgaba un tubo de drenaje. Tenía la cara vendada en parte, pero por lo visto las heridas en esa zona no resultaron ser tan graves como habían parecido en un principio: Paseé la vista por la habitación con inseguridad y una sensación de angustia, decidido con firmeza a terminar aquella visita lo más rápido posible. Entonces él colgó y me miró.

—Adrian —dijo—. Por favor.

Hizo un movimiento con la mano y yo me senté en una silla junto a la cama. El doctor Luger salió de la habitación sin hacer ruido y cerró la puerta.

—Me alegra de que se encuentre mejor —dije.

Me pidió que le informara de lo ocurrido y yo le ofrecí un breve resumen de los sucesos. No me interrumpió: se limitó a escucharme en silencio. Cuando acabé mi relato, bajó la vista y solo dijo:

—Dígame: ¿qué más puedo hacer? ¿Qué más puedo hacer, maldita sea?

—No puede hacer absolutamente nada, señor Di Melo. Usted, o mejor dicho, nosotros no deberíamos haber venido hasta aquí.

—¿Por qué me hace esto Ragna? —preguntó—. ¿Qué he hecho mal?

Era evidente que no había oído nada de lo que ella le había dicho antes de que lo trasladaran de un vehículo a otro.

—No se trata de usted —dije—. O incluso de nosotros. No desempeñamos ningún papel. ¿Por qué iba a querer tratar con nosotros?

Se me quedó mirando un buen rato antes de volver a decir algo.

—Y usted la va a admirar aún más después de este disparate, ¿no es cierto? ¿Para qué ha servido todo? ¿Para eso? —Hizo un movimiento nervioso con la mano en dirección a la ventana.

—Tampoco yo puedo comprender del todo muchas cosas —dije—. Sin embargo, puedo entenderla. Y también me avergüenza un poco que la cosa no vaya a más.

Me miró durante unos largos instantes y luego ladeó la cabeza.

—Pero ¿qué va a ser de nuestro mundo con gente como vosotros? —murmuró en tono de resignación—. Blandengues y kamikazes.

Me incliné un poco hacia delante, me levanté y salí de la habitación.

El autobús llegó a Bangkok hacia las ocho de la tarde. Todo lo que sucedió a continuación fue absolutamente irreal: la última noche en el Marriott, el traslado al aeropuerto al día siguiente y las interminables horas en el avión hasta Bruselas. Cuando recogí mi equipaje de la cinta en Zaventem, tenía la sensación de continuar atrapado en un sueño absurdo.

Tomé el tren hasta la estación del Sur, saqué un billete a Frankfurt y esperé el tren de alta velocidad. En los periódicos solo se hablaba de un tema: una oleada mundial de intoxicaciones por consumo de pescado. Leí los artículos y, de vuelta en Frankfurt, constaté las dimensiones que había alcanzado en poco tiempo aquel asunto. Pensé en la ampollita que había tenido durante un instante en mi mano hacía unos pocos días, el genio de color verdoso que Ragna y sus compañeros de armas habían liberado de la lámpara de Aladino para despertar al mundo.

Cada día esperaba que aparecieran sus nombres en las noticias, temía que los hubieran pillado. Brock. Steve. Ragna. O aquella Teresa de la que no sabía absolutamente nada. Pero eso no sucedió. Pillaron a algunos saboteadores en Europa. Tal vez eran solo oportunistas e imitadores. Ni siquiera después de transcurridas algunas semanas, apareció información alguna sobre Ragna en los medios de comunicación. Ni tampoco sobre los demás.

En lugar de todo eso recibí una visita. Fue a finales de enero. Un hombre entrado en años se plantó ante la puerta de mi vivienda en Frankfurt y se presentó como Johann Render. Di Melo lo había remitido a mí. Por lo visto, yo había sido la última persona que vio a Ragna en Birmania en noviembre.

Quería saber si yo tenía quizá alguna información sobre una tal Teresa.

Pasamos juntos toda esa tarde hasta que se hizo de noche. Me contó su parte de esta historia. Por todo lo que me enteré través de él, cada vez fui más consciente de la extraña sucesión de acontecimientos en los que me había visto involucrado. Le conté lo que me había ocurrido a mí y me escuchó en silencio. Al final me preguntó una y otra vez por la conversación telefónica que había mantenido Ragna con Teresa fuera del *jeep*. Por desgracia yo no podía decirle más de lo que le había contado.

Epílogo

Han pasado casi dos años desde que acompañé a Johann Render a la estación y me despedí de él. Intercambiamos nuestras direcciones de correo electrónico por si alguno de los dos averiguaba algo sobre el destino de Ragna o de Teresa. Aún llegué a enterarme de que poco tiempo después de nuestro encuentro se mudó a Atlanta, cerca de la casa de su hijo. Desde entonces no he vuelto a saber nada más de él.

Todavía sigo buscando su nombre en los periódicos. De lo que se deduce a partir de lo que Johann Render me contó en Frankfurt sobre su última conversación telefónica con Teresa, uno no puede hacerse muchas ilusiones. Por aquel entonces, Teresa se había movido al extremo de un largo hilo. ¿No fue Ragna lo bastante inteligente para no dejarse engañar por ese cebo? ¿No había sabido detectar a tiempo que debía de haber gato encerrado en aquella repentina resurrección de su amiga?

Ahora, al igual que antes, sigue habiendo reuniones y delegados que recorren en avión el globo, si bien cada vez es más dudoso que con alguno de esos encuentros sobre crecimiento, ocupación, cambio climático, seguridad alimentaria, residuos químicos en alimentos, métodos de sacrificio en mataderos, escasez energética, extinción de especies, enfermedades animales o resistencia a los antibióticos, se impida que una parte cada vez mayor de la esfera que nos alberga quede pronto contaminada sin remedio hasta volverse inhabitable.

Cuando pienso en Ragna y en Teresa, me imagino que tal vez escaparon y que ahora actúan desde la clandestinidad. En ocasiones, durante los recesos en

esas grandes reuniones recorro las salas con ojo avizor por si alguien va enseñando por ahí una foto de los juicios de Nuremberg. Vendí mis acciones del depósito de Derek y, en su lugar, dono algo de dinero cada mes a la organización de Søren. Sin embargo, sigo ganándome la vida igual que antes volando en aviones por todo el mundo a remolque de expertos y diplomáticos que buscan frenar el cambio climático o la extinción de especies mediante reuniones y conferencias.

Permanece sin respuesta la cuestión de cómo un ser que lleva existiendo tan solo unos pocos segundos en el reloj universal pueda moverse a orientar su conducta según unos períodos de tiempo que ni siquiera es capaz de imaginar. ¿Qué podría llevar a ese ser a comportarse de una manera menos desconsiderada y más atenta, a consumir y a tirar menos, a engendrar menos descendientes y a no comprender la Tierra como un artículo desechable, sino como un préstamo, como parte del propio cuerpo? Tal como están las cosas, ese ser, durante su existencia de escasos segundos en el reloj universal, probablemente no dejará nunca por propia iniciativa o intelección de las cosas, de destripar ni de llenar de basura de forma desenfadada e inmisericorde la maravillosa esfera en la que vive y de la que vive.

Últimamente la arena se está volviendo escasa, un hecho que conocí en un congreso en las islas de Cabo Verde. Fueron necesarios dos aviones especiales para trasladar allí a los delegados junto con el equipo de intérpretes y preparar una decisión que al final no encontraría una mayoría suficiente que la respaldara. En uno de los recesos del mediodía fui a ver las playas de allí, o mejor dicho, lo que queda de ellas: desiertos rocosos y paisajes de cantos rodados que van devorando paulatinamente la tierra firme. La arena se emplea ahora en la construcción en Dubai o en Singapur. O se encuentra en el chip del teléfono móvil con el que fotografío esa catástrofe y la subo a Facebook: la arena desaparecida de las islas de Cabo Verde, resucitada en forma digital como archivo en un chip de silicio en algún parque de servidores del señor Zuckerberg.

Nos estamos comiendo el mundo incluso con las fotos que disparamos con los teléfonos móviles.

Yo no he cambiado mi dudosa existencia, solo he llenado todas estas páginas. No pasa un solo día en el que no piense en Ragna y en su loco sueño

de rescatar el mar frente a los seres humanos. A veces yo también pienso en mi propio sueño de cambiar el mundo a través de las palabras. Entonces le escribo a ella en forma de pensamientos. Como por aquel entonces. Cartas que ella no leerá nunca.

A Ragna, la del cabello de algas.

Desaparecida en el jardín de las flores de sal.

Nota final

Un buen consejo para los escritores reza lo siguiente: ¡escribe sobre cosas que conozcas!

Hasta ahora he procedido casi siempre de otro modo. He escrito sobre temas y mundos que me fascinaban por su exotismo, sobre los que deseaba aprender algo o que prometían contar algo sobre mí mismo a través de la vía indirecta de una novela.

Siempre quedó lejos de mis propósitos escribir una novela que tuviera que ver, aunque fuera de lejos, con mi práctica profesional como intérprete de conferencias. No solo porque lo demasiado conocido o familiar es un terreno minado para un autor, puesto que a veces no puede distinguir lo sorprendente e interesante de lo carente de misterio y lo banal, sino también porque el público, en temas semejantes, aporta tantas certezas, opiniones e informaciones que ya no se da una importante condición previa para iniciar en una historia: la naturalidad.

Un intérprete de la UE como personaje de una novela evoca de inmediato una multitud de clichés. En la versión final de esta novela se anteponen casi ochenta páginas de una historia en principio completamente diferente, antes de que pueda pisar el escenario durante algunos minutos el personaje de Adrian, el intérprete. Incluso llegué a realizar varias tentativas para eliminarlo de esta historia. Sin embargo, eso era imposible, y al mismo tiempo fue algo instructivo, pues en mi resistencia interior contra ese personaje, su mundo y todos los clichés que cuelgan de él, se hallaba oculto uno de los motivos de por qué he escrito esta novela.

Resulta evidente que *El mar* es una especie de *thriller* ecologista o de novela negra medioambiental. Los conocedores de mis novelas anteriores sabrán que, para mí, el género es siempre el escenario de una pieza que en el fondo se está interpretando en otra parte. Y eso es lo que también ocurre aquí. En realidad lo que siempre quise escribir, sobre todo, era una novela sobre Europa.

Para mí, la Europa de la posguerra linda con el milagro. En ninguna otra parte del planeta he visto o vivido algo comparable, unitaria en su diversidad, relativamente equilibrada en su riqueza, mayormente armónica en sus contradicciones. No sabría decir en qué época histórica o región geográfica me gustaría o me habría gustado vivir. Así pues, admito que soy un partidario inquebrantable de la idea de Europa y de la integración europea. La superación de una multitud de pequeños Estados fue un requisito importante para el nacimiento de las democracias europeas, en las cuales hoy en día, estableciendo una comparación histórico-universal, reina el paraíso en la Tierra. ¿Por qué ese proceso no debería encontrar su continuidad en la creación de una República europea, de una Constitución europea?

Supondría un desafío considerable satisfacer los muchos aspectos existentes alrededor de esa cuestión en una novela y, en cualquier caso, un epílogo resulta insuficiente. Sin embargo, hay algo seguro: un posicionamiento semejante no es demasiado popular en estos tiempos e incluso lo convierte a uno más bien en sospechoso en determinados círculos. El agravante en mi caso es que llevo casi veinticinco años trabajando de intérprete para diferentes instituciones europeas, es decir, soy doblemente sospechoso de que se me tome como un subarrendatario de una burocracia odiada o despreciada y además provista de todo tipo de privilegios, la mayoría de los cuales son invenciones, algo que, tal como sé en calidad de escritor, no desempeña ningún papel. Las ficciones son a menudo más fuertes que la realidad.

He vivido de forma constante situaciones en las que preferiría haber admitido que trabajaba de pianista en un burdel en vez de decir que lo hacía para Bruselas. En algún momento dejé de oponerme a los tópicos eternamente idénticos que la describían como la sede de los plátanos, de los tractores y demás lugares comunes. Y cuando en cierta ocasión me topé con que un poeta al que admiro mucho, un «héroe intelectual» de mi época de estudiante, había

publicado una diatriba contra la UE que, por su superficialidad objetiva y su argumentación caricaturesca, estaba muy por debajo de su categoría como escritor, desterré definitivamente de mi escritorio el esquema para la redacción de esta novela. No deseaba escribir contra tamañas sandeces, ni tampoco subirme al *ring* y atreverme a formular algunas preguntas sencillas.

Pero entonces de repente cayó en mis manos otro libro, un breve escrito de carácter polémico con el nada sospechoso título de *Der europäische Landbote* («Un mensajero para Europa»), de Robert Menasse. Leí el libro una, dos, tres veces. Compré dos, cinco, diez ejemplares y se los envié a varios detractores de la UE que había en mi círculo de amigos y conocidos. En la dedicatoria o en la carta que acompañaba al envío no hacía ningún comentario relativo a mi entusiasmo por ese ensayo herético, sino que me limitaba a desear una lectura que esperaba que fuera estimulante.

El resultado fue deprimente. O bien no se produjeron reacciones, o bien las que me llegaron fueron muy extrañas. Así, por ejemplo, uno de mis conocidos me aseguró que era un libro estupendo con el que por fin alguien ponía los puntos sobre las íes acerca de todos los males de esa maldita burocracia de Bruselas y se desenmascaraba ese monstruo. Me quedé desconcertado. ¿Cómo era posible algo así? ¿Cómo un ensayo, que de manera inequívoca estaba empeñado en arrojar algo de luz en un asunto ciertamente difícil e intrincado, podía activar solo cortinas de humo en la mente de un lector culto? Todavía no se había inventado el término de «verdad alternativa». Por aquel entonces yo pensaba que una segunda o una tercera lectura, un cotejo de los pasajes del texto, aclararía las cosas y posibilitaría al menos una comprensión de lo que estaba escrito con tinta sobre el papel, con completa independencia del pensamiento de cada cual. Sin embargo, los debates se desarrollaron como siempre. Y por si no bastara con eso, al poco tiempo esa misma persona celebraba el Brexit.

Bueno, vale, así que acabé escribiendo la novela. Sin duda no trata sobre Europa, pero es una historia en la que ojalá estén contenidos algunos dignos posicionamientos y estímulos para la reflexión que produzcan aquello que una novela puede y debería producir en el mejor de los casos: un poco de humildad ante la complejidad de las cosas e incluso generar la valentía suficiente para abordarlas con mayor exactitud y para no resignarse

simplemente a ellas.

Como siempre, estoy obligado a expresar mi gratitud a muchas personas que me han ayudado en el transcurso de las investigaciones sobre esta novela. Citarlas a todas por sus nombres y apellidos llenarían muchas páginas; mencionar solamente a algunas me complicaría mucho la selección. De modo que voy a expresar aquí un agradecimiento sumario a todos los observadores pesqueros, científicos, toxicólogos, activistas medioambientales, colaboradores de ONG, cooperantes para el desarrollo y expertos de diferentes instituciones que me han proporcionado valiosas informaciones fácticas o me han comentado sus valoraciones sobre diferentes aspectos de esta novela. Todos aquellos errores objetivos que, pese a todos los esfuerzos, hayan podido colarse en ella corren de mi cuenta, por supuesto.

Quien quiera saber más encontrará toda una marea de informaciones en internet sobre los temas de la sobrepesca y de la pesca ilegal. Han quedado especialmente grabados en mi recuerdo los siguientes libros sobre el tema que voy a mencionar aquí de manera escueta:

—Isabella Lövin: *Silent Seas. The Fish Race to the Bottom.*

—Charles Clover: *The End of the Line* (también en versión cinematográfica).

—G. Bruce Knecht: *Hooked. Pirates, Poaching and the Perfect Fish.*

—Daniel Pauly: *In a Perfect Ocean.*

Y a quienes posean un buen estómago y se crean lo bastante firmes para poder soportar la crueldad y la barbarie absurdas de los patrones humanos de conducta en el trato con la naturaleza, les recomiendo el documental *The Cove*.

Bruselas, agosto de 2017



WOLFRAM FLEISCHHAUER (Karlsruhe, Alemania, 1961) pasó un año estudiando español en Salamanca, y quedó tan prendado de Cortázar y Borges que decidió especializarse en estudios latinoamericanos en la Universidad Libre de Berlín. Su experiencia en esa Alemania dividida no le agradó, y pronto decidió marcharse al Sudeste Asiático con un amigo. Durante ese viaje decidió que quería ser escritor, pero no fue hasta 1986 cuando publicó su primera novela, *La línea de la púrpura*. Desde entonces, es considerado uno de los pocos autores alemanes actuales que consiguen aunar exigencia y suspense para el gran público.